

*Tu nombre*  
ENTRE LOS  
*Abedules*



MARIE RUSANEN



**TU NOMBRE ENTRE LOS ABEDULES  
MARIE RUSANEN**

Primera edición en digital: marzo 2019  
Título Original: Tu nombre entre los abedules.  
©Marie Rusanen, 2019  
©Editorial Romantic Ediciones, 2019  
[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)  
Imagen de portada ©Poprotskiy Alexey ©rustamank  
Diseño de portada: IslaBooks  
ISBN: 978-84-17474-34-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*A mi madre, y a la memoria de mi padre.  
A mi querido esposo.  
A mis hermanas, Nathalia, Cristina y Diana.  
A Marta.  
A mi estimada suegra.  
A Érika Gael, quien me acompañó en este viaje.  
Y, por último, a mi querida Finlandia.*

## **NOTA DE LA AUTORA**

En la creación de esta novela se han empleado licencias literarias. Tanto los personajes como la historia que en ella se cuenta son puramente ficticios; cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

## CAPÍTULO 1

*Helsinki, julio de 2013*

«Corazón, le olvidaremos en esta noche tú y yo». Las hermosas palabras de Emily Dickinson se conjugaron con el sabor a pena que yacía dentro de mí. Cerré el libro de poemas y me sequé con suavidad la lágrima que se deslizaba por mi mejilla. ¿Cuánto hacía que no pensaba en él? ¿Días? ¿Meses? Abracé el libro con fuerza contra mi pecho y, cerrando los ojos, permití que el recuerdo de ese amor enterrado en el fondo de mí me inundara. Yo, niña, siguiéndolo con ojos de adoración. Yo, adolescente, cargando su nombre en un bolsillo de mi alma. Yo, adulta, deseándolo con vehemencia y, después... muriendo por dentro cuando vi que se casaba con otra.

Pensé en mi novio Mika, en su paciencia y su ternura en estos dos últimos años. Gracias a él, tenía una esperanza en el amor. Entonces, ¿por qué esta nostalgia hoy? Miré el reloj, casi las siete de la noche. Mika llegaría pronto.

Guardé el libro de poemas en la mesa de noche. Me dirigí al largo salón que abarcaba la sala y el comedor. Observé con placer los rayos de sol del verano finlandés, con esa extraña tonalidad entre amarillo y encarnado, que entraban por las ventanas. Cogí el jarrón con las rosas de visos rosados que Mika me había enviado en la mañana y lo puse en el centro de la mesa. Coloqué dos platos y dos copas de champán.

Me dirigí a la cocina y, al pasar por el corredor que comunicaba con el salón, me detuve enfrente del espejo de filigrana en madera que Minna, mi compañera de piso, había comprado de segunda mano. Traté de acomodar detrás de mis orejas los rizados cabellos negros, herencia de la mitad de sangre latina que corría por mis venas. Perfilé con mis dedos mis arqueadas cejas negras y no me sorprendí al detectar un deje de tristeza en mis oscuros ojos grises. Hice una mueca que se asemejaba a una sonrisa cuando el timbre de la puerta sonó.

Mi novio, alto, de hombros anchos, con un cuerpo que rezumaba fuerza y vitalidad debido a años de práctica de kárate y esquí en la nieve, cruzó el umbral cargado con las bolsas de comida que había

encargado a un caro restaurante en deferencia a mí. Odiaba cocinar. Sus ojos azules se encontraron con los míos, y me sonrió con ese aire de seguridad en sí mismo que exudaba siempre. Se descalzó y se dirigió al comedor, seguido por mí. Puso las bolsas en la mesa y, después, se dio la vuelta y me besó en la boca.

—¿Qué tal hoy? —saludó.

—Bien, ¿y tú? ¿Tuviste un buen día?

—Perfecto. —Me dio un beso en la mano, justo donde hacía dos días me había colocado el anillo de compromiso.

Sonriendo, señalé:

—Ya vuelvo. —Y me fui a sacar el champán del refrigerador.

Eran las siete y diez de la noche cuando mi móvil sonó. ¡Stina!

Sorprendida y preocupada, contesté. Aunque podía tener su número de teléfono grabado, las dos sabíamos que no estábamos autorizadas para usarlo a menos que hubiera una emergencia.

—*Hei*<sup>1</sup>, habla Ulla.

—*Hei, Ulla* —respondió Stina—. ¿Cómo estás?

—Bien, muchas gracias... ¿Y tú? ¿Y papá? —añadí inquieta.

La imagen de mi padre en las últimas semanas desfiló por mi cabeza. Más delgado que de costumbre, con signos de fatiga y surcos de arrugas más pronunciadas en su tez, me había alarmado, pero cuando le pregunté si estaba enfermo, él solo me respondió que el retiro de un importante líder de su compañía había dejado más trabajo por hacer. Me aseguró que ya se normalizaría todo cuando encontraran otra persona idónea para el cargo, y puso fin a mis preguntas con su familiar risa ronca: «No te preocupes, cariño, solo me estoy haciendo viejo».

La voz fría pero cortés de mi madrastra continuó hablando por el teléfono:

—*Te llamaba para pedirte que nos acompañes a almorzar mañana. Eveliina y Kalle vendrán también. Es una reunión estrictamente familiar.*

—Bueno... sí, por supuesto, si es importante...

—*¡Lo es!* —reiteró Stina.

—¿Pasa algo? —pregunté sin poder evitarlo.

—*Te espero mañana. Sola* —agregó sin aclararme nada.

—Por supuesto. Ahí estaré —musité suspirando, acostumbrada ya a la brusquedad de la esposa de mi padre.

Colgué el teléfono y, nerviosa, empecé a enroscar uno de mis largos rizos en torno a mi dedo índice mientras miles de interrogantes giraban en mi cabeza. «Esa dama sí que sabe cómo dejarla a una en ascuas», me dije con ironía. Más tarde llamaría a Eveliina, mi hermana, para averiguar si ella sabía algo más.

Sentí los brazos de Mika en torno a mí.

—¿Sucede algo?

—No estoy segura, Stina me llamó para invitarme a un almuerzo mañana en su casa. Solo la familia.

—Ya veo. —Mika sonrió—. Quizá debemos decirle que pronto seré su hijo, ¿no? —bromeó.

Sonreí incómoda y, disimulando, le pregunté:

—¿Comemos?

Extraje la bebida del refrigerador y se la pasé a Mika con el ceño fruncido. Sentados frente a frente, vi a mi novio sacar de las bolsas variedades de platos de comida hindú, la cual sabía que me encantaba.

Detuvo sus movimientos un momento y me apaciguó:

—Eh, no te preocupes, puede que no sea nada grave.

Descorchó el champán, lo vertió en las copas y, mirándome a los ojos, brindó:

—*Kippis*<sup>2</sup>, por mi hermosa prometida.

Sonreí y, con ternura, le dije:

—Gracias. *Kippis*, por ti.

Respiré el fuerte olor a curry que impregnaba la mesa y paladeé el rico champán mientras el presentimiento de que algo le pasaba a mi padre seguía girando en mi cabeza. Contemplé cómo Mika servía un poco de todo en mi plato hasta que le pregunté con impaciencia:

—¿Te importa si llamo a Eveliina ahora?

—Por supuesto que no, linda.

—Gracias.

Cogí mi móvil y, antes de dirigirme hacia mi cuarto, le di un beso en la mejilla.

—Hola, ¿Eve?

—Ulla, ¿cómo estás?

—Bien. Tenemos un almuerzo mañana con Stina y papá, ¿sabes de qué va?

—*No... La verdad es que estoy un tanto sorprendida. Mamá ha sido un poco cortante, pero ya sabes cómo es.*

—¿Tú crees que le pasa algo a papá?

—*No lo creo, Ulla, sé que ha estado algo cansado... A lo mejor nos dicen que papá ha decidido retirarse de la compañía por estrés y nos piden... no, nos exigen que la dirijamos.*

Reí sin poder evitarlo.

—*Escucha, no vale la pena preocuparnos. Esperemos hasta mañana, ¿no crees?* —recalcó Eveliina.

—Sí, está bien, te veré mañana. —Corté y exhalé con resignación.

Pues bien, he aquí los caprichosos designios del destino: cuando una cree que tiene el control de la vida porque está usando las cartas correctas que le tocó en juego, este se empeña en recordarnos que no es así, que nuestras vidas están a su merced día a día, minuto a minuto, haciéndonos ver lo fortuito y voluble de nuestras decisiones. Basta tan solo un instante para comprender que el destino nos tiene preparadas pruebas que no podemos eludir, por muy dolorosas que sean. Y dos duras pruebas eran las que tenía reservadas para mí después de aquella llamada.

*Sábado, mediodía. Ulla.*

El tenue olor a mar bailaba en mi nariz, y el sol del verano palpaba con suavidad mis hombros descubiertos mientras caminaba hacia la casa de mi padre, ubicada en Eira, a quince minutos de mi apartamento. Era mediodía, pero el verano en Finlandia, exceptuando en contadas ocasiones, era como una primavera en el sur de Francia, así que llevaba conmigo un suéter liviano por si la temperatura descendía por la tarde y llegaba a necesitarlo. Decidí no ponerme el anillo de compromiso; quería hablar con mi padre primero antes de dejarle saber al resto de la familia mis planes de boda.

Abrí la verja que protegía el jardín y avancé por la gravilla del camino admirando los salientes llenos de flores que a Stina le gustaba cultivar con rigurosa dedicación cada verano. Pulsé el timbre de la puerta. Escuché pasos acercándose. Supuse que era mi padre, pero no. Stina la abrió. Con el esbozo de una media sonrisa, me incliné a besarla en la mejilla; lo mismo hizo ella. Esperé, como siempre, encontrarme con su fría mirada azul, pero lo que vi fue un par de ojos tristes. Más preocupada ahora, la seguí hasta la sala, respirando los familiares aromas de mi infancia.

En la habitación, rodeado de estantes empotrados llenos de libros, dos sillones y una mesa de jacaranda sobre una fina moqueta roja, se hallaba Esko, mi padre. Estaba sentado sobre un elegante sofá azul acero que hacía juego con los dos sillones. El impacto de verlo tan desmejorado me golpeó, y todavía más cuando no se levantó, como siempre hacía, para saludarme. Me acerqué a él y, besándolo con ternura, le susurré:

—¿Qué pasa, papá? —Aspiré su familiar colonia, con ese tenue olor a sándalo. Tomé su mano mientras mis ojos recorrían con ternura sus finos cabellos, entre rubio y blanco, y su tez remarcada de hondos surcos de vejez. Sus ojos grises me devolvieron la mirada con un deje de pesar, como disculpándose. Arrugué la frente, pero mi ansiosa pregunta se vio interrumpida por el timbre de la puerta.

¡Eveliina y Kalle!

—Ulla, ¿podrías abrir la puerta, por favor? —La voz de Stina me sobresaltó.

Después del intercambio de besos y abrazos cálidos como saludo, Eveliina y Kalle, su esposo, me siguieron hasta la sala. Mientras Kalle estrechaba la mano de mi padre, le pregunté a Eveliina por sus dos adorables *pulgas*: el pequeño Esko, de dos años, y Antti, de tres. Stina se acercó a besar a su hija comentando que el embarazo le sentaba muy bien.

Sí, mi hermana iba por el tercero.

Conociendo la bendita paciencia que teníamos los finlandeses para decidir y actuar, ni antes ni después, me supuse que el «pueden pasar a la mesa» de Stina significaba que primero

comeríamos. Mucho me temo que mi sangre latina dominó a la parte finlandesa y, quebrando las reglas tácitas de esperar, dije:

—Me gustaría saber qué pasa.

Por supuesto, los ojos de Stina, menos duros que de costumbre, me miraron.

—Lo siento, Ulla, comeremos primero. Tu padre y yo deseamos disfrutar de este almuerzo con la familia antes de hablar con ustedes.

Mi padre, incorporándose lentamente, asintió en silencio y, con sus ojos, me invitó a seguirlo hacia el comedor. No me quedó más remedio que morderme la lengua y mirar con enfado los diferentes platos que Stina había colocado en el centro de la mesa. Mis ojos se encontraron con los de Eveliina, y la risa en ellos me relajó un poco.

El olor a pescado invadió mi nariz. Stina, la perfecta anfitriona, sirvió salmón y diferentes clases de arenques, todo ello acompañado con patatas asadas. Dos tipos de salsas, ensalada, queso y pan de centeno completaban las viandas.

Pronto la conversación giró hacia los niños de Eveliina y el nuevo bebé que venía en camino mientras nos servíamos de todo un poco. Noté que mi padre apenas puso algo en su plato. Él debió de sentir mi atenta mirada y me observó a su vez. Sonrió y me guiñó un ojo, supongo que tratando de distraerme de... ¿de qué?

Todos aceptamos vino, con excepción de mi hermana. Yo estaba tan ansiosa que terminé mi primera copa con rapidez; mi padre alzó una ceja, interrogante. Gracias a Dios, esta vez no tuve sobre mí la usual mirada reprobadora de Stina. Otro signo más de que algo muy malo ocurría.

Por fin llegó la hora del café. Su aroma, junto con el de los bollos de canela, me llenó de nostalgia al recordar cuánto le gustaban a...

La voz de Stina me trajo al presente. De repente sentí que un mazo golpeaba con fuerza mi cabeza. Tratando de recuperar el aliento, escudriñé en Eveliina y Kalle alguna expresión inequívoca de haber escuchado mal.

—Esko tiene cáncer —repitió Stina.

¡No! ¡No había oído mal!

—¿Qué...? ¿Cómo? —farfulló Eve.

—¿Es muy grave? —Una pregunta sensata de no supe quién.

—No es tan grave...

La voz ronca de mi padre tranquilizándonos fue interrumpida por la voz fuerte de su mujer.

—Es muy grave, Esko, todos debemos afrontarlo —continuó, y nos miró a todos—. Es un cáncer grave, y necesitamos de su ayuda. Encontrando por fin mi voz, pregunté:

—¿Cáncer en dónde?

—Un cáncer linfático —precisó mi padre.

Silencio. ¡Dios! Maldita sea, era un cáncer difícil, pensé.

—¿Cuál es el pronóstico, *isä*<sup>3</sup>? —interrogó Eve.

—Depende de la fase en que se encuentre el cáncer, es decir... depende de hasta dónde este se haya diseminado en mis órganos y, en general, en la sangre. También —continuó calmado— cuentan la edad y la fortaleza de mi cuerpo, y, supongo, la esperanza y optimismo que sea capaz de tener en estas circunstancias.

—Y según eso, ¿en qué fase estás, *isä*? —pregunté.

—Pues... según los médicos es complicado de asegurar, quizá no tengan que extirparme ningún órgano. Mi cáncer es un linfoma de Hodgkin. Este tipo de enfermedad afecta primero al bazo, pero todavía los doctores no saben si será suficiente con la quimioterapia y con la radiación, que son lo más indicado en mi caso. Confíemos en que no necesite ninguna cirugía.

En la bruma de mi estupor, el nombre de Anders vino a mi cabeza al mismo tiempo que Eveliina preguntaba:

—¿Lo sabe Anders?

Mirándome a los ojos, Stina aseveró:

—Ya lo sabe. Llegará hoy con Lili y con la niña de Nueva York.

Dios mío, otra sorpresa más. Experimenté una amalgama de miedo y dolor que se apoderaba de mí y amenazaba con ahogarme. Miré mis manos temblorosas y las apreté una contra la otra a la vez que escuchaba a Eve.

—¿Que Anders llega hoy? ¿Y por qué no lo han dicho hasta ahora? —protestó, enojada—. ¿Desde cuándo han decidido no contar con nosotras? —Miró a Esko y a Stina con enfado.

—Cálmate, cariño. —Kalle la aplacó apretando su mano.

—Lo siento —se disculpó, y se pasó la mano por el pelo, nerviosa, mientras miraba a papá.

Con semblante triste, mi padre nos pidió perdón con sus ojos.

—Lo siento, no quería preocuparlas. Quería estar seguro de qué era lo que realmente tenía antes de hablar con ustedes.

Silencio.

Yo estaba tan enfadada como Eveliina, pero entendía que mi padre era un hombre muy reservado. No decía nada hasta que no lo consideraba estrictamente necesario.

—Y en cuanto a Anders... —Indicó mi padre—, bueno, hablar sobre su regreso al país era una decisión que les concernía a Lili y a él. Ellos estaban planeando volver a Finlandia. Lo mío supongo que aceleró las cosas. Él quiso que esperara hasta el último momento para avisarles...

Sí, suponía que yo no era lo bastante importante para él como para que me informara de antemano, pensé dolida. Mi voz sonó extraña pero lo suficientemente fuerte para que todos me miraran:

—¿Qué necesitas que hagamos, *isä*? —Lo miré a los ojos—. Dijiste que requerías nuestra ayuda... —Mi voz se quebró.

Mi padre se acercó a mí y, abrazándome, me dijo:

—Eh, esta batalla apenas empieza. Soy un hombre fuerte y tengo un buen equipo médico detrás de mí. Además, me han dicho que el noventa por ciento de los pacientes con esta enfermedad se recuperan. Tengo muchas posibilidades de salir adelante.

—Lo siento, *isä*, debería ser yo la que te consuela.

—Vamos, mi niña, saldré de esta.

Eve se acercó a nosotros y nos estrechó. Los tres nos abrazamos mientras mi hermana recalcaba:

—Sí, papi, y te ayudaremos.

Mis ojos buscaron a Stina, quien estaba sentada mirándose en silencio sus manos bien cuidadas. La vi tan sola y tiesa que sentí una inmensa lástima por ella. Pero sabiendo que esa fría mujer nunca había aceptado un gesto de bondad de mi parte, tuve miedo y no hice nada para consolarla.

—¿Qué pasará con la compañía ahora? —preguntó Eveliina.

—Jyrki Vuorela se hará cargo de la dirección junto con Anders —afirmó Stina.

—¿Qué dice Anders respecto a eso? —Eveliina hizo la pregunta que yo no me había atrevido a formular.

—Está de acuerdo; fue él quien se ofreció, yo no lo he presionado...

—No digas eso, *isä* —repuse yo—. Todos te amamos y haremos lo que tengamos que hacer.

—Ulla tiene razón, *isä*. ¿Cuándo ingresas en el hospital?

—Esta noche —reveló Stina.

—¿Tan pronto? —pregunté con semblante triste.

—Bueno, hija, la quimioterapia tiene que comenzarse lo antes posible —reconoció mi padre.

—Iré al hospital con ustedes. Y... ¿cuándo exactamente llegará Anders? —Mi cuerpo temblaba con solo pronunciar su nombre, no podía ni imaginar cómo sería verlo otra vez.

—A las diez de la noche —ratificó papá.

—¿Quién los recogerá en el aeropuerto? —quiso saber Eveliina.

—Ya se lo encargué a alguien de la compañía, no se preocupen.

¡Oh, Dios! Pedí valor para lo que se avecinaba. Mi padre tenía cáncer y, además, yo debía afrontar la llegada de... él. Sabía que ese momento se presentaría algún día, pero ni en sueños pensé que sería tan pronto.

## CAPÍTULO 2

*Domingo por la mañana. Ulla.*

Observaba a través de la ventana del cuarto asignado a mi padre las flores violetas y amarillas que salpicaban los diversos círculos del amplio jardín del HYKS, el Hospital Central Universitario de Helsinki. Sus colores contrastaban con el vívido tono verde de la grama, dando al ambiente un aura de alegre sosiego. Las enfermeras lo cruzaban de un lado al otro, apresuradas, mientras un paciente en su silla de ruedas paseaba entre las sendas de hormigón. Inhalé con profundidad, tratando de apaciguar las mariposas en mi estómago, o, mejor dicho, los sapos que saltaban descontrolados. No ayudaba el tener por compañía a mi madrastra mientras mi padre dormía; como era natural, el silencio entre las dos se incrementaba hasta el infinito.

Esperaba de un momento a otro a Eveliina y rezaba por que llegara antes que él. Dios mío... él estaba aquí.

Él estaba aquí.

No lo podía creer. La semana pasada era solo un doloroso recuerdo, resignada a no ver en muchos años más, y ahora él volvía. Todavía no sabía cómo diablos iba a afrontar eso.

El «iré a la cafetería un momento» de Stina me apartó de mis pensamientos.

—Si Esko despierta y me necesita, me llamas, por favor —me pidió Stina.

—Por supuesto, vete tranquila. —¡Genial! «Ahora resulta que tengo que encontrarme con él a solas», pensé desanimada. Pero no me atreví a decir nada.

Observé a mi padre dormir, pálido y frágil. Sentí una angustia inmensa. ¿Y ahora qué iba a pasar? ¿Cómo íbamos a afrontar eso? ¿Y si no se curaba? «No, no pienses en eso. No te desesperes, Ulla, por favor».

Decidí salir al pasillo y comprar café en la máquina que estaba a dos metros del cuarto de mi padre. Prefería el café de la cafetería, pero no podía dejarlo solo. La verdad es que no quería café, solo quería mantenerme ocupada con algo.

Estaba enfrente del aparato, tratando de decidir cuál comprar, cuando un movimiento al final del pasillo me hizo desviar los ojos, y entonces... ¡lo vi! Oh, Dios, sentí que alguien sacudía el suelo bajo mis pies y que todos los minutos del mundo se habían detenido en aquel instante. Mi mirada se encontró con ese precioso gris de sus ojos, como el color de un lago en invierno.

El largo y sofocante silencio del pasillo me recordó el estremecedor silencio en una iglesia hacía cinco años. El templo estaba lleno con la familia y los amigos de ella y de él. El órgano tocaba un *häämarssi*<sup>A</sup> mientras la novia avanzaba sonriente y segura de sí misma hacia el hombre, muy alto y muy rubio, que la esperaba. Él, mi pasión prohibida, mi amor secreto, miraba los pasos de la mujer con una expresión seria en su bello rostro, sin mirar a otra que no fuera ella, mientras que yo observaba la escena rota de dolor, sin creer todavía que en verdad se estaba casando. ¿Estaba herida de muerte? Sí, alguien me había pegado un tiro en el corazón y me desangraba lentamente. Sin esperanza ya, solo anhelaba la muerte para así dejar atrás aquel tremendo dolor.

No era muy religiosa, pero rememoré las oraciones que mi madre, católica, rezaba conmigo todas las noches cuando era pequeña. Y las repetí una y otra vez. Le imploré a su alma que no me dejara derrumbarme delante de toda esa gente.

Lo vi bailar, comer y reír, sin mirarme en ningún momento. Y, afortunadamente, nadie notó que nunca me acerqué a él para felicitarlo. Después, se fue a vivir a Estados Unidos con su nueva esposa y no volvió a contactarme en cinco años. Oh, sí, por supuesto, me enviaba una tarjeta cada Navidad y otra en mi cumpleaños. Pero nada más.

Nunca entendí por qué me trató como lo hizo cuando me encontró besándome con Mika, ni por qué actuó después como si lo hubiera decepcionado, cuando él salía con Lili y otras mujeres. ¿Acaso no tenía yo el mismo derecho? ¡Dios! Después de su partida me tomó un año superar mi honda congoja y recoger cada triza de mi alma para repararla y seguir viviendo.

El leve movimiento de alguien que pasaba detrás de mí me trajo al presente.

Como a cámara lenta, vi cómo mi hermano, Anders, llegaba hasta mí y, con voz vacilante, me decía:

—*Hei, Ulla!*

*Domingo por la mañana. Anders.*

Admiraba las numerosas pinceladas de verde y los brotes de distintos colores aquí y allá, entre el agrisado de la calzada para peatones, mientras iba camino del hospital. A pesar del cansancio tras casi nueve horas de vuelo, decidí caminar los quince minutos que había entre este y mi apartamento, ubicado en el barrio de Töölö. Respiré profundamente el aire casi puro de Helsinki, la exótica capital de Finlandia, y reconocí en el ambiente el característico olor de los abedules con una alegría agridulce. Dios, cinco años añorando mi patria. El blanco acicalando los tejados en invierno. Las noches blancas en verano. Las visitas a la sauna y... ella. Por fin la vería, por fin la tendría frente a frente y... ¿Y qué? ¿Qué había cambiado? Suspiré con resignación.

Mi regreso en aquellas circunstancias, con la enfermedad de mi padre de por medio, no era la mejor forma de empezar una nueva vida en mi país, pero así se presentaban las cosas y así tenía que afrontarlas.

Llegué hasta las puertas de vidrio con marcos verde oliva, que se abrieron ante mí. Una vez dentro, miré a un lado y a otro buscando un ascensor. El olor aséptico casi era atemorizante, y la quietud, sin un alma que la alterara, me acompañó hasta que lo encontré. Pulsé el botón del último piso y respiré con fuerza, reuniendo coraje para todo lo que me esperaba en ese encuentro con Esko, mi padre, y con toda la familia.

Un pasillo largo de paredes blancas con un suelo superpuesto en naranja y azul se proyectó ante mí. Noté que cada rectángulo naranja se comunicaba a izquierda y derecha con una puerta de color moca. Revisé los números de todas y seguí hasta el fondo del pasillo entre un silencio casi fantasmal. Una vez que llegué al final, doblé hacia la derecha, y fue en ese momento cuando la vi.

Mi corazón se precipitó al vacío y no dejó de caer y caer, tanto que temí que al tocar el suelo se fracturara en miles de irreparables fragmentos. ¡Cinco años! Cinco largos años anhelando verla. Por no hablar de toda una vida amándola en silencio, fantaseando con que fuera ella la que algún día durmiera junto a mí...

Por un momento la miré, seguro de que mis ojos mostraban todo el amor y el deseo que sentía. Pero no me importó; nadie más lo sabría, ni siquiera ella, quien no se había dado cuenta de que la observaba. Se paró frente a una de esas máquinas automáticas y enredó en un dedo uno de sus hermosos y rebeldes rizos, más largos de lo habitual, con ese gesto tan suyo. Su figura alta y espigada terminaba en dos bien moldeadas piernas. La observé embobado, dibujando en mi corazón los pequeños cambios que estos años habían hecho en ella. Con lentitud me recreé en sus proporcionados senos, ni grandes ni pequeños, que tantas veces soñé secretamente con tocar y saborear. Me detuve ahí un placentero momento hasta que seguí ascendiendo y me encontré con sus oscuros ojos grises, casi negros, que me miraron sorprendidos y con... ¿dolor? Entonces recordé lo que le había hecho esa terrible noche antes de casarme con Lili. Esa noche que todavía me avergonzaba y me lastimaba porque había perdido su amor, al menos el amor de hermana que me ofrecía.

Pude sentir como si fuera ayer el frío del invierno mientras me acercaba a su apartamento. Últimamente había estado muy cabreado con Ulla porque estaba saliendo y tonteando con uno de nuestros conocidos de la adolescencia. No entendía qué veía en él, si el malnacido era un gigoló. Traté de ignorar el hecho de que yo también salía con Lili y que Ulla no era de mi propiedad. Dios, era ¡mi hermana! Pero seguí alimentando mi furia sin escuchar la voz de mi sensatez, con la intención de encontrar el momento para increparle su estúpida conducta y lograr separarla de ese malnacido.

Entré, tomé el ascensor y abrí la puerta con la llave que ella nos había dado a Eveliina y a mí, pero que nunca usábamos sin llamarla antes. La sala estaba en penumbra, iluminada solo por dos candelabros sobre la mesa del salón. Ella estaba en el sofá, y él la besaba y la tocaba. ¡Lo vi todo rojo! Inmediatamente tuve a un

sorprendido Mika levantado por el cuello, y eso que era igual de alto que yo. Después, el cielo y el infierno se hicieron pedazos. Mis palabras de rabia y dolor, que juzgaban y herían, como un novio celoso, salieron a borbotones y sin control. No fueron las palabras de un hermano.

—Anders, ¿qué estás haciendo? —protestó ella.

—¿Qué estás haciendo tú con él? —arremetí, mirándola con rabia.

Roja de vergüenza y furia, Ulla me increpó:

—¡No tienes ningún derecho a reclamarme! ¡Ni a mí ni a mi invitado!

Las palabras de ella defendiendo a ese desgraciado me cabrearón mucho más.

—Sí, ya veo cómo entretienes a los invitados masculinos; la próxima vez avísame para no interrumpir tus escarceos sexuales.

La bofetada que recibí de ella me dolió menos que lo que le dije, pues nunca la había tratado mal.

Después, el empujón de Mika...

—¡Eh!, hermano, ¿qué te pasa? No tienes por qué faltarle al respeto así. Es una adulta, y yo, aunque no lo creas, no busco hacerle daño.

Yo, que respiraba agitado y furioso, empujé a mi vez a Mika.  
Hasta que Ulla gritó:

—¡Basta, Anders! Lárgate de mi apartamento, no quiero volver a verte en mi vida.

Al oír aquello, la furia que sentía se esfumó, asombrado y aterrorizado por todo el drama que había armado.

Como pude, salí del apartamento y, con manos temblorosas, encendí el vehículo; no sabía a dónde ir. Poco después, incapaz de calmarme, me detuve y estacioné el automóvil cerca de un paseo que bordeaba el mar. Caminé y caminé sin chaqueta, en el intenso frío de noviembre. Quería que me doliera todo. No podía creer lo lejos que había llegado. Mi amor por ella me estaba haciendo perder el control.

El temor apretó mi pecho, impidiéndome respirar con normalidad. No importaba todo lo que yo hacía para no amarla, para no desearla

como la deseaba, con aquel apremio que me descolocaba. Usar a otras mujeres no había funcionado. Pensé en Lili, y fue entonces cuando creí que debía hacer algo drástico. Me casaría y me iría de Finlandia. Aceptaría el puesto que me estaban ofreciendo en Estados Unidos e intentaría rehacer mi vida a su lado. Era una mujer atractiva y agradable; cuando estaba con ella, no me corroía el alma pensando en Ulla. Sí, debía arrancarme ese... amor de raíz y empezar una nueva vida.

Me casé. Ese día posé para las fotos y miré solo a la novia, porque si miraba a Ulla, sabía que me derrumbaría. Creía que estaba herida por mi conducta, y merecía una explicación, pero yo era incapaz de estar cerca sin confesarle mi amor. Y eso sí que la escandalizaría. Así que preferí no decir nada y dejar que me odiara. Dejé que pensara que al encontrarla esa noche con otro hombre había acabado con la admiración y la estima que le tenía.

Me dolió. Sabía lo vulnerable que era Ulla a la aceptación de las personas que la rodeaban, pues no había sido fácil para ella ser aceptada en la cultura finlandesa, y, en casa, la relación con mi madre tampoco la ayudó. Pero, en aquellos días, lo que sentía por ella me superaba.

Durante esos cinco años, quise pedirle perdón. Pero nunca reuní el valor. La añoré cada Navidad y la recordé en cada cumpleaños. Traté de que supiera que no la olvidaba enviándole una tarjeta para cada ocasión. En cambio, ella nunca me envió ni me escribió nada.

Mis pasos me acercaron a ella sin darme cuenta. Me miró con timidez, retorciendo aún el rizo en su dedo, señal de que estaba nerviosa. Eso me relajó.

—*Hei*, Ulla.

—Anders... ¿Cómo estás?

—Bien, bien.

Un incómodo y largo silencio. Después...

—Debes de estar cansado.

—Sí, la verdad es que estoy muerto.

—Bueno... Esko duerme, pero ya debe de haber despertado. Imagino que quieres verlo.

—Sí, vamos.

—Entra tú, ahora que estás aquí voy a la cafetería a por un café.

Y escapó antes de que pudiera detenerla.

## CAPÍTULO 3

*Martes por la mañana. Ulla.*

El estío en Finlandia estaba en su plenitud. Las calles de Helsinki bullían de turistas y residentes que salían desde temprano para disfrutar lo máximo posible de nuestros hermosos días de sol. Yo, por supuesto, no era la excepción. Gozaba de más de un mes de vacaciones en mi trabajo como profesora de niños con discapacidades físicas y mentales. Por lo general aprovechaba mis días libres para viajar o hacer lo que más me gustaba: correr, nadar y montar en bicicleta por la ciudad o sus alrededores.

Mientras corría, cargaba en mi espalda una mochila con mi traje de baño y una toalla. Mi intención era terminar mi excursión con un chapuzón en el Báltico. Sabía que era mucho para un día, pero quería sacar de mi cuerpo todos los sentimientos que me atormentaban debido a los últimos e inesperados acontecimientos de mi vida. Estaba haciendo un enorme esfuerzo para no permitir que la tristeza y el temor menguaran mi voluntad. Necesitaba coraje para enfrentar la enfermedad de mi querido padre y el regreso de Anders.

Traté de vaciar mi mente de todo pensamiento. Vadeé con rapidez el parque de Kaivopuisto observando a las hembras de patos salvajes que cuidaban con devoción la fila de sus crías, que las seguían con andar desmañado. Tomé el paseo que bordeaba la larga orilla del Báltico y subí la pequeña colina que se extendía hasta la vía que pasaba por el puerto, de donde salían y adonde llegaban los barcos para Estonia y Suecia.

Observé el inmenso buque que acababa de atracar y di la vuelta para retornar al parque. Por un segundo cerré los ojos y vi nuevamente su alta y vigorosa figura enfrente de mí. Su firme barbilla. Su nariz recta, sus rubias cejas y sus largas pestañas del color del caramelo quemado. Quise recorrer con mis dedos las nuevas arrugas de madurez que había ganado... Una familiar añoranza empezó a deslizarse en mi corazón. ¿Pero en qué estaba pensando, por Dios? El chillido de una gaviota me invitó a seguir su

vuelo. Aceleré, tratando de escapar de los recuerdos, y me pregunté como se sentiría mi padre en estos momentos.

La quimioterapia había comenzado el día anterior. Todos teníamos claro qué esperar. Papá estaría muy débil, con vómitos y náuseas todos los días. Según el hematólogo, aquello se podría controlar con medicamentos, sin embargo, no impediría que él sintiera malestar. Protegerlo de posibles infecciones era ahora primordial, y, considerando su edad, Stina había decidido, en contra de los deseos de él, que permaneciera en el hospital al menos durante los primeros ciclos de quimioterapia. Además, su bazo estaba afectado, y los médicos querían saber cómo evolucionaría con la quimioterapia antes de cualquier intervención quirúrgica.

Rodearlo de amor y darle todo lo que él necesitara sería mi prioridad. No importaba cómo.

Di la vuelta y me dirigí hacia la cafetería Carusel. Pasé al lado de un simpático perro que caminaba como si usara zapatos de tacones altos. Me fijé en que su dueño caminaba de la misma forma. Me reí para mis adentros. Nada como el humor para sobrellevar los problemas. Contemplé los botes grandes y pequeños que iban y venían, y llené mis agitados pulmones con el aire fresco que retozaba entre los rayos del sol.

Después de una hora corriendo, cansada, me detuve. Mis traidores pensamientos regresaron a Anders. Menos mal que no había vuelto a verlo desde aquel domingo por la mañana en que nos saludamos. Tenía entendido que había estado ocupado instalándose, y ese día empezaba a trabajar en la compañía de papá.

Mis insensatos recuerdos volaron como mariposas atraídas por la luz de una vela a los momentos hermosos del ayer. Anders mirándome como si fuera el ser humano más maravilloso del mundo. Sus ojos brillando traviosos cuando trataba de esconder que se había comido todos los bollos de canela, incluido el que me tocaba. La paciencia que tenía para aclarar mis dudas y su gran apoyo siempre que lo había necesitado.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Podría tener otro hermanastro mejor? La aflicción creció dentro de mí, y, por un momento, temí que me engullera por entero, como había pasado cuando él se fue.

«Basta, Ulla. Sé que no es fácil, pero ahora tienes un nuevo amor y eres feliz con él».

Me senté en la balaustrada de cemento que rodeaba la larga calzada, a la espera del bote que me llevaría a la playa de la pequeña isla de Uunisaari. Con mi nariz alzada hacia el sol, me embebí del olor del mar. Me concentré en Mika y me pregunté cuándo sería el mejor momento de hablarle a mi padre sobre nuestro compromiso. Luego podría comunicárselo al resto. Quizá el próximo sábado, en el almuerzo que Stina estaba organizando para darle la bienvenida a Anders y a su familia.

Hice un gesto de fastidio. Me desanimaba sobremanera encontrarme con Lili y escuchar la perorata de Stina acerca de lo maravillosa que era. «Lili, esto; Lili, lo otro». Resoplé, sintiéndome como una bruja. Ante eso, yo no podía hacer nada, así que cambié mis pensamientos por otros más agradables. Al menos conocería a Ella, mi sobrina. Había visto fotos de ella, y, aunque se parecía a su madre, tenía los ojos de Anders.

La canción *Baden-Baden*<sup>5</sup>, de Chisu, me sobresaltó desde mi móvil.

¡Mika!

—Hola, *rakas*<sup>6</sup> —saludé.

—*Hola, amor. ¿Estás en casa?*

—No, he estado corriendo y ahora voy a nadar un poco.

—*Ah, qué bien. ¿Cómo está tu padre?*

—Bueno, sabes que ayer empezó la quimioterapia... Hoy se siente mal.

—*¿A qué hora pasarás a verlo?*

—En cuanto me duche. Iré en bicicleta hasta el hospital. Estaré allá como a la una de la tarde.

—*Muy bien, entonces te invito a cenar esta noche. ¿Vamos al restaurante que te gusta?*

—Sí, gracias. ¿Está bien a las siete?

—*Perfecto.*

—Nos vemos esta noche —dije mientras observaba que el bote se acercaba a la orilla.

—*Un beso.*

—Un beso.

Sentada entre parejas de edad y familias con niños revoltosos, me dirigí en el pequeño barco hacia la minúscula isla frente a Kaivopuisto. Me deslumbré por el índigo del mar y el encanto del fulgor del sol sobre él. Desembarqué y me aproximé a la pequeña caseta donde se anunciaba diariamente la temperatura del agua.

El agua del Báltico llegaba en sus mejores días a los dieciocho o veinte grados, pero había que esperar largas semanas de buen sol para disfrutar de ella sin congelarnos. Por suerte, este había sido un buen verano, y ese día alcanzaba los diecinueve grados.

Después del primer *shock*, mi cuerpo se acostumbró a su frescura. Durante diez minutos di unas vigorosas brazadas. Salí con todas mis células en estado de alerta, por no decir que mi cabeza y cuerpo por poco se congelan, pero, eso sí, me sentía mejor.

Estaba llegando a mi piso, ubicado en Ullanlinna, cuando vi que Minna, la hermana adoptiva de Mika y mi compañera de apartamento, abría la puerta principal. Esperó a que yo llegara con una sonrisa que realzaba su hermoso pelo rojo. Aunque, la verdad sea dicha, yo no sabía qué era lo que más sobresalía en Minna: su pelo rojo, su rostro lleno de pecas o su particular forma de vestir, que consistía en desarmonizar toda la gama de colores posibles a la vez. He de decir que esa vez se pasó. Llevaba un leotardo verde limón, unos *leggings* amarillos, zapatos deportivos color fucsia y un par de gafas rojas.

—Oh, mi Dios, me he quedado ciega —le dije, tapándome los ojos.

—Ja, muy graciosa. —Hizo un gesto grosero con sus dedos—. Vamos, si te encanta cómo me visto. ¿A que todas las mañanas lo primero que deseas es ver lo que llevo puesto?

—Bueno, he de confesar que es verdad. Cada día me pregunto si al siguiente podrás superar el horror del anterior, y hasta ahora no me has defraudado —señalé divertida.

—¡Eh! —Me golpeó el estómago haciendo un mohín—. Que soy tu mejor amiga.

—Ya, por eso te digo la verdad. Bueno, dime, ¿dónde estuviste este fin de semana?

—En Livonsaari, en el *kesämökki*<sup>7</sup> de un amigo. No te imaginas lo bien que lo pasamos.

—Sí, si me imagino —dije, irónica, mientras subíamos en el ascensor y Minna continuaba con su parloteo sin respirar—. Un momento... ¿Quién? —interrumpí, muy interesada.

—Obafemi, es de Nigeria. Keijo lo llevó consigo. Un *typerä*<sup>8</sup>, para nada simpático.

—*Onko?*<sup>9</sup>

—Sí, no dejó de hacerme preguntas impertinentes y de opinar idioteces.

—¿Qué clase de preguntas?

—Mmm... por qué una pelirroja tan llamativa como yo no tenía novio...

—¡No! Por Dios, qué pregunta tan horrible —repliqué sarcástica.

Sin prestarme atención, Minna continuó hablando como una descosida.

—No dejó de parlotear todo el fin de semana.

—¿Quién, tú?

—Si sigues burlándote de mí, no sigo hablando contigo —amenazó Minna.

—Vale, vale, cuenta, cuenta. ¿Es guapo?

—Qué va. Es grande, moreno, musculoso, ojos y pelo negros, cabello muy rizado, practica kárate como Mika, y le encantan los niños.

—Oh, mi Dios, ¡suena horrible! —Me carcajeé al ver su expresión.

—No te sigo contando —rezongó, y entró en nuestro apartamento enfurruñada como una niña.

Descargué mi mochila, me quité los zapatos en el vestíbulo y fui a por un vaso de agua a la cocina.

—¿Y tú? ¿Qué tal tu fin de semana? —preguntó Minna.

Después de beberme toda el agua la miré y le dije:

—Siéntate, tengo que contarte dos cosas importantes.

*Martes por la mañana. Anders.*

Me dirigí a Kauniainen, una pequeña ciudad de aproximadamente nueve mil habitantes en el área metropolitana de Helsinki, donde estaba ubicada la compañía de mis padres. Estacioné el Volvo de Esko en el aparcamiento. Me quedé mirando la fachada del edificio, de dos pisos y cien metros de largo. Aprecié los dispares matices del verde de los árboles detrás de los bloques gris cenizo y gris perla de las oficinas, que le daban un toque de frescura y dinamismo a la elegante construcción.

Mi primer día de trabajo. Suspiré algo nervioso sin bajarme todavía del coche. El letrero de Melogi Oy, en amarillo mostaza sobre fondo azul, me encaró con la gran responsabilidad que se me venía encima al apoyar a Jyrki en la dirección del patrimonio familiar.

La compañía de químicos diversos había sido fundada por mis abuelos maternos y, después, dirigida por mi padre de forma firme y exitosa. Tratar de emularlo resultaba intimidante. Pero era algo que tenía que hacer por él. Solo así Esko se sentiría tranquilo y podría concentrarse en su rehabilitación. Además, después de estar muchos años fuera del país, no sería fácil para mí encontrar un buen trabajo otra vez, por muy cualificado que estuviera. Así que... aunque no fuera la alternativa más sencilla, sí era la mejor. Y, como buen hijo de Esko, me encantaban los retos.

Abrí la puerta del automóvil y respiré con placer la brisa pura del bosque. Con decisión, me dirigí a la puerta principal. Subí los seis peldaños que me llevaron ante su vestíbulo y, antes de entrar, me quité las gafas oscuras para apreciar por última vez, con los ojos entrecerrados, el azul celeste del cielo y sus juguetones copos de algodón.

Avancé hasta la recepción y, en medio de un leve olor a cedro y a ciprés, mis ojos se encontraron con los azules de una joven rubia.

—*Terve!*<sup>10</sup>

—*Terve!* ¿En qué puedo ayudarlo? —interrogó, sin reír ni pestañear.

—Soy Anders Peltola.

—Señor Peltola, gusto en conocerlo. Por favor, siga usted a la oficina de su padre, que está...

—Sé dónde está, gracias —aseguré con una sonrisa.

Caminé por detrás de la recepción y subí tres escalones que desembocaban en un área con forma de herradura, llena de oficinas y con un frondoso jardín interior en su centro. Caminé por el familiar pasillo de la derecha, con paredes gris perla y una serie de puertas color marrón. Entré en el último despacho, y un olor a madera mezclado con el fuerte olor de la colonia de mi padre me recibió.

Puse mi maletín de ejecutivo sobre la silla y admiré el estilo nórdico de la decoración. Sencillo, funcional y cómodo. Un escritorio largo de madera clara, un viejo archivador y tres sillones de cuero azul eran todos los muebles que había. Enfrente, un muro con anaqueles repleto de libros y fotos. A mi izquierda, un ventanal hasta el suelo, desde donde se podía apreciar el jardín interior.

Pasé las manos por mi rostro cansado para espabilarme. Días sin descansar de forma apropiada cobraban lo suyo. Me acerqué a las fotos. Un retrato de mi madre y Esko. Uno de Eveliina y Kalle el día de su boda. Otro con toda la familia y una foto de Ulla el día de su *rippijuhla*<sup>11</sup>.

Ulla. Era como si ese ADN que nos unía se reactivara en mi torrente sanguíneo día a día, minuto a minuto, y se anclara en mi corazón, expugnando todo en mí, sin dejar sitio para amar a otra mujer. ¿Es que había existido algún momento desde que la vi por primera vez en que no la siguiera con sigilo? Desde el niño cándido y el adolescente sensato hasta el adulto lleno de pasión. Cómo la había añorado estos cinco años... Si no hubiera sido por mi hija, Ella, y por mi trabajo, la vida no habría tenido sentido para mí. La tragedia era que, a pesar de tanto sentimiento, ella nunca podría ser mía.

A veces quería gritarle que la adoraba con locura. Perderme en sus ojos mientras se lo decía y preguntarle si... si era posible que ella sintiera lo mismo por mí. Y si era así, pedirle que huyéramos juntos a un lugar donde pudiéramos disfrutar de lo nuestro sin prejuicios, sin miedos, sin remordimientos. Pero eran solo quimeras.

«Qué locura».

Con la foto en una mano, palpé con mis ojos el iris gris de los de ella; su risa; su cuerpo de niña mujer, entallado en ese vestido azul de fiesta, cerrado por una línea de diminutos botones que yo, con toda la pasión de mis diecisiete años, empecé a desabotonar con la

imaginación. Recordé ese extraño anhelo que se había originado en mis entrañas y se propagó hasta la punta de mi miembro cuando la vi bajar por las escaleras como una princesa de la luna. Y cómo, avergonzado, había tratado de esconder la evidencia de mi excitación con manos inseguras.

Desde que se inició la fiesta —en la que yo tenía que hacer el papel de anfitrión— hasta que se terminó, fue un castigo, porque lo que en realidad quería era liarme a patadas con todos los estúpidos adolescentes que se aglomeraban alrededor de ella.

Estuve obsesionado con sus senos todo ese verano. Olvidé el incontable número de noches que soñé con acariciarlos y besarlos mientras trataba de adivinar de qué color eran sus pezones. Y, después, despertaba asustado y sudado, sin el valor de mirar a nadie de la familia a los ojos, con el temor de que si lo hacía, descubrirían mi secreto. Al final de ese verano emprendí un viaje por Europa con mis amigos, huyendo aterrorizado de mis descontroladas hormonas. Fue en esa ocasión cuando perdí mi virginidad y me inicié en los placeres que una mujer podía darme, lo que avivó las fantasías que tenía con mi hermanastra. A partir de ahí, me embarqué en numerosas relaciones anhelando sentir con otras lo que sentía por ella.

El amor de hermanos que compartimos fue profundo, al menos antes de que la agrediera cuando la encontré con Mika. Todavía era doloroso para mí recordar que, pese a que ella me adoraba como amigo, estaba empezando a enamorarse de otro hombre. Era normal que lo hiciera, pero ¿quién entiende de razones cuando se está enamorado?

Cuando me fui a Estados Unidos, supe por Eveliina que el gilipollas de Mika se había marchado al extranjero y que ellos perdieron el contacto. Pero Mika había regresado a Finlandia hacía dos años y empezó a cortejarla otra vez. Sí, lo sabía todo de ella. Me las arreglaba para interrogar a Eve sin levantar sospechas. No se había casado todavía, y, aunque sonara egoísta, me alegraba.

Me recreé en la imagen de la hermosa mujer que había encontrado el domingo, en la emoción que sentí al verla con su ajustada falda azul celeste y su blusa blanca, del estilo romántico que tanto le gustaba. Solía arrastrarme a todas las tiendas,

probándose millones de blusas, para terminar comprando siempre ese tipo de modelos.

Un toque en la puerta me sobresaltó.

—Pase —invité.

La antigua secretaria de mi padre, Tanja, entró.

—Buenos días, señor Peltola. *Tervetuloa*<sup>12</sup> —me dijo.

—Gracias, Tanja. —Sonreí—. Anders, por favor —insistí.

—Se te ve muy bien.

—Gracias.

Luego, con la eficiencia de más de veinte años de trabajar con mi padre, anunció:

—Jyrki ya llegó, te está esperando en su oficina para la reunión con todo el equipo de dirección en el salón azul en... quince minutos —afirmó mirando el reloj.

—Gracias, Tanja.

Me quité la chaqueta; abría mi maletín cuando el móvil sonó.

Mi esposa.

—*Terve!* —saludé.

—*No me di cuenta de a qué hora te fuiste ayer* —dijo Lili.

—Lo sé, sabía que estabas ocupada, no te preocupes.

—*Necesitamos concretar lo que hablamos...*

—Lo sé. —Suspiré.

—*¿Tienes tiempo de almorzar conmigo hoy? Puedo dejar a Ella con mis padres.*

—No, lo siento, tengo una reunión toda la mañana y en cuanto termine pasaré por el hospital. —Después de una pausa, agregué—: Lo siento. Trataré de salir temprano y cenaremos juntos, ¿te parece?

—*Está bien... Hasta la tarde, entonces.*

Colgué.

«Genial, Anders, te espera un día del carajo», musité entre dientes.

Aparte de todo lo que se me venía encima en la oficina aquel día al tener que enfrentarme a todos los pesos pesados de la compañía en... —miré mi reloj— cinco minutos, tenía que rematar la faena con mi esposa en la noche, estuviera exhausto o no. Porque si algo sabía de Lili, era que una vez que se tomaba una decisión, se debía

hacer más rápido que ya. La paciencia era una de las virtudes que en mi mujer brillaba por su ausencia.

La tensión empezó a correr por mi cuello y fue bajando por mis hombros y espalda al recordar que la cosa no terminaba con mi esposa por la noche. Iba a correr mi sangre en la familia —y mucho me temía que mi madre sería la encargada de dejarla fluir— cuando tuviera que darles la noticia a todos el próximo sábado.

El conmutador sonó.

—Maldita sea —dije. La adrenalina se arremolinó en mi cabeza. Erguí mis hombros mientras abría la puerta con seguridad. «Aquí vamos, Anders Peltola, vamos a mostrarles de qué material está hecho el hijo del dueño de esta compañía».

## CAPÍTULO 4

*Martes, una de la tarde. Ulla.*

Me dirigí con pasos firmes hacia la habitación de mi padre. Cuando llegué a la puerta, vi cómo una bonachona y sonriente enfermera con uniforme azul manipulaba su vena. Ninguno de los dos sintió mi llegada. El rictus de dolor e incomodidad en el semblante de papá, el color extremadamente blanco y la fragilidad de sus brazos me impactaron. Mi padre, un pilar de fuerza y entereza. Verlo así ahora, como un niño indefenso, estrujó mi corazón.

Traté de deshacer el nudo que estrangulaba mi garganta y que hacía que mis ojos se inundaran de lágrimas. Mis recuerdos me llevaron al día en que papá se presentó ante mí por primera vez. Fue en el momento más horrible de mi vida. Mi mamá se estaba muriendo en un humilde hospital. Yo estaba sentada en un olvidado rincón del hotel donde ella había trabajado hasta que enfermó. Me sentía miserable y sola, escuchando los comentarios de sus colegas entre el chasquido de los aparejos que usaban para asear el hotel y la algarabía en la recepción. Decían que tendrían que llevarme a un orfanato cuando mi madre muriera, porque mis abuelos, quienes habían rechazado a su hija por ser madre soltera, no querían ocuparse de mí.

Lo primero que vi fueron sus enormes zapatos. Levanté la mirada y ante mí había un gigante nórdico. Silencioso y cortés. Me miró con tanta ternura que mi soledad desapareció. Recordé la alegría que sentí cuando me dijo que él era mi padre. El hombre de quien mi mamá se había negado a hablarme.

Todavía podía sentir la confianza que me transmitió al apretar mi mano mientras avanzábamos detrás del féretro de mi madre. Después, todo transcurrió como en un sueño para mí. Vivimos en un hotel de lujo en Bogotá, esperando a que él legalizara todos los papeles para llevarme a Finlandia. Fue una etapa de experiencias nuevas que disfruté intensamente, como solo una niña de siete años puede disfrutar pese al dolor de haber perdido recientemente a su madre.

Desde el principio, él habló en finés conmigo. Sin el menor bochorno por hacer el ridículo, se transformó en un mimo para que lo comprendiera, haciéndome reír. Sí, era el mejor padre del mundo. Siempre me sentí bendecida por alguien en el más allá. Pero ahora... podía perderlo.

La enfermera se dirigió a los pies de la cama para subir el cabecero. Él se volvió, y nuestros ojos se encontraron. Sonreí y me acerqué para abrazarlo y besarlo con todo mi amor, decidida a mantener viva la fe y la esperanza de que él se recuperaría. Saldríamos de esta. Los Peltola éramos una familia luchadora.

—¿Cómo estás, *isä*?

—Estoy bien, cariño —susurró con aire cansado.

—¿Dónde está Stina?

—Aquí —anunció Stina, entrando—. *Hur går det, Ulla?*<sup>13</sup> —saludó.

—Bien, muchas gracias —le contesté mientras notaba, preocupada, la fatiga en su mirada. Su hermoso pelo rubio estaba recogido en un apresurado moño, y su piel tenía cierto tono macilento.

Tratando de esconder mi compasión, le propuse quedarme con mi padre toda la tarde y toda la noche, así ella podría irse a casa a recoger lo que necesitara y descansar. Para mi sorpresa, aceptó.

Disimuladamente, observé su alta y espigada figura salir encorvada. Quise abrazarla y decirle que todo saldría bien, pero sabía que no sería bien recibida. Ya no me dolía. En todos esos años, había aceptado que ella nunca me querría. Hasta la entendía. No podía siquiera imaginar que mi querido esposo apareciera de buenas a primeras con una niña y me confesara que era su hija. Con la clara evidencia del fruto de una aventura fuera del matrimonio. Sabía que mi padre había amado a mi madre. Al menos, eso fue lo que él siempre me dijo. Y supongo que otro tanto intuyó Stina.

Mi madrastra era una mujer difícil, arrogante, un poco esnob y, en ocasiones, cruel, pero yo creía que amaba a mi padre muchísimo. Se quedó a su lado aun después del ultimátum que él le dio por mi causa: «Si mi hija no es bienvenida, saldré por esa puerta, la criaré solo, y el divorcio será la única opción entre nosotros». Sí, Stina se quedó e hizo de mi vida un infierno. Había intentado agradarla en

todo lo que podía. Incluso me ilusioné con aprender a hablar sueco, pues era su lengua materna y con la que nos hablaba en casa a todos. Pero, a medida que crecía, me fui dando cuenta de que no había nada que yo pudiera hacer; ella me detestaba. Bueno, nada era perfecto en la vida, pensé con tristeza. Por el contrario, tuve siempre el cariño de Anders y de mi padre... y luego el de Eveliina.

La voz de mi padre me sacó de mis cavilaciones.

—¿Qué dices, *isä*?

—¿Cómo está el bueno de Mika?

Tomé aire y, después de exhalarlo con suavidad, le confesé:

—De él quería hablarte. —Hice una pausa—. Estamos comprometidos. Quería decírtelo antes de informar a toda la familia.

—Ah. Enhorabuena, hija. Ya era tiempo de que tú también te organizaras. Quiero más nietos.

Cogí su mano con afecto.

—Los tendrás, *isä*.

—Mika es un buen hombre, estoy muy feliz por ti.

—Gracias, *isä*, pero, por favor, guárdame el secreto. Se lo diré a los demás después.

—Muy bien, pero tendremos que celebrarlo —sugirió.

—¿Celebrar qué? —La voz grave de Anders tensó los músculos de mi espalda y aceleró, como siempre, mi corazón a mil por hora.

*Martes por la tarde. Ulla.*

La sangre se arremolinó en mi cabeza y todo mi cuerpo se estremeció al escuchar su voz.

—¿Qué tenemos que celebrar? —insistió Anders.

¿Cómo era posible que con solo escuchar su voz todas mis ideas entrasen y saliesen en un confuso desorden y me impidieran enviar una orden clara a mi cabeza? «Contesta, Ulla, contesta. Y, por amor de Dios, date la vuelta y saludalo serena, como la mujer madura que eres».

—¿Celebrar qué? —reiteró.

Ante mi silencio, papá carraspeó y contestó con una actitud desenfadada.

—Celebrar que tú has regresado.

—Ah... ¿Cómo estás, Esko? —le preguntó a papá mientras lo besaba en la frente.

A Anders le gustaba llamar a nuestro padre por su nombre.

—Un poco indispuerto, hijo, pero nada de qué preocuparse.

Con la cara gacha y muy incómoda, sentí los ojos de Anders con insistencia sobre mí. Cuando por fin me atreví a mirarlo, detecté cierta sorpresa en su mirada severa. Como si le sorprendiera y le fastidiara verme ahí.

No sé por qué, eso me molestó.

—*Hei*, Ulla. ¿Cómo estás?

—Bien... —Mi voz sonó extraña. Tosí—. ¿Y tú?

Una irracional rabia creció dentro de mí. «Por supuesto que estoy aquí, es mi padre también, ¿no?». ¿Y por qué no me sonreía ni se acercaba a saludarme con un beso como solía hacer antes?

Mi padre y él se enzarzaron en una conversación sobre lo que pasaba en la oficina; yo, sin saber qué hacer, me quedé como una tonta sentada al lado de la cama, mirándome las uñas de mis pies, moteadas de azul. Sí, mejor me concentraba en cosas superfluas mientras recobraba el valor e intentaba hablar con él como antes.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me di cuenta cuando Anders se situó cerca de mí. Lo sentí, más que lo vi, por su aroma. A pesar de que le gustaban las colonias con olor a bergamota y limón, no podía quitarse ese aroma a bosques que siempre llevaba impregnado en él debido a sus prácticas de *suunnistus*<sup>14</sup> y a su hábito de usar ramas de abedules para azotar con suavidad su cuerpo cuando visitaba la sauna. Su aroma me transportó a los bosques del ayer y me vi con él empachándonos de arándonos azules en verano o nadando en el lago, a la orilla de nuestro *kesämökki*, divirtiéndonos con candor. La melancolía me invadió.

Me pareció que papá decía algo. Lo miré y reparé en que dos pares de ojos aguardaban expectantes.

—¿Perdón? —indagué.

—Que... me gustaría que acompañaras a tu hermano a la cafetería para que coma algo antes de volver a la oficina.

—Pero no te puedes quedar solo —argumenté, nerviosa, buscando una excusa.

—¡Ja! ¿Quién lo dice? ¿Acaso soy un niño? Voy a dormir un rato mientras ustedes comen algo —exigió mi padre, disgustado. Y haciendo un gesto con la mano, nos despachó.

Puesto que no quedaba de otra, bajamos en silencio. Yo, muy incómoda, sin saber qué hacer o decir, caminé con torpeza por delante de él, orando para que mis pies no se enredaran y no terminara de bruces en el suelo y sin dignidad.

Mi mano rozó la suya cuando ambos tratamos de pulsar al mismo tiempo el botón del ascensor. Temblorosa, la retiré con rapidez y me disculpé. ¿Dije «lo siento»? ¿Es que no podía ser más tonta?

Dentro del ascensor me sentí apabullada por su alta presencia, que lo llenaba todo; su aroma, que casi me mareaba, y el espeso silencio que iba a acabar conmigo.

Llegamos al restaurante-cafetería y, una vez ante el bufet, Anders me preguntó:

—¿Qué quieres comer? Invito yo.

—Gracias. Ya almorcé, pero me gustaría una tarta de queso con *mustikka*<sup>15</sup> y un café.

Me sonrió, clavando los ojos en los míos, y fue como si en un segundo los rayos del sol calentaran todo mi cuerpo después de haber pasado por un largo y frío invierno.

—Te gustan las tartas, ¿verdad? Adelante, coge una... o dos, si quieres.

—Gracias, pero una es suficiente —dije, devolviéndole la sonrisa.

Él cogió un sándwich de pan de centeno con salmón curado, dos botellas de agua y dos vasos. Después de pagar buscamos una mesa.

—¿Viniste en bicicleta? —me preguntó.

—Sí.

Busqué con afán un tema del que hablar.

—¿Estás contento de haber regresado?

—Sí, muy contento. Hubiera preferido que las circunstancias fueran diferentes... Es decir, adelantamos nuestro viaje por la enfermedad de papá, pero Lili y yo ya habíamos hecho planes para regresar.

—Pensé que eras muy feliz en Nueva York —afirmé.

—Lo era. Teníamos buenos trabajos los dos, pero... pretendíamos que Ella creciera en un lugar más seguro. Quería que pudiera disfrutar de la maravillosa infancia que tuvimos Eve, tú y yo.

—Entiendo.

De repente, no pude reprimir más esa dicha de tenerlo junto a mí, de saber que había vuelto para quedarse, e, impulsiva, casi le grité:

—¡Qué bueno que regresaste!

Fue una frase mágica, porque la expresión en su rostro cambió. Sus cejas se alzaron, sus ojos brillaron y su tez se aclaró; era como si algo hubiera estado dormido en él y, de forma inesperada, despertara con una energía arrolladora. Emocionada, sentí mi cuerpo vibrar en respuesta.

Entonces volvió a hablarme como el hermano del ayer, y disfruté de quince maravillosos minutos escuchándolo charlar y grabando en mi retina cada expresión de su semblante. Había olvidado el contorno de sus labios —el inferior más ancho que el superior—, la forma de sus dientes blancos, la fuerza de su mentón... De repente, un extraño calor me invadió y sentí el fuerte impulso de besarlo... hasta que la imagen de Mika se interpuso como un alto y ancho muro entre los dos.

Avergonzada, bajé la cabeza y cogí el vaso de agua con torpeza, con tan mala suerte que lo volqué sobre... Oh, maldición, sobre el puño de la camisa de Anders.

*Martes por la tarde. Anders.*

—Oh, Dios mío, Anders, lo siento —exclamó Ulla.

El efecto del líquido sobre mi muñeca fue tan inesperado como lo fue sentir el contacto de Ulla sobre mi piel. Todo en mi interior se diluyó en las manos de ella sosteniendo la mía y en su cabeza inclinada sobre mí, secando el puño de mi camisa. Cada terminal nerviosa de mi palma respondió al contacto de su piel y envió una corriente de fuego por todo mi cuerpo. La fragancia de flores de su pelo se coló por las aletas de mi nariz, embriagando mis sentidos, y

el rugido de mi corazón se intensificó, mientras que la excitación de mi vientre amenazaba con hacerme perder el control. Traté de recordar quiénes éramos y en dónde estábamos, pero las enormes ganas de coger su mano y de besar uno a uno sus dedos, perdiéndome en sus ojos, me estaban devorando.

Busqué desesperado algo que enfriara mi pasión. Respiré profundo, como si me estuviera ahogando. Pero cuando sentí que sus dedos terminaban de secarme y soltaban mi mano, me atreví.

Con los ojos fijos sobre el mantel, me atreví a retener su mano con la mía y, sin poder evitarlo, acaricié con el pulgar su palma una y otra vez, con prohibido gozo. Nada más me importó, sin embargo, cuando levanté la vista y me encontré con sus pupilas dilatadas por el miedo y la confusión, me di cuenta de que estaba cruzando una línea que no debía cruzar.

Avergonzado, le solté la mano y me incorporé con rapidez.

—Traeré más agua —espeté.

Fui hasta la vitrina bufet y cogí una jarra de agua fresca con manos temblorosas. Traté de calmar los latidos de mi corazón mientras, incómodo, observaba la evidencia de mi excitación. Esperé unos segundos y, cuando me serené, me acerqué de nuevo a la mesa. Me senté y, con aparente calma, vertí más agua en nuestros respectivos vasos.

—Lo siento, Anders. —Escuché su voz apenada.

—Eh, no pasa nada, por Dios, Ulla, fue una nimiedad —dije, más brusco de lo que pretendía.

Ella asintió en silencio y sonrió turbada. Un poco cortado, sin saber qué decir, terminé mi sándwich en silencio.

Minutos después, aprovechando que parecía encontrar más interesante la variedad de flores del mantel que mirarme, dejé vagar mis ojos por ella con placer. Me fascinó el aire de gitana que desprendía con sus cabellos recogidos en una trenza de lado que cubría uno de sus senos y subía y bajaba al vaivén de su respiración. Mi corazón se llenó de una dolorosa ternura.

¿Cómo era posible amar tanto a una mujer y no poder disfrutarlo?

¿Por qué si ese amor se había negado a morir, a pesar de todos los esfuerzos que había hecho, la vida no le daba una oportunidad?

—¿Estás segura de que no quieres otro pedazo de tarta? —indagué—. Recuerda que pago yo.

—No, segura. Pero gracias —me dijo sonriente, mirándome con el pequeño tenedor cerca de su boca.

—¿Está buena? —pregunté con mis ojos fijos en sus labios.

—Mmm, sí, muy rica.

No podía apartar mi mirada, pero cuando noté el intenso rubor que tenía, me apiadé de ella y la desvié. Tomé un sorbo de agua.

—Me temo que es hora de regresar a la oficina. —Examiné con pesar mi reloj.

—Por supuesto —respondió sin mirarme.

Cogimos nuestras bandejas y las pusimos en el carro de los restos. Abrí la puerta y, caballeroso, esperé a que ella saliera primero y la acompañé en silencio hasta el ascensor.

—Dale un beso a Esko de mi parte.

—Sí, sí, claro, lo haré —prometió.

Antes de marcharme, la cogí con suavidad del brazo, la acerqué hacia mí y, con dulzura, le di un beso en la mejilla.

—Hasta pronto. —Me di la vuelta y me marché sin mirar atrás.

### *Martes por la noche. Ulla.*

El día no fue fácil; papá estuvo indispuesto y de mal humor. No se quejaba, pero las señales de dolor en su expresión eran evidentes. Una enfermera se lo había llevado para hacerle algunos análisis mientras yo lo esperaba en su cuarto. Pese a que me sentía frustrada por no poder ayudarlo, no pude evitar sentirme ligera al pensar en Anders. Tenía la feliz certeza de que aquello que había pasado hacía cinco años ya no impedía que mi hermanastro y yo pudiéramos ser amigos otra vez. Tenía claro que amistad era lo único que podría obtener de él, y lo atesoraría. Entonces, ¿por qué mi obcecada cabeza no dejaba de evocar una y otra vez aquellos momentos de pasión que había experimentado por él en el pasado?

La primera vez que me sentí mujer tenía catorce años. Mi padre había insistido en celebrar, como con Eveliina y Anders, mi confirmación dentro de la iglesia luterana. Ese día, al bajar las

gradas disfrutando de la cadencia de mi vestido azul alrededor de mis muslos, reparé en la presencia de Anders al final de estas. Las voces y el ruido de pasos me anunciaron la llegada de los invitados, pero a mí solo me interesaba la mirada ardiente de Anders sobre mi cuerpo. Me sentí hermosa y femenina, y mis senos se hinchieron de placer.

Había invitado a varios chicos de mi clase y de la de Eveliina. A la mayoría ni siquiera los conocía muy bien. Era una chica introvertida, sin facilidad para ligar. Al contrario que Eveliina, que era extravertida y coqueta. Todos estaban locos por ella, y pensé que venían a mi fiesta para verla. Pero, para mi sorpresa, me vi asediada por numerosos jóvenes que reclamaban mi atención. Aquel día quise experimentar con alguno de ellos lo que Anders me había hecho sentir, y, al no encontrarlo, me aterroricé.

Desde ese momento, mi cuerpo fue consciente de todo en él. De su rubio pelo, que en esos días llevaba tan largo como el mío, atado en una coleta. Del aro de plata que lucía en su oreja izquierda y de ese aire de roquero. Me gustaban la seriedad y la responsabilidad que mostraba por sus estudios. Me encantaban sus bromas pícaras e inocentes. Pasaba noches soñando con que me besaba, y no podía apartar mis ojos de sus labios. Dios mío, cómo sufrí en esos días. Pensaba que estaba cometiendo un sacrilegio y que iría al infierno.

Me sentí aliviada cuando él pasó el verano viajando por Europa y luego se fue a estudiar a la universidad de Tampere. Lo extrañé muchísimo, pero focalicé mis deseos en mis estudios.

Cuando ingresé en la universidad de Helsinki, en mi desespero por encontrar a alguien que me hiciera sentir lo que sentía por él, me dejé llevar por mis locas compañeras de primer año y tuve dos experiencias sexuales. No muy agradables que digamos. Pronto descubrí que el sexo solo por sexo no era para mí, así que me dediqué a estudiar con encono.

Consciente de que mi amor por él nunca podría ser, busqué tener una relación seria para olvidarlo. Fue entonces cuando apareció Mika. Los padres de Mika eran vecinos, en esa época, de la casa de mi padre, y en ocasiones él venía a nuestras reuniones y fiestas. Era dos años mayor que Anders, y en muchas ocasiones había

notado que me miraba con admiración. No me gustaba, pero cuando terminé la universidad, me di cuenta de que, pese a su fama de gigoló, era un hombre serio y sincero. Me gustó, y sentí que con él podría tener una relación que me diera seguridad y estabilidad emocional. Además, Anders salía con Lili, y yo necesitaba a alguien con desesperación.

Y lo logró. Mika me tuvo paciencia todos esos años, y, gracias a su ternura y cariño, conseguí encerrar todos mis fantasmas, dándole una oportunidad al amor. Mika me hacía reír y soñar con tener hijos. El sexo con él era agradable, pero a veces sentía... no sé, que él deseaba más de mí. Tenía miedo a profundizar más acerca de aquello y encontrar respuestas que era mejor no responder. Sobre todo, ahora que Anders había vuelto.

El *bip* de un mensaje interrumpió mis cavilaciones al mismo tiempo que la enfermera regresaba con mi padre al cuarto.

—No más análisis por esta semana —me dijo sonriendo.

Entre las dos ayudamos a papá a subirse a la cama.

—Llámeme si necesita algo, Esko —indicó la enfermera, haciéndole un guiño a mi padre, antes de retirarse.

Después de cerciorarme de que papá estaba cómodo, me senté y leí el mensaje:

**Enviado por Mika:**

Encantado de cenar contigo restaurante hospital. Contigo, cualquier sitio. ¿A las seis?

**Enviado por Ulla:**

Muy bien. Te espero abajo. *Klo 6<sup>16</sup>*. Un beso.

A las seis en punto, a medida que me acercaba al restaurante del hospital, el olor a comida caliente me hizo darme cuenta del hambre que tenía. A dos metros de sus puertas vi al guapo hombre de cabello castaño oscuro, con corte militar, esperándome. Movía su cuerpo musculoso con soltura y refinación. El padre de Mika era alemán, y su madre, finlandesa. Mika era un hombre sofisticado y brillante. Creció hablando tres lenguas en casa, ya que sus padres se comunicaban entre ellos en inglés. También sabía un poco de sueco y de francés. A sus treinta y ocho años, era el intrépido

director de una compañía que diseñaba muebles para el hogar con estilo nórdico. La compañía había ido creciendo en exportaciones, por lo que a veces tenía que viajar muchísimo.

Sus ojos azules brillaron con ternura cuando me vio. Se acercó a mí.

—*Hei*, cariño, ¿cómo va todo?

—*Hei, rakas*. —Le di un beso fuerte.

Tomado por sorpresa, Mika trató de ahondar en el beso, pero yo lo empujé, tímida de que alguien nos viera.

Complacido de sí mismo, me preguntó:

—¿Cómo está tu padre?

—Bueno, lo ha pasado muy mal hoy. Ha estado muy irritado; por supuesto, no protesta ni se queja, pero su silencio me estaba matando.

—Lo siento, linda.

—Sí, bueno... Nadie dijo que sería fácil, y aunque no quiero que sufra, no lo podemos evitar. Esto apenas empieza. ¿Y tú cómo estás?

Llegamos hasta la mesa bufet y observé la mueca que hizo al ver la comida. A mi novio le gustaba comer bien; para él, ir a cualquier restaurante de comida barata era un sacrilegio. Odiaba las hamburguesas y la comida rápida en general. Solo aceptaba una buena pizza en un buen restaurante italiano.

Bromeé, un poco apenada:

—Vamos, cómetela con los ojos cerrados.

—No hay problema, linda —observó riendo—. ¿Qué es lo menos malo de todo esto?

—Bueno, creo que la sopa de salmón. Yo tomaré una.

—Bien, que sean dos —señaló.

Fue a pagar mientras yo servía dos platos de sopa. Volví a por dos tajadas de pan negro de malta, otras dos de pan de centeno y dos vasos de agua.

El olor a salmón aumentó mi apetito. Empecé a comer con entusiasmo.

—¿Ya le dijiste a tu familia que estamos comprometidos?

—Solo a *isä*. Al resto de la familia se lo podremos decir ambos el sábado en el almuerzo de bienvenida que Stina prepara para

Anders y su familia. ¿Te parece?

—Ah, Anders, ¿cómo está nuestro hijo pródigo?

—Eh, bien, bien.

—A tu hermano no le va a gustar.

Oculté mis ojos.

—Yo creo que sí, que estará feliz por mí. —Crucé los dedos por debajo de la mesa, esperando que la actitud de Anders hacia Mika fuera ahora diferente.

—Bueno, yo creo que los otros miembros de tu familia sí se alegrarán, incluyendo a Stina —aclaró.

—Sí, es verdad. —Stina consideraba a Mika un buen partido. Seguro que lo aprobaría.

—¿Qué dijo Esko? Me imagino que está esperando más nietos.

—Sí, se puso muy contento, y sí, me dijo que quería nietos.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué? ¿Si quiero hijos?

—¿Eres feliz?

Lo miré a los ojos y le dije, muy segura:

—Sí, soy feliz. —Sin embargo, en un pequeño rincón de mi corazón yacían sentimientos encontrados que tenía miedo de analizar. Dios, ¿qué me pasaba? ¿A qué venía eso ahora? Ya había superado lo de Anders, y Mika me hacía feliz. «Finito, Ulla. ¿Qué es lo que te pasa?».

## CAPÍTULO 5

*Miércoles. Anders.*

A diez minutos de la compañía de Esko había una manzana donde abundaban tiendas de ropa, un supermercado y pequeños restaurantes. Por recomendación de Tanja, escogí uno de comida casera. Tanto Lili como yo queríamos un reencuentro con nuestra cocina nacional. La gastronomía finlandesa, aunque simple, ofrecía una pequeña diversidad de platos sanos y exóticos. Uno de ellos era el *miukku*, un pez muy pequeño de agua dulce. Se freía en mantequilla y harina de centeno hasta que quedara crocante. Se servía con puré de patatas y una salsa blanca con eneldo.

Lili y yo teníamos antojo de ese plato. Le envié un mensaje con la dirección del restaurante y, cuando llegué, vi que ya me estaba esperando en la entrada.

Nos sentamos en una de las mesas del exterior, con una pinta de cerveza de la casa cada uno, esperando a que nos trajeran nuestra orden.

—He estado en *käräjäoikeus*<sup>17</sup>. Ya está hecho —aseguró. Me miró con sus ojos verdes y apartó con suavidad el corto flequillo que el viento enredaba en sus pestañas.

—Bien. ¿Cuándo estará listo?

—Puesto que los dos estamos de acuerdo con el divorcio, se hará efectivo en seis meses —respondió muy tranquila.

El camarero llegó con nuestro pedido. El rico olor del *miukku* se mezcló con el olor de los árboles de *koivu*<sup>18</sup>, que el viento esparcía por doquier.

—Mmm, qué rico huele —dijo Lili vivaz. Tomó los cubiertos con elegancia y comenzó a comer.

Después de un rato, le pregunté:

—¿Has empezado a mirar apartamentos?

—He visto dos. No me gustaron. Todo el mundo no ha dejado de decirme que encontrar un apartamento para alquilar en el centro de Helsinki no es tan fácil —se quejó.

—Sí, me temo que es lo que mi secretaria me ha dicho también...  
—Titubeé—. Sabes que puedes reconsiderarlo. Tú te quedas en mi apartamento, y yo busco otro más pequeño cerca. Así te puedo ayudar a diario con la rutina de Ella.

—No sé...

—Piénsatelo, mi piso es cómodo y amplio, está bien ubicado. Y puedes redecorarlo como quieras, te doy permiso. Al menos, tómalo por un año —sugerí.

—¿Y tú?

—Yo puedo encontrar otro más pequeño con más facilidad. Prefiero incomodarme yo a que Ella y tú tengan que hacerlo.

Lili suspiró y me dijo:

—De acuerdo. Muy bien, acepto. Gracias, Anders.

—Eres la madre de mi hija, y me gustaría creer que también soy tu amigo.

—Lo sé —declaró sonriendo, sin resentimiento—. He visto una guardería para Ella. Me gustó su método y lo que me dijo la profesora. Se les habla a los alumnos en sueco y en finés. Tiene un bosque detrás. Perfecto para que los niños puedan hacer excursiones y estén en contacto con la naturaleza. ¿O tienes alguna otra preferencia? ¿Te gustaría una guardería donde le hablen en inglés?

—No, estoy de acuerdo contigo, quiero que Ella vaya a un colegio en finés o en sueco. Y me gusta mucho que pueda estar en contacto con la naturaleza.

Durante cinco minutos continuamos comiendo en un agradable silencio. Sí, nuestro matrimonio llegaba a su fin. Sin remordimientos ni recriminaciones. Ambos sabíamos que no había amor entre los dos. Dios sabía que había hecho todo lo posible.

Observé a la pragmática mujer con la que me había casado. Era muy atractiva e inteligente. Brillante, diría. Un poco fría, pero era una buena madre con Ella.

En los últimos dos años no había habido intimidad entre los dos. Estaba seguro de que Lili no se había reprimido y había tenido sus amantes. En mi caso, aparte de que el recuerdo de Ulla vivía en mí, estaba cansado de ligues fáciles. Además, respetaba mi matrimonio, aunque sonara anticuado. No juzgaba a Lili. Si ella había sentido

que eso era lo que necesitaba hacer, lo respetaba. Solo podía controlar mis propias acciones, e hice lo que consideré correcto.

Ahora ambos habíamos decidido terminar nuestro matrimonio. Esa etapa de mi vida había concluido, pero quedaba una niña preciosa a la que amábamos con todo el corazón. Por el bien de Ella, nuestra relación sería lo más amistosa posible, los dos lo teníamos muy presente.

Acabamos de almorzar, y acompañé a Lili hasta donde había estacionado el automóvil.

—¿Irás al hospital hoy? —me preguntó.

—No, hoy saldré muy tarde de la oficina. Mañana —le contesté.

—Muy bien, ¿te esperamos a cenar?

—Sí —confirmé mientras cerraba la puerta de su vehículo—. Recuerdos a tus padres.

Lili y Ella se estaban quedando en la casa de los padres de Lili. Yo trataba de cenar con ellas todas las noches, por mi hija.

Permanecí un rato observando cómo se alejaba el vehículo de Lili hasta que dio vuelta en la esquina, rumbo a Helsinki.

Antes de entrar en la oficina, disfruté de una larga caminata por la frondosa arboleda al lado de Melogi Oy. Aspiré el olor de la naturaleza mientras un extraño sentimiento de paz llenaba mi corazón. Al día siguiente por la mañana tenía planeado ir al hospital. Me había enterado por Eveliina de que Ulla iría temprano a sustituir a mamá. Así que, aunque sabía que no era muy sensato de mi parte, y quizá hasta un poco masoquista, aprovecharía cualquier momento en el que pudiera verla y hablar con ella. Y al diablo con las consecuencias.

### *Jueves por la mañana. Ulla.*

Salí a correr muy temprano con el propósito de poner rumbo al hospital antes de las nueve de la mañana. Había arreglado con Stina quedarme con papá hasta el mediodía. Lo prefería a la tarde.

Sí, cobarde.

Quería evitar otro encuentro sorpresa con Anders, segura de que las horas de visita fáciles para él eran después del mediodía.

Iba en mi bicicleta, acompañada por un cielo abierto despojado de nubes y sin rastros de sol. Llegué al estacionamiento y aparqué mi inseparable medio de transporte. Le puse el candado. Cuando me dirigía a las familiares puertas de entrada del hospital, vi a Anders acercándose a ellas.

Pese a que nuestra relación había dado un nuevo giro, no pude evitar sentirme inquieta por la lucha de sentimientos y pensamientos que se generaba en mí cada vez que lo veía. La timidez de costumbre paralizó mi cuerpo; el encarnado músculo de mi pecho corrió, como siempre, a mil revoluciones por minuto y se detuvo abruptamente cuando tuve a Anders frente a mí. Me sonrió con esa infinita dulzura que despertaba en mis anhelos prohibidos. Era consciente de mis manos agarrotadas en torno al bolso que llevaba, mientras trataba de fingir una calma y una seguridad que no sentía.

—*Huomenta*<sup>19</sup>, Ulla.

Me asió con suavidad del brazo y sentí su aliento tibio en mi mejilla cuando me besó. La brisa fresca de la mañana correteó entre nuestros cuerpos y estremeció mis pensamientos. ¿O fue el beso de Anders?

Navegué en su mirada y fui incapaz de apartar mis ojos de los de él; tampoco pude articular palabra. Escuché una voz a lo lejos que decía... ¿Qué me decía?

—*Huomenta* —respondí insegura, como en trance. Seguí sumergida en el cielo gris de sus ojos y olvidé que estábamos en la entrada de un hospital.

—*God morgon!*<sup>20</sup>

La voz helada de Stina me sobresaltó. Anders y yo nos volvimos hacia ella. Con esa calma que lo caracterizaba, él la besó en la mejilla mientras yo fingía una sonrisa y esperaba mi turno para darle un beso igual de fingido. El resentimiento al verme con su hijo era palpable. Siempre se había mostrado celosa del cariño de hermanos que Anders y yo compartíamos, y, aunque había aprendido a ignorarla en el pasado, en esos momentos me incomodó.

—¿Cómo estás, madre? ¿Vas a alguna parte?

—Sí, tengo prisa. Me preguntaba qué había retardado a Ulla, pero, segura de que venía en camino, decidí partir —recalcó Stina mirándome acusadora.

Antes de que yo pudiera decir nada, Anders habló:

—Me temo que yo la entretuve un momento, madre.

—Bien, te dejo encargada, Ulla. Almorzaré con Dora cerca de la floristería y, tan pronto como pueda, volveré.

—No te preocupes, Stina, tómate el tiempo que necesites —la tranquilicé.

Se alejó malhumorada sin contestarme. Anders, suspirando sin decir nada, me empujó con su mano, instándome a entrar.

Cuando llegamos a la habitación, papá desayunaba; no presentaba muy buen aspecto, pero al menos hacía el esfuerzo de alimentarse, como el médico había decretado.

—*Huomenta*, Esko —lo saludó Anders, y lo besó en la frente.

—*Terve*, hijos.

—*Hei, isä*. ¿Cómo te sientes hoy? —pregunté.

Me senté en una silla al lado de la cama mientras miraba, preocupada, su rostro pálido. Anders se situó detrás de mí y apoyó ambas manos en el respaldo.

—Tengo un torbellino en el estómago, pero, por lo demás, bien.

—¿Te duele algo?

—Bueno... Estoy fatigado. ¿Cómo va todo en la oficina? —inquirió mirando a Anders.

—Estoy aprendiendo con rapidez, no te preocupes por nada, Esko. Tanja te envía muchos recuerdos.

—Dale mis recuerdos también. —Sonrió.

Mientras ambos hablaban, el roce del vientre de Anders detrás de mí me turbaba. Los altibajos de su respiración y el ligerísimo toque de su mano sobre mis cabellos hacían que sintiera un cosquilleo por toda la espalda.

—¿Qué pasó con los pedidos de Noruega y Suecia? —demandó la voz de papá.

—Ya me estoy encargando de eso. Tu concéntrate en recuperarte, Esko —apuntó Anders.

—¿Pudiste hablar con el señor Martinsen y explicarle qué ocurrió? Anders suspiró impaciente.

—Ya te dije que no te preocupes. Jyrki y yo lo estamos solucionando. Tengo que irme. Cuídate, Esko. —Le dio un beso a

papá en la frente al mismo tiempo que sus piernas rozaban mis rodillas.

Mi respiración se quedó en pausa.

Después se volvió hacia mí y, besándome en la mejilla, me susurró juguetón: «Pórtate bien».

Y se fue, dejándome con la sensación de que se había llevado toda la diversión del día con él.

### *Jueves al mediodía. Anders.*

Un pícaro sol decidió jugar con sus rayos toda la mañana, mostrándolos y escondiéndolos sin permitirnos disfrutar de ellos a plenitud. El viento, sintiéndose libre y poderoso, retozó con los cabellos de todos los transeúntes, los árboles, las flores y la superficie del lago de Gallträsk en Kauniainen.

Me ajusté mi americana, arrepentido de no haberme puesto una chaqueta más gruesa. Encontré el bar restaurante que mi amigo Johannes me había apuntado y entré en él, respirando el acostumbrado olor a cerveza y alcohol. Me dirigí hacia el fondo, siguiendo las indicaciones que señalaban cómo llegar al comedor.

Un hombre alto de ojos verdes se puso en pie y me hizo señas para que me acercara desde una mesa. Lo reconocí al instante.

—Anders Peltola, *terve* —dijo, abrazándome con alegría.

—Johannes, *moro*<sup>21</sup>. —Lo saludé golpeando con entusiasmo su estómago—. Tiempo sin verte, hermano.

—Sí, pensé que jamás regresarías de la tierra de los yanquis.

—Pues ya ves, otra vez aquí.

—Bien, vamos a comer. —Nos dirigimos al bufet.

Una vez sentados uno enfrente del otro con nuestros platos y cervezas, nos enzarzamos en una interesante charla sobre nuestros tiempos de la universidad. Hasta que llegó la hora de hablar de nuestras familias y del trabajo.

—Qué lamentable, Anders, lo siento.

—Sí... Tengo fe en que se recuperará —manifesté.

—Bien, tu padre es un hombre fuerte.

—¿Qué me dices de ti? —pregunté, sin querer profundizar más en la enfermedad de papá.

—Pues me divorcié hace dos años y ahora estoy buscando pareja por Internet. Lo que me recuerda... Tú tenías dos preciosas hermanas, especialmente esa de exóticas facciones... Ulla, ¿verdad?

Me tensé un poco.

—Pues lo siento, amigo. Eveliina está casada, y Ulla... tiene novio.

—Ah, *perkele!*<sup>22</sup>

—¿Qué estás haciendo ahora? —dije, cambiando de tema otra vez.

—Soy periodista *freelance* y doy clases de periodismo a media jornada.

—¿Sigues practicando *suunnistus*? —traté de averiguar.

Nos habíamos hecho amigos en la universidad cuando formábamos parte del mismo grupo de *suunnistus*.

—Sí, tenemos un buen equipo ahora y necesitamos un nuevo miembro. ¿Te interesa?

—Sí, hombre, me encantaría volver a estar en forma.

—¿No estás practicando nada?

—Sí, bueno, sigo nadando dos o tres veces por semana, y en invierno esquío. La próxima semana retomaré mi rutina.

—Bueno, pues los lunes el grupo se reúne (ya sabes, Keijo y Tuomo) a jugar *tietokilpailu*<sup>23</sup> en el bar Janoinen Lohi, en Töölö, después de nadar en el gimnasio que queda cerca. Bienvenido si quieres —me invitó.

—Claro que sí, gracias, me gustaría mucho.

El tiempo pasó volando y, después de otras dos cervezas, rematamos con café para luego dirigirnos caminando a nuestros propios asuntos. Pero, antes de irse, Johannes preguntó:

—Dime, Anders, ¿cómo está Lili?

—Bueno... —Tras hacer una mueca, respondí—: Me temo que nos estamos divorciando.

—Ah, ¿qué pasó, amigo?

Suspiré.

—Supongo que se acabó el amor.

—Te entiendo... Lo siento —se lamentó.

Nos despedimos, y regresé al trabajo más animado. Siempre era agradable charlar con los viejos amigos, eso me ayudaría a establecerme.

La mención de mi divorcio me recordó que necesitaba decírselo a mi familia. Sabía que mi madre no estaría muy feliz, es más, montaría en cólera y quizá haría uno de sus acostumbrados dramas. Pero el primero en saberlo debería ser Esko. Después, ya encontraría la forma de neutralizar a mi madre. Suspiré cansado. Mucho me temía que cuanto más rápido lo hiciera, mejor para todos.

## CAPÍTULO 6

*Viernes por la tarde. Anders.*

Fin de las faenas en la oficina por aquel día. Qué alivio. Bueno, no totalmente; todavía tenía que revisar unos documentos esa noche y enviarle la información a Jyrki, a más tardar, el sábado por la mañana.

Enfilé la autopista Turunväylä con rapidez. Bajé las ventanas del Volvo para respirar la brisa. Eran las seis de la tarde, y el flujo de automóviles a esa hora era grande, por lo que me tomaría más tiempo llegar al hospital. Cuando arribé a Helsinki, exhalé resignado al disminuir la velocidad y detenerme ante los semáforos. Cansado, observé el cielo azul, que confería un alegre fulgor a los edificios modernos de esa parte de la ciudad, y los verdes tranvías, circulando con su habitual lentitud entre coches y buses que aceleraban con prudencia sin usar el claxon.

Dejé el coche en el estacionamiento y me dirigí un poco nervioso al cuarto de papá. Consciente de que no podía posponerlo más, planeaba informarle sobre mi divorcio esa tarde, y a la familia, el sábado en el almuerzo de bienvenida que Stina preparaba para Lili, Ella y yo.

Lili había hecho lo que había podido para no dejar entrever nada en las conversaciones con mi madre por teléfono, pero me había advertido, y con razón, que no quería asistir a esa celebración.

Crucé el umbral del cuarto de Esko ansiando tropezarme con Ulla, aunque sabía que ella llegaría cerca de las siete, lo que me daría tiempo para hablar con mi padre antes. Pero con quien me tropecé fue con mi madre, que salía en ese momento.

—*Hej, älskling*<sup>24</sup> —saludó mamá.

—*Hej, mamma.*

—Qué bueno que llegaste, así tu padre no se queda solo hasta que venga Ulla.

La besé en la mejilla, asintiendo.

—Nos vemos mañana —manifestó, y salió.

Me acerqué a papá, que sostenía un libro sobre su regazo. Lo besé en la frente.

—*Hei*, Esko. —Desde niño me había gustado llamarlo por su nombre. Comenzó como una broma un verano en que trabajamos juntos construyendo una valla para nuestro *kesämöki*. Me había parecido divertido pretender que era de verdad mi jefe y llamarlo por su nombre para presumir ante mis amigos. De regreso a Helsinki quise mantener ese aire de compañerismo que se había dado entre nosotros dos y seguí llamándolo Esko. A él parecía gustarle.

—*Terve*, hijo —respondió con voz débil—. ¿Cómo va todo en la oficina?

—Bien, bien. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido todo hoy? —No se veía muy bien.

—Bueno, mejor de lo que se podría esperar, hijo.

—Lo siento —observé apenado.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Escucha, Esko, necesito decirte algo.

—¿Qué pasa?

—Bueno... Tiene que ver conmigo; Lili y yo nos estamos divorciando. —Ante el silencio de mi padre, continué—: Lo teníamos decidido desde antes de llegar a Finlandia y ya habíamos hecho los acuerdos con un abogado. Compartiremos la custodia de Ella.

—Lo siento, hijo... No tienes que decirme más, es asunto suyo.

—Gracias, papá. No digas nada a la familia. Lo mencionaré mañana en el almuerzo.

—Como prefieras.

Lo vi tan débil y decaído que no sabía si molestarlo con más preguntas, pero Esko me miró a los ojos.

—*Mitä?*<sup>25</sup>

—Necesito ver los títulos de valores de las inversiones que se han hecho en Noruega y en Suecia. Jyrki dice que tú las tienes, pero no las encuentro.

—Están en la caja fuerte de la oficina. Las llaves del compartimento y la clave las encontrarás en el buró de mi estudio, en casa, en el segundo cajón de la derecha.

—Bien, gracias. —Miré el reloj, sabiendo que en cualquier momento Ulla llegaría.

Me acomodé en el asiento que había junto a la cama de Esko. Estaba ansioso por verla.

¿Qué podía decir? ¿Que era patético? Sí, ahí estaba yo, prisionero de los pocos momentos en que podía verla y hablar con ella, así fuera como su hermanastro. Aguardando a que me rozara, aunque fuera por accidente.

Suspiré con un poco de fatalismo. La verdad era que conservar de ella al menos esos esporádicos momentos me hacía tan feliz que no me importaba aferrarme a cualquiera de ellos.

### *Viernes. Ulla.*

Llegué al hospital. Otra vez me quedaría a pasar la noche con papá. Por el momento era la única que tenía tiempo de sobra para relevar a Stina. El hospital no era sitio para una mujer embarazada como Eveliina, y Anders... bueno, ya tenía suficientes responsabilidades. Le puse candado a mi bici, me quité la mochila que llevaba a mis espaldas con mi pijama, cepillo de dientes, un cepillo para el pelo y un libro, y la colgué sobre mi hombro derecho. Me quité el casco y lo até a un tirante de la mochila. Mi estómago rugió con ferocidad por el hambre, y me prometí comer algo en la cafetería mientras mi padre veía las noticias por televisión.

Estaba a punto de pasar al interior de la habitación cuando escuché la voz de Anders hablando con él.

Oh, oh. Respiré profundo al tiempo que veía a Anders a los pies de la cama de papá cuan alto era, perfecto para una película sobre un gigante vikingo. Mis rodillas comenzaron a temblar cuando él vino a mi encuentro, sonriéndome con dulzura. Sí, no lo podía evitar: cuando él me sonreía así, sentía que las neuronas de mi cerebro salían disparadas sin control, chocando unas con otras e impidiéndome pensar con coherencia, por no hablar de caminar con elegancia.

Esa mirada cariñosa de antaño se hallaba otra vez ahí, y quería disfrutarla, saborearla y conservarla dentro de mí. Sabía muy bien lo que esa mirada podía hacerme cuando mostraba frialdad, y no

quería volver a verla y pasar por el infierno que ya había pasado. Así que, a pesar de mi turbación, también me sentía feliz.

Ese gigante llegó ante mí y me besó en la mejilla. Y esta vez yo también lo besé. Aspiré su colonia con placer, y algo en mi vientre se agitó.

—*Terve*, Anders —pronuncié con tono irregular.

—*Moro*, Ulla.

Intenté controlar mi excitación y me acerqué con torpeza a mi padre. Me agaché y lo besé en la mejilla sintiendo los ojos de Anders sobre mí.

—*Hei, isä*.

—*Terve*, hija.

—¿Cómo te has sentido hoy, cariño? —le pregunté con dulzura mientras me sentaba en la silla junto a la cama.

—Bueno, he tenido un día bastante interesante. ¿Sabías que hay un grupo de música buenísimo en este hospital?

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de música interpreta? —Anders continuaba mirándome con tanta fijeza que me pregunté si tenía algo raro en el rostro. Pasé la mano por mi mejilla izquierda, limpiándomela, por si acaso. No me maquillaba mucho, y en vacaciones no usaba nada, así que no podía imaginarme qué podría tener.

—Tangos y vales —respondió papá—. Pasaron y tocaron en todos los cuartos.

—Me alegra que te divirtieras hoy —aseguré, azorada, con la insistente mirada de Anders sobre mí.

—¿Todavía tocas la guitarra, hijo? —curioseó Esko, incluyendo a Anders en la conversación.

—No, me temo que no soy muy bueno para los instrumentos —explicó Anders con una mueca.

—*Kyllä*<sup>26</sup>, es verdad. —Papá rio—. Creo que, contigo, tú madre y yo tiramos el dinero a la basura con esas clases de guitarra.

—Oh, no lo creo, Esko —aclaró Anders con una sonrisa—. Me divertí horrores con mi banda de música en el colegio, aun cuando ellos miraban mi guitarra con desconfianza y pena.

Se sentó en una silla a mi lado y, con los codos apoyados en sus rodillas, se pasó las manos por el rostro en un gesto de cansancio.

—¿Ya comiste, hijo?

—No, todavía no.

—¿Y tú, Ulla?

—Tampoco, papá.

—Bien, ¿a qué esperan? Vayan a comer algo. Yo quiero ver las noticias —indicó mi padre, despachándonos con la mano.

Abajo, en la cafetería, contenta y, al mismo tiempo, un poco tímida, inspeccioné el menú al lado de mi guapo hermano.

—Invito yo —mencionó.

—¡Ah, no! Esta vez invito yo —protesté, y mi voz sonó más fuerte de lo que pretendía.

—Está bien, está bien. Mandona —me dijo con seriedad.

—Eh, no es verdad... —Cuando lo vi sonriéndome y mirándome con travesura, mi corazón se aceleró, y las mariposas en mi estómago se alborotaron con satisfacción.

Con torpeza, deposité sobre una bandeja una ensalada de salmón ahumado y pan de avena. Anders cogió lo mismo, y nos dirigimos a la caja.

Buscamos una mesa para dos y nos sentamos a comer en silencio. Levanté mis ojos hacia él y me permití zambullirme en el gris de su mirada. Experimenté, oh, Dios, una extraña tensión que se instaló en todo mi abdomen. Campanas de alarma repicaron en mi cabeza, pero pulsé el botón de *mute* y me regodeé en tenerlo junto a mí, en dejar que esa mirada quemara mi cuerpo por unos minutos clandestinos.

Pero, aterrizando en la dura realidad, rompí el silencio y le pregunté:

—¿Cómo está Lili?

—Bien, acomodándose.

—¿Y Ella? Háblame de ella.

—Es un duendecillo lleno de energía. Es un poco tímida. Mucho me temo que heredó el mal de los Peltola. Ya la conocerás el sábado.

Yo sonreí, instándolo a continuar.

—Pronto irá a la guardería. Lili quiere uno en el que le hablen en sueco y finés.

—¿Iba a una guardería en Nueva York?

—Sí, pero no creo que tenga dificultades para adaptarse aquí. Las lenguas no serán un problema para ella. En casa yo le hablo en sueco, y Lili, en finés.

—No, supongo que no.

—Bueno, cuéntame: ¿y tú? ¿Eres feliz? —me preguntó.

Me quedé mirándolo unos segundos sin pronunciar palabra. Después bajé la mirada hacia mi ensalada y respondí:

—Sí, supongo que sí, tengo muchas cosas por las que ser feliz.

—¿Supones? ¿No estás segura?

—Bueno, sí. Me encanta mi trabajo. —Decidí irme por temas más seguros—. Adoro ser profesora de niños especiales, me gusta verlos crecer ante mis ojos, día a día, y tener el reto de ayudarlos a asimilar conocimientos que son difíciles para ellos. Me gusta su inocencia, su ausencia de maldad...

Anders me escuchaba sin interrumpirme, entre bocado y bocado, con evidente interés. Hice a un lado mi plato de ensalada, sabiendo que ya no quería comer más, mientras observaba cómo él daba cuenta del suyo. Cuando acabó, miró mi plato sin terminar.

—¿No quieres más?

—No, ya tuve suficiente.

Cogió mi plato y terminó todo lo que había en él mirándome a los ojos. Lo sentí tan íntimo, tan sensual que me ruboricé hasta la raíz del cabello. Confusa y con movimientos torpes, me incorporé murmurando:

—Voy a por una taza de té. ¿Quieres algo?

—Té, por favor.

Cuando regresé, nos tomamos el té en silencio. Noté que el cansancio en su rostro no había desaparecido.

—Creo que es hora de que te vayas a casa a descansar, Anders.

Sonriéndome pesaroso, me dijo:

—Estoy muerto... Y todavía tengo que ir a buscar unas cosas que están en la casa de Esko.

—¿No puedes esperar hasta el lunes?

—Me temo que no. —Suspiró—. Tengo que enviarle una información urgente a Jyrki mañana a primera hora.

—Eh, no dejes que te abrume. Sabes que él es un *workaholic*.

—Lo sé, pero esta vez él lleva todo el peso con lo de papá...

—Anda, vete.

Salimos del restaurante y lo acompañé hasta las puertas de salida. Dobló su larga figura y me besó en la mejilla. Luego sentí su mano acariciar con delicadeza el punto donde me había besado. Subió los ojos, que se detuvieron en los míos un segundo.

—Nos vemos mañana, *älskling* —se despidió. Y se marchó.

Yo no le respondí, porque el nudo que oprimía mi garganta me impidió emitir palabra.

### *Viernes por la noche. Anders.*

Eran cerca de las diez de la noche cuando estacioné el coche frente a la casa de mis padres. Me bajé y me recosté con cansancio contra la capota del vehículo. El fulgor de la noche blanca perfilaba la familiar verja de hierro que cercaba el jardín delantero. Observé la pintura raída de sus puertas y la inclinación de una de ellas, rozando el suelo, que señalaba que necesitaba ser ajustada. El hálito de la noche sopló, removiendo mis cabellos, y el olor a mar se coló en mi nariz. La imagen de dos niños jugando en una noche como esa, muchos años atrás, acudió a mí.

Todavía podía escuchar los pasos titubeantes de una desgarrada chiquilla que nos perseguía a mis amigos y a mí por los alrededores del barrio mientras gritaba: «*Odota mua*<sup>27</sup>, Anders, *odota mua*, quiero ir contigo». Y yo esperaba por ella y luego la tomaba de la mano bajo la desaprobadora mirada de mis compinches de juegos.

El ruido de la puerta al abrirse me trajo a la realidad. La voz de mi madre me preguntó:

—¿Entras, hijo?

—*God kväll*<sup>28</sup>, *mamma*. —Entré y la besé.

—¿Té o café?

—A esta hora prefiero té, gracias.

Fatigado, la seguí a la cocina. Escuchaba el zumbido del agua hirviendo en la tetera y el sonido de las tazas al rozar la mesa mientras escrutaba su afligido semblante. Sentí pena por su historia de amor con mi padre. ¿Qué había tenido la madre de Ulla para que Esko la amara a ella y no a la mía? ¿La indiferencia con que papá la

había tratado todos estos años tenía que ver con la madre de Ulla? ¿O había algo más que como hijo no comprendía? Me hubiera gustado hablar libremente con mi padre acerca de aquello, pero era tan reservado, y, además... Bueno, se trataba de su intimidad, y yo respetaba los límites que él quería poner. Por otro lado, podría morir... y yo nunca conocería sus miedos, sus verdaderos sentimientos acerca de tantas cosas. Quizá ahora que estaba enfermo se abriera más a mí.

Mi madre era otro asunto. Podía ser manipuladora y dominante. Por muchos años tuve lástima de la necesidad demandante de ser amada por Esko, y eso me llevó, me temo, a tratar de complacer todos sus caprichos, lo que le dio la errónea idea de que podía manejarme a su antojo. Dejarme presionar por ella para casarme con Lili fue uno de mis errores. Aunque la culpa no residió toda en mi madre; tenía que aceptar que era un adulto responsable, y mis decisiones en aquellos momentos resultaron convenientes para mí.

¿Cómo habría sido Victoria? Ulla pocas veces hablaba de ella, aunque siempre llevaba consigo una fotografía de las dos, tomada unos meses antes de morir. Sí, recordé que me había parecido una mujer muy guapa. Quizá fue dulce y generosa como Ulla. Qué ironía, pareciera que los varones Peltola estuvieran destinados a amar a las mujeres Suárez.

El olor de la canela alertó mis cansados sentidos.

—¿Un bollo de canela? —me tentó mamá con picardía.

—Que sean dos —acepté con mofa.

—¿Y cómo está mi nieta?

—Bien, la próxima semana empezará a asistir a la guardería.

—¿Y Lili?

—Bien.

—No ha ido a ver a tu padre —indicó con un tono de reproche.

—Sí, bueno, ha estado ocupada... Escucha, madre, no dispongo de mucho tiempo. Voy a buscar algo que necesito en el estudio de Esko y me iré pronto —aclaré, incorporándome con rapidez, con la mitad de mi bollo de canela en la mano. Lo cierto era que no quería hablar de Lili con ella.

La besé en la coronilla y salí de la cocina mientras ella le hablaba a mi espalda:

—Muy bien, hijo, estás en tu casa.

Localicé las llaves y la clave de la caja fuerte y partí rumbo a mi hogar.

Agotado, dejé las llaves en una mesa del recibidor y mi maletín en un sillón. Sentí que el agradable silencio me envolvía y aliviaba un poco la tensión de mis hombros. Suspirando con resignación, llamé a Jyrki, quien, sorprendentemente, me dijo que podíamos revisar los documentos el lunes y que me olvidara del trabajo durante todo el fin de semana.

Poco imaginaba en ese momento que abrir una caja para revisar ciertos documentos importantes no sería una simple acción cotidiana. Poco imaginaba en ese momento que abrirla daría un viraje trascendental a mi vida, cambiándola para siempre.

## CAPÍTULO 7

*Sábado, doce y media. Ulla.*

El agitado viento que venía del oeste peinaba y despeinaba los árboles en derredor. A unos cinco minutos del mar, la casa de papá y Stina recibía el embate directo de ese frío viento con estoicismo. Mika y yo nos ajustamos nuestros suéteres de verano mientras nos dirigíamos hacia su porche.

Pensé en papá, que seguiría la reunión familiar desde el hospital a través de videoconferencia. Bendita fuera la era de los ordenadores. Darle la bienvenida a Anders no era la única razón para la esperada tertulia familiar. Todos queríamos arropar a papá con nuestro cariño, aunque él se debatiera entre la debilidad y el dolor en el hospital.

—*Välkommen*<sup>29</sup>. Pasad, por favor —saludó Stina—. No se quiten las chaquetas, almorzaremos en el vergel.

Después del saludo de rigor, seguimos a Stina hasta el huerto. En él, la vieja mesa larga que había soportado muchos veranos estaba dispuesta con sencillez y elegancia; típico de Stina. La cubría un alegre mantel de Marimekko, y, sobre él, flores frescas en el centro, con diferentes tipos de carnes frías, vegetales y el irremplazable salmón ahumado rodeándolas.

La fragancia del césped recién cortado se mezcló con el agradable aroma de un cocido caliente que venía de la cocina.

—Por favor, tomen asiento —invitó Stina, volviendo su mirada hacia la pequeña estancia a cubierto del huerto—. ¿Algo para beber? ¿Vino blanco? —ofreció.

—Gracias, Stina, pero prefiero esperar al almuerzo —aclaró Mika.

—Vino para mí, gracias —acepté. Necesitaba arrojo para enfrentar a Anders y a Lili cuando llegaran.

Mika y yo acompañamos a Stina de camino a la cocina.

—¿Te puedo ayudar con algo? —le consulté.

—Gracias, puedes llevar el pan y el agua a la mesa, por favor.

En la cocina, en una mesa redonda de madera blanca, entre platos, vasos y cubiertos, se encontraba un portátil con la figura de

mi desmejorado papá en la pantalla.

—*Hei, isä* —saludé.

—*Hei, kulta*<sup>30</sup>.

—*Terve, Esko* —saludó Mika.

—¿Cómo estás, Mika?

—No tan bien como tú, pero ahí voy... —bromeó.

Claramente sin fuerzas, papá esbozó una sonrisa.

—Te están haciendo pasar un mal rato, ¿verdad? —agregó mi novio.

—Bueno, nada que un buen partido de golf o de fútbol por televisión no puedan curar —opinó papá.

Dejé a los dos conversando y me dirigí al jardín con dos bandejas llenas de hogazas de pan de centeno, pan de avena y pan de cebada, y con un desasosiego en el corazón al haber observado el malestar que papá pretendía ocultar.

Me detuve a observar los rayos del sol que iluminaban suavemente cada recodo del jardín. La casa de muñecas en donde numerosas veces jugué y peleé con mi hermana reposaba a lo lejos llena de vida y color. En su interior debía de estar todavía el juego de té de porcelana que mi padre me compró cuando cumplí ocho años. Cuidé cada tacita con tanta devoción que el día en que Eveliina rompió una de ellas por accidente me llené de una furia tan intensa que hizo que ella, por primera vez, me mirara asustada. Ese incidente marcó la diferencia en nuestra relación, porque cuando vi lo mal que ella se sentía, llegué a la conclusión de que un juguete valía menos que la amistad de mi hermanastra. Así que, controlando mi ira, acepté sus disculpas y la abracé. Después de eso, Eve empezó a portarse mejor conmigo.

Me sentaba en los escalones de la estancia que desembocaban en el jardín, exponiendo mis piernas al escaso sol, cuando una lejana algarabía me anunció que las *pulgas* de Eve habían llegado. El tabaleo de pasos ligeros terminó cuando un par de piecitos se retreparon en mi regazo y dos pequeños brazos envolvieron mi cuello, al mismo tiempo que yo estrechaba aquel cuerpecito contra mí y aspiraba la fragancia de fresa del champú para bebé de su pelo.

—Tía Ulla, tengo un *hámse!*

—¿Un hámster? Guau... ¿Y cómo se llama?

—*Niisku*<sup>31</sup>, porque es un niño —explicó Antti en su jerigonza.

—Pero qué nombre más bonito has escogido —le aseguré, besándolo.

Eveliina y Kalle entraron detrás del pequeño *Eko*, como todos lo llamábamos cariñosamente, de dos años. Antti puso sus zapatos sobre mi falda mientras me pedía que lo montara en *selkäreppu*<sup>32</sup>.

—Antti, bájate de ahí. No ensucies la ropa de la tía Ulla. Hola, cuñada —me dijo Kalle, y me dio un beso en la mejilla.

—Déjalo, no te preocupes. —Me levanté y subí a Antti a mis espaldas.

Mi hermana se acercó y me dio un beso cálido.

—Hola, cariño.

—Hola. El embarazo te sienta bien —exclamé, apreciando el brillo de sus ojos azules y su largo cabello rubio.

—Sí, bueno, pero sus hormonas me están enloqueciendo —se quejó Kalle con una mueca.

—Eh, no es verdad. Soy una buena madre y una esposa ejemplar —protestó Eve, ofendida.

—Sí, es cierto, *rakas* —declaró Kalle, besándola.

Con Antti a mis espaldas, me acerqué al pequeño *Eko* y lo tomé de la mano.

—Hola, *pulga*. ¿Y tú, cómo estás?

—Saluda a la tía Ulla, *Eko* —lo presionó Eve, con ternura, ante el tímido silencio del niño.

Mika y Stina aparecieron. Stina puso el ordenador sobre la mesa, y Kalle y su familia se acercaron a saludar a papá.

Unos minutos después, Stina regresó a la cocina, mientras que Kalle y Mika se dedicaban a hablar sobre deportes con mi padre. Eve y yo nos pusimos a jugar con los niños en el vergel hasta que escuché la voz de Anders, que venía del interior. Mis manos comenzaron a sudar, y sentí mis piernas como un flan. Disimuladamente, me senté sobre la hierba intentando aparentar serenidad.

Anders y su hija llegaron hasta el aposento cubierto escoltados por Stina. Esperé con aprensión la aparición de Lili, pero ella no se

presentó. Anders saludó a todos mientras yo lo detallaba de reojo desde el centro del prado. Llevaba una cazadora de cuero azul oscuro con una camisa blanca de manga larga, cuyos puños asomaban al final de la chaqueta. Su alta figura y sus anchos hombros parecieron invadir todo el espacio a su alrededor. Tensó sus mandíbulas cuando le ofreció la mano a Mika con cortesía. Dios mío, dos especímenes con raíces ugrofinesas mirándose retadores. Los dos estaban guapísimos y amenazadores. De repente, mi novio se giró hacia mí y, con una actitud desenfadada, me guiñó un ojo. Noté que Anders apretaba con más fuerza su mentón.

Mi hermanastro cogió a Ella de la mano y vino hasta mí; puso sus labios en mi pómulos con delicadeza, y yo, embebiéndome en su fragancia, le devolví el beso. Con timidez busqué sus ojos, que, sonrientes, se encontraron con los míos. Esa mirada me llegó a lo más profundo. Entonces, se apartó y situó a la niña frente a mí.

—Mi hija, Ella. —La tía Ulla, duendecillo.

Emocionada, me puse de cuclillas a la altura de la niña y la abracé y la besé.

—Gusto en conocerte, Ella. Soy la tía Ulla.

Una versión en miniatura de Lili me abrazó y me besó a su vez. Sin embargo, fueron los ojos grises de Anders en ella los que ganaron mi corazón.

La voz de Stina instándonos a reunirnos en la mesa rompió el emotivo momento, y Eve, bendita fuera, formuló la pregunta que no me había atrevido a hacer:

—¿Dónde está Lili, Anders?

—Me temo que no pudo venir.

Por la cara contrariada de Stina, supuse que no le había agradado mucho que Lili no hiciera un esfuerzo por visitar a la familia, pero no dijo nada. Nadie dijo nada. Anders, con la discreción que lo caracterizaba, sin dar más explicaciones, se aproximó al ordenador.

—*Terve*, Esko. —Acercó a mi sobrina a la pantalla—. Ella, saluda al abuelo.

—*Terve*, hijo. Hola, pequeña, qué gusto verte otra vez —habló papá, con voz irregular.

Kalle y Anders sirvieron vino a los adultos y zumo a los niños mientras Stina y yo observábamos a papá con ansiedad.

—Esko, será mejor que duermas un rato —le aconsejó Stina.

—Estoy bien, no te preocupes.

Sabiendo que nada podía hacer, Stina suspiró frustrada.

Un rato después, el *hyvää ruokahalua!*<sup>33</sup> dio inicio a la degustación de todo lo que había en la mesa. Entre bocado y bocado, pusimos a Anders al corriente de nuestra vida en los últimos cinco años. Aunque papá y Stina lo habían visitado una vez al año en Estados Unidos, el resto de nosotros no lo había hecho. Él nos contó algo sobre su trabajo como CIO<sup>34</sup> en La Gran Manzana, y no pude evitar sentirme orgullosa de su madurez profesional y del éxito que había cosechado con tan solo treinta y seis años de edad. Tampoco pude evitar admirar al hombre frente a mí. Sus modales suaves y pausados. Era un caballero de los pies a la cabeza. Mis ojos vagaron por sus largas pestañas y sus cejas; por sus blancos dientes y sus labios... Una familiar sensación comenzó a desplegar sus alas en mi corazón, y, antes de que alzara el vuelo, la contuve y la cerré bajo llave. Me sobresalté al sentir la mano de Mika sobre la mía.

—Creo que tenemos buenas noticias para la familia. ¿No es así, cariño? —Me miró con amor.

Con todos los ojos atentos sobre nosotros, comprendí que había llegado el momento.

—Bueno, sí... Mika y yo estamos comprometidos —dije un poco nerviosa.

Las expresiones de alegría no se hicieron esperar.

—¡Felicidades a los dos!

—Enhorabuena, Ulla —exclamó Eve, que llegó hasta mí y me abrazó.

Mientras la abrazaba, mis ojos no pudieron evitar buscar los de Anders. Los encontré. Por un momento, creí verlos llenos de un intenso dolor. Confusa, quise ahondar en lo que observaba, pero él desvió con rapidez su mirada hacia Ella, quien en ese instante le pedía zumo de manzana. No volvió a mirarme. Quizá fue mi imaginación. Escondí mi desazón en una sonrisa para todos y agaché mi cabeza para mirar mis manos, fuertemente apretadas en mi regazo. El frío empezó a invadirme, y tuve miedo de indagar en el

significado de aquello. Deslicé mis manos por mis brazos de arriba hacia abajo, una y otra vez, intentando darme calor.

Alguien preguntó dónde estaba el anillo. Yo, con manos torpes, lo saqué del bolsillo de mi falda. Mika lo cogió y me lo colocó, ante la algarabía de Kalle y Eve. Por el rabillo del ojo vi que Anders se levantaba. Cogió a Ella de la mano y pasó al interior de la casa, seguido por Stina. Fuera de mi campo visual, no me quedó de otra que abstraerme en las preguntas sobre la boda que Eve empezó a hacerme.

No, todavía no teníamos una fecha.

No, todavía no había visto ningún vestido.

No, todavía no sabía dónde se celebraría la ceremonia.

Me sentía tan abrumada por el interrogatorio de Eve que di gracias a Dios cuando Stina regresó y nos pidió despejar la mesa para servir el café, el té y los pasteles que venían a continuación.

El aroma del café impregnaba el aire alrededor, y, entretanto degustábamos la tarta de *mustikka* recién horneada, Anders se dirigió a todos:

—Me gustaría decirles algo importante.

Todos le prestamos atención mientras él observaba, indeciso, a su hija.

—Bueno, ya se lo hemos explicado a Ella... Supongo que está bien. Lo que quiero decirles es que Lili y yo hemos decidido divorciarnos —aclaró por fin, levantando la vista.

Un denso silencio cubrió todo a nuestro alrededor.

Yo miré a papá, y por su expresión me di cuenta de que ya lo sabía. Sentí que mis manos retemblaban mientras sostenía mi taza de café. Con disimulo, deposité el pocillo sobre la mesa y las escondí en mi regazo. Quería llorar y no sabía por qué. Sentía alivio y tampoco sabía por qué. ¿Qué me pasaba? El seguía siendo mi hermanastro. Me estaba prohibido amarlo. Y yo, además, estaba comprometida.

—¿Cómo lo están llevando, Anders? —Eveliina hizo la pregunta que yo quería hacer.

—Pues... no fue fácil al principio, pero tampoco es el fin del mundo. Lili y yo hemos tenido mucho tiempo para meditarlo. Lo estamos llevando muy bien.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —protestó Stina, claramente disgustada.

—Mamá, no creo que este sea el momento... —intervino Eveliina.

—Madre, no quiero hablar más al respecto —concluyó Anders, señalando con la mirada a Ella—. Además, es mi vida privada, y no hay nada más que agregar. Lo que les correspondía saber a todos ya está dicho.

—Por supuesto, Anders —concilió Eve—. ¿Qué les parece si las mujeres y los niños nos vamos cambiando para visitar la sauna antes que los caballeros?

Vi que Stina asentía con los labios apretados, al mismo tiempo que Anders, con desenfado, le preguntaba a Ella si quería visitar la sauna con las tías y los primos, poniendo final al tenso momento.

La hora siguiente transcurrió entre la visita a la sauna y las cortas salidas al jardín en toalla para refrescarnos e hidratarnos, en tanto que los hombres continuaban charlando en la estancia del vergel.

El sol no calentaba ya. La gelidez del viento se acentuaba, así que los veinte minutos en la sauna equilibraron de forma agradable la temperatura de nuestros cuerpos. Cuando terminamos, nos sentamos en la estancia del jardín con el pelo mojado y nos cubrimos con las mantas de colores que Stina había dejado sobre los sillones. Los caballeros pasaron a disfrutar de su turno en la sauna.

Quince minutos después, tres guapos ejemplares masculinos llegaron con sendas toallas ajustadas a la cintura que dejaban a la vista sus bíceps y torsos.

—Aquí tienes tu cerveza, cariño —le dijo Eve a Kalle.

—Gracias —respondió este justo antes de besarla.

Yo hice lo propio con mi novio, pero, la verdad, me sentía turbada al percibir los músculos de mi hermanastro cerca de mí. Contemplé cómo se sentaba y destapaba su lata de cerveza, y cómo las gotas de agua se deslizaban por todo el vello rubio de su torso. De pronto, levantó los ojos y me pilló mirándolo. Sonrojada, aparté la mirada con rapidez, pero sin poder evitarlo volví a ojearlo. Anders hizo un brindis silencioso dirigido hacia mí y acercó la bebida a sus labios sin dejar de observarme. Segura de que mi rostro tenía el color de

una amapola, me concentré en mi propia cerveza y, después, en un juguete de los niños que rodó cerca de mi pie.

Una hora más tarde, agotada debido a tantos sentimientos contradictorios, quería dar por terminada la velada e irme a casa, así que le pedí a Mika que nos marcháramos un poco más temprano. Si le sorprendió, no me lo dijo. Me despedí de cada uno con un beso; cuando llegué hasta Anders, su fragancia de bosque, alborotada al cien por cien por el uso de las ramas de *koivu* durante su visita a la sauna, y su pelo mojado, que rozó mi mejilla, me turbaron con intensidad. Con todos los vellos de mi cuerpo erizados, le dije adiós ocultándole mis ojos.

*Sábado, siete de la noche. Anders.*

Mi madre abrió la puerta del coche mientras yo acomodaba a Ella, que dormía, en la parte trasera del vehículo, en el asiento para niños. Antes de dirigirme al lugar del conductor, me incliné sobre mamá para darle un beso de buenas noches.

—¿Por qué no me habías dicho que tu matrimonio iba tan mal?

—Con todo respeto, *mamma*, mi matrimonio no es cosa tuya.

Apretando los labios, se irguió ofendida.

—Todo lo que les pasa a mis hijos me concierne.

—Te entiendo y agradezco tu interés, madre, pero no quiero hablar al respecto.

Viendo el dolor en sus ojos, la besé otra vez, pero sin ceder.

—*Vi ses i morgon*<sup>35</sup>.

En la soledad de mi automóvil, pude dar rienda suelta a las emociones que había estado conteniendo desde que Ulla anunció su compromiso. Se iba a casar. Dios, estaba jodido. Sabía que aquel momento llegaría algún día, no obstante, ahora que era una certeza, me dolía en el alma. Me sentía en el mismo infierno, y no sabía cómo iba a salir de él.

Miré por el retrovisor a mi hija, que seguía durmiendo. Era padre y tenía que seguir adelante por ella. «He ahí la respuesta», concluí con una honda tristeza.

Mis pensamientos volaron con una dolorosa añoranza hacia Ulla. Definí su forma de reír, cuando sus ojos se arrugaban hacia abajo, dándole ese aire de pícara, y sus cejas, que como alas negras se inclinaban sobre ellos. Cómo me encantaban sus cejas. El sonrojo de su rostro, que le llegaba con asombrosa facilidad y que despertaba en mi alma tanta ternura que a duras penas podía reprimir las ganas de besarla o de tocarla. Sus dedos largos y suaves, luciendo el anillo que debería haber sido mío. Mío.

«Por Dios, Anders, no pienses en locuras».

Golpeé el volante con frustración. ¡La adoraba!, pero no podía hacer nada al respecto.

Durante muchos años había sentido que mi vida se escabullía por un laberinto en el que no había salida. La hacía llevadera con los pequeños momentos de alegría al compartirla con mi pequeña y con los retos de mi trabajo, pero siempre contemplé la secreta esperanza de que algún día encontraría una escapatoria. Sin embargo, decaído, me di cuenta de que del laberinto en el que yo me hallaba no era posible huir.

## CAPÍTULO 8

*Domingo por la mañana. Ulla.*

Los mandalas rojos y grises sobre el fondo blanco de las cortinas atraparon mis ojos unos minutos. Me incorporé y acomodé las dos almohadas bajo mi cabeza. Miré el reloj en mi muñeca izquierda. Las ocho de la mañana. Todavía podía remolonear en la cama. Me sentía un poco melancólica y, la verdad, no tenía ánimos para levantarme y prepararme el desayuno.

Tanto rodeo para no admitir la causa de mi desesperanza. Se estaba divorciando. Dios, ¿por qué? ¿Qué había ocurrido? ¿Se acabó el amor? ¿Cómo realmente se estaba sintiendo él al respecto? Me hubiera gustado tener la facilidad de hablar con él como antes. Habíamos vuelto a ser amigos, pero, al mismo tiempo, no lo éramos. Habían pasado cinco años entre nosotros, cinco años que habían convertido a Anders en una persona a la que yo no podía acceder por el momento. La seguridad y madurez que mostraba ahora me parecían muy atractivas, pero a la vez... No sé, era como si esa parte de él a la que nunca había tenido acceso antes estuviera ahora presente con más fuerza, y no sé por qué generaba en mí aquella mezcla de tristeza, celos, deseos, frustración y algo más que no quería identificar.

Me dio rabia sentirme tan descorazonada. Me erguí, dispuesta a levantarme. «Es mejor que cortes el drama, Ulla». Sin embargo, mis ingobernables reflexiones se negaron a abandonarme y exploraron tentativamente la puerta con el cartel de «prohibido abrir» tras la que había depositado todo lo que sentía por mi hermanastro.

Me dolía su fracaso. Por encima de todo, deseaba que él fuera feliz, así Lili no fuera el santo de mi devoción. Pero, por otro lado, también me alegraba de que ella ya no fuera su esposa. «Dios mío, suena horrible». Me cubrí la cara con una de las almohadas. ¿Acaso era tan mala persona?

Sus ojos, su sonrisa, su cuerpo invadieron mi cabeza. Era un hombre muy atractivo con una gran capacidad para amar, y un día se volvería a enamorar, suspiré con tristeza.

Las nueve de la mañana. Me levanté con desgana y me dirigí a la cocina.

—¡Oh, por Dios, hay un extraño bicho de pelo rojo en mi cocina!  
—exclamé con voz dramática en el umbral.

Minna, con una bata de casa de color verde limón, rota y manchada, se volteó mientras giraba algo en la sartén. Tenía el cabello rojo como un cepillo de cerdas gruesas, de punta, y una máscara de vete a saber qué esparcida por toda la cara.

—Ja, muy graciosa, sigue así y no te doy de mi desayuno —me amonestó.

—*Sori*<sup>36</sup>. ¿Qué estás preparando? —Olisqueé por encima de su hombro.

—*Lettuja*<sup>37</sup>. Las serviré con fresas frescas y té de menta.

—Mmm, qué rico. ¿Qué tienes en la cara?

—Una máscara hidratante de vegetales.

—Mi Dios, ¿es eso lo que huele tan mal? ¿O es el desayuno?

—Tú sigue, ¿eh?, tú sigue y no hay desayuno —protestó, amenazándome con una espátula.

—Está bien, está bien, ya me callo. —La besé sobre su pelusa roja.

—Vamos, siéntate, que el desayuno está casi listo —me invitó.

—Gracias, pondré la mesa.

Abrí las puertas del pequeño balcón y dejé que el sol del verano entrara libre, iluminando toda la sala. Saqué los platos, los cubiertos y las tazas para el té de la alacena de madera de color blanco que descansaba contra la pared del comedor; acomodé todo sobre la mesa, también de madera blanca.

Minna llegó con las tortitas calientes y dejó el plato sobre el salvamanteles.

—Trae la leche, Ulla, por favor... Y la mermelada también. Y no empieces todavía. Voy a lavarme este mejunje de la cara.

Una vez que todo estuvo servido y saboreábamos satisfechas el delicioso desayuno, empezó el interrogatorio de Minna.

—Bueno, dime, Ulla. ¿Ya lo sabe tu familia?

—*Kyllä*.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Vamos, Ulla, que quiero ser tía, ¿para cuándo será el gran día?

—Por Dios, Minna, apenas nos hemos comprometido, por no hablar de que *minun isä*<sup>38</sup> está muy enfermo, y ni siquiera sé si podrá ir a mi boda. No quiero pensar en fechas todavía.

—Lo siento, Ulla, es que me hace tan feliz lo tuyo con Mika... Por supuesto que necesitas tiempo.

—Más bien, cuéntame, ¿cómo te fue este fin de semana a ti? — Cambié de tema.

—Todo el grupo fue a Tallin, y adivina quién se nos pegó.

—No, no puedo imaginarme quién.

—Claro que sí, Ulla. Adivina, chica, adivina.

—A ver, a ver. —Cerré los ojos dos segundos y después los abrí —. Negativo, no puedo imaginarme quién.

—Obafemi.

—¿Quién?

—Obafemi, el nigeriano pesado al que conocí la semana pasada.

—Ah.

—Sí, *ah*. Se nos pegó otra vez y estuvo dando la lata con sus impertinencias. ¿Y sabes qué?

—No, ¿qué? —dije mientras me metía una fresa en la boca.

—No sabe bailar. Es africano y no sabe bailar ¿Puedes creerlo? Creía que no existía en el planeta un africano que no supiera bailar. Y para colmo, ¿sabes qué?

La miré sin responder, saboreando un pedazo de mi tortita junto con la mermelada.

—Le encanta comer carne —desaprobó Minna con una expresión de fastidio—. Y, además, tuvo la desfachatez de decirme que ser vegetariano es una tontería.

—Me imagino que tú lo sacaste prontito del error —observé con sorna.

—Por supuesto, ¿tú qué crees? Llevo más de veinte años siendo una vegetariana convencida. Desde que...

—Ah, no, otra vez no, Minna —le solté con la boca llena—, que ese chisme ya me lo sé.

—Ah, bien. —Puso cara de pesar.

Arrepentida, la miré con ternura y le pregunté:

—¿Cómo vas con la psicoterapia?

Minna había caído en una profunda depresión hacía más de seis meses. Mi amiga había perdido a sus padres en un accidente cuando tenía ocho años, y los padres de Mika la adoptaron. En realidad, era una prima lejana de Mika, pero al morir sus padres y no tener a nadie más que viera por ella, los padres de él, a regañadientes, la acogieron.

No resultó muy bien. Minna era una persona muy particular, le gustaba ir en contra de todas las ideas convencionales. Yo todavía no tenía claro si era porque le gustaba llevar la contraria o solo porque necesitaba sentirse diferente a los demás. Así pues, los intelectuales y conservadores padres de Mika no estaban preparados para la revoltosa y extraña niña que les había llegado y, como era de esperarse, la rechazaron. Resultado: Minna se pasó toda su adolescencia embarcándose en relaciones conflictivas con el sexo opuesto de forma obsesiva.

En una de sus juergas se enamoró de la persona equivocada y, a pesar de las recomendaciones de los padres de Mika, se casó. Ese matrimonio llegó a su fin después de años de abuso y dolor para mi amiga.

Mika y yo recogimos los pedazos de ella, y, con ayuda de la psicoterapia, empezó a recuperarse. Como hermanos, se adoraban. Al igual que yo con Anders, Minna había tenido suerte de que Mika la aceptara y la tratara como a una hermana.

—Dime cómo sigue tu psicoterapia —insistí con suavidad.

—Va bien.

Cuando se tocaba ese tema, mi parlanchina amiga dejaba de ser mi parlanchina amiga.

—¿Te está ayudando, cariño?

—Sí, la verdad es que sí. ¿Contenta? —profirió, mirándome a los ojos.

—Sí, te veo mejor, amiga. Te veo reír más a menudo. —Miré el reloj—. Tengo que ir al hospital, me voy a vestir.

—Te acompaño un tramo del camino, pues tengo que ir a Hakaniemi a comprar vegetales en la tienda china —gritó mientras yo me dirigía al cuarto de baño.

Veinte minutos más tarde, duchadas, en vaqueros y con camisetas, íbamos las dos en nuestras respectivas bicicletas, muy

sonrientes, con el sol sobre nuestros rostros y hombros destapados. Cinco minutos después, yo tomé la ruta a Mechelininkatu, en dirección al hospital, y Minna, diciéndome adiós con su mano, se desvió para tomar la calle de Pohjoisranta en dirección a Hakaniemi.

*Domingo, después del desayuno. Ulla.*

Estaba frente a los ascensores del hospital e iba a pulsar el botón de subir cuando las puertas de uno de ellos se abrieron y apareció Anders. Mi corazón golpeó enloquecido mis costillas, y mis manos comenzaron a sudar. Mi boca no encontraba palabra que decir, a la vez que me reprendía con fastidio: «Vamos, Ulla, que ya deberías haberte acostumbrado a verlo».

—Buenos días, Ulla.

Con mi acostumbrada mochila en la espalda y con mis manos escondidas en los bolsillos de mis vaqueros, por fin encontré mi voz:

—*Huomenta*, Anders.

Llevaba una camiseta azul de manga larga, con el nombre del equipo nacional de *hockey* sobre hielo de Finlandia estampado en el pecho, y unos vaqueros azul pálido con rotos a la altura de los muslos. Tres mechones de sus cabellos mojados resbalaron sobre su frente y acariciaron mi mejilla al inclinarse hacia mí y besarme con ternura en la punta de la nariz. El olor de su champú me rozó agradablemente, y, cuando se irguió, sentí que una extraña desazón se adueñaba de mi cuerpo. Quería sentirlo apretado contra mí.

—¿Dormiste bien? —me preguntó él.

—Sí, sí, gracias, ¿y tú?

—Bien... Iba a comprar una taza de café en la cafetería, ¿me acompañas? —me pidió con suavidad.

—Bueno...

—Por favor —insistió.

Cogió con delicadeza mi codo y me empujó hacia el pasillo que llevaba a la cafetería. Un delicioso cosquilleo se expandió desde la porción de piel que él tocaba hacia todo mi cuerpo mientras lo observaba caminar sereno a mi lado.

—¿Quieres una taza de café?

—Sí, gracias.

Compró dos cafés en vasos de plástico para poder llevarlos con nosotros a la habitación, y en silencio volvimos al ascensor. Pasamos al interior, y, antes de que las puertas se cerraran, una señora entró con nosotros. La delgada dama nos observó sonriente hasta que se bajó en el segundo piso. Cuando las puertas se volvieron a cerrar, traté de llenar el incómodo silencio preguntándole:

—¿Cómo está Ella?

—Muy bien, Lili se la ha llevado con sus padres al zoológico hoy.

—Siento lo de tu divorcio... yo... bueno, lo lamento. —Sentí que tenía que decírselo.

—No te preocupes, no es un problema ahora. Las cosas simplemente no funcionaron entre Lili y yo. Lo importante es que somos amigos por el bien de Ella.

Después de otro largo silencio escuché que me decía:

—Me imagino que tú estás dichosa. ¿No?

—¿Dichosa? —repetí.

—Por tu compromiso...

—Ah, sí. Sí, estoy feliz.

Lo miré a los ojos y creí ver otra vez esa sombra de congoja que me pareció advertir en el almuerzo del sábado, pero las puertas del ascensor se abrieron, y él parpadeó apartando los ojos. Inquieta, me pregunté si muy en lo hondo de su corazón mi hermanastro estaba triste porque, aunque su relación hubiera fracasado, todavía amaba a su exmujer. Suspiré frustrada buscando el coraje de hacerle preguntas más personales, como antes solía hacer, pero no me atreví.

Cuando llegamos al cuarto, encontramos a Stina sentada en la cama, al costado izquierdo de papá, y a él, en un estado lamentable.

—*Huomenta!*

Stina apretó los labios y frunció el ceño al verme llegar con Anders. Yo, sin prestarle atención, me incliné y besé a papá con delicadeza.

Con alarma, vi que a papá ya se le había empezado a caer el pelo; ya nos habían hablado sobre eso, pero constatarlo en la realidad era durísimo. Se veía muy mal: sus labios estaban resecos

y agrietados, y parecía tan débil que le costaba respirar con normalidad. Quise preguntarle a Stina si ese estado en el que papá se encontraba era normal o había algo más grave que no supiéramos, pero no me atreví a hacerlo frente a él.

Durante el rato que estuvo despierto, se mantuvo callado. Stina le pasó zumo de frutas cada cinco minutos, y, sin oponerse, él se dejó llevar por sus cuidados. Yo me senté lejos de la cama, tratando de no estorbar y de no abrumarlo. Anders hizo un esfuerzo por animarlo, pero apenas sonrió. Finalmente, para alivio de todos, cayó en un profundo sueño.

Los tres nos dirigimos a una sala, fuera del cuarto, a conversar. Stina nos informó de que las náuseas habían disminuido, pero que había tenido diarrea, por lo que el médico había recetado un nuevo medicamento para controlarla. Remarcó que todo el personal que lo atendía había insistido en la importancia de que papá comiera cinco veces al día y se hidratara cada cinco minutos.

—Sus labios están muy agrietados —observé.

—Sí, el doctor me dijo que era a consecuencia de la quimioterapia. En esta fase es normal tener hongos en la boca, pero ya han empezado a aplicarle una medicina oral para eso. En una o dos semanas mejorará, me aseguró el doctor. Pero por ahora, es muy doloroso para Esko comer —finalizó desanimada.

Stina volvió dentro, mientras que yo me quedé con Anders. Lo miré y, sin poder evitarlo, sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Me siento impotente. Sabía qué esperar respecto a los efectos secundarios de la quimioterapia, pero verlo así, sin poder hacer nada más...

—Lo sé, *älskling*, ven aquí. —Me abrazó—. Solo nos queda tener paciencia y brindarle nuestra alegría y optimismo. —Con ternura, me besó en la cabeza.

El corazón rugió con fuerza en mis oídos; con los ojos cerrados, me permití disfrutar de esos segundos en sus brazos. Percibí el calor de su cuerpo junto al mío, su brazo firme sobre mis hombros. Abrí los ojos y me quedé prisionera de la piel blanca de su cuello, del movimiento de su garganta al tragar y del pequeño hueco que yacía en medio de la clavícula. Su intenso aroma me mareó, y un

desesperado anhelo de pasar mis labios por cada parte de su cuello empujaba desde lo bajo de mi vientre.

Me aterroricé.

Busqué con desesperación la imagen de Mika en mi mente y, al hallarla, me aparté de su lado y me incorporé con brusquedad. Sin poder mirarlo a los ojos, con voz ahogada, le dije:

—Tengo que irme, despídeme de tu madre, por favor.

Y me alejé con premura sin decirle adiós.

## CAPÍTULO 9

*Lunes por la mañana temprano. Anders.*

Con una mueca de fastidio, me levanté. La semana comenzaba. El pronóstico del tiempo vaticinaba una mañana pintada de gris. Con desgana, me duché y, con la toalla ajustada a mi cintura, me aproximé a la ventana que daba a la calle para mirar la temperatura en el termómetro exterior. Catorce grados, *perkele!* Me puse un bléiser azul oscuro y me anudé una corbata azul hielo al cuello de una camisa celeste. Genial, todo de azul, pero no tenía tiempo para buscar otra camisa y plancharla, y ni hablar de buscar otra chaqueta.

Bajé al sótano del edificio y encendí el Volvo de papá. Suspiré molesto al recordar que tenía que comprar un automóvil nuevo y, lo que era más importante, encontrar un nuevo apartamento pronto para cederle el mío a Lili y a Ella. Maldita sea, con toda la responsabilidad que tenía en Melogi Oy y la enfermedad de papá no me quedaba tiempo para nada más.

Veinte minutos después, abrí la puerta de la oficina y me dispuse a empezar mi jornada laboral con una actitud de ánimo. Me detuve frente al archivador de madera, que descansaba en una esquina de la habitación, e introduje la llave que recogí en casa de mi padre en la cerradura del último cajón. Al abrirlo, encontré una caja fuerte de más o menos treinta y seis por cuarenta y seis centímetros. Saqué de mi maletín el papel que contenía los números de la clave y los pulsé. Sonó un *click*. Satisfecho, subí la pesada tapa y la apoyé contra el siguiente cajón para sacar con ambas manos lo que necesitaba. Encontré los pasaportes de mis padres; los hice a un lado y vi una carpeta roja. La abrí y empecé a leer. Ahí estaban. Todos los títulos de valores de las inversiones que tenía la compañía en el exterior. Me disponía a cerrar la caja fuerte cuando vi algunas fotos viejas de la familia disfrutando de los veranos en nuestro *kesämökki*. Dejándome arrastrar por los agradables recuerdos, revisé cada una de ellas. Antes de volver a ponerlas donde estaban, divisé en el fondo una foto, amarilleada por el tiempo, de una pareja con indumentaria de los años setenta.

La acerqué para examinarla mejor. El hombre parecía finlandés, y la mujer, muy guapa y muy joven, parecía extranjera. Reía a la cámara con la sonrisa de... ¡Ulla! Sí, sentí que mi corazón se aceleraba cuando evoqué aquel rostro en la foto que Ulla siempre llevaba consigo. Precisé que el fondo tras ellos era el puerto de Helsinki a donde llegaban los barcos de Suecia. Con seguridad había sido tomada en Finlandia. El hombre sonreía a la mujer y la abrazaba. Muy intrigado, me sentí mal por espiar en las cosas de mi padre, pero la curiosidad ganó y le di la vuelta a la foto. Detrás leí:

*Veikko y Victoria, verano de 1978, Helsinki.*

Muchas preguntas se arremolinaron en mi cabeza mientras mis ojos buscaban algo más que explicara quiénes eran los personajes del retrato. En el fondo yacía un sobre abierto con un sello extranjero. Si recordaba bien, la estampilla tenía los colores de la bandera del país de la madre de Ulla. Indeciso, mi respeto por lo privado prevaleció, y devolví todo con rapidez a su lugar, cerrando con llave.

Maldije al darme cuenta de que había olvidado sacar los documentos que estaba buscando y abrí otra vez la caja fuerte. Los saqué sin dejar de mirar el sobre con el sello extranjero, como si esperara que saltara sobre mí.

Resuelto, cerré la puerta otra vez y me concentré una hora en revisar los títulos de valores que encontré. Luego me reuní con Jyrki para planear los pasos a seguir; estuve trabajando con él durante tres largas horas sin que aquel sobre se apartara de mi cabeza. No dejaba de cavilar acerca de por qué Esko guardaba en una caja fuerte precisamente aquella foto. La mujer era la madre de Ulla, pero ¿y el hombre? Mi padre nunca había hablado de un amigo en particular de esa época... Bueno, sí. Me acordé de que papá había tenido un amigo desde la adolescencia; por lo poco que sabía, había muerto joven y no había tenido una vida fácil. Sí, se llamaba... Veikko. Pero ¿por qué si guardaba una foto de él no lo había mencionado con más frecuencia?

A veces sentía que Esko estaba lleno de secretos; eso era algo frustrante, pues creía que en las familias era sano dialogar y hablar de los esqueletos con claridad. Solo así se podían disipar malentendidos, perdonar las heridas y fortalecer el amor. Pero Esko era un hombre de la vieja guardia, el típico finlandés que no hablaba de sus sentimientos y emociones a menos que fuera absolutamente necesario.

Al final, después de tanto comerme la cabeza, llegué a la conclusión de que, si era algo que tenía que ver con Ulla, quería saberlo, fuera honesto o no con mi padre. Con esa nueva determinación, como a la una de la tarde, me encerré en la oficina. Le dije a Tanja que no quería que me molestasen, cerré las cortinas de las ventanas y pulsé el botón rojo que anunciaba del otro lado de la puerta que estaba ocupado en algo urgente.

Con un nudo en el estómago y manos sudorosas, abrí la caja fuerte por tercera vez. Hice a un lado documentos, papeles y fotos hasta que encontré el anhelado sobre. Empecé a leer...

El *shock* me sacudió hasta la médula. Me levanté con la carta en mis manos, que no dejaban de sacudirse. Me desplomé en el asiento, me puse de pie, me volví a sentar. No sabía qué hacer. Nunca, ni en mis más locos sueños, me había planteado aquella posibilidad. ¡Dios mío! Anonadado, me quedé inmóvil durante más de cinco minutos. Vi la licorera de mi padre y me acerqué. Me serví una cantidad generosa de vodka y me la bebí de un trago. El estómago me ardió. Cuando mis manos dejaron de temblar, comencé a leer la carta otra vez:

*Cartagena, marzo de 1986*

*Querido Esko:*

*Han pasado muchos años desde la última vez que te vi o supe de ti. Estoy segura de que tu vida ha estado llena de prosperidad. No podía ser de otra manera debido a tu buen corazón, mi gran amigo.*

*En ocasiones, cierro los ojos y puedo sentir los copos de nieve besando mi rostro, como lo hiciste tú durante una maravillosa noche. O, cuando me invade la nostalgia, tarareo algún tango finlandés mientras creo escuchar tu voz asegurándome que no hay nada más romántico que eso. Como ves, no he olvidado nada de ti, mi querido Esko.*

*No es mi intención perturbarte por lo que pudo ser y no fue, ni sacudir tu vida sin una razón que lo amerite. Pero esta es una causa de vida o muerte. La razón que me ocupa ahora es la razón más poderosa del mundo: el amor por mi hija. Mi hija Ulla. La hija de Veikko. Aunque hubiera querido decirte que es tu hija para facilitarle a mi pequeña su futuro, no he querido renunciar a los dos únicos tesoros que poseo en esta vida: mi hija y mi honor.*

*La noche que estuve contigo yo ya estaba embarazada y sabía que debía dejar tu país, por eso quise robarle a la vida un momento de felicidad al actuar con egoísmo y disfrutar de esa noche con un hombre casado.*

*Me temo, mi querido Esko, que las decisiones que tomé, como regresar a mi país y dejar a Veikko sin una palabra para ti ni para él, tuvieron que ver con el bienestar de mi pequeña. Tú sabías que él estaba envuelto en una espiral de autodestrucción y que no hubiera podido hacerse cargo de nadie. Hice lo que consideré correcto y no me arrepiento. Pero ahora no tengo a nadie más a quién recurrir.*

*Quizá si la vida no me estuviera probando ahora como me está probando, no me habría atrevido a escribirte ni a hablarte del amor que una vez sentí por ti y de lo que sucedió entre nosotros, pero lo cierto es, mi querido Esko, que me estoy muriendo. Tengo cáncer de mama, y aunque ya no se puede hacer nada por mí, sí hay todo por hacer por mi hija.*

*Ulla tiene siete años ahora y es una niña preciosa, inteligente y llena de vida.*

*Sé que lo que te voy a pedir hallará aceptación en tu corazón. Porque te conozco, porque sé la clase de hombre que amé y que añoré todos estos años.*

*Lo que te quiero pedir, querido Esko, lo que te ruego con todo lo que queda de fuerza en mi alma, es que te hagas cargo de mi Ulla.*

*No tengo a nadie más a quién recurrir. Mis padres me rechazaron cuando supieron que era madre soltera, y nadie podría educar a mi hija mejor que tú.*

*Quizá te pido demasiado. No lo sé, pero por el bien de Ulla debo olvidar todos mis escrúpulos y suplicarte que la aceptes como tu hija.*

*Era la hija de tu mejor amigo, y yo... Un día me dijiste que me amabas, y que si alguna vez necesitaba algo de ti, te lo pidiera. Pues ese día ha llegado.*

*Ven a Colombia a por mi pequeña. Ven, te la doy en adopción, o como tú creas conveniente llevártela. Tienes que venir lo antes posible, pues no me queda mucho tiempo.*

*La dirección del hotel donde vivimos mi pequeña y yo la encontrarás al final de esta carta. Pero debo advertirte que yo estoy en el hospital, y que no creo que pueda ya regresar al cuarto que comparto allí con mi hija.*

*Sé que mi Ulla debe de sentirse triste, sola y asustada, por eso confío en que vengas lo antes posible a por ella.*

*Tuya,*

*Victoria Suárez*

Sin poder creerlo, me eché a llorar como un niño. Lloré y lloré, tratando de expulsar fuera de mí todo ese dolor, frustración, miedo y desesperanza que había sentido desde que me había dado cuenta de que estaba enamorado de Ulla.

Cuando me calmé, me pregunté: ¿por qué? ¿Por qué Esko nunca había dicho nada?

Sin saber qué debía hacer a continuación, tuve plena conciencia de que lo que realmente me importaba era que esa maravillosa verdad podría cambiar mi vida y la de Ulla. Me sentía tan feliz que quería salir y alzar los brazos al viento gritando: «Ulla no es mi hermana, Ulla no es mi hermana».

El teléfono interrumpió mis pensamientos. Era Jyrki.

—Anders, siento interrumpirte. ¿Podrías venir en unos cuarenta y cinco minutos? Pude hablar con el director en Oslo.

—Muy bien, iré a almorzar y volveré a tiempo. —Mi voz sonaba ahogada.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, solo necesito comer algo —mentí.

—Muy bien, nos vemos más tarde. Disfruta tu almuerzo.

Cuando colgué, entré en el baño y observé mi rostro en el espejo. Me veía alterado: mis ojos estaban rojos, el gris de mi iris brillaba con intensidad, mis mejillas tenían un extraño rubor, y un tic nervioso latía cerca de mi mentón. Puse mi rostro bajo el chorro de agua del lavamanos. Me sequé y peiné mis cabellos con un cepillo que encontré en un cajón debajo y me fui a por otra dosis de vodka.

Sabiendo que había bebido demasiado, juzgué mejor salir a caminar. Encontré un lugar cerca del lago Galträsk, a veinte minutos de la oficina. En la playa, sin un alma debido a lo frío del ambiente, me concentré en mirar cómo el viento bordaba pequeñas olas sobre la superficie azul grisácea de las aguas. Me quité mi bléiser, la corbata y abrí los brazos, estirándolos hacia el cielo gris mientras dejaba que la fuerte brisa acariciara mi cuerpo y limpiara las lágrimas de alegría que corrían otra vez por mis mejillas.

Poco a poco, cuando me calmé, me puse a meditar en lo que debía hacer.

Tenía que considerar que Esko no estaba bien, estaba luchando por su vida y no tenía energía para nada más; confrontarlo ahora, en su enfermedad, no sería sano ni amable. Quería solucionar todo ya, pero había sido educado para hacer siempre lo correcto y para anteponer la felicidad y el bienestar de mis seres queridos antes que mis deseos o mi impaciencia. Debía actuar con prudencia. ¿Cómo decía el dicho? «Quien quiere acertar, aguarda».

Esperaría el momento adecuado para ser claro con Esko y, si era necesario, le manifestaría todo el sufrimiento que ese secreto había desencadenado en mí. Veríamos qué diría él ante eso. En cuanto a Ulla, es cierto que ahora había un gran obstáculo: estaba comprometida con Mika. Pero ¿era aquello definitivo? ¿Lo amaba ella realmente? No, no tenía respuestas para eso, lo único certero era que alguien, allá arriba, me mostraba un nuevo camino en ese laberinto en el que había estado, y lo tomaría con toda la determinación que anidaba en mí.

Lucharía por ella.

Ulla debía saberlo, y yo quería descubrir si podría amarme como una mujer ama a un hombre. Sabía que era una locura, pero todavía no se había casado. La última palabra no estaba dicha. Había tiempo para enamorarla y seducirla. Como dicen: «En la guerra y en el amor todo se vale».

Yo no podía revelar semejante secreto todavía. No sin la autorización de mi padre. Y no sin comprender por qué él había considerado importante guardar silencio hasta ahora. Es más, creía que no era yo quien debía informar a Ulla. Era un asunto de Esko, y yo debía tener la paciencia de esperar. Pero, mientras tanto, sí podía conquistar su amor y su pasión.

Oh sí, por Dios que lo iba a intentar: «*Laitan kaiken peliin*».<sup>39</sup>

Con esa promesa en mi corazón, sonriente, me puse la chaqueta, me anudé la corbata y volví con un andar seguro y entusiasta a la oficina.

## CAPÍTULO 10

*Martes. Anders.*

Desde el lunes por la tarde sentía que estaba en una burbuja de felicidad. Ese día, a todo el que me encontré en la oficina le sonreí con simpatía. Como todos los finlandeses, no hablaba mucho, pero creo que esa vez me excedí. Quería desmenuzar y saborear, con mi silencio, la esperanza que me había traído esa extraordinaria verdad. Me parecía que veía el mundo con nuevos ojos.

Esperanza. Esa hermosa palabra llena de grandes promesas para el presente y el futuro de mi vida. Mi cabeza la palpaba y la escribía en el cielo azul, en el verde intenso de la naturaleza, en los nuevos brotes del verano, en el mar, en el aire que bailaba contento en los brazos del sol, en todo Helsinki y en todo Espoo. Estaba silencioso, sí, pero muy sonriente, controlando apenas la alegría que quería salir a borbotones por todo mi cuerpo.

No visité a mi padre el lunes ni lo visitaría tampoco ese martes; necesitaba apaciguarme para pulir mi control y morderme los labios hasta que Esko estuviera listo para mis preguntas.

Me bajé del vehículo y me dirigí hacia la entrada de Melogi Oy. Avancé hasta la recepción.

—*Huomenta*, Maire —saludé con alegría a la rubia de la entrada.

—*Huomenta*, Anders —me contestó Maire... ¿sorpresa? Por supuesto que sí. En las últimas semanas había estado tan agobiado de trabajo que apenas la había mirado cuando le había dado los buenos días.

Subí de un salto los tres escalones que desembocaban en el corredor lleno de despachos y vi por el rabillo del ojo que Maire me miraba como si me hubiera vuelto loco.

Sí, ¡estaba loco de alegría!

Lo único que empañaba mi regocijo era la salud de Esko. Mi madre me había dicho por teléfono que se sentía muy mal. Aunque la diarrea estaba controlada, los dolores en todo el cuerpo eran intensos. No se quejaba, solo dormía y veía la televisión.

El día transcurrió entre reuniones, papeleos y llamadas al exterior; en medio de eso no dejé de especular sobre las razones de mi

padre para guardar el secreto de la paternidad de Ulla. Quizá Esko pensó que, al tomarla como su hija, su condición lícita en el país y en la familia, sobre todo ante un posible impedimento legal de mi madre, resultaría más sencilla. Esko era un hombre de intensos sentimientos, muy correcto; creía entender que el amor hacia Victoria lo hubiese llevado a comprometerse profundamente con su hija. Y él le había ofrecido a Ulla las mismas oportunidades y el mismo amor que nos ofreció a Eveliina y a mí.

A pesar de lo que significó para mi madre esa aventura con Victoria, no podía lamentarlo, pues ese amor había hecho que Ulla llegara a nuestras vidas, y yo lo agradecía con toda el alma. Amar desde niño a esa dulzura de mujer, a pesar del dolor, había sido lo más profundo y verdadero que había experimentado en mi vida.

¿Y Veikko? ¿Qué había significado él para mi padre? Recordé una vez que visité con Esko un museo. Él había comentado que tenía un amigo con un gran talento como pintor, pero que la adicción al alcohol destruyó su carrera antes de empezar. Me dijo que habían sido amigos desde la adolescencia, cuando este había llegado de acogida a la granja vecina a la de mis abuelos. Tenía entendido que había muerto en un accidente. En aquel tiempo, no me interesó preguntar algo más sobre él.

Un toque en la puerta me sobresaltó.

—Adelante.

—Hola, Anders —me dijo Tanja—. Los vicepresidentes ejecutivos ya están aquí.

—Muy bien, gracias, Tanja, díles que pueden pasar.

Tres atractivas y competentes rubias entraron en la oficina. Al menos, así era como las había descrito Jyrki. Eran las encargadas de gestionar las líneas de negocios de la compañía. Necesitaba revisar con ellas los resultados de las estrategias de ventas que se habían diseñado para el presente año en Melogi Oy.

Les sonreí, dándoles la bienvenida. Había tenido la oportunidad de hablar con ellas un poco, pero esa era la primera vez que tenía una reunión con todas sin Jyrki presente.

—¿Café? ¿Té? —les pregunté.

—Café —respondieron las tres al mismo tiempo.

—Que sean cuatro cafés, Tanja, por favor.

Compartía el gusto por el café de la mayoría de mis compatriotas; no en vano, Finlandia era el país en el que más café se bebía del mundo.

—¿Galletas? ¿Bollos de canela? —Las miré con picardía.

—Bollos de canela —dijeron, muy serias.

—Ya escuchaste, Tanja, por unanimidad, bollos de canela. Calientes, por favor.

Toda la tarde me sumergí con entusiasmo en la reunión con las tres damas, hasta que llegó la hora de irme a casa.

Mientras conducía en dirección a mi piso iba desglosando a mi placer los movimientos que empezaría a realizar para enamorar a Ulla. Aprovecharía todo momento para estar con ella, invadiría su vida con mucha sutileza; la acariciaría, la abrazaría y la besaría en cada oportunidad que tuviera. Animado, empecé a tararear la alegre canción que sonaba por la radio, *Suudellaan*<sup>40</sup>, de Lauri Tähkä, y me dejé deslumbrar por los rosados rayos del sol de las seis de la tarde que descendían sobre las calles de Helsinki.

### *Viernes por la mañana. Ulla.*

Até mis cabellos en mi acostumbrada trenza de lado frente al largo espejo que tenía en mi cuarto. Me preparaba para salir hacia la casa de Eveliina y, en vista de que, seguro, me revolcaría por el suelo con los niños, me coloqué unos viejos *jeans* con rotos en las rodillas y una blusa blanca de estilo romántico, sin hombros, con encajes tejidos a lo largo y un coqueto zurcido a la altura de los senos. Me negué a ahondar en la razón que me llevó a ponerme mi blusa favorita y me dirigí a la cocina.

Eve tenía una cita con el obstetra y después quería comprar algunas cosas para ella y para Stina. Como todavía me quedaban tres semanas más de vacaciones, podía echarle una mano cuidando de sus adorables retoños y, de paso, a la hija de Anders. Me emocionaba compartir un tiempo con Ella y conocerla más.

Dejé cociendo a fuego lento el *ruispuuroa*<sup>41</sup> mientras sacaba la leche, unos *puolukoita*<sup>42</sup> de la nevera, y lo llevaba todo a la mesa del

comedor.

Cuando el *ruispuuroa* estuvo listo, me senté en la mesa a comer con gusto mientras miraba la tímida luz del sol que entraba por la ventana y pensaba en papá. La semana había sido dura para él. Esperaba que con la quimioterapia no hubiera necesidad de extirparle el bazo. Dios, ojalá. No quería ni pensar en los riesgos de una cirugía en aquellos momentos. El peligro de infección, por la bajada de defensas, era alto. Por ahora las visitas estaban restringidas a solo la familia, y aunque era difícil, Anders, Stina y yo nos habíamos organizado para estar siempre con él. Eveliina se ocupaba de ayudar de otra forma, como buscar ropa limpia en la casa para Stina, comprar algún artículo de íntima necesidad que ambos necesitaran o supervisar que alguien fuera a hacer limpieza y regar las flores una vez por semana en la casa.

Yo había hecho lo posible por ayudar a Stina, pero sabía que a aquella dama no le gustaba sentirse frágil, ni que las personas —y en particular, yo— le notaran alguna debilidad. Me daba mucha lástima verla haciéndose la fuerte. No se daba cuenta de lo que había envejecido en esas pocas semanas.

Solía ser una mujer muy hermosa, todavía lo era, pero esa belleza podía manifestar mucha crueldad si se lo proponía. Cuando la vi por primera vez, me pareció la señora más bella y elegante que había visto en mi vida, igual que esas mujeres que había observado en las revistas sobre damas europeas y norteamericanas que los extranjeros dejaban olvidadas en el hotel donde mi madre solía trabajar. Suspiré; no quería recrearme en los malos recuerdos, pero en ocasiones no podía evitarlos. Mi parte masoquista, supuse con ironía.

Me tomó mi tiempo entender por qué esa dama actuaba como si me tuviera asco. No le gustaba que la tocara y se enojaba si mi ropa, por accidente, se mezclaba con la de ella en la lavadora. En ocasiones llegué a pensar que Stina era racista y que odiaba el color de mi piel, más oscura que la de Eve y Anders.

Una vez, todos los niños y niñas de mi clase habíamos tenido que diseñar un cuadro para el día de la madre. Yo me había esmerado especialmente en el mío, segura de que, si lo hacía bien, ella vería mi corazón a través de ese gesto y me empezaría a coger afecto.

Sabía que a Stina le encantaban las orquídeas, así que compré con mis ahorros las mejores pinturas que pude encontrar para elaborar un ramillete. Eveliina, que estaba en un curso más avanzado que yo, le hizo otro cuadro, y durante años tuve que ver su dibujo enmarcado y colgado con orgullo en el salón del recibidor, mientras que el mío lo encontré por accidente en la bolsa de la basura. Todavía me dolía acordarme. Cómo extrañé a mi mamá en esa época.

Había olvidado el número de veces que me dirigí a ver al psicólogo del colegio solo para arrepentirme después, porque no quería crear más problemas entre Esko y Stina. Tampoco quería que Anders se diera cuenta de cómo era su madre. Admiraba ver a ese responsable hombrecito tratando de complacerla.

Pero bueno, lo que no te mata, te hace más fuerte. Lo superé y, a pesar de echar en falta una madre, me propuse disfrutar solo de lo positivo de la nueva vida que alguien, allá en lo alto, me había dado. Pensé con melancolía que, a pesar del dolor de haber amado a Anders sin esperanza, agradecía todo el afecto, la ternura y los cuidados que él me había otorgado desde que llegué a este país.

Miré mi reloj; tenía que salir ya si quería llegar puntual. Eveliina vivía en Lanttasaari, e ir en bicicleta hasta allá me llevaría alrededor de veinte o treinta minutos.

Antes de salir, fui a por las facturas de la casa de mi padre y todo el correo que había recogido de la floristería de Stina para entregárselos a Anders. Esa semana había acudido a ayudar a Dora, la socia de Stina en la floristería que ambas tenían en Eira, pues la pobre tenía suficiente con atender a los clientes y despachar los pedidos solo con un ayudante.

Recogí mi mochila y mi casco y me puse una chaqueta de mezclilla. En el vestíbulo, me calcé unas zapatillas deportivas y bajé al jardín, donde tenía estacionada mi bicicleta.

¡Aquel día vería a Anders! No pude evitar la ardiente ola de emoción que invadió todo mi cuerpo.

Era una mañana agradable, más bien fresca. Parecía como si el sol se divertiera en rozar a los transeúntes solo por unos segundos para luego salir corriendo y esconderse de ellos juguetón. Me gustaba verme rodeada de mucha gente mientras pedaleaba; la ruta

para las bicicletas bullía de personas en bici, en patines, en monopatines y de algún que otro turista distraído.

Avancé por el puente de Lauttasaari, que atravesaba una pequeña parte del Báltico, y empapé mis ojos con el azul del mar. La brisa era más fuerte atravesando el puente; cerré los párpados dos segundos mientras inhalaba con intensidad el aire marino. Cuando los abrí, los ojos grises de Anders ocuparon toda mi mente. Él pronto sería libre para enamorarse otra vez, y no pude evitar la tristeza que ese hecho me generó. Me alegré de que ahora no tuviera tiempo para nada más.

Sí, sonaba horrible y egoísta.

Entonces, adrede, busqué el rostro de mi novio en mi cabeza.

Llegué a la casa de Eve y observé que el automóvil de Kalle estaba estacionado fuera, lo que significaba que se había ido a su oficina en bicicleta. Le puse candado a mi bici y, mientras me quitaba el casco, pulsé el timbre. Escuché pasitos de niños corriendo y voces gritando.

—*Terve*, Ulla. Pasa, pasa —me saludó Eve, besándome en la mejilla, al tiempo que sentía en mis caderas los brazos de Antti.

—Tía Ulla, ven a ver nuestro *hámset* —me invitó el pilluelo, tirando de mi mano.

—Deja llegar a la tía Ulla, Antti. Ay, Ulla, no te envidio. Debo confesar que estoy feliz de regalártelos todo el día —manifestó con un gesto de alivio.

—¿Y Ella? —pregunté mientras me dejaba llevar por Antti.

—En la cocina con *Eko*; es muy tímida —susurró Eve.

Los encontré en la cocina jugando con un Lego y un hámster al lado. Me acuclillé para saludarla.

—¿Cómo estás, Ella? ¿Te acuerdas de mí, cariño?

Sonriéndome, la niña asintió.

—La tía Ulla.

La besé en la cabeza e hice lo mismo con *Eko*, al tiempo que Eve cogía su bolso.

—Te he dejado en la mesa todo lo que necesitas para hacerles hamburguesas a los monstruos. En la nevera encontrarás lo que quieras.

—Muy bien, gracias, no te preocupes. Puedo desenvolverme muy bien sola. Niños, despídanse de mamá. Vamos a preparar esas hamburguesas y, si se portan bien, iremos a la playa.

—*Joo!*<sup>43</sup> —gritaron Ella y Antti.

—¿Estás segura, Ulla? No tienes coche, te dejo el mío —me preguntó Eve, preocupada.

—Ni hablar, llévatelo tú; yo puedo llamar un taxi, no te preocupes. Anda, vete, vete. Disfruta del día.

Fue una tarde intensa y llena de actividades. Mi sobrina Ella resultó ser una mamá en miniatura: cuidaba al pequeño Esko y a Antti como si fueran sus hijos. Era obediente pero, eso sí, muy activa para ser una niña, incluso más que Antti.

A las seis de la tarde, cuando Anders llamó a la puerta, yo ya estaba lista para tumbarme en una cama con los pies en alto toda la noche.

### *Viernes por la tarde. Anders.*

Ulla. Su nombre vibró en mí, como un alborozado verdor de primavera, en súbitos instantes de aquel día: mientras exponía sumas durante una reunión, mientras hablaba por teléfono con un cliente en el extranjero, mientras corroboraba con Jyrki algún dato o, simplemente, mientras me tomaba el café en los intervalos. Me hallaba en un estado tal de exaltación que dudé de mi cordura para terminar con eficiencia mi jornada. Todavía me avergonzaba recordar el incidente que aconteció durante la reunión mensual con todo el personal. Me hallaba tan inmerso fantaseando con ella que no escuché cuando todo el equipo se dirigió a mí hasta que percibí un largo y violento silencio en el que varios pares de ojos me miraban molestos e impacientes.

—¿Perdón?

—Tenía entendido que nos ibas a explicar los análisis que has hecho sobre el sistema que está operando en las dependencias que tenemos al norte de Finlandia —solicitó Jyrki.

—Sí, sí... —Carraspeé varias veces, rogando que la sangre agolpada en mi cabeza no significara lo que sospechaba, mientras

buscaba apresurado en mi ordenador la información, que, para mi ofuscación, tardé en encontrar.

Por fin, el agotador día llegó a su fin y enfilé mi coche hacia la casa de Eveliina para recoger a mi hija y verla a ella. La promesa de mirarla sabiendo que no era mi hermana hacía que todas las células de mi cuerpo se afinaran para tocar la sinfonía más bella del mundo.

Estacioné el coche dentro del vallado que delimitaba el jardín de la casa de Eve. Me bajé, tomé aire y lo exhalé con lentitud: una, dos, tres veces para sosegar me, y, aun así, las llaves se me resbalaron de los dedos.

Maldita sea.

Las recogí, activé el seguro en las puertas y crucé decidido el vergel de la entrada, rogando poder controlar aquel anhelo que llevaba años conteniendo y no terminar abalanzándome sobre ella como un torpe adolescente.

Alcancé el umbral y, con los dedos agitados, toqué el timbre de la puerta. Una algarabía se desató:

—Yo voy, tía Ulla, yo voy...

—Ah, no, ven aquí, Antti. No abras, lo haré yo...

Demasiado tarde; el pilluelo abrió la puerta, expectante, mientras Ulla, con una trenza a medio hacer y sin aliento, llegaba apresurada detrás de él. Sus ojos, grises como el fondo revuelto de un lago, se aferraron a los míos. Un ardor que comenzó en la parte baja de mi espalda se extendió por todo mi vientre y me abrasó.

—¡Socorro! Gracias a Dios que llegaste. —Sonrió, ajena a mis excitados sentidos.

—Ah —mascullé con voz trémula—. Veo que soy más que bienvenido.

—Claro que sí, pasa, pasa.

Escondí mi cuerpo excitado cuando alcé a mi hija, que en ese momento se acercó a abrazarme.

—*Pappa*, ven a ver el hámster de Antti.

—¿Cómo lo has pasado, duendecillo? —La besé.

—Tío Anders, ven, te muestro mi *hámstel*. —Antti me tiró de la mano.

—Es *min pappa*<sup>44</sup>, yo se lo muestro —protestó mi hija mientras la dejaba en el suelo.

—Pero es mi *hámsel* —aclaró Antti con seriedad.

—Se lo pueden mostrar los dos —intervino Ulla—. ¿Quieres una taza de café con pastel?

Me quedé mirándola con fijeza y, con extremo cuidado, cogí uno de sus rizos sueltos y lo enredé detrás de su oreja; luego me incliné y la besé en la mejilla. Olfateé su aroma a rosa y a mujer, y me quedé ahí, junto a su oreja, más tiempo de lo permitido. Cuando me erguí, dejé que mis ojos vagaran lentamente por sus labios.

Me moría por probar su boca, por lamerla, por rozar con mi lengua cada uno de sus dientes. Pero al entrever la tensión de su cuerpo y el rojo descarnado en sus mejillas, supe que la estaba abrumando con mi mirada y que debía bajarle el volumen a mis pasiones. Fingí quitarme una brizna en mi pantalón mientras me reponía. Ulla, sin saber hacia dónde mirar, con un aire entre tímido y torpe, me preguntó otra vez:

—¿Quieres café y pastel?

Silencio. Me tomé mi tiempo para responderle mientras me agachaba y me quitaba los zapatos, luchando por recuperar el control.

—Sí, gracias.

—Yo ayudé a cocinar el pastel, *pappa* —interrumpió mi hija.

—En realidad, Ella y Antti lo prepararon, yo solo los guie —me aseguró Ulla mientras se dirigía a la cocina.

La seguí y me senté en una de las butacas, cerca de la mesa. Al mismo tiempo que ponía la máquina para colar el café, mis ojos resbalaron por toda su silueta; me parecía mentira poder deleitarme en ella sin restricciones y sin remordimientos.

Delineé la curva de su nuca; seguí los minúsculos vellos negros alrededor del nacimiento de su cabello; me detuve en ese pequeño lunar negro que ella odiaba, pero que yo amaba, y lo besé. Besé cada centímetro de su cuello en mi mente, y casi pude sentir el sabor de su piel. Recorrí su redondeado trasero y bajé hasta sus pies descalzos, detallando cada uno de sus dedos. Sacudido en lo más íntimo de mi ser, levanté la mirada para encontrarme con los aturdidos ojos de ella. Entonces intenté dominarme por ¿tercera vez?, ¿o era la cuarta?, y le pregunté, casi sin aire:

—¿Te han dado mucha guerra?

—¿Los niños? La verdad es que sí. Estoy exhausta.

—*Pappa, pappa*, míralo. —Ella y Antti zarandeaban frente a mis ojos a un pobre hámster.

—Ah, es muy mono —dije mientras le pasaba un dedo por el pequeño hocico.

El «¡no!» de todos llegó tarde.

—Me ha mordido —expresé sorprendido.

Ulla se acercó con rapidez y, mirándome apenada, me dijo:

—Lo siento, se pone nervioso cuando lo acaricia un extraño.

—Ya —observé, con voz pastosa, cuando Ulla tomó mi mano y revisó la herida.

Fue a por un antiséptico y me limpió la herida con suavidad. No pude sentir el ardor que producía el líquido, solo advertía el calor de sus dedos sosteniendo los míos, el aroma de su pelo, el sonido de su respiración. Todos mis sentidos se concentraban en ella. Mi tórax se tensó tanto que me dolía inhalar, y, cuando pensaba que ya no iba aguantar más, Ulla soltó con delicadeza mi mano y se alejó.

Tratando de salir de la ensoñación sexual en la que me encontraba, busqué a mi alrededor algo con lo que distraerme. Me percaté de que el pequeño *Eko* jugaba con unos bloques en un rincón de la cocina, en silencio.

—Por lo que veo, el más calmado es *Eko*. —Mi voz sonó ronca.

Ulla lo miró a su vez.

—Sí, la verdad es que se parece mucho a *isä* —aseveró, poniendo dos tazas, leche, azúcar y un pedazo de tarta de chocolate sobre la mesa.

—Mmm, tú sí sabes cómo llegar al corazón de un hombre —me atreví a manifestar mientras cerraba los ojos y saboreaba el pastel. Cuando los abrí, me ganó mi lado juguetón: me sumergí en sus ojos con un brillo seductor y lamí con la lengua los restos de chocolate alrededor de mis labios. No pensé que Ulla pudiera ponerse más roja, pero me equivoqué. Se levantó con torpeza, asió unos papeles que estaban encima de la nevera y me los entregó.

—Estas son las cuentas que recogí de la casa de *isä* y algunos recibos de la floristería que me dio Dora. Me imagino que tú te harás cargo de ello... Puedo ayudarte, quiero decir, sé que tienes muchas

responsabilidades ahora y, si quieres, puedo liquidar y archivar todo esto.

—No, no te preocupes, yo me ocupo. Aunque sí, necesito tu ayuda en algo.

—Por supuesto, ¿qué clase de ayuda?

—Necesito encontrar un apartamento para mí solo. Le he cedido mi piso por un año a Lili y a Ella. Es más cómodo para ambas. Así, Lili puede dedicarse a la niña y a buscarse un trabajo.

Se quedó largo rato en silencio, solo se escuchaba el parloteo de los niños y el crujido de un juguete.

—Necesito que me ayudes con eso —continué sin mirarla, paladeando otro pedazo de pastel—. No he tenido tiempo de revisar toda la información que me han enviado las inmobiliarias, pero sí he visto tres pisos que me gustaría visitar.

—Sí, claro que sí —dijo por fin—. Envíame lo que tienes a mi *sähköposti*<sup>45</sup>. ¿Alguna preferencia?

—Quiero uno cerca de donde estoy viviendo, sería más fácil para apoyar a Lili con Ella. Y que tenga sauna, por supuesto. —Sonreí.

Saqué el móvil.

—Dame tu número. ¿Todavía usas el mismo *sähköposti*?

—Sí, el mismo.

—Me gustaría que contactaras con otras inmobiliarias para estudiar más opciones. Organiza tú las citas para que podamos ir juntos. Después de las cuatro de cualquier día estaría bien para mí, ¿está bien para ti?

Como parecía preocupada, agregué como si nada:

—Me imagino que tu prometido no objetará que pases tiempo ayudando a los miembros de tu familia, ¿no? Sobre todo, en una circunstancia tan difícil como esta.

—No, por supuesto que no —aceptó sin mirarme a los ojos.

Complacido conmigo mismo, tiré a matar.

—Tengo las llaves de tres apartamentos y voy a verlos mañana, sábado. Te estaría inmensamente agradecido si me acompañaras. Como a eso de las diez —solté sin importarme que tuviera planes con Mika.

Sabía que la presionaba como un insufrible mandón, pero no me importaba.

—Sí, está bien —musitó.

Sonriendo, como el gato que se comió al canario y nadie se dio cuenta, terminé de degustar el pastel.

*Viernes por la noche. Ulla.*

El ruido de los puerros cortados en finos pedazos dorándose en la sartén armonizaba con el vaivén de la cuchara de palo que los revolvía y con la voz de Minna, que tarareaba la canción *Viva la vida*, de Coldplay, que se escuchaba por mi MP3. Ambas preparábamos la cena que, en un momento de debilidad, le había ofrecido a mi novio.

«Lo repito al universo: no me gusta cocinar».

Haciendo a un lado mi pereza hacia la gastronomía, quise ofrecerle a Mika una buena cena hecha por mí, para variar, pero se me había olvidado que con él no era fácil, porque... aceptémoslo: era exigente en lo que a comida se refería. Por eso, le pedí a Minna que me enseñara a preparar su famoso plato de lentejas con puerros.

Craso error.

Teníamos en nuestra cocina una discusión acerca de las conveniencias de comer o no comer carne, cuando necesitaba de toda mi energía para cocinar bien. Y todo porque quería acompañar las lentejas con un pollo al vino.

Por enésima vez saqué el pollo que ella se empeñaba en guardar, le bajé el volumen a la música y miré sus ojos verdes, exasperada.

—Que no, que no, Minna, que quiero acompañarlo con un pollo al vino. Esta es la tercera vez que te lo repito.

—Y por tercera vez te digo que la carne no es buena para la salud. ¡Qué genio! —refunfuñó.

—No me importa el colesterol ni ninguna de todas esas tonterías que me sueltas cada vez que puedes acerca de los vegetales. Me gusta la carne. ¿Está claro? Soy una mujer saludable, y no pasa nada con mis triglicéridos. Además, a Mika también le encanta la carne.

—¿Cómo sabes que no pasa nada con tus triglicéridos?

—Que solo tengo treinta y tres años, caray, Minna, deja de darme la lata con eso.

—Me rindo. Terminaré de enseñarte a hacer las lentejas, y tú no tocas ese pollo hasta que yo no salga de aquí. No quiero ver cómo lo preparas.

—Bien —resoplé, y seguí farfullando entre dientes—: Odio cocinar, y en vez de tener una compañera chef a la que le guste la carne, me...

—Ulla.

—... toca en suerte vivir...

—Ulla —insistió Minna.

—... con una vegetariana que, además, es una mandona.

—¡Ulla! —bramó Minna.

—*Mitä?*

—Que le estás echando azúcar a las lentejas —aclaró con tono de guasa.

Con horror, vi lo que había hecho. Bajé los ojos hasta Minna, que estaba despatarrándose de la risa en el suelo. No me quedó otra que romper a reír con ella.

Después de reírnos hasta llorar, le pregunté:

—Y ahora, ¿qué? —Suspiré con cara de pena.

—Cocinaré más lentejas, todavía hay tiempo —me tranquilizó.

—*Ookoo*<sup>46</sup>.

—Mira, yo prepararé las lentejas, y tú haces el pollo, ¿de acuerdo? —aceptó por fin.

La besé.

—Gracias, cariño.

Le subí el volumen a la música y nos pusimos a cocinar en una agradable armonía.

—¿Sabes quién se ha atrevido a averiguar mi número de teléfono? —comentó Minna.

—No, ¿quién?

—Obafemi.

—¿Quién?

—Obafemi. ¿Te acuerdas del nigeriano que conocí hace unas semanas?

—Ah, sí, ese que, según tú, es un pesado. —Sonreí para mis adentros.

—¿Sabías que trabaja para una compañía que importa café de África?

—¿Ah, sí? Qué interesante.

—Practica kárate, habla francés e inglés, y no se le da mal el finés. Bueno, es cierto que lleva viviendo aquí diez años.

—Ajá —musité.

—No sabe bailar, te lo conté, ¿no?

—Ajá.

—Parece un pato con patines cuando baila.

—Ajá.

—Dice que no tiene novia —continuó Minna.

—Por lo visto, sabes todo sobre él.

—No deja de perseguirme, se apunta a cuanta invitación le ofrecen en nuestro grupo. ¿Sabes cómo me llama? —continuó con su perorata, ignorando mi observación.

—Ni idea. —Esperé que siguiera contándome mientras adobaba el pollo con pimienta, tomillo, orégano y vino tinto para luego ponerlo a freír a fuego lento. A pesar de que no me gustaba cocinar, en mi adolescencia había aprendido a preparar diversos platos gracias a Anders, a quien sí le gustaba cocinar, y más adelante con Mika; a él también le encantaba.

—Me llama «*my baby*». ¿Lo puedes creer? —siguió molesta.

—¿Y qué tiene de malo? Se ve que le gustas.

—¿Gustarle? Por favor, Ulla.

—No todos son como tu ex, cariño.

—Lo sé, pero sus modales me desquician. Se ríe de todo a mandíbula batiente, es ruidoso e imprudente. No lo soporto.

—Bueno, no tiene que gustarte, Minna. Solo disfruta de sus atenciones.

—Mmm —balbuceó mientras trituraba las lentejas—. ¿Te comenté que le gustan los niños?

Suspirando, la abracé con ternura.

—¿Cómo vas con la psicoterapeuta?

—Ya casi he terminado, el siguiente mes seguiré con el apoyo del grupo —explicó, dándome la espalda.

Sabía que no le gustaba hablar sobre eso, pero quería constatar cómo iba, pues ya habíamos vivido una mala experiencia con ella. Además de la depresión en la que estuvo sumida, había tenido problemas con el alcohol. El desgraciado de su exesposo la había sometido a tantos abusos psicológicos y físicos que, cuando nos dimos cuenta, ya era muy tarde. Cuando Mika se enteró, intervino y lo denunció, no sin antes golpearlo y asegurarse de que nunca se acercara a su hermana. Por mi parte, convencí a Minna para que se viniera a vivir conmigo con la intención de cuidarla, pero durante un tiempo ella empeoró. Cayó en una espiral de autodestrucción: llegaba borracha todas las noches y se acostaba con cualquiera que se le cruzaba en el camino. La última vez que me llamó para que la recogiera, a las cuatro de la mañana, desde un lugar aislado, sin saber qué había pasado, qué había hecho ni con quién había estado, fue la gota que rebosó el vaso para mí. Tuve que confesarle a Mika lo que estaba pasando, y entre los dos le buscamos ayuda. Por suerte, ella se dejó ayudar, y eso había marcado la diferencia.

Minna era como un mendigo de amor. Siempre estaba buscando la aprobación de los demás. Eso la hacía frágil para enrolarse en relaciones con abusadores. No solo con parejas, también pasaba con los amigos.

Ahora estaba aprendiendo a ser asertiva, aunque todavía conservaba algunas amigas que no valían la pena. Esperaba que poco a poco fuera consciente de eso y las apartara de su vida. No quería decirle nada al respecto, pues tenía la tendencia a protegerla, y ella ya me había censurado por ello. Por eso, dejaba que ella sola encontrara la fortaleza para encauzar su vida emocional, pero no sin dejar de prestar atención a sus estados de ánimo. Hasta ahora lo estaba haciendo muy bien.

Quería que encontrara un hombre que apreciara su generosidad y esa burbujeante alegría que siempre mantenía. Era como una hermana para mí, aunque en ocasiones quisiera ahorcarla.

—¿Qué has preparado de postre? —exclamó de pronto.

—Pastel de chocolate, ese que hice esta mañana con mis sobrinos.

—Bueno, ya tienes todo bajo control. El pollo casi está listo; las lentejas, también. No te olvides de la ensalada —me recordó.

Me lanzó un beso desde la puerta y se fue.

—¡Gracias! —le grité.

Me duché y me puse un bonito vestido. Treinta minutos después, Mika llamó a la puerta.

—*Hei*, linda —me saludó, antes de besarme en la boca.

—*Hei, rakas*. ¿Qué tal el día?

—Una locura —manifestó con voz cansada.

—Entonces, siéntate y descansa. ¿Quieres una copa de vino?

—Sí, gracias. ¿Y tu día? ¿Cómo te fue con los niños? ¿Se han portado bien? —me preguntó mientras se quitaba los zapatos, y después me siguió a la cocina.

Me reí con ganas.

—Solo el pequeño Esko. Antti es tremendo. A pesar de que ama a su hámster, lo metió en una vasija llena de agua porque pretendía enseñarle a nadar. Llegué justo a tiempo para impedir que lo ahogara. Eso pasó en tres minutos que me tomé para hablar por teléfono. Y Ella... pues qué te digo, tiene más energía que Antti.

—Veo que tuviste un día muy tranquilo —apuntó Mika, divertido.

Serví la cena y nos sentamos a comer.

—Vas mañana a tu práctica de kárate, ¿verdad? —indagué.

—Sí, pero podemos almorzar juntos luego —me sugirió.

—Bueno... —Intenté no sonrojarme—. Anders me pidió que lo ayudara a buscar un piso en alquiler... Lleva muchos años fuera del país y necesita de alguien que lo asesore.

—Ajá. Tengo una amiga que tiene una inmobiliaria, creo que puedo pedirle que ayude a tu hermano.

—Le preguntaré si le interesa. —Carraspeé—. Pero ya me he comprometido con él para mañana y me gustaría ayudarlo.

¿Por qué sentía que tenía que pedirle permiso? «Porque te sientes culpable, Ulla, por eso».

—Muy bien —aceptó Mika con la barbilla apretada.

Sabía que no le gustaría, pero tampoco iba a permitir que me controlara.

—Te recuerdo que tenemos entradas para el concierto de música clásica en la *Musiikkitalo*<sup>47</sup> a las siete de la noche.

—Sí, no lo olvidaré —gruñí.

Terminamos de cenar y nos sentamos a conversar sobre el sofá. Mika se puso en pie, encendió el reproductor de música y abrió otra botella de vino.

—Me quedaré aquí esta noche.

—Mañana pienso ir al hospital temprano —le advertí.

—Te llevaré.

«Dios, líbrame de los mandones. Primero, Minna, y, ahora, Mika».

—No es necesario, quiero ir en bici.

—Insisto, así tendrás más tiempo para estar con Esko y regresarás a tiempo para tu compromiso con tu hermano.

Estaba enfadada con Mika y enfadada conmigo misma porque no supe qué decir. No protesté porque debía ser pragmática; lo cierto era que no tendría mucho tiempo para estar con Esko si iba en bici. Mejor tener la fiesta en paz, me aseguré a mí misma. Pero, al mismo tiempo, otra voz no dejaba de susurrarme en la oreja: «Cobarde».

## CAPÍTULO 11

*Sábado por la mañana. Ulla.*

Aquella mañana me desperté con una inusitada alegría en el alma. Después de desayunar con Mika, este me llevó al hospital y prosiguió hacia su práctica de kárate.

Estuve con papá una hora y, de regreso a mi piso, tomé el tranvía. Me encantaba montar en esas lentas máquinas de los años cincuenta; me embelesaba en la contemplación de las calles, atestadas de transeúntes, y me dejaba arrullar por el particular zumbido que hacía cuando arrancaba después de cada parada.

A medida que se acercaba la hora convenida con Anders, tenía una aglomeración de sensaciones y emociones que daban vueltas en todo mi ser. El cosquilleo en mi estómago ante la posibilidad de verlo; el anhelo, terrible y doloroso, de entrelazar mi mano con la de él, y la necesidad de escuchar su voz y de sentir su mirada sobre mí me estaban matando. Me sentía inquieta, triste, culpable y feliz al mismo tiempo, y mi conciencia no dejaba de decirme: «Ten cuidado, Ulla, recuerda que es tu hermano». No obstante, la contra atacaba repitiéndome que, además de mi hermano, era mi amigo, y que lo más normal era que disfrutáramos de un tiempo juntos.

¿Qué había de malo en eso?

Me había puesto una blusa de algodón con rayas de distintos colores y una falda de mezclilla. El pronóstico había anunciado que sería el día más caluroso del mes de julio, veintiocho grados. Me miré en el espejo y decidí atar mis indomables rizos atrás, en una coleta baja.

El *bip* de mi móvil anunció un mensaje:

**Enviado por Anders:**

Buenos días, *älskling*, estoy llegando.

**Enviado por Ulla:**

Buenos días, ya bajo. XXX.

Cogí mi bolso y bajé a esperarlo en la puerta principal del bloque de apartamentos. Cuando llegué, vi que Anders estacionaba el Volvo de mi padre en el callejón. Se bajó del vehículo, y, mientras venía hacia mí, dejé que mis ojos vagaran por su cuerpo, enfundado en un par de vaqueros y una camiseta azul con el logo del equipo de hockey sobre hielo de los Rangers de Nueva York.

Sí, mi hermano era un apasionado de ese deporte.

Cuando estuvo cerca de mí, me dio los buenos días con calidez. Su pelo húmedo me rozó al inclinarse para besarme en la mejilla, enviando un delicioso hormigueo por todo mi cuerpo. La barba rubia de tres días, de un tono más oscuro que su cabello, le daba un toque tan masculino y atractivo que me hizo suspirar de resignación mientras caminaba hacia el coche.

Me abrió la puerta, galante, mientras sus ojos grises recorrían lentamente mi cuerpo con un extraño brillo y una expresión seductora. Se me erizaron todos los vellos de mi cuerpo y me desconcerté. ¿Era esa la mirada de un hermano?

—¿Te molesta que ponga música? —me preguntó.

—Eí<sup>48</sup>.

Una agradable música de *pop* finlandés se escuchó por la radio. Anders bajó el volumen y me indicó:

—Dos de los pisos están cerca de la Iglesia de Piedra, y el otro, cerca de Merikannontie. ¿Cuál quieres ver primero?

—El que queda cerca de Merikannontie.

—Pues ese primero. —Me sonrió contento.

Unos minutos más tarde, detuvo el automóvil a dos manzanas del paseo que rodeaba el mar en esa parte de Töölö, y buscamos el primer apartamento. Llegamos al umbral de un edificio de ladrillos de color rojo intenso que estaba rodeado de una agradable zona verde.

—Es en el sexto piso. ¿Subimos por las escaleras? —inquirió Anders.

—Vale —contesté entusiasmada.

Ascendimos corriendo y llegamos jadeando y riéndonos como dos niños. Anders abrió la puerta y entramos a un renovado apartamento de paredes color blanco marfil. Tenía una vista

preciosa que daba al mar, sala-comedor, cocina, un dormitorio, baño y una sauna pequeña.

El siguiente, cerca de la Iglesia de Piedra, poseía cincuenta y cuatro metros cuadrados y contaba con una habitación, sala-comedor y una alegre cocina de paredes rosa pálido. No tenía sauna, pero el edificio disponía de una para todos.

—Mmm, ¿qué opinas? —me preguntó.

—Pues la verdad es que este está muy bien; los dos están muy bien.

—Sí, ¿verdad? Vamos a ver el tercero.

El último se encontraba a una manzana de allí, por lo que decidimos ir a pie. Íbamos por la acera de los peatones, y, sin darme cuenta, me pasé al carril de las bicicletas. Anders tiró de mi brazo con rapidez para que no me arrollara una bici que no había visto; después resbaló sus dedos para sujetar mi mano, y de ahí en adelante no me la soltó, sino que la sostuvo con más firmeza. Mientras avanzábamos, sentía que la mano me ardía y que ese ardor subía por todo mi cuerpo estremeciéndome hasta lo inimaginable. Por un momento quise echarme a llorar, pero de felicidad, gozando de aquella ternura infinita de tenerlo a mi lado, de cumplir esa ansiada y secreta fantasía de asir su mano como si fuera mi amante y no mi hermano. Dios mío, los remordimientos y los interrogantes acerca de si aquello estaba bien me atormentaron.

¿Estábamos haciendo algo incorrecto?

Cuando llegamos, me soltó la mano, y yo exhalé aliviada el aire que había estado reteniendo sin darme cuenta. Me sentía extraña, sentía a Anders extraño, y no quise hacer conjeturas acerca de lo que había pasado.

El piso se hallaba en la primera planta. Muy pequeño pero funcional.

—También me gusta —comenté.

—Sí, pero es demasiado pequeño, y el alquiler de los dos anteriores es demasiado alto. Quisiera seguir mirando otras opciones.

Me quedé callada mientras él miraba el reloj de su muñeca y exclamaba:

—Es hora de almorzar, ¿qué te gustaría comer? —me preguntó.

—¿Comida rusa?

—Comida rusa, entonces. —Y me mostró todos sus dientes, complacido.

No pude evitar sentirme preocupada; por lo que veía, aquello iba para largo, y me aterrorizó advertir que no quería que terminara. Le pedí a Dios que me perdonara, porque por un instante me permitía soñar con algo imposible.

*Sábado, mediodía. Anders.*

Guie el coche hacia Katajanokka, donde se encontraba el restaurante ruso Bellevue. Avancé por la avenida Eteläesplanadi y divisé a mi izquierda la actividad en la avenida Pohjoisesplanadi, que a esa hora de la tarde estaba repleta de turistas que llenaban las mesas al aire libre de cafés y restaurantes. Conduje despacio cerca del Kauppatori, buscando dónde estacionar el coche. El Kauppatori era una plaza de mercado colmada de expresivas y coloridas tiendecitas que, bordeando el mar Báltico en el extremo oriental de Esplanadi, ofrecía artesanías y comida fresca finlandesa.

—¿Quieres que entremos al Kauppatori?

—Me encantaría, gracias —exclamó Ulla, alegre—. Me gusta comprar chucherías en verano ahí.

Complacido, estacioné el coche un poco más arriba. Bajamos hasta el Kauppatori, y el olor a *miukku* frito nos acogió. Curioseamos por los puestos llenos de tejidos y orfebrería de Finlandia. Ulla se detuvo en uno de ellos y preguntó el precio de unos bonitos posavasos tallados en madera. Se preparaba para pagar cuando le dije:

—Permíteme. —Saqué la cartera y le pasé unos euros a la sonriente vendedora antes de que Ulla tuviera tiempo de protestar.

—Gracias. —Me miró como lo hacía cuando la acompañaba de compras en el pasado. Experimenté una extraña mezcla de alegría y nostalgia.

Nos abrimos paso entre el tumulto de gente que nos empujaba uno contra el otro y atendí al agradable sonido de la bocina de un barco que llegaba. En una ocasión tuvimos que esperar a que

pasara un gran grupo de chinos, y yo me apreté contra su espalda con disimulo. Aspiré el aroma de su champú, que esta vez olía a sandía, y todos los poros de mi cuerpo fueron conscientes de sus curvas. Sabía que ese juego era peligroso si cruzaba ciertos límites, así que me alejé un poco. Pasamos por los mostradores que ofrecían arvejas, patatas, cebollas, zanahorias, tomates y pepinos de nuestra propia cosecha. Otros estaban llenos de arándanos azules, grosellas negras y cerezas. Era un espectáculo de vivos colores y luz.

—Mmm, me encantan los arándanos azules.

—Lo sé —asentí, guiñándole un ojo. Me volteé y le compré dos litros de arándanos silvestres.

—*Kiitos*<sup>49</sup> —me dijo, y empezó a comer sin importarle que no estuvieran limpios ni que su boca se pintara de azul.

Giramos hacia la izquierda y nos adentramos en Katajanokka; subimos hacia el restaurante, que estaba frente a un parque, en una pequeña colina.

Al igual que Ulla, me encantaba la comida rusa. Helsinki no tenía la sofisticada variedad de restaurantes de Nueva York, pero había unos cuantos restaurantes que ofrecían una gastronomía exótica y de calidad.

Dentro, en un espacio amplio y cómodo, un poco sombrío, se respiraba un ambiente ruso. Nos sentamos en una mesa para dos en un discreto rincón, donde pudimos hablar de todo un poco. Ambos ordenamos unos *zakuska*<sup>50</sup> y, como plato principal, *borsh*<sup>51</sup>.

—¿Quieres vino?

—Sí, por favor, pero solo una copa.

—¿Quieres probar un vino tinto de Georgia?

—Sí, suena interesante.

—Para mí solo agua, por favor —le indiqué al sonriente camarero.

Tenía que conducir y no debía beber; además, con Ulla a mi lado tenía suficiente para sentirme embriagado.

La toqué con la mirada, gozando de sus cejas, queriendo delinearlas con mis besos. Bajé despacio por el puente recto de su nariz, luego hasta su boca, y me quedé ahí, deseando besarla con ardor.

—¿Hablaste con *isä* esta mañana?

—¿Qué? —Carraspeé.

—¿Hablaste con *isä*?

—No. Hablé con mi madre, dice que después de esta sesión de quimioterapia le prometió a Esko que lo llevaría a casa. El médico está de acuerdo. Dice que teniendo los cuidados oportunos para las siguientes sesiones de quimio no es necesario que pase las noches en el hospital.

—Me alegra escucharlo. Entiendo los miedos de Stina, pero creo que papá se sentirá mejor en su casa —opinó Ulla.

—Estoy de acuerdo.

El entrante llegó. Una especie de pepino encurtido, muy salado, rebozado con miel de abeja.

—¿Está bueno el vino? —le pregunté.

—Sí, ¿quieres probarlo?

—Ajá, gracias. —Me pasó la copa, y nuestros dedos se rozaron. Quise retenerlos y llevármelos a mis labios junto con el vino, pero, como no podía ser, saboreé la bebida con sensualidad, mirándome en sus ojos. Sus mejillas se llenaron de ese delicioso rubor, tan sexi y tan encantador, que le daba ese aire de niña mujer, inconsciente de todo su atractivo. Sabiendo que no podía apartar mis ojos de su boca, de sus ojos, de su cuello, del escote de su blusa y de los senos que se adivinaban a través del tejido, busqué algo para distraerme. Me obligué a coger la jarra de agua y llenar los vasos de los dos, mirando cómo caía el líquido.

—¿Está contenta Ella en Finlandia? —me interrogó Ulla con voz ahogada.

—Feliz. —Carraspeé—. La verdad es que es una niña que se adapta bien a los cambios. Todo le gusta, y a todo le pone mucha energía, como ya te has podido dar cuenta.

—Sí. —Se carcajeó.

—Está llevando muy bien nuestro divorcio. En Nueva York tuvimos el asesoramiento de una psicóloga, y creo que hasta ahora lo hemos manejado muy bien.

Quise que entendiera algunas cosas, incluso lo que buscaba para mi futuro.

—Ya no había amor entre Lili y yo, y... bueno. Tal vez no la amaba lo bastante para que mis sentimientos duraran toda la vida.

No he descartado casarme otra vez y tener más hijos. Creo en el amor y quiero envejecer con la persona que escoja y amarla hasta que me muera —le aseguré escrutando dentro de sus ojos, esperanzado en que mis palabras hubieran tocado una fibra en su alma y la hicieran...

¿Qué?

¿Sentir algo por mí?

Qué locura la mía.

Quería sentir que me miraba como a un hombre, su hombre, aunque fuera una locura todavía.

—Entiendo —musitó. Sus ojos parpadearon y esquivaron los míos en busca de la copa de vino.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Has encontrado el verdadero amor? —demandé.

—Creo que sí.

—¿Lo crees? ¿No estás segura?

—Estoy segura. Mika y yo nos complementamos muy bien, nos divertimos juntos y ambos queremos formar una familia.

—Entiendo —repliqué con amargura al palpar en sus palabras el cariño sincero por Mika.

Fue como si alguien me hubiera echado sal en una herida. Dios mío... Pero ¿y la pasión? Ella no había expresado nada como «lo amo locamente» o «estoy profundamente enamorada». ¿Eran falsas mis esperanzas? ¿Era una locura esperar que ella me viera como un hombre y me deseara con toda la pasión con que yo la deseaba? Yo sabía que ya no había barreras, pero ella no. ¿Era una locura enamorarla sabiendo que para Ulla todavía existía esa gran barrera moral entre los dos?

Sabía lo complejo que era eso. Pero, por otro lado, me motivaba el que Ulla tenía sentimientos muy profundos por mí. De eso estaba seguro. Muchas veces me había dicho que me adoraba, por supuesto, como hermano; no obstante, ahora que yo sabía la verdad, empezaba a notar cierta tensión en ella, un brillo en sus ojos y un delator sonrojo en sus mejillas cada vez que me veía.

¿Estaba creándome falsas ilusiones? ¿Estaba actuando con rectitud?

No tenía respuestas para nada. Lo cierto era que había una sola verdad que me instaba a continuar: la amaba con toda el alma y tenía que intentar todo lo que estuviera en mis manos para enamorarla.

Algo sí podía responderme a mí mismo con certeza: no haría nada que la lastimara. Era capaz de pasar por encima de mis sentimientos para que ella fuera feliz. Y si cuando Ulla se enterase de que yo no era su hermano escogía a Mika, lo respetaría, aunque esa decisión dejara una herida abierta para siempre dentro de mí.

## CAPÍTULO 12

*Domingo. Ulla.*

Me levanté a las siete de la mañana para prepararle el desayuno a Minna y llevárselo a la cama. Ese día cumplía treinta y cinco años. Conociendo las carencias afectivas que había tenido mi amiga durante su infancia, quise brindarle lo que mi madre solía hacer por mí en mis cumpleaños: me despertaba con un desayuno en la cama. Ese detalle, más que una deliciosa tarta, me había hecho sentir muy amada por ella. Aún bostezando y con sueño, me dirigí a la cocina. Aquella semana, para mi frustración, me había tocado madrugar varios días, pero no había de otra. «Sin quejas, Ulla». Había mucho que hacer todavía para el festejo en honor a Minna aquella noche.

Metí al horno unos *croissants* congelados que vendían listos para el fogón y corté un pan de avena que había comprado en Keisari. Mientras arreglaba la bandeja que le llevaría a Minna, no dejaba de sentir la presencia de Anders como un fantasma que me seguía en sueños y en vigilia, y...

No, no estaba bien pensar en él todo el tiempo. Tenía que pensar en otras cosas.

Dieciocho minutos después, el olor a *croissants* se deslizó por la cocina y terminó por alertar todos mis sentidos. ¿Dónde había leído que el olor del pan despertaba nuestro altruismo y nos animaba? Pues era verdad. Sonriente, coloqué en una bandeja un bote de mermelada de frambuesa orgánica —la fruta preferida de Minna—, una tetera, varias bolsitas de té de hierbas, mantequilla, servilletas, tazas para té y un ramito de flores silvestres en el centro. Ah, por Dios, casi lo olvidaba... Volví a por el pan, los *croissants* y el regalo, y me encaminé hacia el cuarto de Minna.

Sin llamar, entré en su habitación, cantándole el *Paljon onnea vaan*<sup>52</sup> con mi mejor voz.

—¡Feliz cumpleaños, Minna!

—*Perkele*, desayuno en la cama, mejor no podía comenzar el día —murmuró, bostezando.

Acomodé la bandeja sobre la mesa de noche y me senté a su lado en la cama.

—Anda, el regalo primero. —La besé y puse ante sus ojos un cuadro.

—Ay, Ulla, me encanta, me encanta. —Miró el cuadro, excitada como una niña.

Había visto esa pintura una tarde en que fui a Porvoo, una pequeña ciudad en la costa sur de Finlandia, popular por ser la segunda ciudad más antigua del país. Porvoo conservaba una gran área con viejas casas de madera en donde se podían encontrar atractivas tiendecitas de artesanías y arte local. Aquel día, me detuve en uno de sus establecimientos para observar las simpáticas figuras de los bosques y de la mitología finlandesa, expuestas en varios lienzos. Los colores vivos me recordaron a Minna, y pensé que ese sería el regalo perfecto para ella.

—*Kiitos*, Ulla. —Me miró con los ojos aguados.

—Es un placer.

Le di el ramito que había dejado sobre la bandeja.

—Mmm, flores, qué lindas. *Kiitos*. —Aspiró el aroma.

—Anda, a desayunar, que se enfrían el té y los *croissants*.

—*Perkele!* Tengo montones de cosas por hacer hoy: limpiar, preparar los entremeses, lavarme el cabello, hacerme la manicura, ir al supermercado...

—Eh, para, para. No te preocupes, yo te ayudo. Sobre todo, me voy asegurar de comprar carne para los que deseen comer carne.

—La miré con firmeza.

—Pues sí, qué remedio. —Puso tal cara de asco que no pude evitar reírme.

Terminamos de desayunar y nos pusimos manos a la obra. Inquieta sin saber por qué, decidí salir a correr, pero durante ese tiempo no pude dejar de pensar en él. Eso me hizo sentirme triste y confundida.

¿Qué estaba pasando entre Anders y yo?

Él se comportaba de forma diferente, me miraba de forma diferente... Como si quisiera...

No, era una locura siquiera pensarlo.

Avancé por el parque Kaivopuisto sin prestar atención a lo que me rodeaba. ¿Eran imaginaciones mías? ¿Era de verdad una locura lo que pensaba?

Tenía mucho miedo de lo que esa mirada de Anders le hacía a mi corazón y a mi cuerpo. Pensaba que esos fuertes sentimientos por él habían quedado en el pasado, pero ahora no estaba tan segura. Y por primera vez me atrevía a hacer conjeturas sobre lo que Anders podría sentir por mí.

¿Por qué me había cogido la mano? ¿Fue solo el acto inocente de dos hermanos que se quieren o fue algo más?

«Dios mío, basta, Ulla». Como hacía el avestruz, enterré la cabeza en la arena, porque no quería ver, porque no estaba preparada para ver. Decidí terminar de correr y, cuando regresé, me puse a limpiar el apartamento mientras Minna preparaba sus famosos platos vegetarianos.

Después de ducharme, fui al supermercado y compré algunos encurtidos, arenques, carnes frías, queso de cabra, leche y mantequilla sin lactosa para los que tuvieran problema con ella, pan con gluten y sin él.

A las seis y media, cuando todo estaba listo, escuché el timbre de la puerta. ¡Mika! Me detuve antes de llegar al vestíbulo, dejando que la homenajeadora lo recibiera primero.

—*Terve*, cariño, feliz cumpleaños. —Escuché que le decía a Minna.

—*Kiitos*, hermano de mi alma. —Minna lo abrazó.

—Aquí tienes, cómprate lo que quieras. —Vi que Mika le pasaba un sobre.

Me acerque y lo besé.

—Hola, *rakas*.

—Hola, linda. Estás preciosa. Las dos están preciosas —manifestó, recorriéndonos con los ojos.

A las siete en punto empezaron a llegar los invitados. Los zapatos se fueron amontonando en la angosta entrada, y nuestra sala se llenó del bullicio de voces, risas, música y el tintineo de las copas.

Algunos de los amigos de Minna eran colegas de su trabajo; otros eran compañeros de su tiempo de juergas de la adolescencia, especialmente dos rubias muy guapas que todavía no entendía por

qué Minna se empeñaba en mantener como amigas. En las tres ocasiones que había tenido la oportunidad de encontrarme con ellas las había visto pasadas de copas y flirteando con todos los hombres que estaban al alcance de sus radares; una vez, incluso, las vi en acción con el exesposo de Minna. Entendía que en ese tiempo la autoestima de mi amiga estuviera por los suelos, pero ahora no lo comprendía. Sin embargo, respeté su voluntad e hice un esfuerzo por ser cortés con ellas.

Una hora después de que las rubias llegaran, he de confesar que tuve serias dificultades para contener mi temperamento y no pedirles que se fueran. No contentas con coquetear con todos los hombres de la fiesta, decidieron dedicarle todas sus atenciones a Mika. Claramente incómodo, mi novio intentó retirarse con educación, pero las chicas no lo permitieron. Minna, mortificada, no sabía qué hacer, y, la verdad, yo tampoco, porque ambas estaban ya muy ebrias.

Lo que más me preocupaba era que Minna estaba en un proceso terapéutico para dejar la bebida y recuperarse de una depresión, y ese tipo de amigas no eran las compañeras ideales para una vida sobria y juiciosa.

Pero diez minutos después, para mi sorpresa y orgullo, vi a mi amiga pedirles que se marcharan. Por un momento, el silencio en el salón se hizo denso, nadie supo qué decir, hasta que oí que Mika llamaba un taxi para las chicas y las acompañaba abajo. Empoderada, Minna se disculpó con todos por el desagradable incidente y nos instó a continuar con nuestras comidas y bebidas.

Como a las diez de la noche, Minna y yo, sabiendo que no podíamos perturbar a nuestros vecinos, invitamos a prolongar el festejo en un bar, como era la costumbre aquí. Mika y yo preferimos quedarnos a descansar.

Estábamos recogiendo la loza y colocándola en el lavavajillas cuando me dijo:

—Te recuerdo que estaré varios días en Londres, quizá dos fines de semana. No lo sé con exactitud, todo depende de si mi asistente puede quedarse y reemplazarme.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Te gustaría pasar la noche en mi apartamento, linda? Así sería más fácil para mí salir de ahí con mis maletas, rumbo al aeropuerto.

—Sí, creo que es lo mejor. —Lo besé en los labios—. Déjame preparar unas cuantas cosas y nos vamos.

Dejé que terminara de organizar el desorden y yo me fui, desanimada, a empacar una muda de ropa.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué no saltaba de alegría por irme con él como antes? Quizá era el estrés de aquella semana, los madrugones, cuidar de papá, Anders, Eve. No lo sabía, pero seguía con esa desazón en mi pecho y esos enormes deseos de llorar.

### *Domingo. Anders.*

Aquel día, recogí a mi madre para que se divirtiera unas horas conmigo y con Ella. Aceptó a regañadientes ante la insistencia de Esko.

Las llevé a almorzar al Savoy, un elegante restaurante que había abierto sus puertas en 1937. Su gastronomía, clásica local con un toque de modernidad, lo hacía el favorito de mi madre. Ubicado en el octavo piso de un edificio, ofrecía una fabulosa vista del centro de Helsinki desde los ventanales de su azotea.

Salimos del ascensor, y Ella corrió entusiasmada entre las mesas hasta llegar a los grandes cristales.

—Mira, el parque, *pappa*.

Alcanzándola, divisé con ella el alto domo verde de la bella Catedral luterana Tuomiokirkko; la Catedral ortodoxa, la más grande de Europa Occidental, y el parque Esplanadi. Para complacerla, ocupamos una mesa cerca de los ventanales. Mientras el camarero se acercaba, detallé con deleite el elegante y sobrio mobiliario con el inconfundible estilo de los arquitectos Alvar y Aino Aalto. Había olvidado la agradable atmósfera que se respiraba ahí, con ese penetrante olor a buena comida y a café. Mi hija seguía mirando la ciudad, así que la llamé:

—Ven, vamos a pedir, que la *fammu*<sup>53</sup> tiene hambre. Después podemos mirar el parque con más detenimiento.

Los tres ordenamos, y, después de pasar un buen rato con mi hija explicándole lo que veíamos, llegó la comida.

—No me gusta el salmón crudo, *pappa*.

—No está crudo, Ella, está ahumado —explicó mi madre.

—No me gusta el salmón *umado*, *fammu* —indicó, arrugando la nariz.

—No te lo comas, prueba la carne de reno —le señalé.

—Esto está bueno, *pappa*.

Un rato después, el semblante de angustia de mi madre y su falta de apetito me inquietaron. Suspirando, le aseguré:

—Se pondrá bien, madre.

—¿Cómo lo sabes? —declaró molesta.

Exhalé y, con paciencia, precisé:

—Porque Esko es un luchador. Porque es fuerte y todos lo estamos rodeando de amor y esperanza. Porque hay un buen equipo médico detrás de él, y porque me niego a pensar en algo menos que eso, madre.

Ante su silencio, le espeté con firmeza:

—Es muy pronto para tirar la toalla; el tratamiento de quimio apenas ha comenzado, y todavía faltan muchas sesiones. No podemos desfallecer tan rápido, *mamma*.

Dejó los cubiertos sobre el plato, y la barbilla le tembló. Mi hija, notando que algo sucedía, nos miró alarmada.

—No pasa nada, duendecillo, la abuela está un poco triste hoy. Por eso debemos animarla, ¿verdad?

—¿*Fammu*, quieres mis patatas fritas? Están muy buenas.

Mi madre, sonriendo con ternura, se limpió las lágrimas que se habían deslizado por sus mejillas.

—Gracias, cariño, regálame solo tres. No podría con más. — Entre las dos contaron tres patatas, que Ella le puso en el plato.

—*Tack*<sup>54</sup>, cariño —aprobó mi madre.

Terminamos de comer y los tres pedimos pastel de chocolate con helado. Mi hija se concentró en su helado, y mi madre y yo seguimos conversando.

—¿Sabes, hijo, que en treinta y seis años de matrimonio esta es la primera vez que tu padre se preocupa por mi bienestar y me mira con ternura? Cada mañana se despierta y me mira a los ojos como si me amara... —Se le quebró la voz.

Eso me dolió; no quería juzgar a Esko. Entendía que mi madre en ocasiones había actuado con fría crueldad, pero ahora advertía cruciales cambios en ella: se comportaba casi con dulzura, por no hablar de la entrega con que lo cuidaba. Quería creer que si él salía de esta, no era tarde para ellos dos. Esperaba que pudieran perdonarse y disfrutar juntos los últimos años de su vejez. Cuando se estaba entre la vida y la muerte, las perspectivas de la vida cambiaban, y los afectos se hacían imprescindibles. No quería interferir entre los dos. Solo podía ofrecerle a mi madre un hombro sobre el que llorar y esperar a que sus corazones hicieran el resto.

Las ojeras y la fatiga que noté en mamá me intranquilizaron, así que tomé una decisión.

—Quiero que esta noche vayas a casa y descansas, yo me quedaré con Esko.

—Ni hablar, quiero estar con tu padre. Él necesita...

—Insisto, madre. Yo también necesito tiempo para estar con papá, no quiero limitarme a ayudarlo con la compañía. ¿Me lo permites?

—le rogué con suavidad.

Jadeó.

—Claro que sí, hijo.

Pagué la cuenta y, antes de llevar a mi madre a casa, paramos en el parque para que Ella corriera y jugara un poco. Después la dejé con Lili y conduje hacia el hospital.

Durante el final de aquella tarde y parte de la noche, estuve pendiente de las medicinas y las necesidades de Esko, por no hablar de presenciar su indisposición y el dolor que sus ojos dejaban entrever. Cuando se durmió por fin, suspiré aliviado. Mirándolo dormir, en la oscuridad del cuarto, lo vi tan indefenso y frágil que una honda congoja me abrumó.

¿A dónde se había ido ese gigante lleno de vida? ¿Lo volvería a ver otra vez?

Antes de caer en un sueño lleno de altibajos, pensé en pedirle ayuda a las chicas para que sacaran a mamá a... qué sé yo, ir de compras o todas esas cosas que les gustaba hacer a las mujeres. Llamaría a Dora si era preciso; seguro que le agradecería pasar varias tardes con mamá.

Con eso en mente, me relajé y me dormí, pero, antes de caer en un sueño profundo, alcancé a darme cuenta de que tenía otra excusa para llamar a Ulla y sonreí complacido.

## CAPÍTULO 13

*Lunes por la mañana. Anders.*

Ansioso por escuchar la voz de Ulla, esperé impaciente una hora razonable para llamarla. Con el corazón palpitando, tomé mi móvil y pulsé su número.

—¿Ulla? ¿Cómo estás, *älskling*?

—*Bien... bien, ¿y tú?*

—Cansado pero bien. ¿Tuviste un domingo agradable?

—*Sí, sí.* —Hubo una pausa—. *¿Estás con isä?*

—No, pero me quedé con él toda la noche. Escucha, necesito tu ayuda y la de Eveliina.

—*Claro, dime.*

—Me gustaría que Eve y tú sacaran a mamá dos o tres tardes del hospital: a tomar un café, de compras, no sé, algo que la distraiga. Ayer la vi muy desanimada, y no queremos que se nos derrumbe.

—*Sí, entiendo, haré lo que pueda, pero tú sabes que ella conmigo no es... Bueno...*

—Lo sé, cariño, pero puedes apoyarte en Eveliina, y ambas pueden organizar algunas actividades. Llámala, por favor.

—*Está bien. Se me ocurre que podemos incluirla en ese programa de apoyo terapéutico del hospital para cuidadores de enfermos. He escuchado que se reúnen dos veces por semana en la tercera planta.*

—Buena idea; por favor, encárgate tú de eso y háblalo con Eve.

—*Bien.*

—¿Tú estás bien?

—*Sí, sí, gracias.*

—Gracias por ayudarme el sábado —observé, reacio a dejarla todavía.

—*De nada, hermano.*

—¡Anders! —le solté con cierta rudeza.

—*¿Cómo?*

—Mi nombre es Anders. —Nunca más aceptaría que me llamara hermano.

Silencio.

—*Está bien, Anders.*

—¿Estarás muy ocupada esta semana?

—*Pues no. Mika ha salido para Londres y permanecerá allí unos días.*

Vaya, qué sorpresa tan sumamente agradable.

—¿Acompañarás mañana a papá y a mamá en la cita con los médicos?

—*Sí, ahí estaré.*

—Entonces te veo mañana. Cuídate.

—*Tú también.*

Colgué.

El sonido del teléfono de la oficina me sobresaltó; antes de descolgarlo, me costó —realmente me costó— no gritar: «*Jess!*». <sup>55</sup>.

### *Lunes por la mañana. Ulla.*

Pedaleaba hacia la casa de mis padres y buscaba arroyo para entrar a la cueva de la bruja de las nieves.

«Vamos, Ulla, no seas exagerada, que ya no eres la niña indefensa del ayer».

«Ahora eres una mujer fuerte y madura».

Resoplé con resignación. La verdad era que esa apreciación acerca de mí misma no me aportaba mucho en esos momentos. Prefería madrugar todo el año a estar con la mujer de hielo, pero para allá iba, y, para empeorar la situación, sola, porque no había podido comunicarme con Eveliina.

«No te quejes, Ulla, acéptalo. No puedes ver que una persona necesita de tu ayuda y no tenderle la mano».

«Además, lo haces por Anders».

Con el corazón en un puño, llamé a la puerta, aferrándome a mi casco como a un salvavidas.

Nada.

Estaba segura de que Stina se encontraba en casa; Anders me había dicho que logró que se quedara descansando todo el día. La

suave brisa trajo hasta mi nariz el aroma de la grama recién cortada, que se mezcló con el aroma del hogar donde crecí.

De pronto Stina abrió la puerta. La sorpresa en su cara, además de la inspección a un lado y a otro, como esperando que alguien más hubiera venido conmigo, me puso más nerviosa.

—*Terve*, Stina.

—Ulla... Qué sorpresa, pasa, pasa. —Me dio un beso al aire. Al menos no me dijo que estaba ocupada y tampoco me cerró la puerta en la cara.

Me detuve cuando llegamos a la sala y, con valor, la miré a los ojos.

—Pensaba... —Carraspeé—. Me preguntaba si te gustaría almorzar conmigo, yo podría —carraspeé otra vez— preparar algo, y... podríamos pedirle a Eve que nos acompañara. Y a Dora —terminé, casi sin voz.

Silencio. Mi corazón martillaba tan fuerte que pensé que ella también lo escucharía.

Para mi sorpresa, Stina sonrió.

—Muchas gracias, Ulla, la verdad es que me agradecería mucho que alguien cocinara para mí.

—Ah, qué bien, pues... ¿qué te gustaría comer?

—Elige tú, sabes que me gusta comer de todo. Hay algunas cosas en la nevera, pero puedes comprar lo que te haga falta en Siwa.

—Muy bien, veré qué puedo hacer. Tú siéntate en el jardín y disfruta de esta bella mañana.

Suspiré contenta y, mientras me desplazaba hacia la cocina, percibí el silencio y la soledad que serpenteaba por todas las paredes de la casa. Cavilé que Stina y papá no necesitaban un sitio tan grande; deberían venderla y comprar un apartamento pequeño para los dos. Quizá Stina no quisiera renunciar a todas sus plantas, pero valdría la pena discutirlo con Anders y Eveliina.

En la cocina revisé lo que había y decidí hacer pan de centeno y salmón al horno. Dejé la masa fermentando; entretanto, aliñé el salmón con pimienta y eneldo y después lo metí al horno.

Me puse a lavar algunas patatas y verduras en el fregadero, que estaba bajo la ventana, mientras observaba a Stina podando las

flores en el jardín. Su cabello rubio canoso brillaba como plata bajo los rayos del sol; los hombros encorvados y la extrema delgadez la hacían parecer más pequeña de lo que realmente era, y eso que era tan alta como papá.

Ansiando tener conmigo a Eveliina, la llamé otra vez y, aliviada, escuché que vendría a almorzar con nosotras. Afortunadamente, Kalle estaba trabajando en casa y se podía quedar con los niños. Llamé a Dora y confirmé una comensal más para el almuerzo. Todo estaba saliendo mejor de lo que esperaba, así que me dirigí contenta al vergel.

—Dora y Eve vienen a almorzar con nosotras.

—Ah, qué bien. —Hizo a un lado unas hebras de cabello que se habían deslizado fuera de su rígido moño—. Puedes sacar una botella de vino de la cava. —Y continuó trajinando con sus plantas.

—¿Vino blanco? ¿Alguno que prefieras?

—Escoge tú.

Incluso podando las flores se veía bien. Cómo había admirado esos modales elegantes y pausados cuando era niña; a pesar de su riqueza, no necesariamente escogía la ropa más cara, aunque le gustaba apoyar a los buenos diseñadores finlandeses.

Llegué a la pequeña cava y revisé los vinos con cuidado, pensando que a Stina le gustaría un vino blanco bien seco.

La verdad es que admiraba su estoicismo ante la adversidad y, por qué no decirlo, la forma en que estaba cuidando de papá. Por primera vez le estaba ofreciendo una ternura que nunca le había visto, y que quizá papá no merecía de parte de ella. Lo amaba, pero eso no me impedía sentir que en ocasiones había sido muy duro con su mujer. No había habido gritos ni acciones irrespetuosas entre ellos, pero sí algunas discusiones fuertes.

Recordé con bochorno el día que, escondida entre las cortinas del estudio de papá, escuché un altercado entre ellos. Stina le exponía con amargura toda la humillación que significaba para ella mostrarles a sus amigos las consecuencias de su aventura con otra mujer: yo. Papá, flemático, le espetó que no estaba obligada a soportar esa humillación y podía divorciarse si quería. Stina, furiosa, continuó preguntando sobre mi madre, y Esko le contestó que Victoria no era de su incumbencia.

Después de ese episodio, Stina me trató peor. Yo no hacía nada bien, no limpiaba mi cuarto, no me esforzaba lo suficiente por aprender el sueco, y, por eso, ella y yo no podíamos llevarnos mejor. Había veces en que me sentía tan estresada con esa mujer detrás de mi nuca que era un alivio para mí cuando llegaba Anders y me llevaba a todas sus aventuras con sus amiguitos del barrio. Sabía que sus amigos me miraban con fastidio, pero como Anders parecía muy feliz de tenerme con él, a mí no me importaba. Bueno, sí me importaba, pero al ver que Anders no me soltaba la mano y me trataba con tanta dulzura, ignoraba toda incomodidad.

Mi divino Anders. El anhelo que sentía siempre que pensaba en él empezó a crecer y a crecer en mi pecho.

«Basta ya, Ulla. Basta de pensar en él».

Me decidí por un vino blanco francés y lo metí en el refrigerador para que estuviera frío a la hora del almuerzo. Revisé cómo iban el salmón y la masa del pan y seguí con las verduras.

Sería agradable almorzar fuera, así que volví al jardín para limpiar la mesa y ponerle un coqueto mantel de colores. Escuchaba el chasquido incesante de las tijeras para podar las plantas mientras, con una ceja levantada, miraba de reojo a Stina. La anfitriona perfecta, elucubré con un poco de envidia.

Algo de ella debió de haberseme quedado, ¿no?

Rememoré cómo se esmeraba por retocar cada mínimo detalle de una mesa. Solía organizar numerosas cenas y almuerzos, indispensables, según ella, para la posición de papá. Más que feliz, él lo había aceptado con irónica resignación. Era triste ver que Stina se esforzaba solo por las cosas materiales y sociales de la vida y no por expresar el afecto que sentía hacia su esposo.

Era difícil decir de quién había sido la culpa del desamor en esa relación. Nunca los vi viajar solos, y Esko era más cariñoso con nosotros que con ella. Solía llegar de la oficina y encerrarse en su estudio. Salía solo para comer o compartir momentos con Anders, Eve y yo. Sabía que papá no era un hombre de aventuras fuera del matrimonio; a excepción de mi madre, creía que le había sido fiel a Stina.

Quizá había amado muchísimo a mi madre y no le había quedado nada para dárselo a Stina. Cuando él me explicó que era mi padre,

me dijo que había amado mucho a mi madre, aunque no esperaba que a mi edad entendiera por qué había estado con otra mujer cuando estaba casado y tenía hijos. Me aseguró que algún día comprendería que sobre las cosas del amor no poseíamos ningún control. Cuánta razón tenía.

Sí, en las cosas del amor nada era fácil; mi propia vida amorosa era una fiel copia de aquellas palabras. Haciendo a un lado mis reflexiones, me apresuré a sacar el salmón del horno y meter el pan. Satisfecha conmigo misma, cuarenta minutos después me hallaba lista para recibir a mis invitadas.

## CAPÍTULO 14

*Martes por la mañana. Anders.*

El primer ciclo de quimioterapia había terminado. Esa mañana el hematólogo se presentaría de un momento a otro en el cuarto de Esko; le iba a dar de alta, pero antes quería proporcionarle las últimas recomendaciones, según mi madre.

Esko tendría unas dos semanas de recuperación. Habíamos acordado llevarlo al hospital los días que hicieran falta cuando se reiniciara la línea de quimio, pero, por ahora, lo más importante era escuchar las sugerencias del doctor para sus cuidados en la casa.

Cuando llegué a la habitación, mamá ayudaba a vestir a Esko, que estaba sentado en el borde de la cama. Lucía agotado, delgado y con unas pocas hebras de pelo en la cabeza. Tratando de no dejar entrever mi inquietud, los saludé alegre:

—*God morgon, mamma*, Esko.

—*Terve*, hijo. —Sonrió mi padre.

Minutos después, entró Ulla. Estaba adorable como la primavera.

—*Huomenta, isä*, Stina. —Y, mirándome con un leve sonrojo, añadió—: *Huomenta*, Anders.

He de confesar que mis mejillas también se emocionaron, pero no pude disfrutar del placer de mirarla como deseaba, porque el hematólogo escogió ese instante para hacer acto de presencia. Como era la primera vez que lo veía, puedo decir que fue una experiencia de lo más peculiar. Esperaba un médico imponente y estirado y, en cambio, me encontré con un hombre de estatura media, complexión normal y con un... digamos que un comportamiento un tanto gracioso pero afable.

—*Päivää*<sup>56</sup>. Qué verano tan maravilloso tenemos, ¿verdad? ¿Cómo estas hoy, Esko? ¡No! No me digas: sin aliento, lo puedo ver. ¿Y tú, Stina? —Sin esperar respuesta, me miró por encima de sus anteojos y después hizo lo mismo con Ulla. Se acercó y nos dio la mano a cada uno—. Mucho gusto. Juha. Ustedes deben de ser los hijos de Esko.

Me apretó tanto la mano que me dolió, y, por lo visto, otro tanto pasó con la de Ulla, que se quedó mirando la suya asombrada. He de decir que tuve que recordarme la seriedad de ese encuentro para no echarme a reír.

El doctor se sentó sobre la cama, se quitó las gafas y empezó:

—Veamos, Esko, ya es hora de que te vayas a casa, pero, eso sí —nos apuntó con su dedo y lo sacudió varias veces frente a nosotros—, quiero que todos sigan mis instrucciones con minuciosidad. Has terminado este ciclo de quimio y te veré en dos semanas para el siguiente. ¿Entendido? —Esperó a que Esko asintiera y, después, nos miró a todos uno por uno y continuó en tono solemne—: Los efectos secundarios no desaparecerán del todo, persistirá la debilidad, como si sufrieras un resfriado.

Silencio.

—Por eso, será sumamente importante que comas muy bien, tengas o no tengas apetito, como lo has estado haciendo aquí. Cinco veces al día. Tengo entendido que antes de irte verán a la dietista.

Ante la aprobación de todos, siguió:

—Bien, sigan sus instrucciones. —Y sacudió otra vez el dedo sobre nosotros—. Nada de alcohol, productos lácteos ni cafeína. Sí, ya sé que te gusta bastante el café, Esko, pero no debes tomarlo. ¿Entendido?

Otra vez todos asentimos con nuestras cabezas, y él continuó:

—Mucho reposo, cero estrés, así que déjate cuidar por tus seres queridos, Esko. Intenta dormir ocho horas diarias y haz una o dos siestas durante el día. ¿Entendido?

—Pero...

—No he terminado, Stina.

Silencio.

—El sangrado en la boca puede continuar, y puede que te dé diarrea o estreñimiento. En cualquiera de estas circunstancias, llámame. —Miró a mi madre—. Emocionalmente te sentirás triste, ansioso, sin motivaciones. Todo eso es normal. —Miró fijamente a mi padre—. Ahora sí, ¿alguna pregunta?

—¿Puedo realizar alguna actividad?

—Estaría bien que caminaras, Esko, al menos quince minutos al día, y puedes combinarlos con un nivel suave de yoga si te animas. Pero tómallo con calma, ¿eh? Recuerda que tus plaquetas están bajas. Me gustaría que tomaras un complemento de hierro y vitaminas para eso.

Se puso sus gafas, escribió algo en un papel y se lo pasó a mamá.

—Como te expliqué, el cansancio es normal, pero si sientes que estás demasiado fatigado, debes venir para hacerte un análisis de plaquetas. Ah, casi lo olvido. Tienes que cuidarte de cualquier infección, corte o quemadura. Recibe todas las visitas que quieras, pero tienes que asegurarte de que nadie tenga un resfriado o algo que pueda contagiarte.

Yo, aunque casi sabía cuál sería la respuesta, me atreví a preguntarle:

—Doctor, me gustaría saber si ha habido algún cambio en la enfermedad. ¿Ha mejorado o ha disminuido?

—Eh... Señ...

—Anders.

—Anders, es muy pronto todavía para tomarle otra vez análisis de sangre y tomografías, por no hablar de otra biopsia. Más adelante. ¿Alguna otra cosa más?

Todos nos miramos, y yo dije:

—Creo que solo nos queda darle las gracias por todo, Juha.

—Muy bien. *Hyvää jatkoa*<sup>57</sup>.

Y se fue tan rápido como llegó. Después de unos minutos recogiendo las cosas de Esko y Stina, bajamos todos a la cita con la especialista en alimentación en el segundo nivel del hospital.

Una vez que salimos con la lista de recomendaciones alimenticias, llevamos a Esko en silla de ruedas al automóvil. Esperé a que ambos se acomodaran y cerré la puerta. Me dirigí con Ulla hacia donde ella había estacionado su bicicleta y, antes de que se pusiera el casco, la acerqué a mi cuerpo y le di un beso en la mejilla, aspirando con placer su fresco aroma primaveral. Me estaba muriendo por tocarla y ya no podía esperar más. Sin hacer caso de su mirada de sorpresa, le dije:

—Nos vemos en casa. —Y me volví hacia el coche.

*Martes por la mañana. Ulla.*

Anders llevó a papá y a Stina en el coche a casa. Yo, como siempre, me fui en mi inseparable bici. Antes de partir, llamé a Eveliina, que estaba en la casa de papá preparando un almuerzo ligero para todos, y le aseguré que ya iba en camino para ayudarla. Papá estaría gratamente sorprendido. El día anterior, Eve, los niños y yo habíamos pintado un letrero que decía: «Bienvenido a casa, *isä*».

Cuando llegué, el Volvo de Esko ya estaba estacionado frente a la casa, y todos habían entrado. Dejé mi bici dentro de la valla, y, antes de llamar al timbre, Eve abrió la puerta.

—Qué bueno que llegaste. *Apua!*<sup>58</sup>

—Ya voy, déjame tomar agua y soy toda tuya.

Dentro, me recibió la algarabía de los niños jugando. Mi padre estaba sentado en un acogedor sofá y sonreía feliz mientras Stina se inclinaba a abrocharle dos botones sueltos de la camisa. El gesto fue tan tierno que los ojos se me anegaron de lágrimas. Cuando levanté la cabeza, me encontré con la mirada gris de Anders. Un inexplicable anhelo estranguló mi garganta, y la melancolía me invadió.

Por Dios, sentía envidia de las demostraciones de afecto entre Stina y mi padre. ¿Qué me estaba pasando?

Él me ofreció una sonrisa dulce. No había tenido tiempo de admirar lo guapo que estaba esa mañana; el traje negro, sencillo pero elegante, que llevaba hacía un bonito contraste con su pelo rubio y sus ojos grises. Cuando lo tuve cerca de mí, temblé como una hoja.

—¿Te quedarás a almorzar? —No pude evitar sonreírle con cierta tristeza.

—No, tengo que regresar a la oficina... ya me voy. —Con sus dedos, me secó con delicadeza los indicios de lágrimas. Desilusionada, asentí, sin saber qué más decir o hacer, sintiendo el roce de sus dedos también en mi corazón. Un grito que venía de la cocina me sobresaltó:

—¡Ulla! Ven pronto, por favor, no te entretengas.

—Voy, voy.

Antes de alejarme, Anders me detuvo por el brazo.

—Este sábado, ¿puedes venir conmigo a mirar más apartamentos?

—Sí, claro que sí.

Aunque, la verdad, la idea me inquietaba. Me atraía y me inquietaba. No estaba segura de si estar con él a solas una vez más sería bueno para mis emociones y para mi paz mental. Pero, por otro lado, ¿cómo negarme a hacerle un favor a mi hermano?

En buen lío me había metido.

—¿Te importa que Ella venga con nosotros? La tendré conmigo todo el fin de semana.

—Por supuesto que no, me encantaría.

Bueno, con mi sobrina presente, la cosa cambiaba, razoné más aliviada.

—Muy bien, así quedamos entonces. —Se veía satisfecho.

—¡Ulla! —me volvió a llamar Eveliina, como un molesto sargento.

Con rapidez, sus dos manos me acercaron hacia él, y, despacio, me dio un beso en la mejilla y otro en la frente. Le sonreí nerviosa y un poco acalorada.

—Hasta el sábado.

Él, sin contestarme, deslizó su dedo con ternura por mi ardiente pómulo y, volviéndose, fue hasta la sala para despedirse de papá y de Stina. Yo me dirigí casi corriendo a la cocina, preguntándome por enésima vez qué era lo que estaba pasando entre nosotros.

¿O eran solo imaginaciones mías?

## CAPÍTULO 15

*Jueves por la tarde. Ulla.*

Esa semana, papá poco a poco se fue reponiendo de los efectos más duros de la quimio. Intentaba comer bien, aunque comer era lo último que le apetecía; leer; jugar *sudoku*, y dar cortos paseos en el barrio. En ocasiones, se aventuraba a bajar conmigo hasta el parque Kaivopuisto. Consciente de que pronto retornaría a mi trabajo, aprovechaba todo el tiempo que podía para visitarlo. Cuando regresábamos de las caminatas, ayudaba a Stina con las compras o cualquier cosa que ella necesitara de mí. La conversación entre las dos escaseaba, pero al menos no me trataba con la frialdad de costumbre.

Stina vigilaba a papá con los ojos de un halcón. Cuando el pobre se atrevía a llamar a Jyrki, en un descuido de ella, e indagar lo que pasaba en la compañía, fruncía el ceño y se paseaba de lado a lado como una gallina queriendo picotear a su polluelo por escaparse. Él se sentía tan intimidado que tragaba con fuerza y cortaba la llamada. Yo me mordía los labios aguantando las ganas de reír.

Aquella tarde, me entretuve con papá compartiendo una buena partida de ajedrez, y, sin darme cuenta, la hora de cenar llegó deprisa. Escuché a Stina trajinar en la cocina preparando algo mientras papá me contaba orgulloso lo que Jyrki le había dicho sobre el desempeño de Anders en la compañía. «Tanta profesionalidad en alguien tan joven es realmente admirable», había dicho Jyrki. Como siempre que escuchaba su nombre, algo en mí se agitó y cambió de color. Con mi orgullo también por las nubes, atendí con alegría a lo que papá me contaba de él. Pocos minutos después, me levanté con la clara intención de irme.

—Quédate a cenar con nosotros, hija.

—Bueno, *isä*...

—Por favor, hija, me gustaría mucho contar con tu compañía y la de Anders en la cena.

Mi estómago brincó hasta mi corazón y continuaron saltando juntos: Anders vendría.

—Stina, Ulla también se quedará a cenar —informó cuando ella entró en la sala con un zumo de frutas para mi padre, y no me dio tiempo a encontrar una disculpa.

—Muy bien, serviré en cuanto llegue Anders —anunció mi madrastra.

Suspiré entre el anhelo por quedarme y el anhelo por irme, pero ya no podía hacer nada más. Cuando Stina salió, papá continuó:

—¿Sabes, hija? Me siento muy orgulloso de los tres. Eve y tú son mujeres honestas y generosas, han construido una existencia hermosa, y Anders... bueno, no hablo más de él. Y mis preciosos nietos...

—Y tú has sido el mejor papá del mundo. —Lo besé en la frente mientras él me abrazaba.

—Me siento bendecido. No sé quién o qué ha hecho que mi vida sea tan maravillosa, y si algo me pasara...

—No lo digas, *isä*...

—Algo puede pasar, hija, no podemos evadirlo.

Silencio.

—Lo que quiero decir es que estoy en paz conmigo mismo y satisfecho con todo lo que he realizado.

Pensé que ese era el momento apropiado para preguntarle más sobre su relación con mi madre y sus sentimientos por ella, pero tuve miedo de que Stina pudiera entrar y escuchar, así que callé.

Oí que la puerta de la calle se abrió; percibí cada paso de Anders latiendo dentro de mí, acercándose. Oí el sonido de su voz cuando Stina lo interceptó y le ofreció algo para tomar y él le pidió una cerveza fría. Sentí el instante exacto en que él entró en la sala, y cuando posó sus ojos sobre mí. En ningún momento yo dejé de mirar mis dedos temblorosos, alisando en mi falda arrugas imaginarias.

Percibí el instante en que se acercó a papá y se inclinó para besarlo en la frente mientras yo, reteniendo el aire en mis pulmones, seguía sin levantar la cabeza.

«Qué tonta eres, Ulla».

Genial, y encima yo misma me llamaba tonta.

De pronto, las piernas de Anders se posaron frente a mí, y ya no pude esconder más mi rostro. Despacio, recorrí con los ojos todo su

cuerpo hasta que me encontré con su ardiente mirada.

—*Terve*, Ulla. —Se inclinó y me besó, como hacía siempre, a la vez que yo musitaba algo parecido a un saludo.

Con tranquilidad, se sentó a mi lado en el sofá y se puso a charlar con mi padre de cosas relacionadas con la oficina. Apretó su firme muslo contra el mío y deslizó su brazo en el respaldo del sofá por detrás de mi espalda, dejándome acunada contra él. Creí que me ahogaría con el embriagador aroma de abedul que desprendía. Quería salir corriendo y no parar hasta llegar a mi apartamento, pero mi cuerpo se hallaba pasmado entre el placer y el miedo de sentir ese placer. Mis ojos, fascinados, se clavaron en la hendidura de su cuello y en su nuez, que se movía con la vibración de su voz. Estaba tan ensimismada contemplándolo que no escuché su pregunta.

—*Mitä?*

—Que si ya sabes qué apartamentos visitaremos este sábado.

Nuestros ojos se enredaron, y pude distinguir un extraño brillo en lo profundo de su mirada. Sentí cosquillas en todo mi cuerpo.

—Sí, hay cuatro que podríamos ver. Hay dos más, pero me parecen demasiado grandes, y la renta es muy alta —dije con voz ahogada.

—Bueno, cariño, dos son suficientes, quizá uno más, pero ya veremos cuánto aguanta Ella.

Stina llegó y nos hizo pasar a la mesa. Anders se levantó con agilidad y me ofreció su mano para ayudarme. Yo la cogí y no pude evitar estremecerme con su calor; asustada, la solté con rapidez y me acerqué a mi padre. Caminé a su lado enlazando su brazo en torno al mío para, de forma disimulada, ofrecerle apoyo.

En el comedor, Anders se sentó a mi lado; su brazo rozó el mío, y esa familiar tensión atenazó mis entrañas, inflamando mis senos de deseo.

Me aterroricé.

«Calma. Respira». «Calma. Respira», me repetí mientras miraba la comida y pasaba mis dedos temblorosos por mis ojos.

—¿Te sucede algo, cariño? —La voz de Anders cerca de mi oído me sobresaltó.

—Oh, no, no, solo estoy un poco cansada.

—¿Has dormido bien?

—Sí, sí, gracias. —Así la cesta con el pan y, después de coger uno, se la pasé.

Stina preguntó algo, y entre ella y Anders monopolizaron la conversación. Papá respondió con monosílabos una de cada tres preguntas que le formularon, y poco a poco su ánimo decayó ante nuestros ojos. Cinco minutos después, con claros signos de fatiga, hizo su plato a un lado y anunció que se retiraba a descansar.

No permitió que lo acompañáramos a su cuarto y se disgustó bastante cuando Stina insistió, por lo que a la pobre le tocó dejarlo ir y terminar de cenar con Anders y conmigo en un tenso silencio. Después pasamos al salón a tomar café. Stina ofreció acompañarlo con coñac, pero Anders lo rechazó.

Me tomé mi café con rapidez y decidí dar por terminada la velada.

—Bueno, es hora de que me vaya.

—Yo te llevo —saltó Anders.

—Gracias, pero he venido en mi bicicleta.

—Puedes dejarla aquí y volver mañana a por ella.

—Gracias, pero el paseo me hará bien antes de llegar a casa. —  
Traté de ignorar su cara de desilusión.

Me despedí de Stina, y, para mi tortura, Anders me acompañó hasta la puerta.

—Te veré el sábado. —Pasó el dorso de su mano por mi mejilla mientras clavaba los ojos en los míos, como buscando algo. ¿Qué?

No sé qué le decían mis ojos, pero tener el rostro de Anders a unos centímetros del mío desbocaba miles de sentimientos y sensaciones que no debía sentir, aunque por más que intentaba mantenerlos a raya, parecían tener voluntad propia. Bebí la sensual dulzura de su mirada, la energía de su calor, recorrí la firmeza de sus músculos preguntándome cómo sería si... ¡No! Eso no debía pensarlo.

Como a cámara lenta, el pasado cobró vida frente a mí, y recordé al niño que había jugado conmigo, al adolescente que había despertado mi pasión, al adulto que solo con rozarme sacudía todo en mí. Las noches que había escondido las ansias de besarlo, de tocarlo, de hacer el amor con él. La desgarradora dulzura de ese

amor era lo que me había impedido odiarme y enloquecer, aceptando que él no sería para mí.

Con todos esos recuerdos ahogándose en mi pecho, me puse de puntillas y lo besé en la mejilla. Sus manos me apretaron los brazos con fuerza, casi lastimándome, mientras su frente se oprimía contra la mía. El sonido de mi corazón retumbó como un tambor, haciéndole eco a la acelerada respiración de Anders, hasta que el inesperado sonido de mi móvil me trajo a la realidad.

¡Mika! Contesté con rapidez.

—Hola, *rakas*.

—*Hei, linda, ¿cómo estás? ¿Cómo sigue tu padre?*

Por el rabillo del ojo vi que Anders apretaba la mandíbula antes de retirarse y dejarme hablar a solas con mi novio.

—Estoy bien, y papá disfruta de sus días en casa. Sigue débil y un poco deprimido, pero dijeron que eso era normal. ¿Cómo va todo en Londres?

—*Solitario sin ti, pero nuestra exposición está teniendo mucho éxito. Tenemos muchos pedidos. Estoy muy satisfecho. Es probable que el domingo pueda regresar a casa.*

Deseé que se encontrara aquí, conmigo; cuando estaba con él, todo parecía estar en su lugar. Una parte de mí se sentía a salvo y podía contemplar el futuro con alegría. Lo quería, era un hombre valioso, pero la cercanía de Anders me estaba haciendo tambalear. Tenía miedo de identificar qué era lo que estaba pasando conmigo. Quizá solo necesitaba tiempo para acostumbrarme a ver a Anders en mi vida otra vez. No lo entendía e intentaba aferrarme a algo seguro en ese caos de sentimientos que experimentaba.

—Yo te extraño también —le aseguré con sinceridad.

—*Intentaré volver el domingo por la noche.*

—Iré a esperarte al aeropuerto.

—*No es necesario, linda.*

—Quiero hacerlo.

—*Muy bien... ¿Qué harás el sábado?*

—Seguiré visitando apartamentos con Anders.

Silencio.

—*Se está tomando su tiempo en elegir, ¿no?*

—Bueno, tú sabes que no es fácil; el alquiler de los apartamentos es alto en Helsinki, y mucho más en la zona donde necesita vivir Anders. Es duro para él con todo lo que tiene que hacer... — Incómoda, disculpé a mi hermano.

—*Muy bien, suerte entonces, esperemos que este sábado encuentre por fin uno que le guste.*

—Nos vemos el domingo, ¿vale? —me despedí sin contestar a su comentario.

—*Hasta el domingo, linda.*

Cuando corté, me quedé más desmoralizada que antes. Remordimientos, tristeza, anhelos que no podían ser seguían mareándome.

Salí de la casa, me monté en mi bicicleta y me dirigí a mi piso.

Una vez que arribé, me puse el pijama y me acosté. Sin poder dormir, di vueltas y vueltas hasta que me senté derrotada en la cama a pensar. Sentía una pesadumbre que me encerraba en un palacio oscuro y frío. No sabía si esa pena se debía a que extrañaba a Mika o era algo más profundo que no quería aceptar. Tenía miedo de bucear dentro de mí y encontrar que no había ninguna solución para lo que me aquejaba.

Miré la claridad de la noche blanca<sup>59</sup> que entraba por la ventana, cerré los párpados, y mis dedos dibujaron en el aire las primeras frases de mi poema preferido de Emily Dickinson: «Corazón, le olvidaremos en esta noche tú y yo...». Mis dedos danzaron, y mi cuerpo los siguió, disfrutando de comportarme como una loca romántica. «Nadie me mira, nadie me juzga en este instante». Pero el duro juez que había en mí, de pronto, me reprendió con fuerza y me dijo que ya bastaba de tanta locura, que no olvidara que Anders era mi hermanastro y Mika, mi prometido.

Cansada de todo, puse la cabeza sobre la almohada y por fin me dormí.

*Viernes por la tarde. Ulla.*

Pedaleaba por la avenida Erottaja en dirección a Kappeli, la cafetería preferida de mi buen amigo Jacobo, donde habíamos

quedado en encontrarnos. El agradable crujido del lento avanzar del tranvía arrulló mi oído izquierdo, pasó de largo, y yo crucé a mi derecha para coger la avenida Eteläesplanadi. Kappeli era un restaurante bar construido como un entramado de metal y madera, revestido de largos y anchos ventanales que le daban la apariencia de una capilla de cristal. Todas las tardes se llenaba de gente que buscaba solo tomarse una taza de café, té, cacao o cualquier clase de licor.

Dejé mi bicicleta en un estacionamiento cerca y, antes de entrar al restaurante, me encontré con Leena, amiga y colega del colegio donde trabajaba. Llevaba a uno de sus hijos de la mano; su pelo rubio brillaba al sol, al igual que el del niño. La saludé con rapidez y me despedí prometiendo llamarla para ir al cine o tomarnos un café antes de que finalizaran nuestras vacaciones.

Entré en la cafetería y vi que Jacobo no había llegado todavía. Busqué una mesa en el abarrotado lugar. Encontré una cerca de las ventanas. Miré mi reloj: no tardaría en llegar.

Jacobo era un español que se había trasladado a Finlandia hacía seis años por razones de amor. Su compañero, Kimmo, impartía clases en los cursos superiores del colegio donde yo trabajaba. Tuve la oportunidad de conocer a Jacobo una noche en que Kimmo me invitó a cenar en su casa. Desde aquella vez, Jacobo me había arropado con ese carácter abierto y afable que tenían casi todos los hispanohablantes. Charlar con él era como calzarme un par de botas viejas y cómodas. Su acento me recordaba los dos meses que había pasado en Madrid mejorando mi olvidado español. Bueno, no tan olvidado, porque papá se había asegurado de que siguiera recibiendo clases de español durante todo mi tiempo de escuela, y más tarde, en la universidad, fue una de mis materias elegidas.

Disfrutaba de hablar en español con Jacobo siempre que podía, aunque nuestras conversaciones fueran una graciosa mezcla del finés, el español y el inglés. Me encantaba su sentido del humor y ese deseo de reírse de la vida en cualquier circunstancia. Amaba a su pareja, con quien tenía una relación estable, a pesar de lo complicado que resultaba para su tradicional familia española aceptar aquello.

Era arquitecto, difícil profesión para encontrar trabajo en mi país, ya que era indispensable hablar muy bien el finés. El pobre llevaba estudiando «esta locura de lengua», como él la llamaba, seis años, y todavía le costaba expresarse con fluidez.

Vi que Jacobo entraba. Alto, de ojos negros, poblados con unas pestañas larguísimas, y de complexión robusta, se aproximó a mí.

—Hola, Ulla, ¿cómo estás? —Me besó dos veces en la mejilla y luego me abrazó.

—No tan bien como tú te ves, pero bien. —Le devolví el abrazo, alegre.

—Sí, me veo guapo, ¿verdad? Pero tú... te ves terrible, chica. Mira ese pelo, mira esas ojeras...

—Bueno... —Me empezaba a sonrojar.

—Estoy bromeando, Ulla. Te ves preciosa, como siempre. Vamos, invito yo —dijo riéndose, y con su brazo sobre mis hombros me instó a seguirlo al mostrador.

—¿Quieres algo con el café?

—No.

—Que sí, que sí... —insistió.

—Bueno, me gustaría un *muffini*<sup>60</sup> de *mustikka*, gracias.

—A mí también me apetece uno. No debería, no quiero engordar, pero...

De regreso a nuestra mesa, con el aroma caliente del café y el dulzón del *muffini* revoloteando en nuestras fosas nasales, empezamos a conversar.

—Bueno, dime, ¿cómo te fue en Roma?

—Pues muy bien. Kimmo y yo visitamos una vez más la Basílica de San Pedro y nos quedamos a la misa.

—¿Y Kimmo se quedó a escuchar la misa?

—Sí, sí... Escuchó todo con interés y respeto.

—Qué bien, de verdad... Quiero decir, que él te apoye y trate de entender tu fe es... —Gesticulé con mis manos sin encontrar la palabra adecuada en español.

—Maravilloso.

—Sí, maravilloso —concluí—. Se ve que el viaje te hizo mucho bien, estás más gordito.

—¡Gordo! Ulla, has herido mis sentimientos... ¡Gordo! Cómete tú mi *muffini*, no lo quiero. —Me lo pasó con una expresión feroz.

Cohibida, guardé silencio sin saber qué hacer, hasta que vi que sus hombros se sacudían por la risa.

—Qué malo eres. Tonto. Pensé que te había *defendido*.

—Querrás decir *ofendido*.

—Bueno, eso. Anda, deja ya de molestarme.

—Lo siento, Ulla. La próxima vez te saco una foto para que veas la cara tan graciosa que pones cuando te sientes cortada. Anda, ahora sí, devuélveme mi *muffini*.

—Ah, claro que no, ya lo perdiste. —Y, con parsimonia, me lo comí.

—Mira tú... —Me observó, sorprendido de que en verdad hubiera terminado con él.

—La verdad, son muy pequeños, y yo hago mucho ejercicio. Estaban deliciosos —le aclaré, rompiendo a reír al ver su expresión.

—Eres una chica muy mala —me amonestó sonriente.

—Yo también hubiera querido sacarte una foto con tu expresión. —Me reí.

—Voy a por otro. Glotona.

Mientras Jacobo se dirigía al mostrador, me sentí contenta y relajada escuchando el barullo de voces a mi alrededor, amortiguado un poco por la música de un piano a unos metros. Una pareja cerca de nuestra mesa dialogaba en ruso, y más allá alcancé a distinguir a otra que hablaba en sueco. Vi que Jacobo se acercaba sonriente y me pregunté si lograría encontrar el coraje para hablarle sobre lo que sentía por Anders. En fin, ya veríamos.

—Cuéntame, ¿cómo has pasado el verano?

—Bueno, para mí no ha sido nada fácil este verano. Mi padre tiene cáncer.

—¿No me digas? Lo siento mucho, Ulla.

—Sí. Ahora ha iniciado el tratamiento de quimioterapia, y tengo mucha fe en que se recuperará.

—Bien, haces bien en tener fe, Ulla. Mantenla y arropa a tu padre con ella. Hace muchos años pasé por una experiencia parecida; a Dios gracias, mi hermano se recuperó muy bien. Pero te digo algo: fue fundamental que todos estuviéramos seguros de que él sanaría.

También es muy importante que como familia os mantengáis unidos apoyando al paciente. No soy un experto... solo te hablo de lo que viví.

—Sí. Por eso mi hermano Anders regresó de Estados Unidos — anuncié sin mirarlo a los ojos. De repente me sentí incómoda y escondí mis manos debajo de la mesa, por si acaso les daba por temblar.

—¿Ah, sí? No me habías hablado sobre él.

—¿No lo hice? En realidad él y yo somos hermanastros. —Me sonrojé—. Él y yo... no mantuvimos demasiado contacto desde que se fue, pero ahora...

Jacobo guardó silencio mientras terminaba el último pedazo de su *muffini*.

—¿Y ahora? Me imagino que su regreso en este momento ha cambiado eso.

—Sí, sí, su apoyo ha sido vital para nuestra familia. Es él quien se está haciendo cargo de la dirección de la compañía.

«Díselo. Díselo».

—Ah, mira qué bien.

—La verdad es que Anders es un hermano muy especial. Sensible, trabajador, responsable y... estoy feliz de que haya vuelto, pero... —Le sonreí nerviosa.

—¿Pero?

«Dilo de una vez, corto, rápido y sin anestesia». Pero, como yo era tan reservada con mis cosas, mis labios se encontraron con que el cerebro les había enviado la orden de callar como fuera.

—... pero ahora el pobre tiene muchas responsabilidades, y yo no puedo apoyarle lo suficiente.

—Bien, tú haces lo que puedes, y ya está.

—Sí, es verdad.

Entonces, de forma disimulada, cambié de tema; nos enzarzamos en una amena conversación sobre la arquitectura de la ciudad de Roma —la pasión de Jacobo—, y el tiempo se fue volando. Eran cerca de las ocho cuando decidimos partir.

De regreso a casa, decaída, me hostigué por no haber tenido las agallas de compartir con Jacobo el agobio que sentía. Esa noche tampoco pude dormir bien y, después de dar vueltas y vueltas en la

cama, me levanté a leer un libro. Finalmente, como a las dos de la mañana, caí en un sueño profundo.

## CAPÍTULO 16

*Sábado. Ulla.*

Aquella mañana me quedé dormida hasta las diez. Me levanté apresurada y, antes de ir a ducharme, le envié un mensaje a Anders con el código de la puerta del edificio para que pasara y esperara dentro con Ella mientras yo terminaba de arreglarme.

Estaba hecha un lío escogiendo qué ponerme; me parecía a esos dibujos animados en los que un histérico personaje metía la cabeza en el ropero y solo se veía su trasero mientras tiraba hacia atrás ropa en todas direcciones: faldas, blusas, vaqueros, más faldas, blusas y vaqueros, sin encontrar nada que le agradara.

Le resté importancia a esa vocecita que me preguntaba, casi con temor: «¿Por qué deseas parecerle atractiva a tu hermano?», contrastándola con otra voz más razonable: «Pues porque soy una mujer, y a las mujeres nos gusta sentirnos admiradas, no importa por quién».

Miré el desorden, me agaché y cogí dos piezas. Me contemplé en el espejo. No, no, la blusa con diseños de flores no iba bien con esa falda azul. La tiré a un lado, y otro par de vaqueros corrió la misma suerte.

¿Por qué deseaba agradarle?, suspiré otra vez, frustrada. ¿Y por qué estaba haciendo un drama con la ropa? Tomé la falda azul; era fresca, serviría para el caluroso día; la combiné con una blusa gris oscuro que hacía juego con mis ojos. «Mucho mejor», decidí, insegura, cuando el timbre de la puerta sonó. Le grité a Minna que por favor abriera.

Sentí los pasos enérgicos de mi amiga sobre el suelo de madera dirigiéndose a la puerta; segundos después, escuché la voz ronca de Anders, y todos los poros de mi piel se erizaron.

Me pasé nerviosa el peine por mis cabellos, desenredándolos a la vez que oía la risa de Ella por algo que Minna le decía. Mi amiga era genial con los niños, con razón era la profesora estrella de una guardería en nuestro vecindario. La risa desenfadada de los tres se colaba por la puerta de mi cuarto; un impreciso objeto punzante llamado celos agujoneó mi corazón, que me empezó a doler. Le

fruncí el ceño a mi figura reflejada en el espejo y tiré fuerte de mis rizos rebeldes, que se resistían al peine más que otros días. No hubo tiempo para atarlos en una coleta o trenza, así que los dejé libres, descansando muy cerca de mi cintura.

Salí malhumorada mirando el panorama: un gigante rubio que observaba divertido a Minna; no obstante, me sentí mejor cuando una sonriente Ella saltó y me abrazó, y aún más cuando aquel gigante deslizó con parsimonia su mirada de aprobación desde la punta de mis pies descalzos hasta mis cabellos. Emocionada, traté de no ruborizarme, ignorando las voces de alerta que, como moscardones, susurraban en mi oreja: «Cuidado». Para disimular mi turbación, les ofrecí algo de tomar. La adorable Ella, con ese desparpajo propio de los niños, comentó:

—Tengo zumos en mi mochila, tía Ulla. —Abrió una pequeña mochila rosa y sacó tres cajitas de néctares de frutas—. Uno es para ti, otro para *pappa* y otro para mí. ¿Cuál quieres, tía?

—A ver, a ver... —Me acuclillé a su lado e hice ademán de pensármelo con mucha seriedad—. ¿Cuál es tu sabor preferido?

—Fresa.

—En ese caso tomaré el de sabor a frambuesa, pero ¿qué te parece si los guardamos ahora y nos los tomamos más tarde?

—Está bien, tía Ulla.

Levanté mis ojos y me encontré con la fulgurante mirada de Anders, llena de ternura y... algo más que no pude definir.

Los tres nos dirigimos hacia el pequeño corredor de la entrada y nos pusimos los zapatos para salir. Cuando miré a Minna para despedirme, esta me dijo en lengua de signos, que ambas conocíamos muy bien a causa de nuestro trabajo: «Tu hermano está buenísimo». No me pareció chistoso, y apreté mis labios, tratando de que no notara que su comentario me había molestado.

«Cuidado, Ulla, pareces celosa».

Frente el ascensor, Ella me cogió de la mano a la vez que me decía:

—Yo presiono el botón, tía.

—Claro que sí.

Cuando llegó, Anders abrió la anticuada reja, que requería de cierta fuerza. Muchos de los edificios de esa parte de la ciudad

habían sido construidos a finales del siglo XIX con el estilo *Jugend*<sup>61</sup>, normal en esa época. Los viejos y lentos ascensores que, coquetos, adornaban esas coloridas edificaciones eran conservados con orgullo por todos sus dueños.

Entramos en el estrecho espacio, y, apretada entre Ella y Anders, tuve miedo de respirar, ya que cada inhalación y exhalación me acercaba peligrosamente a su silueta. Me sentí aliviada cuando Ella tiró de mi falda.

—Tía, llegamos.

—Permíteme. —Anders pasó el brazo por encima de mi hombro para abrir la puerta, y mi nariz aspiró todo el aroma de su loción; su vieja loción, era la primera vez que la sentía desde que él había vuelto. Un anhelo impregnado de dulces recuerdos del ayer se agolpó en mi cabeza y mi vientre.

«Dios, este no va a ser un día fácil».

Ella corrió hacia el coche.

—Tía Ulla, quiero que te sientes atrás conmigo.

Miré a Anders, y él, sonriente, me abrió la puerta de atrás. Después se aseguró de que Ella se sentara de forma adecuada en su silla de seguridad. Yo iba sentada justo detrás de él. Mientras conducía, percibía su inquietante mirada sobre mí a través del espejo retrovisor; gracias a Dios, pude rehuirla al concentrarme en las preguntas que la niña me hacía.

En lo que quedó de la mañana, vimos dos apartamentos muy buenos, y, aunque ninguno de los dos contaba con sauna, estaban ubicados muy cerca de donde vivirían Ella y Lili, así que pensé que valía la pena visitarlos. El tercero, Anders lo descartó aduciendo que quería llevarnos a mí y a Ella a Pihlajasaari. Preocupada porque ya no le quedaban muchas opciones, arrugué la frente, y él me pasó su pulgar, alisando mis arrugas con ternura.

—No te preocupes, elegiré uno entre todos los que vimos el sábado pasado. Aunque ha sido maravilloso contar con tu ayuda y compañía, me temo que debo seleccionar uno esta semana. Ahora vamos a divertirnos. ¿Te gustaría, dulce Ulla, ir con Ella y conmigo a Pihlajasaari?

—Sí, vamos, tía —gritó Ella animada.

La miré con la huella de los dedos de Anders todavía latiendo en mi frente.

—De acuerdo —anuncié contenta.

¿Cómo podía no emocionarme cuando bajo ese cielo azul infinito con chispas amarillas de sol tenía a Anders junto a mí y, para completar, a la adorable Ella dando saltos como una pequeña liebre alrededor de ambos?

Media hora después, íbamos sentados los tres en el bote que nos llevaba hacia Pihlajasaari. El graznido de las gaviotas que pasaban de largo se diluía entre el sonido del motor. Cuando la barca se aproximó a las islas, pudimos ver algunos patos silvestres con sus crías y un solitario cisne cantor que, acostumbrados a que los botes iban y venían, se dejaban arrullar por la dinámica del agua con tranquilidad.

Pihlajasaari estaba formado por dos islas, a quince minutos de Helsinki. Comunicadas por un gracioso puente de madera blanca, ambas tenían un área rodeada de bosques y tranquilas playas de arena color moca. Contaban con un solo restaurante, que ofrecía comida casera más bien simple pero suficiente para calmar el hambre. Era el sitio ideal para que los niños corrieran o nadaran con libertad.

Nos sentamos sobre las toallas, que Anders había dispuesto sobre una roca, y nos comimos los sándwiches que él había traído en su morral.

Mi sobrina se metió con su ropa interior a las frescas aguas, y Anders, sonriendo, se arremangó los vaqueros y entró al agua con ella, cerciorándose de que no se adentrara en lo profundo. Yo me quité los zapatos y, como llevaba falda, me resultó fácil entrar también.

El cabello rubio de Ella se abría entre las aguas mientras, entre risas, reclamaba nuestra atención para que viéramos que no le daba miedo tenderse de espaldas en el mar. Anders la aplaudió a la vez que yo, pícara, le arrojé agua, mojando parte de su camisa. Él se giró, mirándome entre divertido y sorprendido; después se inclinó para decirle algo a Ella, y, en segundos, vi que los dos se acercaban a mí con malas intenciones. Cuatro manos descargaron agua a diestra y siniestra mientras yo reía y gritaba «basta», dejándome

conmover por el olor a tarde, a agua y a la dulzura de ese momento. Detallé los cabellos rubios de los dos, que fulguraban al sol, y el declive de esos ojos tan parecidos cuando reían, haciéndome experimentar el doloroso anhelo de que ambos fueran míos.

Dios mío. «¿Qué es lo que estoy sintiendo?».

Inquieta, salí del agua alegando que tenía frío y sequé mis piernas con una de las toallas. Me senté a observarlos jugar hasta que Anders decidió que era hora de ir a comer algo más contundente en el restaurante.

Se ocupó de secar y vestir a Ella. Yo, estremecida por el frío y algo más, me puse de pie y los contemplé. Anders levantó los ojos y, cogiendo su chaqueta, que estaba sobre su morral, se situó detrás de mí y me cubrió con ella. Su olor a bosque y a colonia me abrazó, y sus brazos cayeron sobre mí y me apretaron contra él con fuerza; por un segundo su mejilla se restregó contra mis cabellos, y la Tierra dejó de girar. Después, se retiró. Todo sucedió con tanta rapidez que pensé que había sido un sueño.

Insegura y turbada, con mi respiración acelerada, no supe qué hacer ni qué decir durante unos minutos, ni siquiera fui capaz de buscar sus ojos para asegurarme de que todo era real. ¿O me lo había imaginado? No entendía qué estaba pasando entre nosotros. Sabía que él me quería muchísimo como su hermana, ¿pero esto...? «¿Y qué es esto, Ulla?».

Una angustia tremenda, como la garra de un enorme animal que atenazaba mi estómago, me aprisionó. Para tranquilizarme, me adelanté a ellos en dirección al restaurante.

En el comedor, mientras comíamos unas deliciosas albóndigas de carne, escuché atenta las alegres anécdotas de su vida en Estados Unidos. Luego, entre el café y los bollos de canela, me dijo que se había decidido por el apartamento que estaba cerca de Merikannontie; si bien el alquiler era el más alto, la vista al mar era fabulosa, y tendría sauna para él solo, además de que quedaba a diez minutos del apartamento que le había cedido a Lili y a Ella.

Cogimos el bote de regreso y después nos dirigimos al estacionamiento donde Anders había dejado el coche. Eran pasadas las seis cuando él enfiló el camino hacia mi casa. Sentí que

la melancolía aprisionaba mi corazón y lo hacía latir con lentitud, sin motivación. No quería que la tarde terminara.

Cuando el coche se detuvo en el callejón de mi edificio, observé con ternura a Ella, que dormía en la parte de atrás, y volteé en cuanto Anders me abrió la puerta. Me bajé y, sin mirarlo, caminé hacia mi piso. Al atravesar el centro del jardín que antecedió al umbral, me percaté de que él no me seguía. Me volví para saber qué pasaba y lo vi parado a unos tres metros de mí, observándome con una extraña intensidad.

### *Sábado. Anders.*

Fue un día maravilloso, pero, como cualquier hombre enamorado que pasa el día con la mujer a la que ama y desea abrazarla y besarla con libertad sin poder hacerlo, estaba llegando al límite de mi autocontrol. Era consciente, más que nunca, de que debía tener temple, y que el control de mi vehemencia era indispensable para el futuro de los dos. Aun así, sentía que ese amor me ahogaba, que necesitaba salir como fuera, donde fuera, si no, explotaría. Quería sentir con mis labios sus cabellos, su frente, su cuello, descender lentamente hasta sus pechos, quedarme ahí, chuparlos y despertar en ella el mismo deseo que roía mis entrañas. La conocía desde que era una chiquilla: cada tramo de su piel, sus lunares, su olor, el tono de su voz, el ritmo de sus pasos y la forma en que agachaba la cabeza; ese hermoso sonrojo en sus mejillas cuando estaba cohibida o emocionada. Sus rabietas cuando algo la sacaba de esa calma que había aprendido a manejar a medida que crecía en Finlandia. Sus ideas acerca de la vida, su gran generosidad hacia sus amigos y hacia la familia, y esa apasionada naturaleza que había aprendido a esconder en mi estoica cultura. Había tantas cosas que me hacían amarla... La adoraba, y estaba ahí parado mirándola caminar, con el aliento estrangulando mi garganta, conteniendo dolorosamente en mi cuerpo aquel terrible deseo de llegar hasta ella y besarla, enredar su lengua con mi lengua y estrechar su cuerpo contra el mío; fuerte, muy fuerte, sin espacios entre los dos, para que no quedaran dudas de lo que sentía por ella.

La tarde caía como un suave manto, ondeando un tenue cielo azul entre los dos. Los rayos del sol habían partido hacía ya rato, dejando sola a la brisa que jugaba con nuestros cabellos. Como pude, salí de mi letargo cuando ella se detuvo y me miró.

«Inhala y exhala, con calma».

«Inhala y exhala».

Me obligué a caminar despacio con aquella dolorosa tortura en mi entrepierna y llegué hasta ella, que me miraba con una expresión de confusa vulnerabilidad. Esa mirada casi acabó con mi voluntad. Pero con la impasividad casi inherente en mí, saqué fuerzas de... no sé de qué parte y la insté a avanzar a mi lado. Mi mano, temblorosa, se deslizó con todos los dedos abiertos en una lenta caricia por la base de su espalda. Ulla trastabilló y no levantó los ojos del suelo. Mi respiración se aceleró, y sentí que no podía caminar más. Me detuve. La miré, quería que ella me mirara. Pero seguía con la cabeza gacha. Estaba a punto de mandar todo al diablo y besarla... besarla y acercarla a mi cuerpo, aspirar su aroma, perderme en ella... ¿Me atrevería? Desesperado, boqueé en busca de aire.

Mi corazón latía frenético.

«Sabes que no puedes».

«¿Por qué no?».

«Díselo, díselo de una vez».

«No, no es tu secreto, es el secreto de tu padre».

«Sosiégate entonces, Anders».

Inspiré y exhalé, despacio... Luego contuve las ganas de estrellar mi puño contra algo mientras veía que ella continuaba caminando y se acercaba al porche del edificio.

Malditos fueran mi honor y mi deseo de hacer siempre lo correcto. No pude, no pude. Esperé a que abriera el portón y le dije:

—Hasta pronto.

Me di la vuelta y me subí al coche sin esperar una respuesta.

## CAPÍTULO 17

*Primera semana de agosto. Ulla.*

«Mi último fin de semana de vacaciones», suspiré con pesar; el tiempo había pasado volando. Levanté mi mirada al cielo pintado de gris. Abrí las puertas del minúsculo balcón y me recosté sobre la balaustrada. El aire frío se arremolinó a mi alrededor, me estremecí, luego se coló girando hasta el salón. Mi alma estaba congelada, desgarrada, triste, todo en uno, sin entender cómo podría seguir adelante con la decisión que había tomado. Oí los ruidos que hacía Minna en su cuarto; el mundo continuaría girando con mi dolor o sin él. Fuera, sobre la acera, una madre empujaba un cochecito de bebé, al lado opuesto un hombre paseaba un perro blanco a la vez que un coche avanzaba despacio por la vía. Los pasos de Minna me indicaron que había entrado en el baño.

La resolución que había tomado me volvió a golpear con toda la fuerza del puño de un boxeador en el frágil abdomen de una mujer, y aunque pensaba que no era posible que me doliera más, estaba equivocada. La pena empeoraba segundo a segundo, minuto a minuto.

Pero era preciso hacerlo. No podía seguir así. No era correcto, ni justo con Mika. Anders era mi hermanastro, y yo no debía seguir bordeando la línea que me podía llevar al otro lado, a ese lugar que nunca podría existir para los dos. No conseguía dejar de pensar en él, de soñar con él; ya no tenía control de mis pensamientos y emociones. Deseaba escuchar el timbre de la puerta sabiendo que era él, correr a abrirla y encontrarme con su rostro, con el gris de sus ojos mirándome con esa nitidez de corazón que solo le había visto a un hombre en el mundo. ¿Por qué si lo nuestro no podía ser, yo...?

No, debía parar. No más pensamientos, no más sentimientos enredados en mi cabeza sobre lo que podría ser y jamás sería.

Mi presente era con Mika, y mi futuro era con Mika. Hice un enorme esfuerzo y, con un rictus de dolor, firmé y sellé ese acuerdo conmigo misma. No más encuentros a solas con Anders, no más tiempos compartidos junto a él, no más miradas desesperadas

cargadas de amor. No más preguntarme lo que habría podido ser si hubiera sido posible. Y no más darle vueltas y vueltas a las preguntas que me había estado haciendo sobre si era posible que Anders me deseara. Si deseaba besarme. Si deseaba abrazarme. Y, la más terrible, si deseaba hacerme el amor...

«Basta».

Me dirigí con pasos seguros hacia mi cuarto. Me dispuse a hacer la maleta para pasar ese fin de semana con Mika en Estocolmo. Después de su regreso de Londres, lo había notado más posesivo y demandante de mi tiempo, como si intuyera que algo no iba bien. Lo entendía: era su prometida, y, si iba a compartir la vida con él, merecía que le diera el cien por ciento de mí misma.

Eso haría. Disfrutaría de esos días con él en Estocolmo.

El maletín estaba sobre la cama, casi listo, cuando Minna entró en el cuarto después de tocar en la puerta.

—*Huomenta*, Ulla.

—*Huomenta*, Minna. ¿Dormiste bien?

—Uy, sí, como un lirón. ¿A qué hora se van?

—El vuelo sale a las tres de la tarde.

—Qué suerte, Ulla, un fin de semana romántico en Estocolmo.

Sonreí un poco triste.

—¿Te sientes bien, cariño? —me preguntó.

—Sí, sí, solo estoy cansada.

—¿Cómo está tu padre?

—Bueno, no hay una mejoría, todavía es muy pronto para decir algo —manifesté con voz opaca.

Minna me abrazó.

—Lo siento, mi Ulla. Se pondrá bien, ten fe.

—Sí... Cuéntame, ¿qué harás el fin de semana?

Traté de cambiar de tema. No quería hablar sobre mí.

—Iremos a bailar a Kaarle<sup>62</sup> los de siempre, y, por supuesto, ese pesado de Obafemi irá también.

—Ajá.

Me dirigí a la cómoda que tenía en mi cuarto. La había comprado en un anticuario a un precio demasiado alto, pero lo único que me importó en ese momento era que se parecía a una que mi madre tenía. Me hacía sentir cerca de ella. Abrí el primer cajón, saqué mi

cepillo para el cabello y algunas cremas faciales y lo metí todo en una bolsa de cuero pequeña mientras Minna continuaba hablando.

—Pues sí, no sé qué le pasa a ese hombre, me ha llamado todos los días.

Alcé una ceja, me detuve y la miré.

—¿Has contestado a sus llamadas?

—Bueno, sí, tenía curiosidad por saber qué diría.

—Ajá.

—¿Sabes qué hizo el miércoles?

—No, no lo sé, pero tú me lo contarás, ¿verdad? —dije con tono de guasa.

—Supo que iba almorzar con Liisa en el centro y se apareció allí, como si lo hubiéramos invitado.

Sonreí y me cuidé de que Minna no me viera. Bien por Obafemi; no se podía negar que el hombre sabía cómo insistir.

—No paró de reírse y de hablar con ese acento ridículo que tiene. Aporrea el finés.

—Minna, eso no está bien, sabes que nuestra lengua es muy difícil. Es admirable que la hable.

Hizo un mohín de disgusto y dejó caer su mano, como si no fuera gran cosa.

—No me gusta ese hombre.

—Sí, ya veo cuánto no te gusta. Bueno, me voy a duchar. —Antes de dirigirme al baño la miré a los ojos—. Dime, ¿qué quieres que te traiga de Estocolmo?

—Ay, tráeme unos *örfilar*<sup>63</sup>, nadie los hace mejor que los suecos.

—Muy bien, prometido.

Me metí en el baño. Una vez a solas, pude dejar que las lágrimas que había estado conteniendo corrieran junto con el agua. Lloré con fuerza, durante lo que me pareció una eternidad, mientras sentía cómo una parte de mí moría.

Me sequé las lágrimas y el agua de mi cuerpo, salí, me vestí y terminé de prepararme para irme a Estocolmo con Mika.

*Viernes. Anders.*

Miraba la pantalla del ordenador e intentaba concentrarme en los informes que me habían llegado de las sucursales que teníamos por toda Finlandia, pero los números y gráficos se desdibujaban y no conseguía comprender nada. Desde que la había dejado aquel sábado no había podido apartarla ni un instante de mis pensamientos.

«Ja, pero ¿qué dices, Anders? ¿Es que ha habido un momento en los últimos cinco años en que no pensaras en ella?».

Me sentía desilusionado, atribulado y tenía el alma en vilo; ansiaba escuchar el sonido de su voz por el teléfono, recibir un mensaje o un e-mail que sugiriera —loco de mí— que no había dejado de pensar en nosotros. Pero aquella semana el móvil no había sonado, y la esperanza de que mi amor fuera correspondido se dirigía en picado a estrellarse contra el final de un abismo.

Sin embargo, otra parte de mí se negaba a darse por vencida —y cómo peleaba—, aferrándose a cualquier brizna de esperanza que encontrara en ese corazón que le pertenecía por entero a ella.

«No te rindas, Anders, y, por favor, ten paciencia».

«No te rindas».

«Ten paciencia».

Lo repetía como una plegaria. Pero la dolorosa sospecha de que ella me rehuía era difícil de asimilar. Le había enviado dos mensajes, y los dos los había despachado con unas breves palabras en las que me decía que no tenía tiempo para responder su correo esa semana. Puede que fuera verdad, pero percibía en mis huesos su alejamiento.

¿Pero por qué?

¿Por qué estaba huyendo de mí? ¿La habría asustado? ¿La habría asediado demasiado?

Me pasé las manos por los ojos y luego por mis cabellos, revolviéndolos. Dios, necesitaba beber algo fuerte. Me levanté, me acerqué a la pequeña licorera del despacho de mi padre y me serví un poco de vodka. El fuego líquido quemó agradablemente el camino desde mi garganta hasta mi estómago.

Me detuve frente al ventanal con el vaso de vodka en la mano y miré el jardín interior. Ni siquiera pude verla cuando fui a visitar a Esko el martes; pregunté por ella y él me contestó que había estado

solo dos horas y que se había tenido que ir temprano. Decepcionado, me fui a nadar, y durante una hora hice varios largos en la piscina sin detenerme. Aun así la decepción no me abandonó, ni siquiera cuando me fui a dormir.

El miércoles me atreví a llamarla, pero no contestó. Como un adolescente despechado, no pude trabajar ni dormir bien aquel día. El jueves fue aún peor: sentí que un helado pavor se apoderaba de todo mi cuerpo cuando Esko me informó de que Ulla pasaría el fin de semana con Mika en Estocolmo.

La estaba perdiendo, pero no sabía qué más hacer.

«¿Acaso estoy deseando algo imposible?».

«No, *imposible* no existe en tu vocabulario, Anders».

«Todavía no se ha casado, todavía no la has perdido. Sé que no es fácil, pero hasta el último minuto debes guardar la fe».

El vibrador de mi móvil me anunció la llegada de un mensaje. Por un momento tuve la vana esperanza de que fuera un mensaje de ella y me apresuré a mirar, pero no.

Desmoralizado, leí la confirmación de Johannes, Keijo y Tuomo, mis amigos, de que el sábado me ayudarían a mudarme al nuevo apartamento. Como Lili había preferido comprar muebles nuevos, me llevaría todo lo mío conmigo, y para eso necesitaba ayuda. Les contesté agradeciéndoles e intenté continuar con mi trabajo, sabiendo que desde ese momento y todo el maldito fin de semana no dejaría de imaginar a Ulla y a Mika juntos.

¿Acaso podría evitarlo? Era mejor que me abrochara el cinturón y me preparara para un viaje directo al infierno.

## CAPÍTULO 18

*Fin de semana. Ulla.*

Aterrizamos a las cuatro de la tarde en la capital sueca. Estocolmo era una urbe cosmopolita con un particular e interesante ambiente cultural y un avanzado sistema de transporte que la hacían igual de sofisticada que Londres y Nueva York. Sus numerosos parques, jardines, canales, museos, edificios del siglo XVIII con sus tonos pastel y el famoso casco antiguo de Gamla stan, la Ciudad Vieja, la convertían en la capital más popular y entretenida de Escandinavia.

Me fascinaba la Ciudad Vieja, que estaba bellamente acicalada con calles estrechas y empedradas, así como con cientos de construcciones de arquitectura medieval y renacentista. Siempre que viajaba ahí me transportaba a los memorables tiempos de mi infancia, cuando mi padre nos llevaba a los tres y se transformaba en el guía turístico más gracioso e indulgente del mundo, al menos para mí. Solía hablarnos de la historia y la arquitectura del lugar a través de comentarios jocosos.

Después de registrarnos en el hotel y dejar el equipaje, Mika y yo deambulamos cogidos de la mano por toda la Ciudad Vieja, como dos turistas más. El olor a confite, vainilla, cardamomo y canela se condensaba en un meloso e indefinible aroma a medida que pasábamos por delante de las numerosas y pequeñas cafeterías, heladerías y pastelerías. Observaba el vibrante entusiasmo de los rostros de los turistas a nuestro alrededor al tiempo que escuchaba con interés las diversas lenguas que flotaban cerca de mis oídos. Poco a poco mi tristeza fue sucumbiendo ante el encanto de Mika, de las bonitas calles y de las tiendecitas llenas de *souvenirs*, arte, prendas y joyas.

Caminamos un largo trecho, dejando atrás el barrio viejo, hasta la calle Kungsgatan, buscando la famosa cafetería de Vete-Katten, en donde pudimos tomarnos un merecido café caliente con los pegajosos bollos de cardamomo. Alegres recuerdos de ese lugar se agolparon en mi cabeza, como la primera vez que lo había visitado con papá y mis hermanastros. Aquella tarde Eveliina había insistido

en que entráramos a una cafetería que ofrecía tartas de sabores exóticos, y se había enojado con Anders cuando este se había negado a quedarse porque no vendían bollos de canela. Yo, por apoyarlo, había insistido en que quería lo mismo, cuando en realidad me moría por probar uno de esos apetecibles pasteles que veía en las vitrinas. Eveliina, furiosa, nos había gritado que éramos un par de estúpidos simplones, y mi padre, con la calma que lo caracterizaba, había saneado la discusión haciéndonos caminar y caminar hasta que nos calmamos. Después nos había traído a Vete-Katten, y cada uno pudo pedir lo que había querido comer. Evoqué la risa pícara de Anders cuando me robó la mitad de mi pastel. Sacudí fuera de mí los recuerdos y me concentré en charlar con Mika.

Cuando terminamos, entramos a algunas de las costosas tiendas cerca de la cafetería, y le compré una gorra a papá y otra a Mika, quien, complacido, me besó antes de ponérsela. El tiempo se fue volando. Mika quería seguir caminando, pero yo me negué, rotunda, hasta que no me ofreciera una buena cena.

—Muy bien. ¿Qué te apetece comer?

—Cualquier cosa bien preparada, por favor. Tengo tanta hambre que no me importa qué.

—Hay un restaurante a unos... tal vez a cinco minutos de aquí, donde me ofrecieron un excelente servicio y muy buena comida la última vez que vine. Vamos.

Nos dirigimos primero al hotel, que también estaba cerca, y nos dimos una ducha; luego salimos hacia el restaurante.

Durante toda la tarde había hecho un esfuerzo por olvidarme de mi padre, pero, una vez que ordenamos, le hice una llamada para saber cómo estaba. Después de oír su voz, más tranquila, pude dedicarme a mi novio.

—¿Adónde quieres ir mañana?

—Al Museo de Abba —dije rápido.

El Museo de Abba había abierto sus puertas esa primavera. Me gustaban la música y la historia del grupo, y había estado esperando la oportunidad para visitarlo.

—Bien, a mí también me encantaría verlo. Y después... ¿quieres visitar algunas tiendas y comprar buena ropa?

—¿La verdad? No. ¿Qué deseas hacer tú?

—Me gustaría visitar el Museo del Vasa. Fui una vez cuando trabajé aquí un verano, en mis tiempos de estudiante, pero me encantaría ir otra vez. El barco es precioso. Me apasionan los barcos antiguos... Bueno, eso ya lo sabes —terminó sonriendo.

—Sí, sería estupendo. Papá nos llevó en una ocasión, pero me gustaría verlo otra vez. —Traté de olvidar que a Anders también le encantaba ese barco.

—Muy bien, linda. ¿Por la noche preferirías ir a un concierto de música o a una función de ballet?

La comida llegó. El aroma del pescado horneado con especias revoloteó alrededor e incrementó mi hambre. El camarero nos sonrió y nos sirvió unos *snaps*<sup>64</sup>. Después de saborear las patatas al horno con salsa de arándanos rojos y el tierno pescado, respondí contenta.

—Desearía ir a un musical.

—Un musical. —Mika rio, relajado—. Muy bien, es grandioso verte tan contenta.

—La comida está deliciosa.

—Ya veo, me aseguraré de tenerte siempre comiendo para que me sonrías así.

Lo miré inquieta.

—¿He estado muy insufrible?

—Para nada, linda, solo que te he notado triste... Estaba preocupado. —Sus ojos, fijos en los míos, no se apartaron, como si esperara que yo le dijera algo.

—Perdona, soy una tonta, eres... Gracias por ser tan bueno conmigo y tenerme tanta paciencia.

—¿Y...?

—Es solo que... estoy cansada, han pasado muchas cosas este verano y... Perdóname si no he sido la mejor novia en estos días.

—Qué tonterías dices, linda; eres mi prometida y me haces muy feliz. Estás pasando por un momento de mucho estrés por lo de tu padre. No espero que siempre estés sonriente y atenta. Soy tu pareja y tu amigo, y ya sabes que tengo un hombro muy fuerte y muy ancho en el que puedes apoyarte. —Me cogió la mano mirándome con ternura.

—Gracias, Mika. —Escondí mis ojos, que, estaba segura, brillaban por los remordimientos, y le besé la mano que sujetaba la mía con ternura.

El resto de la cena me dejé seducir por su amena conversación. Era un hombre culto y mundano que sabía entretener y divertir. Había vivido un tiempo en Londres, en algunos países de África y en Suiza, donde también vivía su padre desde que se había divorciado de la madre. Como la mayoría de los finlandeses, era sencillo, no le gustaba ostentar o discriminar socialmente a nadie. Estaba convencido de que los países ricos debían hacer más esfuerzos por desarrollar programas de educación en los países en conflictos o en pobreza extrema, y su empresa estaba involucrada en algunos de esos proyectos. Le encantaba África, sus experiencias ahí lo habían marcado profundamente; decía que lo hicieron darse cuenta de que la felicidad estaba en las cosas simples de la vida, como en una puesta de sol o en la calma de un lago durmiendo durante la noche.

Ese lado de Mika se compenetraba conmigo de forma absoluta, pero había otro lado de él, impetuoso y apasionado, que a veces sentía que yo no podía satisfacer. Mi amor por él era tierno y tranquilo, me hacía muy feliz, soñaba con formar una familia con él, pero sabía que había una parte de mí que no le pertenecía y que quizá no le pertenecería jamás a ningún hombre que no fuera Anders. Esa parte de mí que, aterrada, veía que podría desbordarse si no tenía cuidado, hundiéndome una vez más en la desesperanza y en el dolor en el que había estado hacía cinco años, cuando Anders se casó y se fue a Estados Unidos. Sabía que un dolor así no lo volvería a resistir. Por eso quería aferrarme a la calma y al amor que Mika me ofrecía y alejarme de mi hermanastro.

Terminamos de cenar y nos fuimos al hotel. Estaba tan cansada que al final le pedí que dejáramos el musical para la noche siguiente. Así, tan pronto como mi cabeza tocó la almohada, no supe de mí hasta el otro día.

A la mañana siguiente fuimos al Museo de Abba y después al del Vasa, un navío de guerra sueco construido entre los años 1626 y 1628. La historia decía que el barco naufragó en el puerto de Estocolmo tan pronto como zarpó en su primer viaje. Fue rescatado en 1961; lo restauraron y después abrieron el museo para exhibirlo.

Las hermosas tallas de la popa del barco eran algo impresionante de ver, así como toda la historia en torno a él.

Por la noche, decidimos no ir a ningún musical, ya que encontramos un sitio muy romántico donde pudimos bailar y beber. A medida que la noche avanzaba, mientras me movía entre sus brazos, me sentía más y más nerviosa, con la dolorosa sensación de que estaba traicionando a Anders. Sin embargo, no contaba con la fuerza y el amor de Mika, quien, con su paciente ternura, me besó y me abrazó, venciendo todos mis resquemores y mis dudas. Esa noche me hizo el amor con una dulzura infinita; por un instante me sentí tan conmovida que lágrimas saladas se deslizaron por mis mejillas. Él, sin decir nada, las secó con sus besos, haciéndome sentir tan amada que pude disfrutar con él lo que tenía antes de que Anders volviera a mi vida.

El domingo por la mañana regresamos, contentos y relajados. Todo saldría bien, me dije, mientras me mantuviera alejada de Anders.

## CAPÍTULO 19

*Lunes. Anders.*

Eran las seis y media cuando salí de la oficina y me encaminé hacia mi automóvil. Estábamos en la segunda semana del mes de agosto, pero el aire olía ya a otoño. El viento revolvía mis cabellos mientras abría la puerta del coche. Los numerosos abedules que se podían ver detrás de los edificios de la compañía agitaban sus hojas como minúsculas alas de mariposas verdes.

A pesar de la fresca corriente, me quité la chaqueta y me aflojé la corbata; me arremangué las largas mangas hasta los antebrazos y entré en el coche. Puse música y enfilé hacia Helsinki. Decidí que no iría a nadar ni a jugar *tietokilpailu* con mis amigos ese día. Prefería pasar por casa y ver cómo le iba a Esko, ya que, con lo de la mudanza, no había podido visitarlo durante el fin de semana y, aunque Kalle y Eveliina estuvieron con ellos el domingo, había notado a mi madre muy ansiosa cuando hablé con ella por teléfono en la mañana. Según me dijo, Esko había estado silencioso y decaído, con mucho dolor. Los medicamentos que el médico le había recetado ya no le aliviaban, y, por no alarmar a mamá, no le había dicho nada.

Sabíamos que ese fuerte malestar era prueba de que la enfermedad seguía afectando su organismo y que su recuperación estaba lejos. Pronto empezaría el segundo ciclo de quimio, mientras tanto, no era mucho lo que podíamos hacer. Aparte, claro está, de darle una dosis más fuerte de algún fármaco para el dolor.

Mi madre era una mujer tenaz y segura de sí misma, pero la enfermedad de Esko estaba probando toda la capacidad de coraje que tenía, y, la verdad sea dicha, la mía también.

Me sentía impotente.

Lo único bueno de todo aquello era que mis padres se necesitaban con vehemencia y cada día los veía más unidos.

Una hora más tarde detuve el Volvo en el callejón de la casa y me dirigí hacia el porche. Mi madre abrió la puerta antes de que tocara el timbre.

—*Hur mår du*<sup>65</sup>, *mamma*? —Me incliné y la besé con ternura en su arrugada frente.

—Bien, ¿y tú? ¿Cómo está la niña?

—Bien, madre, este fin de semana hablé por teléfono con ella, pues no tuve tiempo de verla por el traslado.

—Ah, sí, el traslado. ¿Ya terminaste de pasar todos tus muebles? Nos dirigimos a la cocina mientras hablábamos.

—Ya tengo todas mis cosas conmigo. Ahora estoy organizando.

—¿Quieres algo de tomar? Te quedas a cenar, ¿verdad?

—Sí, *mamma*, cenaré aquí, gracias. Iré a ver a Esko, ¿dónde está?

—Está acostado, creo que no tiene fuerzas para bajar a cenar, pero es un viejo terco y bajará de todas maneras.

—No te preocupes, *mamma*, lo convenceré para que cenemos los tres en el cuarto. Beberé algo durante la cena, no te preocupes ahora por nada.

Teniendo a mi padre frente a mí, a pesar de que me dolía verlo demacrado y con signos evidentes de dolor, tuve que hacer un enorme esfuerzo para no confrontarlo sobre la paternidad de Ulla y luego correr a contárselo a ella. Sabía que era algo infantil e irresponsable de mi parte, así que, como buen hijo, hice gala de mi paciencia y me senté a su lado mordiéndome los labios.

—*Terve, Esko. Mitä kuuluu tänään?*<sup>66</sup>

—No muy bien, hijo, pero... lo estoy llevando. ¿Cómo va todo en la oficina?

Sabiendo que eso lo distraería, le conté cómo iba todo en la compañía.

Después de convencerlo para que cenáramos en el cuarto, acerqué una mesa antigua que había en un rincón de la alcoba, le puse un mantel y fui a buscar los asientos mientras mi madre servía la comida.

Una hora después de que cenáramos, Esko se durmió, vencido por el cansancio y el dolor. Mi madre y yo nos retiramos sin hacer ruido. Me sentía cansado también, pero intuí que mamá no quería quedarse sola todavía. Con calma le pedí que se sentara mientras yo le preparaba el té que acostumbraba a tomar antes de acostarse.

—Te ves mal, madre. ¿No querrías reconsiderar tu decisión y asistir a ese grupo de apoyo en el hospital? Puedo pasar a recogerte, o Eve puede hacerlo también.

—No, hijo, gracias, pero no. No es que no necesite de nadie, es solo que prefiero apoyarme en ustedes y en Dora... Soy consciente de que necesito cuidarme mejor para cuidar de tu padre. Te prometo que saldré más, ya me inscribí a clases de pilates.

—Muy bien. —Suspiré con resignación.

Puse las tazas de té sobre la mesa de la cocina y, cuando el agua estuvo lista, la vertí en estas.

—¿Cómo está Lili?

—Bien —respondí seco. No quería hablar sobre mi exmujer con mi madre.

Después de cinco minutos de silencio en el que cada uno saboreó su té, mi madre me miró y, con tristeza, me dijo:

—Todavía no dejo de pensar en Victoria, ¿sabes?

Me sorprendió que sacara a relucir ese tema conmigo. Victoria había sido siempre un tabú en casa, ni siquiera Ulla se había atrevido a nombrarla delante de ella. Aguardé en silencio a que continuara.

—No dejo de pensar en qué tenía ella que yo no tuviera. ¿Por qué tu padre la amó tanto? ¿Puedes entenderlo tú?

Mis conjeturas al respecto podían no ser las correctas, así que intenté ser neutral.

—Creo que no soy yo quien debe responder a esa pregunta, *mamma*.

—Lo entiendo, hijo. Es que... todavía llevo esta rabia y esta amargura que me han consumido desde que me enteré de que tu padre tuvo una hija con esa mujer. No dejo de pensar que si eso pasó entre ellos estando casado fue porque la amó muchísimo.

Hice el esfuerzo por seguir en silencio y escucharla.

—Anhelo que tu padre me ame tan solo un poco... como la amó a ella. —Se le quebró la voz.

—*Mamma*, no podemos controlar el corazón. Él escoge... a pesar de nosotros mismos. Supongo que si pudiéramos controlarlo sufriríamos menos, pero no es posible —le hablé con ternura.

—Creo que yo tuve la culpa.

—No es culpa de nadie, madre, ni tuya ni de papá.

—Escúchame, hijo. Tu padre nunca me amó. Al principio... creo que se sintió halagado de que una mujer como yo lo persiguiera por toda la universidad, pero no tenía intenciones de ir más allá. Yo era la única hija de los Lindström, caprichosa y mimada. No había aprendido que no lo podía tener todo. —Me miró a los ojos mientras corrían lágrimas silenciosas por sus hermosas mejillas.

Con ternura le cogí la mano, sin saber cómo más confortarla.

—Lo perseguí y me quedé embarazada a propósito... Sabía que el carácter honesto y responsable de Esko no le permitiría pensar en otra posibilidad que no fuera el matrimonio. Y bueno... tú llegaste, y él se sintió feliz de tenerte. Pero yo intuía que algo faltaba en nuestro matrimonio. Me esforcé por ser la esposa que creía que debía ser. Le ayudé a desarrollar su carrera, como hizo mi madre con mi padre, hasta sacrifiqué mi buena educación para dedicarme solo a él y a la familia. Tu abuelo admiraba su sencillez y rectitud, y le entregó sin dudar las riendas de todo. Yo, para qué negarlo, me sentía orgullosa y, por un tiempo, disfruté del papel que tenía a los ojos de la sociedad, aunque sabía que de puertas para adentro tu padre se sentía agobiado con mis reuniones y mis caprichos...

La sinceridad de mi madre me conmovió profundamente, sin embargo, no dije nada, dejándola que se desahogara.

—... pero cuando apareció Ulla, fue evidente para todo el mundo que nuestro matrimonio no era lo que aparentaba ser, y me sentí humillada.

—Lo entiendo. No soy quién para juzgarte, a ti o a papá, pero creo que debes perdonarte y perdonarlo, *mamma*. Date una oportunidad de ser feliz con él ahora. Aprende de los errores y deja el pasado donde debe estar: en el pasado. Habla con él con humildad y empieza otra vez, *mamma*.

—Tienes razón, hijo... ¿pero y si no sale de esta?

—Saldrá.

—Gracias por escuchar a esta vieja necia y arrogante. —Sonrió con ternura acariciando mi mejilla.

—Siempre que quieras te escucharé, *mamma*. Te quiero.

—Yo también a ti, hijo.

—Bueno, será mejor que me vaya a descansar, mañana tengo que madrugar. —Me levanté, cogí las tazas y las puse en el lavavajillas. Me despedí de mi madre y, agotado, me dirigí a casa.

Cuando llegué a mi piso, en ese silencio opresivo, degusté el sabor de la soledad con dolor. Durante todo aquel día cada latido de mi corazón había pronunciado su nombre, pero evité seguir cavilando sobre su alejamiento para que la tristeza no me consumiera. Me desnudé y me acosté en la cama, mirando el lento menguar de la luz a través de mi ventana. Cuando me quedé dormido, soñé con unos oscuros ojos grises que me miraban con indiferencia y frialdad.

## CAPÍTULO 20

*Martes. Ulla.*

Sobre una pequeña colina se alzaba un edificio de muros blanco y rosa, cercado por el espeso follaje del Parque Central de Helsinki. Ahí operaba la escuela que acogía a los niños con algún trastorno del desarrollo psicomotor. En un ambiente cálido y competente, un equipo interdisciplinario se preocupaba por estimular y desarrollar el aprendizaje de cada uno de ellos. A menudo nuestros estudiantes presentaban problemas sensitivos, cognitivos, de comunicación, percepción y, en algunas ocasiones, del comportamiento, lo que nos exigía echar mano de toda nuestra sensibilidad como seres humanos y de toda nuestra preparación para entenderlos y ayudarlos.

Como docente, el reto más grande para mí era lograr que mis pupilos asimilaran el plan de estudios que había preparado para ellos, sin embargo, cada vez que finalizaba un año escolar me daba cuenta de que era yo la que más había aprendido de esos adorables niños.

Amaba mi trabajo.

Ese año fui asignada la profesora líder de la clase A, una de las tres clases del primer nivel. Tendría un grupo de siete niños de entre ocho y diez años con una edad mental por debajo de su edad cronológica; uno de ellos, además, con una severa discapacidad auditiva, por lo que tendría que usar la lengua de signos durante las lecciones. Seis de ellos no podían desplazarse sin silla de ruedas, y uno podía moverse por sí mismo, pero necesitaba asistencia para saber adónde debía dirigirse.

El día anterior, el primer día de curso, lo había pasado de reunión en reunión, dejando listas las fechas y actividades de los programas que desarrollaríamos a lo largo de todo el año. Después me reuní con mis otras dos colegas del mismo nivel para organizar los horarios de las diferentes materias y actividades que realizaríamos en conjunto.

Aquel martes nos reunimos nuevamente para terminar lo que había quedado pendiente y, gracias a Dios, al llegar el mediodía ya

teníamos todo listo para recibir a nuestros pupilos el miércoles.

Durante el almuerzo me senté con Leena, mi amiga y colega, en uno de los salones; preferimos quedarnos discretamente en ese silencio y no fuimos, como solíamos hacer antes, a comer con el resto de profesores en el restaurante del colegio.

—¿Cómo has pasado estas vacaciones? —me preguntó Leena mientras destapaba un recipiente de plástico; el olor a atún se deslizó hasta mi nariz.

—Bien, con muchas actividades y... —No quería hablar sobre mi padre con ella, al menos no en ese momento—. Corriendo y nadando en Uunisaari.

—Ah, qué suerte tienes de no tener hijos ni marido ni responsabilidades. Mis dos irresponsables exparejas no pudieron quedarse con los niños este verano. ¿Puedes creerlo?

—Aja, sí, debe de ser muy duro ser madre soltera.

—No te imaginas cuánto, no tengo ni un minuto para mí sola. Por supuesto, adoro a mis hijos, pero a veces me siento muy agobiada y no tengo a nadie que me ayude. Mi madre no deja de quejarse de sus problemas: que le duele la pierna, que le duele la espalda, que no tiene quien la visite, y, en vez de ser un apoyo para mí, es otra carga más que debo asumir.

—Entiendo.

La verdad, sí la entendía; era una buena profesora y una persona muy humana, pero en ocasiones sentía que sus problemas radicaban en que no delegaba responsabilidades porque no confiaba en los demás para llevarlas. Guardaba un estricto control con las rutinas de su vida y, como su familia no podía o no quería seguir ese ritmo, ella asumía la responsabilidad de todas las tareas. Pero no podía decírselo, pues ya sabía por experiencia que no nos gusta escuchar la verdad, al menos no hasta que estamos preparados para oírla. Por eso, opté por quedarme callada.

Mientras ella se desahogaba, yo miraba mi emparedado con pena, ya que por la prisa le había puesto solo queso, y no dejaba de envidiar la rica y abundante ensalada que Leena había traído.

En fin, suspiré, más tarde compraría algo en la cafetería.

El intervalo del almuerzo terminó, y el resto de la tarde lo pasamos en más reuniones. Al final, pude sacar una hora en la que

me dediqué a organizar y decorar el aula en donde impartiría las clases ese año.

A las tres de la tarde terminé y, cansada, fui a por mi bicicleta. Tardaría cerca de una hora en llegar a mi piso, pero como ya no tendría tiempo para salir a correr en las mañanas, ir a mi trabajo en bici todos los días era una alternativa muy agradable. Atravesé el Parque Central de Helsinki pedaleando con lentitud para disfrutar del aroma a tierra mojada y del verde olor de los abedules.

Mi tonto corazón no pudo evitar pensar en él.

Adelanté por el paseo para bicicletas, que seguía en paralelo parte de la calle Mannerheimintie.

Anhelaba saber cómo estaba. ¿Se habría dado cuenta de que lo evitaba? Por supuesto que sí. Qué pregunta más tonta. Un agudo dolor oprimió mi pecho.

Por el e-mail que me había enviado el lunes, supe que ya se había instalado en su nuevo apartamento. Ese mismo día por la noche le había contestado con un breve mensaje donde le decía que me alegraba, y después, sin poder evitarlo, le pregunté cómo había pasado toda la semana.

No me había contestado todavía.

Intentaba no pensar en él, de veras que lo intentaba, pero la mayoría de veces flaqueaba, y esa sombra de tristeza que me rodeaba no se iba. Se suponía que después de ese maravilloso fin de semana en Estocolmo con Mika no pensaría más en él. Y no podía apartar esa horrorosa sensación de que estaba fallándole a un amigo muy querido.

«Piensa en Mika». Mika. Mika. Mika.

Atravesé el hermoso parque Hesperia y disminuí la velocidad para no atropellar a dos simpáticos patos silvestres que se balanceaban cruzando el paseo de las bicicletas. Miraba las suaves ondulaciones de las tranquilas aguas del mar a mi izquierda cuando mi visión se empañó y perdí el control de la bicicleta. Me detuve abruptamente para darme cuenta de que copiosas lágrimas corrían por mis mejillas. Saboreé la sal con mi lengua.

«Siento que tengo roto el corazón».

Quise bajarme de la bicicleta, yacer en la hierba verde y llorar y llorar. Llorar hasta que dejara de dolerme. El rostro de Anders

seguía aferrado a mi mente, y seguí llorando. Saqué mi bicicleta de la ruta y dejé que los sollozos sacudieran mi cuerpo.

No tenía ninguna otra opción.

¿Por qué? Una ira ciega me invadió, y miré el silencioso cielo azul a la espera de una respuesta.

¿Por qué sentía cosas tan profundas hacia él si esos sentimientos estaban prohibidos?

No hubo respuesta. No importaba cómo, tenía que superarlo. Pero no sabía qué más hacer, había hecho todo lo que podía. Saqué un paquete de pañuelos desechables, me soné la nariz y me sequé los ojos.

¿Y si hablaba con Mika al respecto?

No. No. ¿Cómo le podía decir una a su novio: «Te quiero... pero siento algo profundo por mi hermano»?

¡Mi hermano! Qué locura. ¿Quién entendería algo así? Nadie, y mucho menos mi prometido.

Respiré profundo tres veces y, cuando me sosegué, me reacomodé el casco, saqué mis gafas de sol y me las puse. Me monté una vez más en la bicicleta y continué mi camino. Dejé el parque atrás y, al llegar al centro de Helsinki, me concentré en atravesar el abarrotado lugar, no fuera a atropellar a algún despistado turista. Después tomé la calle en dirección a S-Marquet; necesitaba comprar leche, frutas y cereales para el desayuno y algo para la cena.

Llegué a casa cansada y desanimada. Llamé a papá para averiguar cómo estaba y le prometí ir a verlo al día siguiente. Guardé la leche en la nevera y abrí mi ordenador portátil con la ilusión —sí, para qué negarlo— de encontrar un mensaje de Anders.

Nada.

Desilusionada, lo apagué rápido antes de caer en la tentación de escribirle. Preparé mi cena y, como no tenía ganas de hablar con Minna ni con nadie, me fui a dormir temprano.

Como a las diez de la noche, el sonido de un mensaje en el móvil me despertó.

*Martes. Anders.*

Estacioné el coche en el aparcamiento del sótano del edificio de mi nuevo apartamento. Seguía sintiendo el distanciamiento de Ulla como una herida abierta que no cerraba.

No pasaba nada con el hecho de que hubiéramos podido seguir encontrándonos como amigos, ¿verdad? «Cuidado, Anders, se te nota la amargura».

Molesto, presioné el botón del último piso en el ascensor. Estaba hecho polvo. Entre mi trabajo, organizar mi apartamento y llevar a Ella a la guardería por las mañanas estaba llegando al límite. Lili había conseguido un trabajo de media jornada, y ahora los dos tendríamos que hacer malabares con la rutina de la niña, pero ya me acostumbraría.

Me quité la chaqueta y la colgué del perchero que estaba en la entrada. Si no tuviera que ir a comer con mi hija y leerle un cuento, me emborracharía. Me dirigí a la estantería llena de libros, donde, en uno de los armarios, había puesto unas cuantas bebidas. Abrí la botella de un buen coñac y me serví un trago. Solo un poco para relajarme. Me acerqué con el vaso al balcón, abrí las puertas y salí a recibir la brisa del mar.

No dejaba de preguntarme por qué Ulla había puesto ese muro entre los dos. No lo aceptaba. Entendía que se resistiera a estar a solas conmigo, pero ¿no contestar mis llamadas o responder fríamente mis correos?

«Quizá esté huyendo de lo que le haces sentir». ¿Sería posible? Cuando la tocaba, su reacción era más bien de ofuscamiento, pero en ningún momento sentía que su cuerpo me rechazaba. Tampoco me alentaba, pero no me rehuía. Estaba convencido de que no le era del todo indiferente.

¿Estaba asustada debido a lo que empezaba a sentir por mí? ¿O sería otro más de mis anhelos y fantasías? Estaba casi seguro de que ella había percibido mi pasión; era una mujer inteligente y sensible. Las mujeres intuían sentimientos, es más, los olían en el aire antes de que los hombres nos diéramos cuenta.

Tenía pavor a equivocarme, a que mi esperanza creciera como una ola gigante y luego se estrellara contra la arena, deshaciéndose sin dejar rastro, y me dejara destrozado.

Fuera, entre el follaje, advertí que una graciosa corneja gris buscaba algún insecto al pie de un arbusto, y me acordé de ese hermoso poema de Lars Huldén, *Aunque la corneja lleva ya horas*, que tanto me gustaba leer en los tiempos de mi adolescencia para levantarme el ánimo. Me acerqué a la estantería donde tenía todos mis libros y lo encontré. Raído y amarillento, el pequeño libro de poemas me trajo tantos y tan buenos recuerdos que me estremecí, y, como antaño, me senté a leer el poema en voz alta.

Más resuelto, me fui a buscar a mi hija. Una vez que supervisé su baño y le leí su cuento favorito, le di un beso de buenas noches y regresé a casa. Eran las diez cuando llegué y, ansioso, le mandé un mensaje a Ulla por el móvil:

**Enviado por Anders:**

¿Cómo estás? ¿Cómo ha sido regresar al trabajo? No he tenido el placer de verte ni de disfrutar de tu hermosa sonrisa.

Esperé por cinco minutos que me parecieron eternos:

**Enviado por Ulla:**

Muy bien, muchas reuniones, pero mañana entran las *pulgas*. ¿Y tú cómo estás?

**Enviado por Anders:**

Ya cené, jugué con Ella y le leí un cuento.

Y no queriendo espantarla con algo como «¿cuándo comemos juntos?», me despedí, contento de que al menos me hubiera dedicado más de dos palabras.

**Enviado por Anders:**

Que duermas bien, Ulla.

**Enviado por Ulla:**

Buenas noches, Anders.

Más tranquilo, esa noche caí con rapidez en un profundo sueño.

## CAPÍTULO 21

*Miércoles. Ulla.*

Aquella mañana me levanté con el pie izquierdo. Cuando fui a montarme en mi bici, vi que tenía una rueda pinchada. Qué lata. Tuve que apresurarme a coger el autobús, porque, con lo lento que era el tranvía, ya no me daba tiempo para llegar puntual al colegio.

En la escuela tuve un día de mucha actividad. Pasé lista y traté de memorizar todos los nombres de mis estudiantes. Kimi tenía un adorable par de ojos verdes y sonrisa fácil. Matias, Saku y Timo, con sus ojos azules, me miraron con expectación y timidez. Aija, Mari y Jenna, las tres chicas del grupo, estaban obsesionadas con el color rosa: la mochila, el vestido y hasta las gafas de una de ellas eran rosadas.

A las dos de la tarde las clases terminaron. Los estudiantes siguieron hacia las actividades alternativas, y yo me dediqué a planear la clase del día siguiente. A las cuatro de la tarde, cansada, caminé hacia la parada del tranvía para ir directa a casa de papá.

Cuando llegué, lo encontré sonriente y bromista. Sorprendida, mis ojos se llenaron de lágrimas sin poder evitarlo, y al verlas mi padre me abrazó.

—Eh, ¿qué pasa?

—Nada, *isä*, perdona... Es que me emociona verte sonreír. ¿Te duele menos?

—Un poco, sí... pero no hablemos de eso. Cuéntame, ¿cómo va todo en el trabajo?

—Bien, bien, tengo un grupo muy agradable. —Sonreí.

—Nos acompañarás a cenar, ¿verdad? Dentro de media hora llegará Anders, después de que recoja a Ella.

El repicar de campanas de alarma en mi cabeza me ensordecíó mientras buscaba, desesperada, una excusa para escapar, pero no encontré ninguna. Así que me quedé con el corazón en vilo esperando a que Anders y Ella aparecieran.

*Miércoles. Anders.*

Ella se bajó corriendo del coche y fue al encuentro de mi madre, que ya había abierto la puerta.

—*Fammu*, mira lo que pintamos hoy.

—Ah, pero mira qué... flor más preciosa.

Mi hija miró a mi madre como si hubiera dicho algo disparatado.

—No, *fammu*, eres tonta. Es una jirafa, mira, este es el cuello. ¿Has visto una, *fammu*?

Mi madre se sonrojó. La verdad es que sentí pena por ella; a mí me había ido mejor. Había estado a punto de decirle: «Qué lombriz tan bonita», pero me lo pensé mejor para no ofenderla y finalmente había dicho: «Pero mira qué cosa más bonita».

Mi hija se adentró, y, cuando escuché su grito de alegría, me pregunté qué había pasado. Al llegar a la sala lo entendí: Ulla estaba allí con mi padre jugando a las cartas. Todo mi cuerpo se sacudió como si hubiera recibido un choque eléctrico por la sorpresa y la emoción, y, mientras me acercaba, una vena en mi sien pulsaba con tanto vigor que tuve miedo de que se reventara.

Vi que ambas se abrazaban y escuché, interesado, su parloteo al mismo tiempo que me inclinaba y le daba un beso a Esko.

—Mira, tía Ulla, lo que dibujé hoy.

—Pero qué animal más bonito.

—Es una jirafa, tía.

Me aproximé a ella y mis manos comenzaron a temblar. *Perkele!* ¿Acaso no era yo el estoico director de Melogi Oy?

Agitado, escuché mi voz ronca pidiéndole a mi hija que saludara al abuelo, mientras que mis ojos buscaban los de Ulla con apremio. Los encontré. Sabía que mi mirada revelaba todos esos sentimientos que habían atormentado mi alma en los últimos días: amor, rabia, dolor, celos... pero no me importó que ella los viera. Me moría por abrazarla, por hundir mi rostro en su pelo y luego recorrer su cara con mis besos: sus cejas, su nariz, su boca... Por otra parte, quería reclamarle. Reclamarle con toda la rabia y los celos que me habían hecho tanto daño: «¿Por qué te has alejado de mí?». Sabía que era injusto con ella sentir aquella rabia, pero... ¿acaso pensamos con cordura cuando estamos enamorados?

Leí en sus ojos turbación y alarma. Los escondió, y yo, con un desafiante placer, me incliné sobre ella y me tomé la libertad de asirla de sus alborotados rizos para acercarla hacia mí. No me importó lo que ese gesto pudiera parecerle. La cierto es que no podía detenerme. No podía controlar el anhelo que tenía de tocar cualquier parte de ella.

Era consciente de lo cerca que estaba Esko de nosotros, sin embargo, al advertir que permanecía concentrado hablando con mi hija, me atreví. La besé. Cerré mis ojos y dejé que mis labios se deslizaran por sus mejillas con un reguero de besos llenos de fuego y ternura; los acerqué al lóbulo de su oreja y los dejé ahí mientras las aletas de mi nariz se ensanchaban absorbiendo el aroma de su pelo. Escuché el agitado palpitar de su corazón. ¿O era el mío? Después, con dificultad, me erguí y, alterado, me senté en un sillón enfrente de ella. Necesitaba sosegarme, porque si no perdería por completo el dominio de mí mismo. Me atreví a mirarla de soslayo y me sentí satisfecho al notar sus mejillas encarnadas.

Unos minutos más tarde me di cuenta de que no le había dicho ni una palabra. Gracias a Dios, Esko y mi hija acaparaban la conversación y no parecían darse cuenta de nuestro silencio. Traté de apaciguar mi pulso, pero mis insensatos ojos no dejaban de mirarla arrobados. Estaba preciosa. Divina. Llevaba una falda negra por encima de las rodillas y estaba descalza. Adoraba mirar los dedos de sus pies, ya desde niño me gustaba. Levanté mi mirada y me percaté de que sus manos temblaban. Sentí un gozo perverso. No era el único que estaba alterado en aquella sala.

El rubor de sus mejillas aumentó cuando mis ojos descendieron de nuevo, acariciando sus piernas. Soñé que mis labios subían despacio por su empeine, sus corvas, y luego enterraba la cabeza entre sus muslos, inhalando su aroma de mujer mientras mis manos se aferraban con firmeza a la falda, que, en mi prisa, ya había subido hasta sus caderas.

—¿Estás enamorado, hijo? —La voz de Esko me sobresaltó.

—¿Perdón? —Carraspeé.

—Que si estás enamorado. —Esko se rio—. Te he preguntado si solucionaron el problema con el grupo de operación de Oulu tres veces.

¡Joder! Me ruboricé.

—Discúlpame, Esko, es que estoy cansado. —Volví a carraspear e, incómodo, me pasé las manos por el pelo, echándolo hacia atrás —. Sí, ya lo solucionamos.

No me atreví a mirarla otra vez; me concentré en la charla que tenía con Esko. Pero, sin poder evitarlo, mis ojos volvían a ella como diminutas mariposas que no podían apartarse de la luz. Admiré la blusa amarilla de algodón que delineaba sus preciosos senos, y cómo, nerviosa, se enredaba un rizo en su dedo con rapidez. Necesita tocarla una vez más, lo necesitaba con tanta desesperación que me dolía; entonces, sin medir las consecuencias, me levanté y me senté a su lado. Apreté mi muslo contra ella a la vez que cogía su mano y le preguntaba:

—¿Cómo has estado?

—Bien, bien. —Su voz sonaba ahogada y sus dedos vibraban. ¿O eran los míos?

—Tía Ulla, ¿quieres que dibuje una jirafa para ti? —La voz de mi hija nos interrumpió, y Ulla retiró su mano.

—Claro, cariño, me gustaría. —Esbozó un amago de sonrisa.

Ella se retrepó en su regazo, y la deliciosa tortura de tenerla cerca de mí llegó a su fin cuando mi madre entró y nos hizo pasar al comedor. Ulla se levantó con rapidez y cogió la mano de mi hija; yo las seguí al lado de mi padre.

En la mesa había dos clases de pizza en honor a Ella. La albahaca bailaba con el intenso aroma a queso, salchicha napolitana y tomate. Con todo eso, no pude percibir el olor de la pizza de salmón con queso azul y eneldo.

—¡Pizza! Mi preferida, *fammu*.

—¿Ah, sí? No tenía idea, *älsking* —manifestó mi madre, divertida.

Mi hija se sentó al lado de Ulla, y yo, frente a ellas, pudiendo contemplarla a mi placer. Creo que nunca la había visto tan incómoda. Tanto que me apiadé y me puse a charlar con mi madre. Sin embargo, mi cuerpo continuó pendiente de todos sus movimientos, y, unos minutos después, sin poder resistirme, mis ojos volaron otra vez hacia ella, aprovechando que mi madre le preguntaba algo a Esko. Saboreé un pedazo de pizza a la vez que

miraba su boca con descaro. «Ajá, sus mejillas veteadas de rojo otra vez». No pude evitar sonreír.

La cena terminó, y, después del café, Esko anunció fatigado que se retiraba a descansar. Antes de subir a su cuarto, me ordenó que llevara a Ulla a su casa. Casi le di dos besos más de despedida.

Sin levantar los ojos y sin protestar, Ulla se colocó sus sandalias. Los tres nos dirigimos a mi coche. Le abrí la puerta de delante antes de que ella alcanzara la manija y, por un instante, la invadí con mi cuerpo. Respiré el calor de su piel al tiempo que escuchaba el bombeo de mi sangre. ¿O era la de ella? Por unos segundos se quedó ensimismada y, cuando le pregunté qué pasaba, me contestó con voz trémula que nada y entró al coche; yo me dirigí a inspeccionar si Ella había ajustado las correas de seguridad de su asiento.

En un opresivo silencio, encendí el contacto y me encaminé hacia su apartamento.

### *Miércoles. Ulla.*

Que mi padre le hubiera ordenado a Anders que me llevara a mi apartamento, viviendo yo tan cerca, era una tontería, pero, en ocasiones, ambos llevaban la cortesía a la exageración. ¿A quién quería engañar? Una parte de mí estaba feliz por poder robarle unos minutos a las restricciones que yo misma me había impuesto para no estar con él. Por ese motivo, no protesté y me dirigí en silencio hacia su coche.

Inquieta, sentí su mirada quemándome la espalda. No sabía qué opinar acerca de su comportamiento aquella tarde, acerca de su mirada deslizándose por todo mi cuerpo. Había sido demasiado intensa para ignorarla. Atrevida. Era como si... Me asustaba solo de pensarlo, pero era como si quisiera seducirme. No habían sido las miradas de un hermano. Y sus besos en mi mejilla también los había sentido diferentes.

¿Me estaría desquiciando?

Nunca me había sentido más turbada en toda mi vida. Todo en mí había reaccionado al percibir que sus ojos resbalaban por mi

cuerpo; mi respiración se alteró, y mis manos temblaron tanto que pensé que me moriría de vergüenza cuando él se dio cuenta.

Deseé que Ella propusiera, como otras veces, que me sentara con ella atrás en el coche, pero estaba tan ensimismada con sus pequeños Littlest Pet Shop que ni se enteró cuando Anders me abrió la puerta delantera. La sostuvo, dejándome tan poco espacio que me fue imposible no rozarlo. La fragancia de su loción, combinada con la esencia de su piel, hizo estragos en mis sentidos. Mis ojos, sin voluntad, avanzaron por los músculos sólidos de su torso y de sus brazos, que se tensaban contra su ajustada camisa. Anhelé sentir esa fuerza envolviéndome y apretándome contra él.

«No, otra vez no, detente, Ulla».

—¿Te sucede algo? —El aliento de Anders acariciando mi sien me sacó de aquel letargo.

—No, no pasa nada —contesté avergonzada. Y me apresuré a entrar en el coche.

Deseaba que el automóvil avanzara rápido, pero Anders tenía otra idea, porque cruzó sin necesidad a la izquierda, tomando el camino que llevaba a la playa. No me atreví a decir ni mu.

—Veo que has estado muy ocupada todas estas semanas. —Su voz grave, cargada de ironía, me sobresaltó.

¿Fue una pregunta o fue un reproche?

No estaba segura de cómo debía responder a eso. De pronto, cansada de tantos sentimientos encontrados, y encima sin entender los de Anders, me sentí muy molesta. ¿A qué estaba jugando? Sonaba como un novio celoso, y no tenía ese derecho. Me volví con la intención de aclarárselo con rudeza, pero cuando me encontré con sus ojos, inundados de dolor, mi rabia se diluyó con rapidez. No podía. No quería lastimarlo.

Respiré con calma y, armándome de paciencia, busqué una excusa, pero mi boca se abrió y se cerró como la de un pez en una pecera sin articular sonido alguno. Sentí que mis mejillas se ponían granate. Maldito color. ¿Por qué tenía que sonrojarme por todo?

Decidí decirle parte de la verdad.

—Lo siento, Anders, pero tengo un novio, un trabajo y... con la situación de papá me he sentido desbordada, no puedo con todo. Perdóname. Sé que... Lo siento. —No supe qué más decirle. ¿Qué

le podía explicar? ¿Que me moría por estar todo el tiempo a su lado y que, además, desearía que él no fuera mi hermanastro? Eso sí que lo horrorizaría, y de paso a mí también.

—Lo siento, cariño, no quería hacerte reproches. Es solo que... pensé que... Siempre hemos tenido una gran amistad, y, después de tantos años separados, creí que era tan importante para ti como para mí mantenerla, y no has tenido tiempo para verme.

El tono agridulce de su voz me llegó al alma. ¿Pero qué más podía yo hacer? Era una mujer con ideas muy conservadoras, y había líneas que jamás podría cruzar. No confiaba en mí misma cuando estaba con él y, la verdad, con todas esas extrañas miradas, tampoco confiaba en la cordura de Anders.

Me daba miedo ahondar en lo que estaba pasando, y, para ser sincera, ¿tenía sentido saberlo? Era mi hermano, y eso nunca cambiaría. Mi amor por él nunca había estado escrito en el cielo.

Él también tenía ideas conservadoras acerca del amor y la familia, y transgredir ciertos límites, aun en nombre del amor, resultaba imposible para ambos. A hablar con él sobre eso no me atrevía. ¿Y si era solo yo la que sentía aquel desesperado deseo? Me moriría de vergüenza.

Sabía que Anders había tenido experiencias con muchas mujeres y que nuestra cultura era muy abierta a las diferentes alternativas de formar pareja, pero todo tenía un límite, y amar a un hermano... No creo que eso fuera algo fácil de asimilar en nuestra sociedad. En ninguna sociedad, y no digamos para mi padre, para Stina, para nuestros amigos, la gente que nos conocía... Dios, no quería ni continuar con la lista.

Guardé silencio, dejando que todo lo que no me arriesgaba a decir flotara entre los dos. Arribamos al edificio donde vivía. Me volteé y me despedí de Ella enviándole un beso con la mano. Anders se bajó y le pidió que esperara sentada y juiciosa unos segundos mientras me acompañaba a la puerta.

Quise decirle que no era necesario, pero no quería que se fuera todavía. Caminó a mi lado y deslizó su mano con firmeza por la parte baja de mi espalda. Cuando llegamos al porche, esperó a que abriera la puerta sin decir una palabra.

Yo sentía unas horrorosas ganas de llorar. Lo que me faltaba: deshacerme en llanto delante de él. Me giré para despedirme y agaché la cabeza, incapaz de mirarlo. Entonces, sus dedos levantaron con ternura mi barbilla, y, con la otra mano, recogió los rizos que resbalaban por mi rostro y los acomodó detrás de mi oreja. Sus labios me sonrieron, pero el gesto murió cuando se quedaron absortos en mi boca. En un momento de locura, pensé que me besaría; el flujo de mi sangre corrió enloquecida. Quería que lo hiciera, lo necesitaba con tanta desesperación que me dolía. En cambio, soltó mi barbilla, apretó ambas manos contra su cadera y me dijo con una sonrisa triste:

—Cuídate.

Aliviada y desilusionada al mismo tiempo, vi cómo se alejaba con pasos apresurados y entraba en el Volvo. Me volví y, como una muñeca de cuerda, caminé despacio hasta el ascensor. Una vez en el estrecho cubículo examiné mi rostro empapado en lágrimas en el espejo. Sin nadie que interrumpiera mi soledad, me permití seguir llorando, ansiando que aquel anhelo de él desapareciera para siempre.

Las puertas se abrieron en el último nivel, me soné y limpié mi rostro antes de salir; luego, con un enorme cansancio en el alma, entré en mi apartamento. La quietud y el silencio me dieron la bienvenida. Seguro que Minna estaba en clase de yoga. Mejor para mí, porque no quería hablar con nadie. Me quité los zapatos y me dirigí a mi cuarto con la intención de olvidarme de todo y de todos.

## CAPÍTULO 22

### *Finales de agosto. Ulla.*

El frío del otoño se iba alojando de forma permanente en las calles de Helsinki, mientras que la luz de las tardes se acortaba un poco cada día. En aquellos días, mi padre me informó de que Anders debía conocer a los clientes que la compañía tenía en todos los países escandinavos, por lo que se embarcó en una gira por las ciudades de Oslo, Estocolmo y Copenhague. Su ausencia me dio el respiro que precisaba para controlar y organizar el caos en mis emociones; de esa manera, me pude dedicar a mi demandante rutina laboral, a ayudar a mi padre y pasar mi tiempo libre con Mika. No tuve tiempo de añorarlo. «Mentirosa». La verdad era que su recuerdo me seguía a cada hora del día, y no importaba lo que hiciera o dejara de hacer, él siempre estaba ahí. ¿Qué más podía yo hacer? Guardar la esperanza de que algún día el amor de Mika fuera suficiente para mí.

Al inicio de la tercera semana de agosto, papá comenzó su segundo ciclo de quimioterapia. Stina, nerviosa por tener que conducir sola con él enfermo, prefirió que entre Eve y yo nos los arregláramos para llevarlos y traerlos del hospital. Anders había comprado un nuevo automóvil, por lo que pudimos utilizar el Volvo con libertad.

La quimioterapia traía para mi padre malestar, fatiga, frustración y desmotivación, y aunque hacía un esfuerzo por mantener el buen humor y no quejarse, se le notaba en la expresión de su rostro todo lo mal que se sentía. Debido a eso, la preocupación de Stina, en ocasiones, llegaba al límite de lo insoportable. Estuve a punto de perder la paciencia con ella un par de veces, pero me mordí los labios por mi padre. Eveliina, más expresiva que yo, le gritaba que la iba a volver loca y salía a caminar, dejándome sola con la bruja de las nieves.

Sin Anders para que mediara, me tocaba a mí tener la paciencia entre las hormonas alteradas de Eve y las necesidades de Stina, por lo que una tarde, sin poder más, llamé a Dora y le exigí que se llevara a Stina unas dos horas todos los días a la floristería.

La última semana de agosto, de regreso del hospital, estacioné el Volvo en el callejón de la casa y ayudé a bajar a mi padre en tanto que Stina abría la puerta. Cuando entramos, vi con alivio que Dora estaba con Eve en la sala. Mientras nos tomábamos un café, la amiga de Stina se aventuró a pedirle su colaboración en la floristería, pero, como era de esperar, mi madrastra dijo que no podía.

—Caramba, Stina, necesito tu ayuda, solo tú sabes manejar a los clientes de esa empresa para banquetes —aseguró Dora ajustándose sus gafas, nerviosa.

—No me vengas con esas, Dora, tú los has atendido muchas veces también —aseveró Stina a la vez que cubría con una manta el regazo y las piernas de mi padre, que tiritaba de frío.

—Bueno... sí... —Comenzó a tocar las cuentas de su collar—. Pero a ellos les encantan tus ramos, y yo necesito tu ayuda una hora...

—Dos horas —precisó Eve.

—Dos horas, todos los días —terminó Dora con voz sofocada.

Gemí por dentro ante la falta de sutileza de Eve. No me extrañé cuando Stina nos miró a todas con expresión airada.

—Ya veo lo que todas pretenden: alejarme de aquí.

—No seas necia, Stina —dijo papá con voz débil—. Yo quiero estar solo unas horas, y a ti te haría bien ocuparte de otra cosa que no sea yo. Nos haría bien a los dos.

—¿Ah, sí? Pues solo acepto ir si Eveliina se queda cuidando a este... viejo tonto.

—¡Ja! No soy un niño, no necesito de una niñera cuando mi esposa está fuera.

—/sä, creo que Stina tiene razón... —Me miró tan irritado que no puede terminar. Pedí ayuda con los ojos a Eveliina, pero esta se levantó y escapó a la cocina diciendo que traería más café.

Entonces, Stina, haciendo gala de su fuerte carácter, le dijo que si no aceptaba que Eveliina se quedara con él el tiempo que ella estuviera en la floristería, contrataría a una enfermera. Eso enfureció más a mi padre, que salió del cuarto sin dirigirnos la palabra.

—Él hará lo que yo digo —indicó Stina, satisfecha.

Mi Dios, esa mujer sí que sabía cómo mandar. Aunque debo confesar que me alegré de que Stina ganara esa pequeña discusión, pues no era bueno que papá se quedara solo.

Zanjada la situación, las dejé que siguieran con su charla y yo me dirigí en la bici a reunirme con mi coro de música. Formaba parte de un grupo de docentes que nos reuníamos una vez por semana a hacer arreglos de canciones infantiles. Nuestro objetivo, fuera de relajarnos y divertirnos, era mejorar la forma en que impartíamos clase a nuestros pupilos a través de canciones.

Mientras pedaleaba, iba pendiente de que el sonido del móvil anunciara que había recibido un mensaje. Mi corazón tenía la esperanza de que Anders me llamara o me enviara algunas palabras desde donde quiera que estuviera. El constante ronroneo de los automóviles y de los trenes que arribaban y salían cuando me acerqué a la estación de Pasila no me permitió escuchar nada, por lo que, tan pronto como llegué al apartamento de Liisa, en donde realizábamos las prácticas, revisé con ilusión mi móvil.

Nada.

Después de terminar de ensayar lo revisé otra vez, pero ninguna señal. Decepcionada, me dirigí a casa. Cuando llegué, el hambre me atormentaba. Deseaba comerme un buen filete de carne sin la necesidad de prepararlo yo. Suspirando con resignación, lo descongelé, lo adobé y lo puse a freír en la sartén mientras disfrutaba de la silenciosa calma que se extendía por todo el apartamento. La mayoría de las veces, Minna llegaba después de que yo cenara. Era una persona con mucha actividad social: siempre estaba o con un amigo o en un taller o en sus prácticas de yoga, así que no tenía que oírla refunfuñar cuando yo preparaba la cena con algo inaceptable para ella. No obstante, ese día no corrí la misma suerte, y mi amiga se presentó cuando el delicioso olor a carne asada inundaba el apartamento. Me besó en la mejilla como si nada, pero, a medida que el olor se intensificaba, empezó a cerrar cajones con fuerza mientras murmuraba que vivía con el enemigo. Me molesté y, en venganza, le pregunté:

—¿Cómo va tu relación con el encantador Obafemi?

Detuvo sus movimientos y me miró con rabia. Me pregunté si eran visiones mías, pero parecía que a Minna le salía el humo por las

orejas. La visión fue tan divertida que estallé en carcajadas. En respuesta, salió y se encerró en su cuarto. Quise correr tras ella, pero el timbre del móvil me detuvo.

¡Anders!

Mi cuerpo vibró de la alegría. Respiré profundo para desacelerar mi veloz pulso y descolgué.

—*Terve.*

—*Hej, älsking! ¿Cómo estás?*

Su grave voz le hizo cosquillas a todo mi cuerpo.

—Bien, bien, ¿y tú? ¿Dónde estás?

—*En Copenhague. Estoy hecho polvo. ¿Cómo están todos? Tengo entendido que Stina ha sido difícil de lidiar.*

—Sí. —Me reí—. Pero ya hemos llegado a una solución, no te preocupes.

—*Muy bien, me encanta oírte... Escucha, quisiera pedirte un favor...*

—Sí, claro que sí, ¿en qué te puedo ayudar?

—*Lili me llamó para avisarme de que tiene que ir a Londres tres días por asuntos de su empresa la semana que viene. Estaré solo con Ella, ya que mis suegros pasarán unos días en Laponia. Así que necesito que alguien recoja a Ella en el jardín infantil el jueves a las cinco de la tarde. Yo tengo una reunión muy importante a las cuatro y no me daría tiempo a llegar antes de que lo cierren.*

—Sí, sí, no hay problema. Iré a por ella encantada. —Sonreí muy contenta sin saber por qué.

—*Llévala a mi apartamento, te mandaré las llaves por correo mañana, y quédate con ella hasta que llegue. ¿Está bien?*

—Sí, claro que sí, Anders.

—*Muchas gracias, cariño... —Silencio—. Te extraño.*

Silencio.

—Bueno, yo también. —Reí nerviosa.

Silencio.

—*Te veré el jueves, entonces, y... Gracias.*

—Hasta el jueves, Anders.

Colgué con una gran sonrisa en mi cara y, esta vez, decidida a no permitir que la culpa me agobiara, terminé de preparar mi cena,

comí y luego me puse a ver la televisión un rato. Esa noche me fui a dormir contenta y no quise reflexionar el porqué.

*Septiembre. Lunes. Anders.*

Ese día estuvo lleno de citas y reuniones, una locura de día. Aun así, la promesa de encontrarme con Ulla aquel jueves ardió en mi pecho como hermosos fuegos fatuos, por lo que la agobiante jornada no melló para nada mi entusiasmo. Tampoco lo hizo el cielo anubarrado que me acompañó todo el camino de Kauniainen a la *uimahalli*<sup>67</sup> de Töölön, ni cuando, mientras cerraba la puerta de mi coche y corría hacia el edificio, heladas gotas de lluvia se colaron por el cuello de mi chaqueta y empaparon mi camisa.

Después de haber hecho varios largos en la piscina junto con mis amigos, Johannes y Tuomo, y visitado la sauna durante veinte minutos, me dirigí con ellos al bar Janoinen Lohi para jugar *tietokilpailu*.

Llegamos a la taberna; las risas, los murmullos de los parroquianos y un fuerte olor a cerveza y a café nos saludaron. Buscamos sitio a un costado de la entrada y, cuando ya habíamos acabado con la primera ronda de cervezas, Keijo entró y se nos unió. Entre charla y bromas contestamos todas las preguntas que encontramos en el *tietokilpailu*. Por suerte para mí, muchas de ellas tuvieron que ver con un tema que había sido de mi interés en la universidad a causa de Ulla: Latinoamérica. Las acerté todas y miré divertido la desilusión en la cara de mis amigos ante mi clara victoria.

Como el ganador no tenía que pagar por las cervezas que consumía, me sentí más que satisfecho.

—*Perkele*, Anders! ¿Cómo no ibas a saber las respuestas si tienes una hermana de... Ecuador? —comentó Johannes.

—De Colombia —aclaré—. Eso me suena a mal perdedor. Ay, ay, alguien aquí no sabe perder.

—Anders tiene razón, no le pegaste a una, Johannes —señaló Tuomo.

—Ja, eso se debió a que no tuve suerte. Vamos, hagamos otro cuestionario y ya veremos si puedes ganar una vez más —insistió Johannes frotándose las manos.

Veinte minutos después los vencí en el segundo cuestionario con una amplia ventaja.

—Joder, eres bueno en esto, Anders. Muy bien, te has ganado las cervezas.

—Brindemos por eso —dije satisfecho.

Una hora más tarde, mucho me temía que había tomado más cervezas de la cuenta, por lo que tuve que dejar mi coche estacionado cerca del bar e irme a pie a casa.

Avanzaba por las calles desiertas en esa fría noche. Mis huesos me decían que estábamos entre los ocho o los nueve grados, pero mis fantasías sobre ella caldeaban mi cuerpo. No pude evitar imaginarla frente a mí y hacer todo lo que ya venía soñando con hacerle desde que supe que no era mi hermana. Me perdí en el enloquecido palpar de su corazón mientras mis labios, ávidos, mojaban sus pezones por encima de la blusa. Los mordía y los succionaba, y ella, cerrando sus párpados, se entregaba al placer que le daba. Sus ojos se abrieron y me pedían que continuara. Con dedos impacientes desabroché su corpiño e hice a un lado su falda. Oí que algo se rasgaba, pero a ninguno de los dos nos importó. Entonces, el mundo se detuvo cuando contemplé su cuerpo desnudo, como tantas veces había soñado con verlo. Recorrí con mis ojos sus pechos morenos, sus pezones oscuros ofreciéndose a mi boca. Me incliné y enterré la cabeza en ellos. Los saboreé y los acaricié hasta que, sin poder más, me levanté y, apasionado, la cogí entre mis brazos y me la llevé a la cama. Mis piernas temblaban. Mi cuerpo temblaba. La luz de la nieve que entraba por la ventana iluminó nuestros rostros cuando la puse sobre el lecho. Vi pasión y ternura en sus ojos, y los míos, estaba seguro, le decían cuánto la amaba.

Una ráfaga de aliento helado me trajo a la realidad, y de pronto la soledad de mis manos y el profundo silencio de la noche me hundieron en un vacío. El cuerpo me dolía de tanto añorarla, y las dudas me acosaban.

¿Y si después de tanto amor, de tanto esperar y soñar con ella, la perdía?

Seguí caminando sin rumbo, como derrotado, hasta que llegué a la orilla del mar cerca de mi casa y busqué un banco donde sentarme. Contemplé las sombras que, como brochazos de pintura negra, cubrían el infinito cielo de Helsinki.

Debía seguir siendo positivo. No había cabida para los pensamientos negativos en esa vida que anhelaba compartir con Ulla.

«Fe y esperanza».

Me levanté y continué mi camino a casa. Cuando llegué, dejé los zapatos en el recibidor y en calcetines me dirigí hacia la cocina. Descongelé unos *makaronilaatikko*<sup>68</sup> que había preparado hacía varios días. Encendí la televisión, me interesé por un programa acerca de la historia de la música en Finlandia y seguí viéndolo hasta que me quedé dormido en el sofá.

## CAPÍTULO 23

*Jueves. Ulla.*

Regresaba a casa en mi bicicleta bajo un cielo tiznado de gris; el aire puro y fresco que retozaba a mi alrededor helaba mi cuerpo. A lo mejor los rayos de sol acechaban, conspiraban detrás de las nubes, buscando el momento perfecto para colarse y calentar un poco la ciudad. Sonreí. «Qué cosas tan tontas se te ocurren, Ulla». Suspiré; al menos no llovía.

Salí un poco más temprano del colegio con la intención de trabajar en casa antes de ir a recoger a Ella. Tan pronto como llegué me puse unos cómodos vaqueros, calenté unos pastelitos carelianos y los saboreé junto con una taza de café. Trabajé una hora sin parar y después fui a buscar la llave que Anders me había enviado por correo esa semana. La guardé en mi mochila, me calcé unas cómodas botas en el recibidor y salí a tomar el tranvía que me dejaría cerca de la guardería de mi sobrina.

Me bajé en la parada de Hesperian puisto y me adentré por los callejones del barrio hasta que llegué al parque Topelius; lo bordeé, apreciando los colores de la *ruska*<sup>69</sup> en los arbustos. Crucé la calle y me acerqué a la casa que funcionaba como guardería. Me detuve a admirar las ventanas acicaladas con macetas llenas de flores que aún luchaban por sobrevivir en ese otoño. Curioseé a través de una de las ventanas y vi un salón lleno de butacas apiladas en un rincón y folios pintados con acuarelas colgados de lado a lado del cuarto, secándose.

Crucé el umbral y atravesé el pequeño vestíbulo colmado de perchas vacías, excepto una de ellas, en donde estaba colgada una chaqueta rosa. Supuse que era la de Ella. Avancé hasta un ancho salón, y allí se hallaba sentada mi sobrina pasando las páginas de un cuento mientras una profesora guardaba algo en un armario.

La alegría y el alivio en la mirada de la niña cuando me vio entibiaron mi corazón. Los recuerdos de una lejana tarde, cuando otro par de ojos grises me había mirado con el mismo alivio, me envolvieron.

Aquella tarde había sido mi primer día de clases, y, aunque la escuela quedaba cerca de nuestro hogar, no había podido distinguir, entre tantos callejones parecidos, cuál era el que me llevaría a él. Entonces, me perdí. Caminé en círculos lo que me parecieron horas mientras, angustiada, pensaba que nadie vendría a rescatarme. Pero de pronto lo vi: un chico que se aproximaba en bicicleta a toda velocidad. Cuando llegó hasta mí y reconocí el alivio en los ojos grises de Anders, me aferré a su cuello llorando sin parar, al mismo tiempo que él, con torpes manos, me consolaba. Cuando me sosegué, me di cuenta horrorizada de que había llenado de mocos su camiseta, pero él, con esa picardía que siempre lo había caracterizado, me dijo: «Como me la has echado a perder, me tendrás que comprar otra con tu color favorito». Sonreí al recordar que mi color favorito en esa época era el rosa, y, cómo no, le compré una camiseta rosa que él llevó todo un verano sin ninguna turbación.

El abrazo de Ella alrededor de mi cintura me devolvió a la realidad.

—Vamos, *pulguita*, ponte los zapatos y la chaqueta, y nos vamos.

Minutos después deambulábamos cogidas de la mano. Mi sobrina no dejaba de saltar, evitando pisar cada línea que veía en el enlosado, y me acosaba con su incesante parloteo. Entramos en el apartamento, colgamos nuestras chaquetas en el perchero del recibidor y nos quitamos los zapatos y las medias. La niña corrió hacia el cuarto, y yo atravesé el pequeño salón que servía de sala y comedor hasta llegar a las puertas de vidrio del balcón para admirar el cielo nuboso sobre el azulado mar. Miré la cocina a mi izquierda y le pregunté a Ella si quería tomar y comer algo. Cuando me respondió que no, me paré en medio sin saber qué hacer.

Todo me olía a él.

Me acerqué a una estantería repleta de libros, en donde encontré diversos títulos de poesía e historia en inglés, en sueco y en finés. Por lo que veía, sus gustos no habían cambiado mucho. No obstante, todo estaba muy ordenado, y en eso sí que había cambiado. Cuando vivíamos en casa de papá, solía mantener su cuarto como un batido de frutas.

Tenía fotos de la familia por doquier, y muchas de los dos juntos. Sentí algo extraño: era como entrar en el territorio de una persona demasiado familiar para mí, pero al mismo tiempo no tan familiar. Sus cosas hablaban de un Anders más maduro, más intenso, más... No sabía cómo describirlo con exactitud, pero me inquietaba y me atraía mucho más que el Anders de antaño.

Ella llegó brincando y me dijo que tenía hambre. Entramos en la cocina y buscamos algo para comer en la nevera, que estaba bien abastecida. Segura de lo que quería, como todos los niños de hoy en día, sacó complacida dos pastelitos carelianos. Se los calenté en el microondas y luego les puse mantequilla mientras ella se servía un vaso de leche.

Nos sentamos en el comedor. Ella comió su pastel sin dejar de hablar, mirándome con un gran bigote de leche. Me reí para mis adentros para no avergonzarla. Era tan adorable que no pude más que aprobar el buen trabajo que Anders y Lili habían realizado con esa diminuta mujercita.

Me levante y fui a por una servilleta. Le estaba limpiando la boca con suavidad cuando escuché la llave en la cerradura.

¡Anders!

### *Jueves. Anders.*

Subía en el ascensor anhelando verla. Como un insensato enamorado, me había detenido en una floristería y le había comprado un ramo de rosas rosadas, sus favoritas. Por el camino, hallé la disculpa perfecta para tener el derecho a regalárselas sin temor. Sonreí complacido. También había comprado una tarta de arándanos azules con queso, su postre favorito.

Abrí la puerta, y las voces que venían del comedor fueron el mejor regalo en ese día. Con premura me quité los zapatos y me adentré.

Al verme, mi hija se acercó corriendo, me abrazó y me besó. Cuando levanté mis ojos, vi a Ulla parada entre el comedor y la sala. Mientras me miraba, puso las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros con timidez y, después, como si no supiera qué hacer con ellas, las sacó. Todo el amor y el anhelo que yo sentía fluyeron con

ardor por las venas de mi cuerpo. Luché. Cómo luché contra el deseo de apretujarla contra mí y olvidarme de todo. Respiré despacio, desacelerando los latidos de mi corazón, y, aparentando serenidad, descansé las manos en los hombros de mi hija mientras le decía sonriente:

—Hola, cariño.

—Hola, Anders. —Con pasos torpes pero rápidos, se acercó a mí y, poniéndose de puntillas, me besó en la mejilla. Me tomó tan de sorpresa que por un momento no hice nada al respecto, pero antes de que se alejara reaccioné y la atraje hacia mí, abrazándola y dándole un beso cerca de la sien. Enterré mi rostro en el aroma de su pelo, de toda ella, y, cerrando los ojos, hice acopio de todas mis fuerzas para soltarla.

Como pude, fui a por los paquetes que había dejado en la entrada: el pastel y las flores. Con manos agitadas me volví y le entregué el ramillete.

—Para una hermosa dama —dije cohibido—. Gracias por recoger a Ella.

Noté que se sorprendió y luego se ruborizó, complacida. Sus manos temblaban mientras rompían el envoltorio que protegía las rosas. Yo, con el pecho inflado como un globo, me puse a buscar un jarrón donde pudiera ponerlas. De pronto, al bajar mis ojos, me di cuenta de la atenta mirada con que mi hija nos contemplaba. Por un momento temí. Realmente temí que Ella dijera algo que nos avergonzara a los dos, pero, con la inocencia natural de los niños, solo dijo:

—Tienes que *darles* agua, tía Ulla.

—Sí, tienes que *darles* agua, tía. —Le pasé divertido el jarrón—. Bueno, y ahora, hermosas damas, pónganse cómodas que voy a prepararles una deliciosa sopa.

—Ay, Anders, no, tengo que irme. Tengo cosas que hacer en casa y...

—Ah, no, ni hablar, te quedas a cenar con Ella y conmigo. No puedes despreciar el pastel de queso que compré en tu honor, ¿verdad? —La niña y yo la miramos expectantes.

—Bien, me quedaré. Gracias, Anders. —Me sonrió algo, digamos, ¿preocupada?

—Gracias a ti. —Le guiñé un ojo y me dirigí a la cocina.

¿Qué más podía pedir esa tarde? Me encantaba cocinar, tenía a la mujer que amaba y a mi hija junto a mí. «Fuera añoranzas, fuera tristeza, que tengo a mi amada junto a mí», musité mientras sacaba ollas y demás cacharros.

*Ulla.*

Estaba sentada sobre mis pies frente a un armario de madera azul que estaba en el comedor, buscando con Ella unas servilletas con diseños de los *Muumit*<sup>70</sup> que ella insistía en poner, mientras el fuerte olor del salmón vagaba por la habitación unido al aroma de Anders agazapado en cada rincón, haciendo estragos en mis sentidos. Sentía unas intensas e inexplicables ganas de vivir.

—Aquí están, tía. —Ella las sacó con satisfacción.

—Ha olvidado los personajes de *Ice Age* y ahora que descubrió los *Muumit* quiere que le compre todo con esos diseños. —La voz ronca de Anders detrás de mí oído me sobresaltó. Muy cerca. Demasiado cerca.

De rodillas detrás de mí, Anders me atrapaba con su cuerpo. Con Ella pegada a mi costado y yo aún sentada, no era mucho lo que podía hacer para escapar. Con la vista fija sobre el cajón me quedé quietecita, sin atreverme a respirar. La piel de mi espalda sintió toda la extensión de su torso, mientras que su aliento le hizo cosquillas al lóbulo de mi oreja. Mis senos se llenaron, rozando, sensibles, la tela de mi sostén, y un fuego líquido se deslizó por todo mi vientre. La tensión entre mis muslos me dolió tanto que, asustada, me levanté con brusquedad, golpeándome la rodilla contra el cajón. Sin osar mirarlo, aguanté el dolor en silencio y, para disimular mi sorpresa, me fui con rapidez hacia el extremo opuesto de la mesa y empecé a colocar las servilletas en cada lugar. De soslayo, vi aliviada que él se levantaba y volvía a la cocina.

—*Pappa*, voy a poner los pocillos de los *Muumit*.

—Muy bien, duendecillo. —Escuché que le dijo a Ella con voz afectada.

Mi sobrina vino hasta mí con dos tazas.

—Tía, tú puedes usar mi vaso de *Pikku Myy*<sup>71</sup>. —Me lo pasó.  
Con mi respiración aún alterada, lo cogí.

—Muchas gracias, cariño. —Carraspeé—. Es un honor para mí usarlo. Pero ¿y tú?

—Pues usaré tu vaso, tía.

—Por supuesto. —Sus ojos grises me miraron con tanta inocencia que casi me la como a besos.

Entre las dos terminamos de colocar los platos y los cubiertos en la mesa mientras los poros de mi piel seguían, sensibilizados, los movimientos de Anders por la cocina: La suave vibración de sus pasos en la madera, sus dedos cortando un ramillete de eneldo fresco y la curiosa expresión de plenitud en su rostro mientras lo hacía.

El sabroso aroma de la hierba se desprendió e invadió el ambiente, y mi desjuiciada imaginación voló hacia el inconfesable anhelo de besar sus manos. Cerré mis ojos y, con sensual ternura, besé cada dedo, cada callosidad y el hueco de su palma.

—¿Quieres vino blanco para acompañar la sopa? —Su pregunta me sobresaltó.

—Sí, sí, me gustaría. —Mi voz sonaba rara.

—Escógelo tú, cariño. Los vinos están en uno de los armarios de la estantería. —Me miró, curvando los ojos en una sonrisa.

Miré las etiquetas de los vinos en tanto que Ella yacía en el suelo pintando. Me decidí por un Chardonnay que iría perfecto con la sopa de salmón. Me dirigí a la cocina y lo metí en la nevera para enfriarlo. Luego, me di la vuelta sin saber qué hacer, pues en ese reducido espacio la imponente presencia de Anders lo ocupaba todo. Él, acercándose, me plantó con dulzura un beso en la frente y me dijo:

—Gracias, cariño.

Puse las manos detrás de mi espalda, como una niña cortada, y, algo indecisa, le pregunté:

—¿Quieres que haga la ensalada?

—Sí, si quieres. —Me sonrió.

Cogí una maceta de lechugas que estaba en la ventana; las desmenucé sobre un cuenco, le agregué rodajas de tomate, aceite de oliva y un poco de limón, sin dejar de percibir la plácida respiración de Anders detrás de mí. Puso música, y la voz de John

Legend inundó el ambiente. Las hermosas notas de la canción *All of me* despertaron un intenso anhelo en mi vientre. Una vez más quise escapar, pero, cuando me iba a retirar, Anders estiró su brazo por encima de mi hombro, abriendo uno de los gabinetes, y puso el otro a mi izquierda en la encimera, encerrándome contra él. Se inclinó y, con voz ronca, me preguntó:

—¿Cómo está quedando la ensalada?

Me atreví a mirarlo, aunque sabía que no debía hacerlo, y me zambullí en esos ojos hechiceros. Acaricié las sombras oscuras que rodeaban el iris y fantaseé con el incontrolable impulso de apretar mi espalda contra todo su cuerpo y sentir sus besos sobre mi pelo, mi cuello, mientras sus manos estrujaban mis pechos con fuerza, como siempre había deseado que lo hicieran. Por fortuna, el «tengo hambre, *pappa*» de Ella me hizo aterrizar.

Dios mío. ¿Qué había estado a punto de hacer? ¿Acaso había perdido el poco juicio que me quedaba?

Triste y avergonzada, cogí el cuenco de la ensalada y en silencio lo llevé a la mesa mientras Anders le respondía algo a la niña. Decidida a poner distancia entre los dos, me quedé en la sala.

Diez minutos después, la sopa estuvo lista y los tres pasamos a la mesa. Mi sobrina acaparó toda la atención con su alegre parloteo, mientras que yo trataba, sin éxito, de no mirarlo. Seguía con fascinación el lento movimiento de su nuez al tragar y el ensanchamiento de las comisuras de sus labios cuando reía por algo que Ella le decía.

Pensé que me volvería loca de tanto desearlo.

Me obligué a apartar mis ojos y los enfoqué sobre la sopa; ya no los volví a apartar de ahí hasta que terminé. Cuando acabamos de comer, mientras Anders recogía los platos y limpiaba la cocina, yo ayudé a Ella a ducharse y a ponerse el camisón, y después le leí un cuento. Pronto cayó en un sueño profundo. La besé y me alejé tan deprisa como pude, huyendo del embriagador aroma de Anders impregnado en las sábanas de su cama.

Entré en la cocina y, sin mirarlo, anuncié:

—Tengo que irme.

—Quédate un poco más.

—Lo siento, pero estoy cansada y mañana tengo que madrugar...

—Puedes quedarte a dormir con Ella en mi cuarto. Yo puedo dormir en el sofá.

Tuve que mirar sus ojos, y el ardor que vi en ellos me aterró.

¿Qué estaba pasando con él? ¿Y en últimas, conmigo? Sacando fuerzas de no supe dónde, le respondí:

—No traje ropa para cambiarme y prefiero dormir en mi cama.

—Sí, lo entiendo... Tal vez sea lo mejor —manifestó mientras se pasaba una mano por la nuca con gesto cansado.

No quise cavilar sobre ese comentario, solo sabía que tenía que salir de ahí antes de que cometiera una imperdonable locura.

Anders insistió en llamar a un taxi, y, mientras lo solicitaba, me coloqué los zapatos, la chaqueta y la bufanda. Bajamos en el ascensor en un denso silencio. Sentí sus ojos sobre mí, me atreví a levantar la mirada y los encontré llenos de dolor. Confundida, anhelante y aterrorizada, todo en uno, luché contra la necesidad de abrazarlo o de salir corriendo.

Llegamos al porche justo cuando el taxi arribó. Anders abrió la puerta y, mientras me acomodaba, se inclinó y le pasó unos euros al conductor. Después, mirándome con una triste ternura, me dijo:

—Gracias por todo, *älskling*.

El automóvil arrancó, y tuve la sensación de que Anders se quedó mirándolo hasta que este giró y desapareció tras la esquina.

## CAPÍTULO 24

*Tercera semana de septiembre. Viernes. Ulla.*

Mi padre inició el tercer ciclo de quimioterapia. Y, esta vez, fue Anders quien se hizo cargo de llevarlo y traerlo del hospital durante esas semanas. Estuvo tan ocupado que no lo puede ver, y durante los fines de semana, cuando Mika y yo visitábamos a papá, él se dedicaba a Ella. Me dolía no verlo, la nostalgia era tanta que me costaba reír. Me paseaba triste y silenciosa por los pasillos del colegio, a tal punto que mis colegas empezaron a preguntarme si me pasaba algo grave. En un esfuerzo por cambiar mi estado de ánimo, acepté salir con Minna ese viernes por la noche.

Sabía que mi amiga era la persona perfecta para hacerme reír y ayudarme a olvidar todo lo que atormentaba a mi alma sin necesidad de confesarle la verdad. Aunque vivíamos juntas, Minna y yo no teníamos tiempo para vernos durante la semana, así que siempre era bueno compartir chismes y anécdotas fuera de casa.

Esa noche me sentía femenina y coqueta, por lo que me esmeré en arreglarme. Observé satisfecha mi imagen en el espejo: una blusa blanca de lana suave y una falda negra de tubo que moldeaba mi figura. Mis largos rizos recogidos en un moño en lo alto de la cabeza, rímel negro en los ojos y carmín rojo en los labios. No me gustaba maquillarme mucho, excepto cuando acudía a cócteles o reuniones importantes. Me puse un poco de perfume y salí en busca de Minna.

La encontré en la sala esperándome. Me miró sonriente con su hermoso pelo rojo recién lavado y alisado, haciendo juego con sus ojos verdes y un elegante vestido con el tradicional diseño de flores de Marimekko. Muy del estilo de Minna: lleno de vivos colores. Le sonreí animada.

—¿Estás lista para que nos pongamos ese par de botas con tacón de aguja que maltratará nuestros pies toda la noche?

—Por supuesto, estoy lista si tú también lo estás. No voy a sufrir sola.

La besé en la mejilla.

—Pues vamos.

Veinte minutos después estábamos sentadas en un bar con una copa de vino tinto cada una, charlando animadas.

—¿Tienes ya una fecha para tu boda?

—Sí, hemos decidido que nos casaremos en el verano, a mediados de julio. Mika desea una fiesta al aire libre.

—Me imagino que será por lo civil, ¿no?, teniendo en cuenta que mi hermano es un declarado agnóstico. ¿O ha encontrado a Dios mientras yo dormía?

—Sí, será por lo civil. —Solté una carcajada.

—¿Y tú qué dices? ¿Estás de acuerdo?

No quise decirle que me hubiera gustado casarme por la iglesia luterana, porque no quería ahondar en la extraña sensación que tenía de que Mika y yo no éramos una pareja para casarnos por la iglesia. Quizá tenía que ver con que a Mika no le interesaba ningún rito religioso; la verdad, no lo sabía. Lo cierto era que no quería compartir mis dudas justo con su hermana, así que le respondí:

—Sí, estoy de acuerdo con él.

—*Perkele!* Ulla, cuéntame más; siento que te estoy sacando información con una ganzúa.

Suspiré.

—Lo siento. Muy bien, ¿qué ha pasado con *mister* Obafemi? — Mis ojos bailaron divertidos.

—Sigue siendo un incordio de hombre. —Frunció los labios y me apuntó con el dedo—. Eso ha sido un golpe bajo, Ulla. Quiero que hablemos de ti, no de mí, y menos de ese africano.

Ignorándola, insistí:

—¿Todavía te disgusta tanto?

Con el semblante serio, me confesó:

—El noventa por ciento del tiempo; el otro diez por ciento lo soporto si no abre la boca. Es un coqueto, y no quiero otro de esos en mi vida.

—Lo entiendo.

—Lo que me recuerda... Ulla, ¿podrías ayudarme a tener una cita con tu hermano Anders?

Un silencio violento flotó entre las dos.

—Es guapo, galante, divertido, sensible... Todo lo que una mujer puede desear —terminó, un poco cohibida.

—No sé, Minna. Apenas se está divorciando, y... no sé. — Tartamudeé, me sonrojé y me sentí la amiga más egoísta del mundo. Pero... ¿Anders y Minna? No podría soportarlo.

—¿Es su divorcio definitivo?

—Sí, supongo que sí.

—Pues entonces tu hermano necesita salir y conocer a otras mujeres.

—Supongo que sí, le preguntaré. —Traté de sonreír, pero mis labios se negaron a moverse.

Minna me miró fijamente, como si no me creyera, pero no insistió más. Tomó mi mano y cambió de tema.

—A ver, abuela Ulla, déjame leer tu futuro en la mano. —Pasó su dedo por mi palma, juguetona—. *Herranjumala!*<sup>72</sup>

—¿Qué? ¿Qué has visto?

—Vas a llegar hasta... los noventa años. Mira, tu línea de la vida es muy larga y... *Herranjumala!*

—¿Qué?, ¿qué pasa?

—Veo dos amores. —Me miró directo a los ojos.

Me sonrojé profundamente.

—No digas tonterías. —Retiré con brusquedad mi mano.

Me sonrió con ternura y, en tono de guasa, me dijo.

—Quizá no sea una tontería, puede que haya otro hombre que suspire por ti en silencio y tú ni te enteres. Lo siento por mi hermano, pero suena muy romántico.

Tomé un sorbo de vino para disimular mi agitación.

—Me imagino que tu mano debe de estar más llena de posibilidades que la mía —opiné.

—Ah, no, a mí el destino me prometió un solo amor. Pero no sé cuándo llegará —comentó con un aire de tristeza.

Sentí pena por ella, pero desapareció cuando, con una carcajada, añadió:

—Y ojalá no llegue todavía, porque necesito divertirme. ¿Otra copa de vino?

—Sí, vale, otra más —dije aturullada. Minna en ocasiones me desconcertaba.

Estuvimos una hora más y luego regresamos a casa caminando, con nuestros brazos entrelazados y un poco pasadas de copas.

Esa noche, cuando estaba en la soledad de mi cuarto, pensé en él. Otro amor, había dicho Minna. Deseaba que fuera él y, sintiéndome mal por ese deseo, enterré mi rostro en la almohada, silenciando mis silenciosos sollozos hasta que me dormí.

*Primera semana de octubre. Ulla.*

Tras otro ciclo de quimioterapia, mi padre entró una vez más en el periodo de recuperación. A medida que avanzaba el tratamiento, sus defensas disminuían, por lo que sufrió un pequeño resfriado. Tuvimos que vigilarlo y cuidarlo con rigurosidad, porque ante cualquier síntoma de fiebre o problema en sus pulmones hubiéramos tenido que hospitalizarlo. Gracias a Dios, diez días después se recuperó sin consecuencias. No obstante, esa mañana el doctor quería chequearlo, y fui yo la que se encargó de llevarlos a él y a Stina al hospital. Después de que le hicieran los análisis periódicos de rigor, avanzamos por los largos y silenciosos pasillos hasta que llegamos a la oficina del doctor Juha.

Toqué con suavidad.

—Adelante. —La voz fuerte y llena de energía que recordaba se escuchó detrás de la puerta—. Stina y Esko, pasen, pasen... Tomen asiento, por favor. —Dejó lo que estaba haciendo en el escritorio, se quitó las gafas, se acercó y nos saludó a cada uno dándonos la mano. Me miró con fijeza—. ¿Y tú eres...?

—Ulla.

—Ulla, la hija de Esko, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, se dirigió hacia el escritorio.

Su oficina era un caos de documentos, libros y aparatos por doquier. Me pregunté cómo podría encontrar lo que necesitaba en ese desorden. Cuando se sentó, me percaté de que el escritorio estaba repleto de animales de peluche de todos los colores alrededor de un ordenador, incluso había un pequeño mico sonriente colgando en una esquina de la pantalla. Se veía todo tan gracioso que me pregunté si ese doctor estaría bien de la cabeza. Cuando él notó mi mirada sobre los peluches, comentó:

—Simpáticos, ¿verdad? Me los han regalado mis pacientes. —Se puso la mano cerca de la boca, como susurrando un secreto—. Me gusta coleccionarlos. —Luego se volvió hacia mi padre—. Bien, Esko, ¿cómo te has sentido?

Mi padre, sin dar muestras de haber visto nada extraño, empezó a explicarle todo lo acontecido durante las semanas pasadas. Después de tomarle la presión arterial, Juha nos anunció que a principios de noviembre se le harían más análisis de sangre y una tomografía para ver cómo estaban los órganos. También nos informó de que las células cancerosas en la sangre de papá no se habían incrementado, lo que era una muy buena señal. Eso nos puso tan contentos que tuve la sensación de que el aire a nuestro alrededor nos hacía levitar. Como siempre, Juha no dijo ni más ni menos de lo que tenía que decir, y, después de veinte minutos, nos despidió.

De vuelta a casa, me concentré en el tráfico mientras mi padre y Stina conversaban en la parte trasera del coche. Me sorprendí cuando Stina se dirigió a mí.

—Ulla, recuerda que el fin de semana que viene es el cumpleaños de Esko, y me gustaría celebrarlo. Si tú estás de acuerdo, claro. —Se volvió hacia mi padre—. Sería agradable reunir a toda la familia y tal vez invitar a algunos de nuestros amigos más íntimos. Me gustaría preparar todo, claro está, pero quiero saber si puedo contar contigo, Ulla. —Me miró de nuevo.

—Por supuesto, cuenta conmigo y con Mika. ¿Tú qué opinas, *isä*? —Sabía que a mi padre no le gustaban las celebraciones, pero, para mi sorpresa, se giró hacia Stina y, sonriéndole, le dijo:

—Sí, me gustaría. —Cogió con suavidad la mano de mi madrastra. Emocionada, comprobé por el espejo retrovisor que Stina tenía los ojos encharcados. ¡Qué bien! Aquel bonito gesto merecía ser compartido con Eve y con Anders.

Los dejé en su casa y, durante el regreso a mi piso, no paré de pensar en lo complejos que éramos los seres humanos en lo relacionado con el amor. En ocasiones necesitamos pasar por una situación de vida o muerte para aprender a valorar a la persona que ha estado siempre a nuestro lado. Esperaba, realmente esperaba,

por el bien de los dos, que papá recuperara la salud y que ambos pudieran pasar los años que les quedaban amándose.

## CAPÍTULO 25

*Cumpleaños de Esko. Domingo por la tarde. Ulla.*

Mika y yo nos adentramos en el salón cogidos de la mano entre el alboroto de las alegres voces de los niños y el indefinible olor a comida; conociendo a Stina, habría toda una variedad de platos para escoger. Mi corazón se enterneció cuando vi a mi padre conversando alegre con Jyrki. Lucía una camisa nueva, y su cabeza, por completo calva, estaba cubierta por un gracioso gorro rojo del que salían dos pequeños cuernos de reno. Sonreí; por lo visto, su sentido del humor se conservaba intacto. Cerca, a sus pies, estaban sus tres nietos jugando con un Lego.

Me agaché, le di un beso y le entregué mi obsequio; después me incliné a besar a los niños mientras mi mirada buscaba con disimulo a Anders, pero no lo vi por ningún lado.

Stina entró en el salón con Dora, nos saludó y nos ofreció algo de tomar. Dejé a Mika con papá y me dirigí a la cocina con el corazón en vilo, aguardando que en cualquier momento me tropezara con Anders. Cuando llegué, a quien me encontré fue a Eve frente a una bandeja repleta de canapés de reno sobre la mesa. Me miró avergonzada con una enorme panza que parecía de nueve meses.

—Lo siento, pero tengo hambre todo el tiempo.

—Hola, cariño. Come todo lo que quieras. ¿Qué llevas ahí? ¿Gemelos? —Sonreí y la besé en la mejilla.

—No, solo hay una, pero es una glotona.

—Te creo. ¿Dónde está Kalle? ¿Y Anders?

—Kalle está de viaje de negocios, y Anders está atendiendo una llamada en el estudio de papá.

Eve cogió la bandeja y, diciendo que se los llevaría a la sala antes de comérselos todos, salió. Yo me quedé en la cocina, me serví un vaso de agua fresca, me lo tomé y, después de respirar hondo, regresé al salón.

El ansia de verlo era tan fuerte que parecía que la sangre que fluía por mi cuerpo lo llamaba a gritos. Mis manos sudaban, y mis pasos, tomando el control de mi voluntad antes de llegar a la sala,

se desviaron hacia el estudio. Fue en ese instante cuando la puerta se abrió.

Toda la sangre se agolpó en mi cabeza, y el resto de mi cuerpo permaneció inmóvil, sin atreverse a respirar. Mis sentidos despertaron ante su alta silueta, que con paso firme se acercaba a mí. Sus ojos se incrustaron en los míos, como si solo él y yo existiéramos en el mundo. Estaba guapísimo; muy a mi pesar, un placer burbujeante recorrió mis venas al contemplar cómo la chaqueta negra de corte elegante resaltaba sus mechones rubios recién cortados y el asomo de una sombra de barba dorada en su mentón. Su corbata, desanudada, y los tres primeros botones de su camisa, sueltos, dejaban ver la piel de su tórax, cubierta de diminutos vellos dorados. Anhelé contemplar y palpar el resto de ese torso con libertad. Imágenes de los dos entrelazados me abrumaron, haciéndome temblar. Cuando lo tuve cerca de mí, mi respiración se aceleró y bailó junto a la suya un vals prohibido. Se inclinó. ¿Me iba a besar? Toda la sangre de mi cuerpo se aglomeró en mi vientre y después se deslizó por mi sexo, acariciándolo con ardor. Un lejano eco me decía que sentir ese deseo estaba mal, pero mi cuerpo, sin voluntad, lo disfrutaba con tal intensidad que no lo pude controlar.

—¡Ah! El hijo pródigo. —La sarcástica voz de Mika me sobresaltó; sintiéndome culpable, traté de ocultar mi azorado rostro mientras un silencio espeso se cernía sobre los tres.

*Anders.*

El retintín en la voz de Mika me devolvió a la realidad. Una realidad en la que Ulla no me pertenecía, y en la cual yo no tenía el derecho de hacer lo que había estado a punto de hacer. Llevaba días sin poder verla, viviendo solo de fantasías. Fantasías en las que despertaba con ella cada mañana, con nuestros cuerpos enredados y saciados después de una larga noche amándonos. Por supuesto, cuando por fin la había tenido frente a mí, el anhelo de palparla, de restregar su cuerpo contra el mío mientras mi lengua buscaba su lengua, me engulló en un mar de sensaciones que me aislaron de todo lo que me rodeaba. Me dolía tanta represión, tanto

sentimiento y tanto deseo escondido, y había estado a punto de gritar con mi cuerpo mi amor por ella, a mi familia, a Mika, al viento, a todo el bendito mundo a nuestro alrededor. En cambio, me mordí los labios y luché por mostrarme impasible. Por un momento vislumbré en sus ojos una hebra de pasión y me pregunté emocionado si era por mí, pero entonces Mika llegó a reclamar lo que él creía que le pertenecía.

Lo odiaba.

No había otra posibilidad entre él y yo. Lo odiaba con toda mi alma, aunque, para ser justo con él, entendía su reacción.

Una vena en mi sien palpitó con violencia cuando estrechó a Ulla contra él mientras me miraba retador. Aunque sabía que mis emociones estaban controladas con mi habitual estoicismo, estaba seguro, mis ojos llameaban por la rabia y los celos, y el desgraciado lo sabía.

—¿Cómo estás, Anders?

—Muy bien. Y tú, ¿cómo estás? —«Qué amigables y qué corteses», me dije con sorna.

—Muy bien, no me puedo quejar.

El silencio, que nadie parecía poder colmar, se prolongó por varios segundos hasta que Mika cogió de la mano a Ulla y se encaminó al salón. Yo los acompañé. ¿Qué más podía hacer? ¿Liarme a patadas con él? La verdad, ganas no me faltaban.

Llegamos al salón, y yo, callado y prudente, me senté cerca de Esko y Jyrki. Afortunadamente, unos segundos después llegó mi madre y nos hizo pasar a la mesa. En el comedor, con los labios apretados, vi que Mika se sentaba al lado de Ulla. «¿Qué esperabas, hombre?». Yo quedé frente a ellos, con mi hija a mi izquierda. Durante el maldito lapso en que nos servimos la comida no dejó de tocar a Ulla ni de desplegar sus atenciones sobre ella, y el infeliz osaba mirarme de tanto en tanto, desafiante. Con ira, aparté mis ojos y me concentré en ayudar a Ella.

—Esa no, *pappa*, quiero la más pequeña.

—Caramba, Ella, si todas son iguales.

—No, *pappa*, esa no me gusta, mira, la pequeña es más bonita.

—Exasperado, observé todas las patatas asadas sin poder adivinar

cuál era la que mi hija quería. Suspiré y, llamando a la calma, señalé una por una hasta que di con la que ella deseaba.

Minutos después, mi turbulenta mirada se perdió en mi plato sin apreciar el exótico olor de tantas mezclas juntas: carne de ciervo, carne de alce y diferentes clases de pescados. Todo me supo a cartón, y mis celos no hicieron sino aumentar cuando escuché la risa alegre de Ulla y Mika.

Pronto la conversación en la mesa giró en torno a la situación laboral en Finlandia y a los recortes que poco a poco se iban haciendo en el país a consecuencia de la crisis. Al menos, me fijé, Esko parecía más animado que otros días. Sintiéndome un tonto egoísta, traté de concentrarme en aquel tema y entablé una charla con mi padre, que estaba a mi derecha.

La comida terminó, y nos dirigimos al salón. Mika se sentó, cómo no, al lado de Ulla, pasando el brazo por su espalda sin necesidad, me dije cabreado. Para mi mortificación, por no mirar por dónde iba, mi hija me reprochó en voz alta que le había pisado uno de sus pequeños juguetes. Sintiéndome como un estúpido, me agaché, cogí el muñeco, lo limpié y se lo devolví molesto, pero al ver los agradecidos ojos de Ella me enternecí. Juguetón, la alcé en el aire, besándola en el cuello y haciéndole cosquillas hasta que, entre sonoras carcajadas, me gritó: «Basta, *pappa*, basta».

La bajé, y ella, después de recoger todos sus juguetes, se fue corriendo con sus primos a otra habitación; la seguí para cerciorarme de que no hiciera diabluras.

Cuando regresé, las notas de un viejo y romántico tango finlandés, *Satuma*, de Reijo Taipale, el favorito de mi padre, se escuchaban por toda la habitación. Me detuve en la entrada y contemplé su extrema delgadez y la expresión de su rostro mientras envolvía a Ulla con un brazo y a Eve con el otro. La realidad de su enfermedad me llegó al corazón, y de pronto sentí temor ante la posibilidad de perderlo. Sacudí esos pensamientos negativos fuera de mí y me senté al lado de mi madre, abrazándola hasta que la canción terminó.

Poco después, enfadado, escuché que el nuevo tema de la charla eran los pormenores de la boda entre Mika y Ulla.

—¿Ya tienen una fecha para la boda? —preguntó Eve.

—Yo me casaría hoy mismo, pero, considerando todo lo que tenemos que organizar, una boda a principios de la primavera será lo mejor —aseveró el malnacido.

A principios de la primavera. Mi estómago se me pegó al corazón.

—Bueno... Me gustaría que *isä* asistiera completamente curado y que la bebé de Eve fuera un poco más grande —comentó Ulla, con cara de asombro, mirando a Mika.

—Ay, sí, Ulla, quiero estar delgada en esa fecha para poder lucir un vestido nuevo y, por supuesto, que mi niña pueda lucir uno también. ¿Ya escogiste el diseño de tu vestido?

—Bueno, no, pero ya he visto algo...

—Iremos unos días a Londres o a París para buscar diferentes diseños —la interrumpió Mika.

—Ah, no, Mika, tú no puedes ver el vestido. Ulla y yo podemos mirar los catálogos a través de Internet, y, después, si le gusta uno, ella puede ir con una amiga a donde tenga que ir, pero definitivamente no contigo.

—Sí, supongo que es mejor que el vestido sea una sorpresa para mí, ¿no? Pero podemos escaparnos unos días a París, tú y yo solos, ¿no crees, linda? —Ese comentario me dolió. Apretando los labios, me levanté y me fui a por un poco de vodka; luego, recordando que tenía que manejar de regreso a casa, lo dejé y me volví a sentar.

—Hija, ya sabes que la fiesta, el vestido... todo corre por mi cuenta —declaró Esko.

—Gracias, *isä*. —Ulla apretó la mano de Esko con cariño—. Y no, no quiero comprar mi vestido en Londres, quiero un diseñador finlandés.

Ya no podía más, sentí que si no me iba de ahí podría hacer algo de lo que luego me arrepentiría. Me levanté y vi que Ulla me miraba sonrojada.

—Disculpen, iré a ver qué están haciendo los niños. —Y salí del cuarto.

Me quedé unos minutos con ellos mientras me serenaba y, cuando regresé, vi que las mujeres ya no estaban.

«¡Genial!».

Me senté al lado de mi padre, que hablaba animado con Mika y Jyrki, mientras que yo guardaba un silencio incómodo. «Joder, pero cómo habla el cabrón». Las mujeres regresaron con una tarta de fresa y crema llena de velitas encendidas, café, y zumo de frutas para los chiquillos.

—Anders, ve a traer a los niños —me pidió Eve.

Una vez que todos estuvimos en la sala, le cantamos el *Paljon onnea van* a Esko, y, antes de terminar, los traviesos pequeños de Eveliina metieron los dedos en la crema en un descuido de la abuela, lo que impidió, con la carcajada de todos, finalizar la canción.

A las nueve de la noche, Eveliina, Ulla y Mika anunciaron que era tiempo de irse cuando vieron a mi padre bostezando. Los siguieron Jyrki y Dora. Ulla se inclinó y besó a Esko, luego a Eve y a los niños. Me acerqué a ella con un deseo irrefrenable de tocarla, pero Mika fue más rápido y, sujetándola contra él, me tendió la mano.

—Fue un placer verte, Anders.

—El placer fue mío —le dije muy enfadado; aun así, le estreché la mano con cortesía. Después, ignorándolo, cogí la mano de Ulla, enterré mi rostro en su palma y, con toda la sensual ternura de que fui capaz, se la besé. Luego levanté la cabeza y, adentrándome en sus ojos, le dije como una promesa—: Te veré luego.

Y me alejé sin importarme lo que el canalla ese pudiera pensar.

*Ulla.*

Íbamos caminando hacia mi apartamento con lentitud, aunque lo que yo quería era adelantarme y dejar tirado a mi novio para despojarme del enojo que me invadía. No sé qué había pasado con ese despliegue de posesión de Mika frente a mi familia. Después de cinco minutos de tratar de apaciguarme, decidí tomar el toro por los cuernos.

—Hasta donde habíamos decidido, la boda se celebraría en el verano. ¿Por qué dijiste que la adelantáramos a la primavera?

—Pues porque creo que es mejor casarnos en primavera, es mucho tiempo esperar hasta el verano —me respondió enfadado.

—Pues yo creo que esta es una decisión que nos concierne a los dos. No puedo aceptar algo que tú me estás imponiendo sin considerar mis sentimientos y mi opinión al respecto —le aclaré con voz firme.

Silencio.

Continuamos caminando varios minutos. Estaba tan molesta que esa vez no estaba dispuesta a ceder, fuera justo o injusto con Mika.

Oí un suspiro de resignación; se detuvo y me agarró del brazo, deteniéndome.

—Perdóname, tienes razón, ha sido irrespetuoso y arrogante de mi parte. Lo siento, linda. Mantendremos la fecha que habíamos discutido entre los dos: el quince de julio. —Me cogió la mano y me la besó. Vamos, no peleemos.

Al escuchar sus palabras, me ablandé. Asentí en silencio y seguimos caminando con las manos enlazadas. Poco a poco se me pasó la rabia, pero seguía preocupada por la tensión que había advertido entre Mika y Anders. No entendía por qué Anders seguía con esa animadversión tan evidente hacia Mika, y tampoco tenía fuerzas en esos momentos para hurgar en los porqués. Eso sí, me preguntaba qué iba a pasar en las futuras reuniones familiares con ese par. Ya no tenía esperanzas de que después de casada Anders terminara por aceptarlo. Su actitud se acercaba de forma peligrosa a una conducta basada en los celos. ¿Era posible? ¿Podía un hermano estar celoso de perder el amor de su hermana? ¿O era algo más profundo?

Dios, necesitaba con desesperación hablar con alguien sobre todo aquello. Estaba harta de sentirme frustrada y llena de remordimientos y encima tratar de entender las miradas y los sentimientos de Anders. Creía que había llegado la hora de compartir todo esa carga con mi amigo, con coraje o sin él. Me prometí que al día siguiente llamaría a Jacobo.

—¿Ya no estás molesta? —La voz de Mika me sobresaltó.

—No, ya no estoy molesta. —Le sonreí.

—En ese caso... ¿qué te parece si nos vamos a tomar una copa de vino por ahí? Quiero charlar y tal vez ¿bailar? —Me puso una cara de tanta alegría que mi enojo se esfumó completamente.

—Está bien, vamos.

Avanzamos en la helada noche, iluminados por un cielo lleno de estrellas y por las luces titilantes de la ciudad, e intenté por unas horas olvidarme de Anders.

## CAPÍTULO 26

*Tercera semana de octubre. Ulla.*

No podía evitar sentirme ansiosa por el encuentro que tendría con Jacobo ese viernes por la tarde. Mientras me adentraba con mis pupilos y asistentes en el bosque que estaba detrás de la escuela por un camino cubierto de musgo mojado, no dejaba de pensar en miles de formas de explicarle a mi amigo los sentimientos que casi toda una vida había tenido por mi hermanastro. Las sillas de ruedas se deslizaban con lentitud sin perturbar el agradable murmullo de la naturaleza y el olor a turba. De vez en cuando, las ramas de los arbustos se movían, y los niños prestaban atención con la esperanza de ver una liebre, un tímido erizo o una corneja. Las asistentes, que ayudaban a empujar las sillas de ruedas, guardaban un plácido silencio, dejando que los estudiantes absorbieran con todos sus sentidos cualquier cosa que percibieran en esa espesura, como les había sugerido antes de salir de la escuela.

Una hora después regresamos al colegio, veinte minutos más tarde de la hora habitual del almuerzo, y, mientras las auxiliares organizaban y asistían la visita, por turnos, de los niños al baño, yo ayudaba a servirles la comida.

Hacia las dos de la tarde di por terminadas las clases y dejé que mis pupilos partieran a sus actividades extraescolares, mientras que yo me quedé en la agradable calma del aula para llenar unos informes. Hora y media después, di por terminado mi día laboral. Me puse mi chaqueta de otoño, unos guantes de Gore-Tex y emprendí el viaje en dirección al sur de Helsinki para reunirme con Jacobo. Esta vez habíamos quedado en vernos en la cafetería Ursula. Eran las cinco de la tarde cuando estacioné mi bici frente al lugar.

La cafetería Ursula era un bonito establecimiento en forma de hexágono con ventanales y marcos blancos. Estaba situado a la orilla del paseo que rodeaba el mar, cerca del parque Kaivopuisto. Me quité el casco y me adentré en él. Cerca del mostrador, un Jacobo sonriente me esperaba. Me acerqué, le di un beso en la mejilla con cariño, y él, tan efusivo como siempre, me abrazó y me besó en cada pómulo.

—Ulla, qué placer verte.

—Lo mismo digo, *minun ystävän*<sup>.73</sup>.

—¿Café?, ¿té? —Me preguntó, acercándose al mostrador.

—Café, por supuesto, pero esta vez invito yo.

—Muy bien, chica, gracias. Yo tomaré té.

—¿Quieres algo con el té?

—No, gracias. Estoy un poco resfriado y no me apetece comer mucho.

—Oh, *sori*. Yo sí tomaré una tarta de queso... Esa de ahí, la de frambuesa, se ve deliciosa. Tú ve y busca una mesa mientras yo pago.

—Lo que usted ordene, señora. —Y se fue sonriendo.

Encontró una mesa cerca de los grandes muros de vidrio que daban al mar. Era una vista preciosa. El viento trazaba rizos de agua en la superficie del Báltico. Me senté frente a Jacobo y dejé que monopolizara la conversación mientras yo me comía mi pastel y lo escuchaba en silencio. Largo rato después, él, notando mi mutismo, me preguntó:

—Dime, ¿por qué estás tan callada? ¿Te sientes bien?

Nerviosa, junté mis manos sobre la mesa y las apreté una contra la otra para que no me temblaran. Tomé una bocanada de aire con fuerza y, mientras mi corazón corría a toda velocidad, le dije:

—Necesito compartir algo contigo... Yo... —Se me fue la voz.

Después de unos segundos de silencio:

—Ulla, tranquila... —Puso sus manos sobre las mías y, mirándome a los ojos, continuó—: Seguro que no hay nada tan terrible que no pueda ser compartido con un buen amigo, ¿no? Vamos, dime.

—Quizá sí, quizá no. Tengo miedo de escandalizarte.

Haciendo un gesto, como desechando un molesto mosquito con su mano, comentó:

—Bah, yo creo que no hay nada ya que pueda sorprenderme o escandalizarme en esta vida.

Sonreí nerviosa, tomé aire y lo exhalé despacio.

—Se trata de mi hermanastro...

—¿Anders?

—Sí, Anders. Bueno, tú sabes que conocí a mi padre cuando mi madre estaba desahuciada debido a un cáncer. Yo llegué a la familia Peltola cuando tenía siete años y...

De nuevo una larga pausa, durante la cual Jacobo, sin dejar de mirarme, me infundió valor con sus ojos.

—Al principio fue el compañero de mis juegos, mi mejor amigo; me cuidaba tanto que se convirtió en una especie de héroe salvador. —Sonreí nerviosa y me pasé la mano por el pelo, apartando un inexistente rizo de mi rostro—. Pero luego... Se convirtió en algo más.

Él seguía guardando silencio, mientras que yo apenas lo miraba.

—Al principio no entendí ese deseo que sentía por él. —Cerré mis ojos, sabiendo que mis mejillas estaban manchadas de un tono escarlata—. Me sentí espantada, pero luego pensé que era la mezcla de mis alborotadas hormonas de adolescente junto con el fuerte vínculo emocional que teníamos. Creí que esa atracción algún día desaparecería, pero... —Abrí los ojos y lo miré mientras una silenciosa lágrima se deslizaba por mi mejilla—. Después me di cuenta de que lo amaba. Que lo amaba con toda mi alma, y ahora que él ha vuelto, esos sentimientos están despertando de nuevo, a pesar de todo lo que hago para reprimirlos... —Se me quebró la voz y no pude continuar hablando.

Jacobo se levantó, se sentó a mi lado y me abrazó.

—Ay, Ulla, el amor, el amor... Esa víscera roja que tenemos en el pecho con frecuencia nos complica la vida. —Sacudió la cabeza, resignado.

—Víscera roja... —No pude evitar reírme mientras me secaba mis mejillas mojadas.

—Sí, qué poco romántico, ¿verdad? —Hizo una mueca—. Pero te hice reír, ¿no?

Al observar la calma y la empatía en los ojos de Jacobo, pude terminar con toda la historia, desahogándome por primera vez en mi vida.

—¿Y qué es exactamente lo que sientes por él ahora?

—No lo sé realmente, Jacobo, tengo miedo de ahondar en mi corazón y ver algo que no estoy preparada todavía para ver. Ahora tengo una relación seria con Mika. Nos vamos a casar, quiero formar

una familia con él. Le amo... tal vez de forma diferente. No lo sé, estoy confundida, Jacobo. No tengo mucha experiencia en el amor, y además... ¿De qué me sirve sentir lo que siento por Anders si nunca podrá ser mío?

Jacobo acercó la taza de té a su lado y bebió en silencio por unos segundos.

—Tampoco sé qué siente él por mí. Supongo que siempre he sido su querida hermana, pero... —Me quedé callada.

—Pero... —me apremió.

—No sé si él alguna vez me ha visto como un hombre ve a una mujer; ni siquiera me había atrevido a dudarlo hasta ahora.

—¿Por qué ahora?

—Porque... No sé decirte exactamente lo que está pasando, pero el Anders de ahora es diferente. Me mira y actúa de forma diferente. Tal vez son ideas mías... Mis anhelos... —La voz se me volvió a quebrar—. Anhelos de que él sienta lo mismo que yo siento. Qué sé yo, Jacobo. Tengo miedo.

Jacobo me miró con fijeza y, después de suspirar, comentó:

—El gran drama con el amor es que no podemos escoger a quién amar y tampoco tenemos el control sobre la otra persona para que nos corresponda. Creo que cuando no somos correspondidos o amamos a quien no debemos y luchamos contra ello, obtenemos un gran aprendizaje de desprendimiento. Quiero decir, el desapego de nuestros anhelos, caprichos o pasiones nos hace más fuertes y mejores seres humanos, Ulla.

Sentí un pequeño dolor que se expandía por mi pecho.

—Lo importante, querida Ulla, es que no te sientas mal contigo misma por sentir lo que sientes hacia un ser humano que te ha acompañado de forma tan hermosa toda la vida. Considerando las circunstancias, era quizá normal que tu corazón lo amara. Y eso es lo que te debe importar. Ese amor está ahí por algo. No lo rechaces como algo sucio. Siéntelo, vívelo y déjalo ir. Ya el tiempo te dirá qué puedes hacer con él y cuándo.

—¿Lo crees de veras? ¿No crees que soy una mujer horrible?

—Amiga, no dramatices las cosas. Si ese amor ha estado en tu corazón tantos años y la vida lo ha permitido a pesar de que has

intentado olvidarlo, debe de tener un propósito. Se me escapa el motivo, pero algún día tú lo sabrás.

—¿Y qué hago yo ahora?

—Nada, no luches, déjalo fluir. Entiendo el conflicto moral que eso conlleva para ti, pero tú no buscaste con premeditación sentirlo. Entonces, acéptalo y déjalo que se diluya en el tiempo. Lo importante ahora, Ulla, es que no te castigues por sentir algo que, tú crees, no deberías sentir.

—Sí... Gracias, Jacobo. —Suspiré más aliviada—. La verdad es que Anders ha sido lo más maravilloso que me ha dado la vida. Solo hubiera deseado que él y yo...

—Bueno, nuestros deseos en ocasiones no coinciden con los planes de Dios, y debemos aprender a aceptarlo. Es mejor mirar la enseñanza detrás de cada dificultad o de cada pérdida que dejarnos arrastrar por la rabia y el dolor.

—Sí, gracias por escucharme, Jacobo.

—De nada, Ulla, ya sabes que aquí tienes un hombro cómodo y fuerte. —Me sonrió sereno.

Nos terminamos nuestras bebidas mientras sentía que mi corazón flotaba aliviado por primera vez en muchos años. Experimenté una profunda satisfacción al permitirme que ese amor que llevaba escondiendo como un pecado dentro de mí se me antojara en aquel momento hermoso y sublime. Como decía Jacobo, debía tener el coraje de aceptarlo y dejarlo discurrir; así, tal vez en un futuro se convirtiera en solo un hermoso recuerdo.

Más animada, me despedí de Jacobo y emprendí el camino a casa llena de placidez.

•

*Primera semana de noviembre. Martes. Anders.*

Deambulaba en el subterráneo de Stockmann en el silencio de la amplia dependencia, que siempre me daba la sensación de estar vacía a pesar de que hubiera varias personas comprando. No sé si era debido a que los compradores potenciales no hablaban, sino que susurraban intimidados por los costosos precios de los artículos, o porque tenían que coger un número y esperar aburridos

el turno para poder preguntar cualquier nimiedad. Me armé de paciencia y me propuse encontrar por mi cuenta el modelo de ordenador que Tanja, mi secretaria, había localizado allí a través de Internet. No obstante, mis reflexiones volvían, una y otra vez, a mi relación con Ulla, y los ordenadores pasaban ante mis ojos sin ser detallados.

Me hallaba deprimido y desesperado; Esko había cumplido cinco meses de quimioterapia, y aunque la enfermedad estaba controlada, aún luchaba contra su fatiga e indisposición, y yo no podía saber si estaba listo para una confrontación. En varias ocasiones, había tenido que morderme la lengua para no enfrentarlo de una vez con el contenido de la carta. Me debatía entre la impaciencia y el hostigamiento contra mí mismo al pensar con egoísmo en mi felicidad.

Por momentos sentía rabia hacia Esko por ocultar esa verdad, y no me importaban las razones que hubiera tenido; otras veces, me amonestaba pidiéndome respeto por las decisiones que mi padre había tomado en la vida. Al final, el resultado era siempre el mismo: no quería que mi felicidad pasara por encima de los sentimientos de Esko y por encima de los sentimientos de Ulla; pero, eso sí, una vez que ella supiera que no era su hermano, no callaría mi amor por ella nunca más. Lo cierto era que, llegado a ese punto, me daba miedo que una vez abiertas las compuertas de la represión yo hiciera o dijera algo para lo que Ulla no estuviera preparada y lo echara todo a perder.

Mientras tanto, el sube y baja de mis sentimientos me estaba pasando factura. Me sentía ansioso y abatido. Se me habían acabado las excusas para estar con ella o para llamar su atención. Y no sabía qué más hacer hasta que tropecé con una persona.

—*Anteeksi*<sup>74</sup>.

Levanté la vista y me encontré con los alegres ojos verdes de la amiga de Ulla, Minna.

—Pero qué sorpresa tan agradable —expresó sonriente.

—Minna, ¿cómo estás? —Le tendí la mano con cortesía.

—No tan bien como tú te ves, pero tampoco tan mal. —Se carcajeó mirándome de abajo hacia arriba con descaro.

«¡Vaya!». Su abierto coqueteo me dio una idea, y aunque no me sentía orgulloso por lo que pretendía hacer, pensé que era lo mejor, dadas las circunstancias. Minna me invitó a una reunión que daría ese viernes en el apartamento, y yo acepté.

Era perfecto.

No solo vería a Ulla, sino que también podría sacudirla con un poco de celos y observar su reacción. Así pues, más animado, continué conversando con ella sin ningún remordimiento. Por un momento me sentí incómodo al ver a esa hermosa pelirroja desplegar todos sus encantos sobre mí, pero pronto tranquilicé mi conciencia al prometerme que sería todo un caballero y le dejaría claro que solo me gustaría tener una amistad con ella. De todas maneras, a mí solo me interesaba Ulla, y no tenía ni el deseo ni la energía para embarcarme en una relación sexual, que, estaba seguro, era lo que Minna buscaba.

Le aseguré que iría ese viernes y, con gentileza, le dije que me tenía que marchar, a pesar de los intentos de ella por seguir conversando.

## CAPÍTULO 27

*Martes. Ulla.*

Contemplaba el cielo plumizo y los árboles despojados de hojas a través de la ventana de la pequeña cocina destinada a los docentes del colegio mientras Leena y yo tomábamos café. Entre sorbo y sorbo, ella me relataba los pormenores de su vida diaria.

—Adoro a mi perra, pero cuidarla es como cuidar otro niño, y necesito sacarla tres veces al día a la misma hora. Normalmente me las apaño muy bien, pero en ocasiones, como hoy, es un problema que no tiene solución, porque, como ves, al nuevo jefe del departamento de fisioterapia se le ha ocurrido la brillante idea de fijar hoy esa reunión, sin consideración con los que tenemos hijos y responsabilidades.

—¿Y por qué el mayor de tus hijos no saca a tu perra?

—¡No! Es muy pequeño, no sabría cómo. Además, tiene que hacer tareas justo a esa hora.

—¿Y tu madre? ¿No la puede sacar ella? —Me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Mi madre? No, siempre que ella la saca Luna llega sucia y me toca bañarla. No, ella no sigue mis instrucciones al pie de la letra.

Suspiré frustrada, no sabía qué más decirle para ayudarla.

—¿Y qué le puede pasar a Luna si la sacas una hora más tarde de lo acostumbrado?

—No, imposible. Los perros necesitan rutinas claras con horarios fijos. No sé qué voy a hacer. —Puso cara de contrariedad.

—¿Y si yo te reemplazo en esa reunión? Yo no tengo clases que dar, bueno, tengo que preparar lo de mañana, pero ya está casi listo. Tomo nota de las sugerencias que él tiene acerca de tus pupilos y te las paso luego. Puesto que no es una reunión con todo el equipo, no creo que sea un problema que tú no puedas asistir. Así tú puedes salir a la hora que tenías planeado.

—¿Podrías? Ay, gracias, Ulla. Te lo agradezco muchísimo. Me has salvado la vida.

—Olvídalo, ya me tendrás que reemplazar tú otro día. —Sonreí. Puse la taza en el lavavajillas y di por terminado mi descanso. Nos

despedimos, y cada una se dirigió a su respectiva aula.

Al final de la tarde, cuando por fin pude irme a casa, estaba muy cansada. La oscuridad y la falta de sol por esos días mermaban mi energía y me hacían tener sueño todo el tiempo. Cuando llegué, estaba un poco malhumorada. Para mi sorpresa, Minna estaba en casa y se veía muy satisfecha de sí misma. Pronto me di cuenta del porqué.

—Ulla, ¿sabes a quién me encontré en Stockmann? Adivina.

Estuve a punto de decirle que no estaba de humor para adivinanzas, pero al ver que sus ojos brillaban, llamé a la calma y gruñí:

—¿A tu amigo Ismo? ¿A tu jefe?

—No seas gruñona, Ulla. A Anders. —Mi corazón se desplomó—. Estuvimos charlando largo rato. Ay, Ulla, estaba guapísimo. Y... adivina qué.

Exasperada, sin contestar, me dirigí a la cocina, saqué una olla y la azoté sobre la encimera. De todas maneras, Minna, que me había seguido, ni lo notó.

—Vendrá a la velada que organizaré el viernes.

Sentí que mi corazón seguía rodando pendiente abajo. No supe qué decir.

—Esta era la oportunidad que estaba esperando. ¿Y tú qué me dices? ¿Te quedarás a mi velada o irás al cine como habías planeado?

Para mi sorpresa, me encontré diciendo:

—Me quedaré en tu reunión.

No me sentía cómoda entre los bullosos amigos de Minna y tampoco me sentía muy orgullosa de la razón por la que asistiría, pero no lo podía evitar.

—¿De veras? Qué bien, Ulla, yo encantada de que nos acompañes.

Miré su cara sonriente y me sentí horrible. Era una mala amiga.

—Gracias por invitarme —comenté mientras sacaba mantequilla de la nevera.

Toda esa noche estuve silenciosa e insoportable; cuando no le rezongaba a Minna, le contestaba con monosílabos. El vaso se rebotó cuando ella me pidió con ironía que no bufara, que hablara.

Me molesté tanto que le dije en un tono suave pero con una pizca de sarcasmo:

—¿Y por qué no invitas a Obafemi a la reunión?

No me contestó, ni siquiera me miró; desapareció y no me di cuenta de a qué hora se fue para su clase de yoga.

Demasiado enfadada para sentir algo de arrepentimiento, después de comer me fui a caminar para sacar esa rabia que tenía dentro de mí. Cuando regresé a la soledad de mi habitación, me acosté sintiéndome miserable.

### *Viernes. Ulla.*

Un cielo argentado dejaba caer una lluvia fría e incesante sobre las calles de Helsinki. Noviembre siempre era un mes horroroso en Finlandia. La oscuridad y la lluvia azotaban con fuerza. No pude volver a mi trabajo en bicicleta, porque, aunque podía ponerle una lámpara para ver bien en la oscuridad y usar una buena chaqueta, ya me había caído muchas veces en el pasado, así que durante esa temporada prefería coger el tranvía todos los días.

Mi ánimo osciló entre el humor y la tristeza, y no soportaba ver a mi amiga Minna. Evité encontrarme con ella en la casa, algo no muy difícil de hacer, para no decirle algo injusto y ofenderla. El jueves por la noche tuve una pesadilla: soñé que Anders estaba en la misma iglesia donde se había casado, pero en lugar de Lili, era Minna la que estaba a su lado. A la mañana siguiente me levanté tan abatida que no sabía cómo iba a hacer para quedarme en la reunión del viernes y fingir alegría.

Aquella tarde llegué al apartamento al mismo tiempo que Minna y tuve que guardar toda la calma que poseía para no herirla con algún comentario soez. Ella revoloteaba animada con los preparativos de la comida y me pidió mi opinión sobre qué vestido ponerse y qué peinado usar. Nunca me había pedido opinión para ponerse sus extravagantes combinaciones. Su ansiedad me enterneció tanto que me esmeré en elaborar un bonito peinado que la hacía lucir como un hermoso espíritu del bosque. Minna completó su atuendo con un par de pendientes de plata de la joyería Kalevala. Lo único que objeté fue la horrorosa combinación de verde limón de la falda con

una blusa roja y medias rosa, pero, como me temía, al final no escuchó mis sugerencias.

Me fui a vestir con desánimo, sin embargo, quise verme tan bonita como Minna, y no, no quise ahondar en el porqué. Me puse mi falda negra favorita, una blusa azul de lana que resaltaba mis ojos grises, y dejé mi pelo negro, largo y brillante, suelto. Después, ayudé a Minna con la comida, y esta vez no me inmuté al ver que no había ningún tipo de carne. Me imaginé que sus amigos traerían algo más, pues en ese tipo de veladas se acostumbraba que cada uno trajera algo para comer.

Minna preparó un *strudel* de remolacha con almendras mientras yo terminaba de tajar un pan de avena. Hice unos espárragos al vapor y corté algunas zanahorias y tomates.

Los amigos de Minna llegaron a las seis en punto. Escuché las voces desde mi cuarto y respiré profundo antes de dirigirme al salón. Saludé aquí y allá, y, cuando estaba hablando con un coqueto amigo de Minna, sentí unos brazos que me estrecharon desde atrás. El maravilloso olor a bosque de Anders y su respiración cerca de mi oreja alertaron todos mis sentidos. Por un momento cerré los ojos y me permití soñar que él era mío y yo, de él. Todos los poros de la piel de mi espalda se abrieron, absorbiendo el calor de su pecho. El latido de su corazón resonaba junto con el mío mientras sus labios besaban mi pelo; luego descendieron, dejando un reguero de besos en mi mejilla. La risa de Minna al fondo me hizo regresar a la realidad. Me giré con lentitud y me enzarqué en un baile con sus ojos grises.

—*Terve*, cariño —expresó con afecto.

—*Terve*, Anders. —Antes de que pudiera decir algo más, Minna llegó y, cogiéndolo de la mano de forma efusiva, lo presentó a todos sus amigos mientras yo los observaba con dolor.

Me pareció que en toda la velada Anders no se separaba de Minna. Por un momento unas enormes ganas de llorar me abrumaron, así que me dirigí con rapidez hacia el baño. Ahí, apreté mis ojos con la toalla y esperé a serenarme antes de salir de nuevo. Pero, cuando volví a la sala, me di cuenta de que mi dolor no había hecho más que comenzar al ver que Minna se llevaba a Anders a su cuarto.

*Viernes. Anders.*

Estuve desplegando mis atenciones, dentro de los límites de la amistad, a la simpática Minna, eso sí, sin descuidar cada expresión y cada reacción de Ulla. Su amiga era una mujer atractiva, pero para mi enamorado corazón no había mujer más bonita que ella. Reparé en su mirada triste y, en una ocasión, en la rabia de sus ojos cuando me vio dirigirme con Minna a su cuarto.

Me dolió.

Cómo me dolió. Pero si eso la sacudía y era un paso para alejarla de Mika, ¡bien!

Sabía de las intenciones de Minna cuando me invitó a su cuarto con la excusa de mostrarme la colección de acuarelas sobre mitología nórdica que poseía. Con caballerosidad, mantuve sus manos en su lugar. Observé y alabé las hermosas pinturas y le recordé con firmeza que en otro momento podríamos conversar en una cena para dos, pero que era mejor no descuidar al resto de invitados.

Cuando volví, busqué a Ulla. Observé que terminaba una copa de vino y se levantaba a por otra. Sí, había contado bien: esa sería la cuarta copa de vino, y Ulla no solía beber más de dos. Me dirigí hacia ella y, con un tono protector, le pregunté si no creía que había bebido suficiente.

Me miró con furia y me respondió que yo no era su padre y que si no había ejercido de hermano mayor durante cinco años, no tenía derecho a hacerlo ahora. Me mordí los labios y apreté mis puños mientras el deseo de callarla con un beso, apretarla contra mí y mostrarle todo lo hermano que era de ella hacía que mi miembro se llenara de sangre y sacudiera mi cuerpo. Estaba cerca de perder el control cuando me dijo:

—Vete y sigue mostrándole tus encantos al sexo femenino. —Me miró a los ojos con desprecio y se alejó, dejándome ahí parado, sin saber si debía alegrarme o enfadarme.

Decidí que ya había tenido suficiente y me fui, no sin antes prometerle a Minna una cena con ella la semana siguiente.

*Ulla.*

Tuve el demonio verde de los celos haciendo estragos en mi alma toda la semana. Intenté, realmente intenté no odiar a Minna. Dios mío, si era mi mejor amiga. Tampoco ayudaba el repetirme que Anders era un hombre libre y que pronto estaría oficialmente divorciado. Si algo funcionaba bien en el sistema finlandés, eran los procesos de divorcio cuando ambas partes estaban de acuerdo: rápido y efectivo. Era natural que él buscara una nueva relación, el problema era que yo no sabía si podría sobrevivir a verlo con otra, y mucho menos con Minna.

Estaba en mi cuarto cuando mi amiga tocó la puerta. Con desgana la abrí. Pasó al interior con la fuerza de un huracán y me pidió que la peinara tan bien como la otra vez. Emocionada, me explicó que Anders la llevaría a cenar al elegante restaurante Savoy. Mi herida siguió supurando. No obstante, no tuve corazón para negarle mi ayuda, y le arreglé sus cabellos como deseaba. Cuando estuvo lista, le dije que estaba muy cansada y que me acostaría temprano. No quería encontrarme con Anders cuando pasara a buscarla.

Una hora después, mi corazón se fue al abismo cuando escuché el timbre y luego la voz de Anders. Oí que preguntaba por mí y esperé casi sin respirar la respuesta de Minna. Cuando se fueron, el silencio me engulló, y me pasé todo el tiempo torturándome con imágenes de los dos hasta que a las once de la noche el chasquido de la llave indicó que mi amiga había regresado. Aliviada, me di cuenta de que era imposible que se hubieran ido a la cama en tan poco tiempo.

Menos angustiada, me quedé mirando la menguante luna de plata a través de la ventana hasta que me dormí.

## CAPÍTULO 28

*Primera semana de diciembre. Ulla.*

Caminaba por la calle Aleksanterinkatu embelesándome con la magia de aquella estación. Los copos de nieve se desprendían del infinito cielo blanco como pétalos de flores que besaban en silencio las narices rojas de los transeúntes e iluminaban la profunda oscuridad de la tarde. Aprecié las tiendas decoradas con motivos navideños y los elegantes cafés que, con lamparitas titilantes en sus ventanas, daban un toque de alegría a las calles. Aunque el invierno era largo en Finlandia, la promesa de esquiar en los parques y en los bosques y de contemplar a los niños deslizarse alborozados por las colinas cubiertas de nieve o hacer figuras blancas recompensaba con creces la falta del calor y de sol. Aquel día no me importó tener que usar un par de pesadas botas, un grueso abrigo, manoplas y gorro; quería disfrutar del escenario pensando en él.

Y tenía otra razón para sentirme feliz: papá le había ganado la batalla al cáncer. Todavía se le debía aplicar un ciclo más de quimioterapia y se terminaría el proceso. Solo tendríamos que observar su evolución a través de los controles periódicos durante un año más, y su vida volvería a ser la de antes; no obstante, él planeaba tomarse con más calma su participación en la compañía. Como había dicho: «Anders lo está haciendo demasiado bien, y no tengo prisa por volver».

Entré en Stockmann y bajé hasta la panadería; me apetecía comprar unos *joulutortut*<sup>75</sup> típicos de la época. Mientras pagaba, me pregunté qué estaría haciendo Anders en aquellos momentos. Llevaba dos semanas en Moscú, otra vez por asuntos de la compañía, y yo lo añoraba tanto que me dolía. Al menos, a juzgar por los silencios y respuestas evasivas de Minna, las cosas entre ellos no iban por el camino que mi amiga pretendía. No habían vuelto a salir, y, aunque me sentía como una bruja, que Dios me perdonara, me alegraba.

Todavía sentía la huella del regocijo que recorrió mis venas cuando Minna me confesó que aquella noche en que cenaron juntos Anders no había dejado de hablar de mí, y no pude evitar que mis mejillas se llenaran de rubor cuando afirmó: «Cualquiera que lo escuchara pensaría que tú eres su novia, no su hermana».

Con varios *joulutortut* en una bolsa, salí de Stockmann y subí por la Erottajankatu de camino a casa. Disfruté de la sensación de avanzar sobre la suavidad de la nieve al mismo tiempo que recordaba los ensayos que había empezado con mis pupilos para la presentación de Navidad del último día de clases. Me llenaba de orgullo evidenciar cómo se esforzaban por hacer lo que se les pedía. Los miembros de mi grupo saldrían disfrazados de cerditos tocando las panderetas. La mayoría de ellos tenían serias dificultades motrices, por lo que tocar cualquier instrumento era un gran logro, así contarán con la ayuda de las asistentes. Su gusto por mover las manos al ritmo de la música era tal que rehusaban partir cuando los ensayos terminaban, poniéndonos en aprietos para encauzarlos en las lecciones siguientes.

El móvil sonó. Me detuve para contestar: Mika.

—Terve.

—*Hei, linda, ¿dónde estás?*

—*Hola, rakas. Camino a casa.*

—*¿Te gustaría asistir esta noche a un concierto de Navidad? Unos colegas de la oficina tienen un grupo de música y dan un recital hoy. ¿Quieres ir?*

—Sí, claro que sí, me encantaría.

—*Bien, entonces pasaré por ti cerca de las ocho de la noche. Un beso.*

—Muy bien, te veré luego. Un beso.

Acababa de colgar cuando recibí un mensaje de Anders. Con manos temblorosas, presioné para abrir la pantalla.

*No dejo de pensar en ti. Escucho tu voz entre la muchedumbre y busco tus ojos en la inmensidad de este cielo blanco de Moscú, anhelando verte.*

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y mis manos continuaron temblando, tanto que tuve miedo de que el teléfono se me cayera.

¿Qué significaba aquel mensaje?

Sentí pánico, sentí alegría, estaba hecha un lío. Me había montado en una montaña rusa de emociones y no sabía cómo bajarme de ella. Los remordimientos volvieron a emerger; entonces recordé lo que me había dicho Jacobo e intenté sosegarme. El frío casi congelaba mis pasos, pero seguí avanzando al mismo tiempo que deseaba dejar sepultada entre la nieve aquella desgarradora felicidad que vibraba en mi alma.

Una idea empezó a gestarse en mi mente. Una idea que me aterrorizó, porque no sabía si sería capaz de llevarla a cabo: si entre Anders y yo continuaban aquellos confusos y extraños mensajes, no tendría otra opción. Lo abordaría con sinceridad y le preguntaría qué era lo que estaba pasando con él.

Con aquella idea en mente, me sentí más tranquila. Quizá me engañaba a mí misma, pues no creía que yo tuviera tanto arrojo.

*Anders.*

Después de haber estado dos semanas en Moscú, por fin pude regresar a Helsinki y a Ulla. Sentía que el tiempo se desplazaba lento, suave y sereno hacia el final. Esa noche estaba dispuesto a abordar a Esko sobre el contenido de la carta de Victoria. Aunque todavía faltaba el último ciclo de quimioterapia, era un hecho que el cáncer estaba controlado, y había observado que Esko se encontraba emocionalmente más fuerte. Quizá debía esperar un poco más, pero ya estaba fuera de peligro, y yo... Yo no aguantaba más.

Di por terminado mi día laboral a la una de la tarde. Descolgué la gruesa chaqueta de invierno, cogí la bufanda y los guantes y me dirigí en coche hacia el centro de Helsinki. Quería hacer unas compras antes de visitar a mis padres esa tarde, ya que al día siguiente se celebraría el Día de la Independencia y todo estaría cerrado.

Dejé mi automóvil en el estacionamiento de Stockmann y, una vez en las dependencias del supermercado, recorrí los pasillos repletos de comida. Inhalé el aroma de los *joulutortut* recién horneados y el fuerte olor a especias del *glögi* que una chica ofrecía a los clientes

promocionando una nueva marca. La caliente bebida, una mezcla de frutos del bosque con una pizca de canela, nuez moscada, clavo y vino, estaba sabrosa. Mi móvil vibró con un mensaje. Terminé mi *glögi*, arrojé el vaso desechable a una papelera y me apresuré a leerlo.

¡Ulla!

No había sabido nada de ella después de atreverme a enviarle ese mensaje desde Moscú.

Miré la pantalla, nervioso.

*¡Feliz cumpleaños, mi querido Anders! Que tengas un día mágico y feliz.*

*Pensaré en ti todo el día.*

La jornada se me antojó preciosa y brillante. Con ojos de hombre enamorado, conduje mis pasos al exterior cargado con mis paquetes. Contemplé el paisaje, que realzaba los alegres colores de las tiendas sobre el tono lechoso del suelo. Respiré el helado viento y lo retuve en mis pulmones llenándome de paz. Solo unas palabras de ella bastaban para hacerme sentir el hombre más dichoso o el más infeliz. Por enésima vez me pregunté qué habría pensado del mensaje que le había enviado desde Moscú.

¿Lo habría encontrado extraño?

¿Le habría emocionado?

El mismo loco impulso que me había poseído días atrás mientras caminaba por la calle Tverskaya en Moscú me invadió. Quería llamarla, escuchar su voz con desesperación, pero enviar el decoro al infierno una vez más no era prudente. Debía tener paciencia. Faltaba poco.

«Cobarde».

La verdad era que sí, debía ser sincero conmigo mismo: tenía miedo de haber tirado demasiado de la cuerda y que Ulla me pidiera explicaciones sobre ese mensaje. Explicaciones que todavía no le podía dar.

Vagué por la avenida Esplanadi y decidí almorzar algo ligero en la cafetería Strindberg. Me senté y ordené un emparedado de salmón mientras escuchaba el murmullo de voces en sueco, finés e inglés a

mi alrededor. Repasé los planes que tenía para cuando terminara de comer. Recogería a Ella en la guardería, la dejaría en casa de los padres de Lili y luego iría a comer a casa de mis padres para celebrar mi cumpleaños.

El camarero llegó y depositó el emparedado frente a mí. Recordé la enorme satisfacción que experimenté cuando recibí el regalo de cumpleaños que mi hija me había dado aquella mañana: una pintura con los trazos de un bosque de sauces en invierno y un libro de poemas. Solo Ulla sabía cuánto me gustarían aquellos obsequios, así que me emocioné enormemente al saber que había sido ella la que los compró, hecho que Ella había corroborado con su inocente sinceridad.

Terminé de almorzar, me dirigí al estacionamiento y enfilé mi vehículo hacia la guardería. Dejé a mi hija con su otro par de abuelos y me encaminé hacia la casa de mis padres.

El momento había llegado.

Estacioné el coche en el familiar callejón y apoyé la cabeza sobre el volante. Respiré profundo a la vez que trataba de desacelerar el pulso. Tenía las manos congeladas, y no era por el clima. Crucé el umbral y, después de besar a mi madre y recibir su felicitación, me acerqué al fuego de la chimenea que ardía en la sala e intenté calentar mis manos. Escuché los pasos lentos de Esko, que se acercaban como tambores y retumbaban con fuerza en mis tímpanos.

—*Hei*, Esko. —Recorrí su semblante buscando cualquier signo de debilidad.

—*Terve*, hijo. *Paljon onnea*. —Me abrazó y me dio un beso en la frente.

—Gracias, papá. —Sonreí nervioso—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Bien, bien. Con los achaques normales.

—Escucha, Esko, me gustaría... —carraspeé—... hablar contigo en el estudio. En privado.

—Por supuesto, hijo, vamos.

Nos dirigimos al estudio, y, después de cerrar la puerta, se acercó a la pequeña licorera.

—¿Quieres tomar algo?

—Pues sí, la verdad, sí. Vodka, por favor. —Alzó una ceja interrogante, pero, sin decir nada, lo sirvió y me lo pasó. Se sentó en silencio en uno de los mullidos y amplios sillones que estaban cerca del antiguo escritorio. Yo lo seguí, me senté a su lado y me tomé dos tragos antes de mirarlo.

—¿Y bien? ¿Qué pasa, hijo?

—Esko... —Mi voz sonó ahogada—. ¿Puedo saber qué significó para ti realmente la madre de Ulla? —¡Maldita sea! ¿Por qué había comenzado por ahí?

Mi padre suspiró resignado e incrustó sus ojos en los míos.

—Supongo que algún día tendría que hablar sobre ella, ¿verdad?

No le contesté, y él se quedó callado uno segundos, como sopesando la información que me iba a dar.

—No soy... No es fácil para mí hablar sobre sentimientos y cosas de mi pasado, pero... ¿Es importante para ti saberlo?

—Muy importante, Esko.

Asintió con la cabeza y, después de una larga pausa, comentó:

—La amé mucho. Ella llegó en una época de mi vida en la que me sentía atrapado en un matrimonio lleno de responsabilidades que yo no deseaba. —Miró hacia otro lado y prosiguió—: Quiero decir, nunca quise casarme con una mujer que me podía comprar un millón de veces. Tampoco me gustaba su estilo de vida, pero cometí un error y... Bueno, llegaste tú. De lo cual no me arrepiento. —Esta vez me miró a los ojos y me sonrió triste—. Victoria llegó a Finlandia como la novia de mi mejor amigo de adolescencia, Veikko Oksala.

Guardó silencio unos segundos con la mirada perdida, quizá en el pasado, y después continuó:

—Desde el principio me sentí atraído por su frescura, su alegría y su calidez. Más adelante... me di cuenta de que me había enamorado por primera vez en mi vida.

Me parecía mentira que Esko me estuviera hablando con tanta sinceridad sobre su pasado. No me atreví a decir nada, ni siquiera cuando un nuevo y largo silencio se extendió entre los dos. Con impaciencia, esperé que reanudara su explicación. Esko era así, se tomaba su tiempo mientras reflexionaba sobre lo que diría o haría.

—Un día, supongo que la pasión fue más fuerte que la fidelidad que le debía a tu madre y... llegó Ulla.

Me levanté agitado y oculté mis ojos mientras le preguntaba:

—¿Es Ulla tu hija, Esko?

Mi padre se arrellanó mejor en el sillón del estudio.

—Es mi hija, por supuesto que es mi hija.

Estaba a punto de explotar por la impaciencia.

—Sí, pero... ¿es tu hija de sangre, papá?

El silencio entre los dos flotó espeso, raro.

—Escucha, Esko... —Me pasé las manos por la cara, incómodo

—. Encontré una carta de Victoria dirigida a ti y me temo que la leí... Fue muy importante para mí saber lo que encontré... Lo siento, Esko, pero encontrar esa carta ha sido lo más trascendental que me ha pasado en la vida.

—¿Por qué? Siempre has aceptado a Ulla. De todos en esta familia, el que más la ha querido has sido tú.

—Precisamente por eso, padre. —Mi voz sonó como si alguien me estuviera estrangulando.

—¿Qué quieres decir, hijo?

—¿Acaso no lo adivinas, papá? —Por primera vez en mi vida quise desahogarme con Esko y depositar sobre él el peso de ese secreto que llevaba guardando tantos años, sin importarme las consecuencias—. ¿Es que nunca has notado nada extraño en la fuerza de mis sentimientos por ella? La amo. La he amado siempre. Como un hombre ama a una mujer. Quizá como tú amaste a su madre... —Mi voz se quebró y, avergonzado, sentí unas ganas enormes de llorar. Me atreví a mirarlo, mostrándole toda mi agonía —. Estoy enamorado de ella, papá.

—Dios mío, hijo. —Me dirigió una mirada apenada—. Soy un viejo tonto, mucho más tonto de lo que pensaba. Lo siento, lo siento mucho. No sabía... Cómo podía imaginar... Dios mío. Soy un viejo ciego, sin un ápice de sensibilidad.

Me acerqué a él y me senté a su lado, tratando de sosegarlo, pero no paraba de hablar:

—Siento que mis secretos te hayan hecho sufrir. ¡No! Por supuesto que ella no es tu hermana de sangre.

Lágrimas de alivio se deslizaron por mis mejillas, y ese dique que refrenaba mis sentimientos se rompió por completo y se llevó todo lo que encontró a su paso. Mi pecho estalló en unos desgarradores

sollozos, y me encontré entre los brazos de mi padre, que me consolaba como a un niño.

—Lo siento, lo siento, hijo, lo siento mucho... —Escuchaba que me decía.

Cuando me calmé, lo miré y me reí con una risa límpida y profundamente serena.

—Pues sí, papá, no te has dado cuenta de muchas cosas, me temo.

—¿Y Ulla? ¿Ella también te ama?

—No lo sé, Esko. Deseaba hablar contigo primero. Callé todo este tiempo esperando que te recuperaras lo suficiente para poder discutirlo y saber si había alguna razón por la que ella no debería enterarse.

—No la hay, es solo que... La quise y la acepté desde que supe de ella. Como a su madre. Es la hija de mi querido amigo, Veikko, a quien también traicioné. Los remordimientos y la vergüenza de no ser tan honorable como pensaba me han perseguido siempre. El que tuviera o no tuviera mi sangre nunca me importó. Pudo ser mi hija. Además, quería protegerla por si algo me pasaba. Tuve miedo de que Stina, si hubiera sabido que no era mi hija, la dejara desamparada. Y después... No sé, creí que ya no era necesario decir nada.

—Perdóname, papá, pero eso no ha sido justo para Ulla. Ella tenía y tiene derecho de saber quién es su verdadero padre. Entiendo tu posición de antes, pero ¿ahora?

—Sí, hijo, tienes toda la razón, pero los años pasaron, Ulla se hizo una adulta independiente y capaz, y yo ya no encontraba el valor para aclarar ese secreto. Supongo que tampoco me sentía capaz de otra confrontación con tu madre. Sí, tomé el camino del cobarde mientras me justificaba creyendo que esa verdad no era importante para nadie.

—Necesito que ella lo sepa ahora, Esko. Quiero que se entere de que no hay obstáculos entre los dos. Esto no es un capricho. Quiero tener el derecho a amarla, a cortejarla. Quiero casarme con ella, padre.

Suspiró y me miró con tristeza.

—Te entiendo, pero recuerda que está comprometida y...

—Yo la conozco, Esko —lo interrumpí ansioso—. No creo que esté apasionadamente enamorada de Mika. Quiero luchar por ella. No tengo otra opción, papá.

—Muy bien, hijo, quiero que seas feliz, pero prométeme que respetarás las decisiones de Ulla, aunque eso vaya en contra de lo que anhelas.

—Lo prometo, papá, no haré nada que pueda lastimarla.

—Hablaré con tu madre primero, creo que ella merece saberlo también. Después hablaré con Ulla.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes, mejor.

—Gracias, papá. Escucha... No quiero que le digas a mi madre que amo a Ulla. No todavía.

—No te preocupes, eso lo harás tú a su debido tiempo.

Aliviado, enamorado, esperanzado, emocionado. No sabría decir cuál de esos sentimientos dominaba en esos momentos mi ser. No obstante, mi dicha no era completa: sabía que todavía debía vencer muchos obstáculos para lograr el amor de Ulla. Uno de ellos era ella misma.

¿Me podría ver con los ojos de una mujer?

¿Sería cierto como creía que ella me deseaba?

¿Sería eso suficiente para que rompiera con Mika?

Eran muchas mis dudas, y grande mi esperanza; aun así, sospechaba que la vida no había terminado de probar mi capacidad de aguante.

## CAPÍTULO 29

*Ulla.*

Caminaba en dirección a casa de mi padre con paso lento, admirando el blanco silencioso de las calles y las banderas que ondeaban orgullosas: una cruz azul sobre fondo blanco que conmemoraba el Día de la Independencia del país. Mika estaba en Estocolmo en viaje de negocios, y yo, ante la insistencia de papá, pasaría el día con él. Intrigada por el tono con que me habló por teléfono, me sentía inquieta. Al menos, Anders pasaría el día con Ella en la casa de los padres de Lili, así no habría peligro de encontrarme con él.

Anders.

Mucho me temía que seguir el consejo de mi amigo Jacobo no me había ayudado demasiado. Mis sentimientos, en vez de haberse difuminado en aquellos días, habían aumentado. La emoción indescriptible que sentí cuando leí ese extraño mensaje que me envió desde Moscú aún resonaba como un hermoso poema en mi alma. Y no quería reflexionar sobre si era correcto o no. Solo quería disfrutarlo y pretender que era amada por él. Luego aterrizaría.

Por supuesto, no le había contestado. No habría sabido qué decirle. Dios mío, solo con imaginar verlo otra vez las manos me sudaban y sentía el corazón en mi boca.

Llamé al timbre y, mientras esperaba, pasé mis botas por el cepillo que estaba junto a la puerta para quitarles la nieve. La temperatura había descendido a menos diez grados. Respiré el aliento helado y lo dejé salir, juguetona, como humo por mi boca mientras sentía los pasos de Stina que se aproximaban. Abrió la puerta y me recibió con una sonrisa.

«Vaya».

En la estancia colgué el abrigo y, después de darle un beso en la mejilla, me dirigí en medias al interior de la sala, donde el fuego de la chimenea crujía emitiendo un agradable calor. Me acerqué y abracé a papá con ternura. Él me devolvió el abrazo con más fuerza de lo usual y me pregunté si algo grave pasaba.

—¿Sucede algo, *isä*?

Me sonrió para tranquilizarme y me pidió seguirlo al estudio. Ocultando mi desasosiego, caminé a su lado sin decir una palabra. Dentro, se sentó en un cómodo sillón y me señaló el otro.

—Me estás asustando, *isä*.

Trató de esbozar una sonrisa, pero no lo logró. Nervioso, se levantó, se dirigió a la licorera y se sirvió un poco de vodka.

—¿Estás seguro de que puedes tomar eso?

—Yo no se lo diré a Stina si tú no lo haces —me respondió con aire grave—. ¿Me acompañas?

—¿Lo necesitaré?

—Creo que sí.

—Entonces, lléname el vaso, por favor. —Observé paciente cómo vertía el vodka y me lo pasaba, aunque por dentro estuviera agitada.

Por un momento, mientras asimilaba lo que me decía, toda la historia de mi vida se desplazó ante mis ojos como las escenas encadenadas de una película. Me vi de niña corriendo al lado de Victoria. Me vi en el cementerio con mi mano pequeña perdida entre la mano grande de mi padre. ¿Mi padre? ¿Qué era lo que me acababa de decir? Me vi mirándome en el espejo, buscando en mis ojos grises cualquier parecido con los grises claros de él. Después, lo vi a él, a ese niño rubio, el primero que veía en mi vida con ese color de pelo, dándome la bienvenida. Me vi creciendo junto a él, amándolo con toda el alma y sufriendo porque creía que ese amor me estaba prohibido. Puse en pausa el vídeo y, aturdida, sin estar segura de qué era lo que estaba pasando, intenté abrir la boca para preguntarle si era verdad lo que me estaba diciendo, pero no pude articular palabra.

La aprehensión con que papá me miraba y los pasos de Stina a lo lejos contestaron lo que mi cabeza entumecida no había podido procesar bien. Con pasmosa calma comprendí también que Stina lo sabía y que quizá... ¡Dios mío! ¿Anders, también?

Abrí y cerré mis labios varias veces, pero no encontraba mi voz. Sin saber qué decir, mis ojos no dejaban de mirar los encharcados de mi padre. Finalmente, con voz ahogada pude susurrar:

—No lo entiendo, *isä*. —Sentía el sabor de mis lágrimas en la boca.

—Eres la hija de mi mejor amigo, Veikko, pero te he querido y aceptado como a mi hija desde el primer momento en que te vi.

—¿Por qué? ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Perdóname... Pensé... En aquella época tuve mis razones. Amé a tu madre, engañé a mi esposa y a mi mejor amigo por ella. No es algo fácil de explicar, y menos a una niña. Tú habrías podido ser mi hija, eso fue lo único que me pareció importante. Quería asegurar tu futuro y pensé que lo mejor era no decir nada a Stina ni a nadie. Soy un hombre pragmático, Ulla, y con los años casi olvidé que no eras de mi sangre. Pensé que no habría necesidad de que lo supieras hasta que alguien encontró una carta que tu madre me envió hace muchos años y me hizo darme cuenta de lo importante que era decirte la verdad.

Seguí llorando en silencio.

—Perdóname, Ulla... Soy un viejo tonto, no he tenido la sensibilidad suficiente para comprender lo que esta verdad pudo significar para todos si la hubiera revelado hace algunos años atrás.

No pude tranquilizarlo. No pude decirle que no me importaba, porque sí importaba. Lo amaba y quería ser su hija, pero al mismo tiempo otra verdad se abría paso como una luz ardiente y brillante que derribaba, uno a uno, todos los impedimentos y prohibiciones que siempre deseé que no hubieran existido. La emoción y la consternación apretaron mi garganta hasta impedirme respirar.

¡Anders! Me parecía mentira que alguien allá en el infinito me hubiese escuchado. ¿O quizá siempre lo había hecho? Miré los ojos, las arrugas de ese hombre a quien toda mi vida consideré mi padre y, sin poder más, estallé en sollozos. Desgarradores sollozos que hirieron mi pecho y mi garganta. Mi padre me abrazaba y me besaba mientras repetía: «Lo siento». «Lo siento».

Quise decirle que no se angustiara; estaba enfermo y no quería alterarlo, pero no podía parar. Lloré durante lo que me pareció media hora en sus brazos. Cuando me calmé, me di cuenta de que aferraba un pañuelo en mi mano, no supe en qué momento me lo había dado. Como una niña, respiré profundo y, en medio de un ataque de hipo, me soné.

—Lo siento, *isä*, siento todo este drama...

—Por Dios. No. Soy yo el que lo siente.

—Entonces, ¿Anders y Eveliina no son mis hermanos?

—De sangre no, pero somos tu familia y eso no cambiará nunca, hija.

—Y... Anders, ¿lo sabe?

Mi corazón galopaba sin control, esperando confirmar la sospecha que latía dentro de mí.

—Sí, fue él quien encontró la carta hace cinco meses.

¡Lo había sabido todo ese tiempo!

Mi cuerpo tiritó como si tuviera frío. Los últimos meses pasaron ante mí mientras una luz de entendimiento se abría en mi conciencia. ¿Era esa la razón de su extraño comportamiento? ¿De sus ardiente miradas? ¿De sus manos y su cuerpo rozándome a la mínima oportunidad?

¿Significaba aquello que él sentía algo más profundo por mí?

¿Era posible?

Un pánico que no entendía amenazó con engullirme. Tantos años amándolo y ahora... No sabía qué pensar. Miré el rostro demacrado de mi padre, su cabeza calva y sus ojos que me miraban preocupados. Extendí la mano y, con ternura, delineé su ceño fruncido y sus cejas, sonriéndole con todo el amor de que fui capaz. Ese hombre de quien siempre me sentí orgullosa y cuya sangre era una honra para mí llevar no era mi verdadero padre. Una infinita decepción me asedió, y no supe cómo detenerla. Sin embargo, necesitaba calmarlo. No quería culparlo por nada. Incluso por cosas que todavía yo no comprendía. Me había criado como su niña, eso no debía olvidarlo, así que hice a un lado mi desilusión y le dije:

—No importa, te quiero con todo mi corazón, *ísä*. No te preocupes. —Vi que cerraba los ojos, aliviado—. Es... Ha sido un shock, todavía estoy confundida, pero no importa, te quiero.

Una lágrima silenciosa se deslizó por su arrugada mejilla.

—Perdóname, hija.

—No hay nada que perdonar, hiciste lo que consideraste correcto. No niego que me hubiera gustado saberlo antes, pero... No sé, he aprendido que las cosas suceden cuando tienen que suceder.

—La quise mucho, quiero que lo sepas. Creo que nunca hubiera podido abandonar a mi esposa e hijos por ella, pero no fue una

aventura más. Lo que pasó entre los dos fue una consecuencia natural de ese amor.

Lo miré, intentando que solo la gratitud por aquel hombre que me había amado sin condiciones se reflejara en mis ojos.

—Háblame de él. De Veikko. —Hice la pregunta, aunque todavía no estaba segura de hasta qué punto quería saber ni si estaba lista para conocer algo sobre él. Durante una media hora, escuché todo lo que mi padre me decía acerca de ese extraño que me había concebido. Un extraño a quien nunca conocería.

—Dices que hay una carta que mamá te envió. ¿Puedo leerla?

—Por supuesto, le diré a Anders que te la dé.

Anders. Siempre Anders. Mi corazón repitió su nombre como una oración. ¿Es que había habido alguna vez en que su nombre no estuviera en mi corazón?

—Creo que debes hablar con Anders... y con Eveliina. —Algo en la voz de mi padre me puso en alerta, pero, al escrutar su rostro, solo encontré tensión y fatiga. Temerosa de presionarlo demasiado, guardé silencio.

Después de una incómoda pausa, me dijo:

—Creo que es hora de ir a comer.

—Sí, en un momento. Ve tú primero, *isä*, quisiera quedarme unos minutos a solas.

—Lo entiendo. —Me besó en la mejilla, se levantó, se dirigió con lentitud hacia la puerta y la cerró tras él.

Tenía frío, aunque mi corazón ardía. Era un sentimiento extraño. En una hora me había enterado del suceso más trascendental de toda mi vida. Mi alma ofuscada se esforzaba todavía por asimilarlo todo. Perdía a un padre y, por increíble que pareciera, perdía a un hermano.

¡Anders no era mi hermano!

¿Cuántas veces quise que eso fuera verdad? ¿Y cómo fue que nunca se me ocurrió que aquella posibilidad pudiera existir?

Nunca tuve dudas de que la sangre de Esko corría por mis venas, nunca se me ocurrió pensar lo contrario. Mi papá no era mi papá. «Qué locura». No podía detener la decepción que eso me producía, aunque esa verdad me hubiera llevado a otra maravillosa realidad.

¿Se desvanecería con el tiempo aquella tremenda desilusión?

«¿Quién soy yo ahora?».

¿Quién había sido realmente Veikko? Un extraño para mí. Alguien que quizá hizo sufrir tanto a mamá que se había visto obligada a escapar a su patria y pasar por las dificultades que pasó para cuidarme. No, no deseaba haber sido su hija. Sabía que Esko había tratado de omitir lo negativo de esa situación, pero no era tonta y pude leer entre líneas que ese señor no había sido un hombre responsable. No era agradable para mí descender de una persona así. No me gustó experimentar aquel sentimiento de rechazo ni ese remolino de emociones que giraban sin control dentro de mí.

¿Y qué pensaba de todo aquello Anders? ¿Era posible que él me hubiera amado como yo lo había amado a él todos esos años?

Tenía miedo de planteármelo, de creerlo, de... dejarme llevar por la felicidad. Tantos años de represión, de un férreo autocontrol sobre las demandas de mi corazón y de mi cuerpo no eran fáciles de dejar al margen.

Ya no era pecado. Ya no era incorrecto lo que sentía.

Quería salir corriendo y preguntarle. Pero... ¿y Mika? Estaba comprometida. ¿Podría hacer a un lado a un hombre que con su dulzura había traído esperanza a esa terrible vida sin Anders?

Necesitaba sosegar mis pasiones y mis sentimientos, pensar antes de actuar. Necesitaba tiempo para procesar todo lo que acababa de averiguar.

Salí del estudio, entré en el baño más próximo, me lavé, me sequé el rostro y, poniendo la mejor expresión de calma, me encaminé al comedor.

## CAPÍTULO 30

*Anders.*

Sentado en uno de los sillones de la oficina de Jyrki, no dejaba de pensar en Ulla. Sabía por Esko que ya estaba enterada de todo. También sabía que había llorado y que... lo había tomado bien. Pero lo que no sabía era si pensaba en mí, y si, en su intuición de mujer, mi amor por ella había sido evidente.

¿Habría comprendido por fin que mi corazón había sido siempre suyo?

La impaciencia por saber algo de ella me martillaba la cabeza mientras mi cuerpo, impasible, escuchaba hablar a Jyrki sobre los últimos informes de los pedidos a la compañía.

«Paciencia, Anders, paciencia». Era lo que me repetía, como la estrofa de una mala canción. Y ella que no llamaba ni daba señales de vida. ¿O era yo el que debía abordarla?

No. Mi sensibilidad me decía que Ulla necesitaba tiempo para asimilar todo aquello. Necesitaba tiempo para verme como a un hombre y no como a su hermano.

Pero cómo me costaba esperar. Cómo me costaba darle el espacio que precisaba. Quería echar a correr, tocar a su puerta, abrazarla y besarla como siempre había soñado hacer. Esko me había pedido hacerle llegar la carta que estaba en la caja fuerte, y ganas no me faltaron de llevársela en persona. Si era sincero conmigo mismo, tenía que admitir que sentía un miedo atroz de que esa verdad no significara para ella lo mismo que para mí.

¿Qué sentiría al saber que no era hija de Esko? Debió de ser un duro golpe para ella. Sabía cuánto amaba a mi padre y cuánto había tratado de complacerlo toda la vida. En ocasiones, incluso, pasando por encima de sus sentimientos.

Miré la alta figura de Jyrki diciéndome algo; suspiré cansado y frustrado, llevaba cinco minutos —¿o eran diez?— sin escuchar una palabra de lo que él me decía. Sacudí la mente y recordé con alivio que aquella mañana había recibido por correo una carta de Käräjäoikeus, la corte, donde me anunciaban que el divorcio entre Lili y yo era un hecho oficial.

Era libre.

—Caramba, Anders, esta es la cuarta vez que te pregunto lo mismo. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? —La voz irritada de Jyrki me sacudió.

—No. Lo siento, solo estoy cansado. Perdona, ¿qué me decías? —respondí avergonzado.

De ahí en adelante, hice un esfuerzo enorme por concentrarme y terminar con nuestros asuntos laborales, porque, si no, no me libraría de él en todo el día. Cuando acabamos, di por terminada mi jornada laboral y me fui a nadar. Estuve dos horas canalizando mi frustración en el agua y después me marché a casa sin haberlo logrado.

*Ulla.*

Impartir clases en la temporada de diciembre era todo un desafío para los profesores en el colegio, pues los estudiantes, excitados por el ambiente navideño, no prestaban atención a las lecciones. Por eso, decidí cambiar algunas horas de lengua materna por la lectura de cuentos y leyendas sobre los *tontut*<sup>76</sup>. Aquella mañana, después de leerles, había logrado interesarlos, con la ayuda de las asistentes, en la realización de algunos dibujos sobre lo leído mientras yo trabajaba en mi ordenador y hacía inútiles esfuerzos para no pensar en Anders.

Frustrada, me levanté y contemplé a través de la ventana los exuberantes rayos de sol, que intentaban derretir la nieve que dormía sobre las ramas de los abedules y cipreses del bosque.

«Anders no es mi hermanastro». Aquellas palabras me resultaban tan inverosímiles, tan imposibles, que las repetía como una letanía para asegurarle a mi corazón que eran tan reales como el hecho de que Esko no era mi verdadero padre.

Desde el pasado fin de semana me hallaba sumida en la confusión que esa revelación todavía me generaba. Afortunadamente, Mika no había regresado de Estocolmo, porque, si no, no hubiera sabido qué hacer para alejarlo de mí y desmenuzar lo que estaba sintiendo en mi soledad.

No había podido dejar de evocar, casi con asombro, todos los momentos que había compartido con Anders desde que él había llegado de Estados Unidos. Hilaba y deshilaba cada mirada, cada gesto, cada palabra, y mi alma se estremecía con una infinita dulzura de esperanza.

Por enésima vez me preguntaba: ¿era posible que él sintiera por mí lo mismo que yo sentía por él? Y si era así, ¿desde cuándo?

Quizá estaba equivocada, quizá el anhelo de que él me correspondiera me había hecho perder la cabeza. No me había contactado todavía. Su silencio me dolía y me ponía más nerviosa. Lo cierto era que yo no encontraba el valor para hablar con él. No sabía si podría aguantar otra desilusión. Apreté mi frente contra el cristal de la ventana y suspiré frustrada.

La decepción de no ser la hija de Esko era todavía una pequeña herida que seguía escociéndome. No dejaba de pensar que si lo hubiera sabido antes, mucho dolor se habría podido evitar. No obstante, no quería acusar a mi padre ni criticar las decisiones que él había tomado en el pasado.

Había leído la carta que mi madre le había enviado a papá antes de morir. Me emocionó muchísimo leer algo de ella y poder palpar todo ese amor que sintió por mí y por Esko. Entendí su sacrificio, su dolor y su soledad como mujer y como madre. También lo sentí por papá, porque el amor de ellos dos no había tenido una oportunidad.

Me sentía mal y me sentía inmensamente dichosa. ¿Tenía sentido?

Vi que los niños terminaron; empujé a un rincón mis tribulaciones y di por terminada la clase. Más tarde, en horas de mi almuerzo, le envié un mensaje a Jacobo preguntándole si podía reunirse conmigo cualquier día de aquella semana. Me contestó que le encantaría verme esa misma tarde cuando terminara mi jornada laboral. Suspiré aliviada; me gustaría mucho hablar con él sobre todo lo que había pasado.

Cuando terminaron las clases, cogí el tranvía en dirección al centro y me bajé en la Mannerheimintie, frente a Stockmann. Me dirigí a la calle Esplanadi en busca de la cafetería Strindberg. Cuando crucé su umbral, oscuro y elegante, observé los mullidos sillones que rodeaban algunas mesas invitando a sentarse y a

conversar por horas. Me senté en uno de ellos y revisé el menú. Dos minutos después vi a Jacobo acercarse.

—Qué terrible es este frío. Mira esa cosa blanca cómo deja los zapatos. Qué horror. —Se quitó la chaqueta y la sacudió molesto. Le siguieron la bufanda y el gorro.

—Yo estoy muy bien. ¿Y tú qué tal, Jacobo? —lo saludé en inglés, sonriente.

Me miró apenado.

—*I'm sorry*<sup>77</sup>, Ulla, pero qué maleducado soy. *How are you?*<sup>78</sup> — Me dio los acostumbrados dos besos y se sentó.

—Bien, bien... ¿Y tú?

—Sin trabajo estos días, por lo que me ha tocado hacer de amo de casa, ya sabes: cocinar limpiar, ir de compras, ay, qué te voy a decir. —Hizo una expresión de fastidio—. Bueno, ¿qué me cuentas de nuevo?

Un camarero llegó en esos momentos y ordenamos dos *glögi*. Cuando se retiró, impaciente, le conté todo lo que mi padre me había revelado.

—¡No me digas! Pues mira tú, qué gran sorpresa. ¿Y cómo te sientes?

—Dichosa, feliz de que Anders no sea mi hermano, pero me siento mal en lo que respecta a mi padre. No sé, es todo tan increíble y al mismo tiempo tan... No lo sé, Jacobo.

—Ya, me imagino. —Me miró profundamente a los ojos—. ¿Sientes rabia hacia tu padre?

—¡No! Bueno... un poco. —Me escondí de su mirada. Hasta ese momento no lo había querido admitir, pero sentía rabia contra papá por no haberme dicho la verdad muchos años antes—. Entiéndeme, comprendo por qué guardó silencio, pero... si él lo hubiera dicho antes, ¿acaso todo este sufrimiento no se habría podido evitar? Y Anders y yo quizá habríamos tenido una oportunidad de estar juntos. A lo mejor habría sido más fácil para mí aceptar que no tengo su sangre.

Jacobo guardó silencio mientras el camarero dejaba nuestro pedido en la mesa.

—Me duele mucho, Jacobo, y no me es posible conciliarme con la idea de otro padre —continuó.

—Supongo que es una verdad impactante, pero lo que más anhelabas el destino te lo está proporcionando ahora en bandeja de plata, yo diría que en bandeja de oro, Ulla. La verdad ha llegado cuando ha tenido que llegar. —Bebió un sorbo de la bebida caliente y prosiguió—: En cuanto a tu padre... ¿es que importa la sangre que corre por tus venas cuando has tenido la influencia de lo mejor de ese hombre en tu cabeza y en tu corazón?

Sus palabras me sacudieron y me sentí pequeña. Tras una larga pausa, manifesté:

—Tienes razón, como siempre. —Le sonreí incómoda.

—Bueno, no sé si tengo razón o no, pero es lo que creo. Recuerda que yo no estoy en tus zapatos, y es más fácil para mí opinar.

Tomé aire con resignación. Ahí estaba otra vez Jacobo, simplificando las turbulencias en mi vida.

—De acuerdo, gracias.

—De nada. ¿Qué te parece si cuando terminemos nuestras bebidas nos damos una vuelta por el Tuomaan markkinat<sup>79</sup>?

—Sí, me gusta la idea —dije animada.

Terminamos nuestras bebidas y nos encaminamos al concurrido bazar de Navidad, donde estuvimos una hora conversando y recorriendo las diversas tiendecitas. Sentí mi corazón más liviano contemplando los colores de las artesanías y respirando el fuerte aroma a vainilla y canela del lugar.

Después, de camino a casa, al mismo tiempo que contemplaba el cielo manchado de negro y el inmenso tapete blanco a mis pies, pensaba otra vez en él.

¿Era real?

¿Ya no era un sueño?

Necesitaba verlo. Necesitaba saber... si él también me amaba.

Necesitaba reunir el valor para contactarlo y preguntárselo.

## CAPÍTULO 31

*Viernes. Ulla.*

El lento ronroneo del tranvía me arrullaba mientras circulaba por las vías que las quitanieves habían limpiado. La tarde caía, y la oscuridad se deslizaba lentamente, como el serpentear de un suave viento por toda la ciudad. Era difícil describir el gozo que mi corazón experimentaba. Sus ojos y su voz me acompañaban en todo momento. Era liberador sentir con todos los poros de mi cuerpo emociones que no me estaban ya prohibidas. Era... maravilloso y raro al mismo tiempo. Aquel día mis manos temblaron y mi corazón se aceleró cuando cogí el móvil con la intención de llamarle, pero al final me obligué a esperar hasta que hablara con Mika. Un paso a la vez. Todavía debía contarle a mi novio lo que mi padre me había revelado, y él apenas había llegado el día anterior por la noche de Estocolmo.

En cuento a Eveliina, iba rumbo a encontrarme con ella y los niños; planeaba contárselo aquella tarde. El tranvía se detuvo en la parada al lado de la catedral, cuando escuché el móvil.

*—Hei.*

*—Hei, Ulla, ya llegamos. He estacionado el coche en la calle Unioninkatu.*

*—Muy bien. Ya he llegado. Nos vemos ahí en cinco minutos.*

Me ajusté la bufanda y me encaminé a su encuentro. Eve venía con los niños, incluida la hija de Anders. Planeábamos ver la ceremonia de Santa Lucía, la tradicional fiesta de origen sueco que se realizaba todos los trece de diciembre en la catedral luterana de Tuomiokirkko.

Vi su coche y me acerqué a ayudarla. Se bajó, precedida de su enorme vientre, mientras yo ayudaba a bajar a *Eko* y supervisaba que Antti y Ella se quedaran a mi lado. Nos dirigimos con anticipación a la catedral para coger los puestos de delante, asegurándonos de que los niños pudieran ver bien la llegada de Lucía entre toda esa colmena de gente.

A las cinco de la tarde, el templo se quedó en penumbras, y la hermosa voz de un coro cantando la canción de Santa Lucía se

escuchó desde la entrada. Cinco minutos después, pudimos ver a una hermosa rubia de ojos azules que caminaba con lentitud hacia el altar, escoltada por un grupo de chicas. Lucía llevaba sobre su cabeza una corona de siete velas encendidas. Los niños sonrieron emocionados. *Eko* se levantó con la intención de tocar a una de las chicas, pero yo, rápida, lo cogí y lo senté sobre mis piernas.

—Solo observa —murmuré.

La canción me trajo tantos recuerdos de mi infancia con Anders que lágrimas de alegría se deslizaron por mis mejillas.

—¿Te pasa algo, Ulla? —La voz preocupada de Eve me trajo a la realidad.

—No, nada... —le susurré sonriente.

Cuando la ceremonia terminó, nos dirigimos hacia el estacionamiento bajo los copos de nieve que jugaban con nuestras cejas y pestañas. *Eko* se quejó de que estaba cansado, y decidí alzarlo y llevarlo en brazos. Antti caminaba juicioso junto a Ella. Eveliina, que ya tenía bastante con su enorme barriga, se detuvo para decirme:

—¿Qué te parece si entramos en esa cafetería y les damos de comer a los pequeños monstruos mientras tú y yo charlamos?

—Perfecto. —Me moría por comerme unos *joulutortut* bien preparados. Además, eso me daría el tiempo suficiente para contarle lo que papá me había revelado.

Entramos en la cafetería Engel, y el aroma a bollos y a galletas nos dio la bienvenida. En el mostrador vimos unas deliciosas *piparkakut*<sup>80</sup> que parecían recién sacadas del horno. Los siguientes segundos transcurrieron entre decidir cuál de las dos clases de delicias compraríamos, hasta que zanjamos el asunto comprando de todo un poco, junto con *glögi* sin alcohol para los niños y café para nosotras.

Escogimos una mesa cerca de la ventana y pronto nos sirvieron. Los niños, por lo general inquietos, estaban tranquilos saboreando las galletas y observando el blanco escenario fuera.

—Ulla, por favor. Dime, ¿qué es lo que está pasando? Te noto extraña.

—No pasa nada. Bueno, sí pasa, pero no es malo, es algo... digamos que inesperado.

—Pero dime, no me dejes en ascuas.

Mordí una galleta de canela y, cuando me la tragué, le comenté:

—La otra noche papá me reveló algo que me sacudió hasta la médula. —Guardé silencio mientras le pasaba otra galleta a Ella.

—¿Qué te dijo? Suéltalo, Ulla...

—Que yo no soy su hija.

La carcajada de Eveliina revoleteó por la mesa, y los niños la miraron, contagiándose con su risa.

—Ulla, en serio, que hoy no es *aprillipäivä* <sup>81</sup>, falta mucho para eso.

—No estoy bromeando, Eve, es quizá la verdad más impactante que he recibido en toda mi vida. —La miré con seriedad.

—*Perkele!* Perdón... —Miró a los niños, que la observaban atentamente—. Eso no se repite. Mami cometió un error. —Esperó a que ellos siguieran entretenidos con la comida y me miró—. ¿De qué va todo esto?

Con paciencia le expliqué lo que mi padre me había dicho.

—¿Y dices que Anders lo sabía? *Perkele!* En esta familia siempre soy la última en enterarme de las cosas.

—No. No lo veo así. Es solo que las circunstancias se presentaron de esa manera.

—¿Y tú cómo te sientes?

—Bueno, no puedo negar que fue un impacto, todavía lo estoy asimilando y... Me hubiera gustado saberlo antes, pero ¿qué importa ahora? Esko ha sido como mi padre la mayor parte de mi vida, y tú has sido como mi hermana. Ustedes son mi familia, y no hay nada más importante que eso, supongo. —La miré insegura.

—Por supuesto que sí, eres mi hermana y te quiero. Es... increíble, papá sí que es reservado. Qué sorpresa. ¿Cómo pudo guardar un secreto así tantos años? Dime qué más sabes. ¿Tienes hermanos, tíos, tías primos, familia?

—Me temo que no. Veikko, mi verdadero padre, era huérfano. —Me sentí extraña cuando lo dije en voz alta—. Tengo entendido que sus padres habían muerto cuando él llegó, como niño de acogida, a la granja que lindaba con la de los abuelos. Digo... los padres de papá. Por lo menos no hay nadie de quien papá tenga noticia. Más

adelante, quizá quiera averiguar más, pero por ahora no me apetece.

—Entiendo.

Los niños terminaron de comer y empezaron a inquietarse, por lo que decidimos partir. Eve me dejó en mi apartamento y, antes de marcharse, me tiró un beso, sonriente.

Escuché el traqueteo del viejo ascensor subiendo mientras pensaba en lo que esa noche le diría a Mika.

### *Viernes por la noche. Ulla.*

Como era normal en diciembre, las compañías y negocios incrementaban sus ventas y demandas, y la compañía de Mika no era una excepción. Cada año, él intentaba compaginar los negocios que tenía que atender en el centro de Europa con la costumbre de pasar la Navidad con su padre en Suiza e ir a esquiar. El año pasado había compartido ese tiempo con él, pero aquella Navidad, debido al tratamiento de mi padre, habíamos decidido que yo me quedaría en Helsinki. Y considerando las nuevas circunstancias, lo agradecí. Necesitaba estar lejos de mi novio, hablar con Anders y zambullirme en mis sentimientos con total honestidad para luego tomar una decisión que, sabía, alterarían nuestro futuro para siempre.

Mika partiría el sábado; iría primero a Francia, luego a Alemania y después recogería a su padre en Suiza para pasar con él la Navidad en St. Anton, en Austria, donde podría esquiar. Pero antes disfrutaríamos de nuestra propia cena navideña, para la que él había reservado una mesa en el restaurante ruso Saslik. Como estaba cerca de mi piso, llegué unos minutos antes y me senté a esperarlo.

Vi que se acercaba con su habitual seguridad, aunque se le notaba cansado. Su mirada brilló cuando me vio. Me abrazó y me besó con calidez. Ordenamos, y, mientras probaba una copa de vino, deslicé mis ojos por su rostro con una brizna de nostalgia. Era un hombre valioso y merecía ser amado. Agradecía que él hubiera llegado a mi vida, pero... ¡No! No quería cuestionarme aquello todavía. Un paso a la vez. Primero tenía que hablarle sobre mi

padre, y lo demás ya se vería. Si algo había aprendido de la cultura finlandesa, era a meditar muy bien antes de tomar cualquier decisión y a no dejarme llevar por el impulso de las pasiones.

—Estás muy callada. ¿Pasa algo?

Tomé aire y, con voz serena, le conté todo lo que mi padre me había dicho hacía unos días.

—*Perkele!* Tu padre sí que sabe guardar sus secretos.

—Supongo. —Sonreí.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes, linda? ¿Te duele?

—Fue un *shock*. Y sí, me dolió, pero lo estoy... digamos que asimilando.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Escucha, Mika, no quiero hablar de todo lo que siento ahora, yo...

La comida llegó, e hicimos una pausa para empezar a comer.

—Yo creo que mientras lo asimilas sería bueno que te alejaras de tu familia por unos días y que te reunieras conmigo después de la Navidad en Austria.

—Mika, ya habíamos hablado de que pasaría esta época en Helsinki.

—Lo sé, pero eso fue antes de este nuevo suceso familiar —soltó enfadado.

—Escucha, Mika: con mayor razón. Esto es un asunto de la familia y necesito estar con ella. Además, mi padre está recibiendo el último ciclo de quimioterapia y necesita mi ayuda.

Me miró frustrado y me sentí muy mal, por nada del mundo quería lastimarlo. Con toda la dulzura de que fui capaz, le aclaré:

—No quiero separarme de mi familia en estos momentos, Mika.

—Muy bien —manifestó con resignación—. Esta noche el viejo *Santa* visitará tu apartamento. ¿Qué crees tú que nos traerá? —Me miró con picardía, tratando de relajar el ambiente.

—Estoy segura de que a ti, muchas cosas. —Le sonreí.

Terminamos de comer y, como Mika había dejado el coche en el estacionamiento de mi apartamento, regresamos caminando, disfrutando del helado y oscuro cielo del invierno.

Muy tarde esa noche, nos dimos nuestros regalos de Navidad, y me quedé dormida en sus brazos. Sin que él se diera cuenta, una

lágrima furtiva se deslizó por mi rostro antes de dormirme.  
En la madrugada, una llamada nos despertó.

## CAPÍTULO 32

*Catorce de diciembre. Ulla.*

Eran las cinco de la madrugada cuando me desperté sobresaltada. ¿Qué pasaba? Miré a mi izquierda, y el móvil, que no paraba de vibrar, me impulsó a cogerlo con rapidez. Escuché la voz emocionada de Stina informándome de que Eve estaba ya en el hospital. Me levanté de prisa y miré a Mika, que se levantaba también.

—*Huomenta*. —Le di un rápido beso y corrí a vestirme—. El bebé de Eve está naciendo.

Cuando estuve lista, me dirigí a la cocina, en donde me esperaba mi novio con una taza de café humeante.

—Gracias —le dije con nostalgia, sabiendo que ya debía despedirme de él.

—Cuídate y, por favor, disfruta de tus vacaciones. Dale recuerdos a tu padre.

—Lo haré, linda. Tú también. No estaré fuera mucho tiempo y te llamaré cada vez que pueda. Dale mis saludos y mis felicitaciones a Eveliina y a Kalle.

—Lo haré. —Recorrí con tristeza su rostro soñoliento y le di un beso fuerte en la mejilla—. Ojalá puedas dormir durante el vuelo. —El sonido del móvil me interrumpió—. Me voy, Stina está esperándome abajo. —Lo besé una vez más y corrí a ponerme las botas. Cuando cerré la puerta, me di cuenta de que había olvidado mis guantes y volví. Me encontré a Minna bostezando en la estancia.

—¿Qué es todo ese ruido...?

—El bebé de Eve viene en camino. Perdona, vuelve a dormir, aunque... recuerda que tu hermano tiene un vuelo a las ocho de la mañana, así que, si quieres hacerle compañía mientras desayunas con él, te lo agradecería. *Heippa*<sup>82</sup>.

Cuando llegué al coche, Stina ya se había cambiado de sitio, dejándome el puesto del conductor. Sabía que a ella no le gustaba conducir cuando las calles estaban llenas de hielo. Suspiré con

resignación y me concentré en controlar el vehículo por la resbaladiza vía. El silencio entre las dos era tan incómodo que, para llenarlo, le pregunté algo que ya sabía:

—¿Está bien papá?

—Sí, quería venir, pero aceptó que no era bueno salir con este frío. Creo que se sentía un poco mal, por eso se quedó sin protestar. Sé cómo piensa ese viejo necio.

Sonreí; definitivamente, aquel par estaba entendiéndose bien. Tenía curiosidad por saber cuáles eran sus sentimientos acerca de lo que Esko nos reveló después de tantos años, pero no me atreví a preguntarle. Llegamos al hospital justo cuando la pequeña Carla Marie llegó al mundo. Kalle, sonriente, salió a recibirnos y a darnos la noticia. Y estaba abrazándolo cuando escuché la inconfundible y anhelada voz de Anders a mi espalda.

—*God morgon, mamma.*

Decir que mi corazón se quería salir del pecho de tanto saltar es poco. Pensé que me desmayaría y caería cuan larga era a los pies de él. Tomé aire con fuerza y, con lentitud, me volví para saludarlo.

Mis ojos se hundieron en la profundidad de sus pupilas, y el ardor que encontré ahí erizó todos los vellos de mi piel. Sentí que había nacido para ese momento; que toda mi vida había sido vivida para llegar hasta ahí... y perderme en esa hermosa mirada, llena de pasión y de amor.

Era real.

Ese amor era real.

No lo estaba soñando.

Mi amor. Ese doloroso y terrible amor, que siempre había estado escondido en el fondo de mí, me inundó; se desbordó por mis ojos y rebosó de calor mis mejillas y mi cuerpo. Con ansias recorrí su pelo revuelto, la sombra rubia de su barba sin afeitar, sus labios, su chaqueta abierta. A lo lejos, la voz de Kalle, que decía que podíamos pasar a ver a Eve y a la niña, se diluía entre mis sentidos, que, ensimismados en él, observaban cómo se acercaba a mí. Su aroma me envolvió, y, sin decir una palabra, deslizó sus labios sobre mi mejilla, muy cerca de mi boca, y me besó. La sangre de mi cuerpo circuló enloquecida, y mis manos se aferraron con fuerza a

mi bolso para detener el loco impulso de abrazarlo, besarlo y estrecharlo contra mí sin importar que Stina y Kalle nos vieran.

De repente, la voz fría de Stina me sacó de la marea de sensualidad en que estaba sumergida.

—¿Vienes, Anders? ¿Ulla? —La miré atontada, como si alguien me hubiera dado un golpe en la cabeza, y mis mejillas ardieron al encontrarme con su fría mirada.

La seguí mientras sentía a Anders caminar detrás de mí en silencio. En el cuarto, Eveliina, emocionada y extenuada, nos recibió. La pequeña Carla dormía plácidamente en sus brazos. Stina se inclinó y besó a Eveliina al mismo tiempo que yo preguntaba si podía cargar a la pequeña.

—Por supuesto, Ulla. Toma, cógela.

La sostuve en mis brazos y me acerqué con ella a Anders, quien, inclinándose con extrema delicadeza, deslizó las yemas de sus dedos por el cuerpecito de Carla hasta rozar la punta de los míos. Despacio, sin poder evitarlo, mis dedos se trenzaron con los suyos. Emocionada, sentí el palpar que nos recorrió a los dos. Ninguno pudo levantar la vista.

—Disculpa, Ulla, yo también quiero cargarla. —La voz de Stina nos sacudió, y, con rapidez pero con cuidado, coloqué a la niña en sus brazos. Sin mirar a Anders, me acerqué cohibida a Eve y le dije que tenía que irme, pues ese sábado por la mañana debía ir al colegio a la reunión de trimestre con los padres de mis alumnos.

La voz de Stina tronó a mi espalda.

—Llévate el coche, Ulla; Anders me acompañará a casa.

Asentí en silencio y, antes de llegar a la puerta, la mano de Anders me detuvo.

—Tenemos que hablar —me susurró—. ¿Nos vemos mañana?... Digo, ¿hoy? —Miró sonriente el reloj, y luego, cuando sus ojos se enredaron en los míos, un músculo de su frente se contrajo elevando sus cejas con emoción. Sin encontrar mi voz, conmovida también, asentí con la cabeza y salí corriendo.

*Ulla.*

Caminaba entre nubes. Flotaba. En cada pausa, cuando salía un padre y entraba otro, pensaba en él, en su mirada.

Su amor era tan real como el mío.

Después de terminar de hablar con los padres de Matias y hacer pasar a los padres de Aija, escuché el sonido de mi móvil anunciando que había recibido un mensaje. Me armé de paciencia hasta que acabé de hablar con ellos y me apresuré a leerlo.

**Enviado por Anders:**

*Terve*, cariño. ¿Quieres almorzar conmigo?

¿En mi apartamento? Estaré en la oficina dos horas porque sucedió algo inesperado, pero en cuanto solucione todo te recojo en tu casa, un beso.

**Enviado por Ulla:**

*Terve*. Sí, estaré en casa a partir de la una de la tarde. Puedo ir hasta tu apartamento.

**Enviado por Anders:**

Ni hablar. Paso por ti, otro beso.

**Enviado por Ulla:**

De acuerdo, otro beso.

El resto de la tarde, mientras esperaba que Anders llegara, me sentí embriagada por un potente cóctel de ilusiones, de anhelos, de alegría y... de miedo. Sí, para qué negarlo: me daba pavor sentirme infinitamente feliz.

No obstante, al final de la tarde debí imaginarme que las cosas no siempre salían como una las esperaba.

*Anders.*

Caminaba sobre nubes y me costó —joder, cómo me costó— realizar mi trabajo a la altura de mis responsabilidades como jefe. Embriagado por el amor que había palpado en su mirada, no veía la hora de poder abrazarla, besarla y... ¡Dios, cómo necesitaba estar con ella ahora!

Pero el destino a veces puede convertirse en un avieso torturador, y un día normal se convirtió en un día agobiante. En diciembre todo era una locura; hubo un problema grave con el sistema de información, así que no pudimos recibir los pedidos de nuestros clientes, y, como Jyrki había salido para Tapio, toda la responsabilidad recayó sobre mí. Desilusionado y cabreado, tuve que enviarle un mensaje a Ulla advirtiéndole que no sabía a qué hora podría estar libre. Exasperado, intenté solucionar el embrollo a una hora razonable para poder verla aquella misma tarde.

Eran las once de la noche cuando por fin, extenuado, pude irme a casa. Frustrado y con hambre, me encaminé al piso de Ulla; sabía que era tarde, pero me resistía a esperar hasta el día siguiente. No sabía si Minna estaría en el apartamento y sí tendríamos privacidad, pero no aguantaba más.

Tuve que conducir despacio porque, para colmo, estaba nevando y era difícil ver bien. ¡Joder, hasta el clima me quería detener! Estacioné mi coche frente a la puerta del edificio de Ulla y me refugié en el umbral para enviarle un SMS:

*Estoy aquí abajo, en la puerta.*

Uno... dos... tres segundos, y el sonido que abría la puerta principal se me antojó maravilloso. Mi cerebro se llenó de adrenalina, y subí las escaleras saltándome los escalones de dos en dos, demasiado impaciente para esperar por el lento ascensor.

Cuando llegué al último escalón, Ulla me esperaba con la puerta abierta. Me detuve, impactado por tenerla por fin frente a mí. Llevaba un salto de cama gris perla ligeramente abierto. Sin pronunciar palabra, mis emocionados ojos la recorrieron de arriba abajo, sin saber qué detallar primero. Salté a sus pequeños pies descalzos, que tanto me gustaban y que tantas veces había soñado con besar. Luego, con ardor, mis ojos subieron lentamente por sus piernas y se afianzaron en la hendidura entre sus senos, abriendo con delicadeza aquel encaje de su camisón que descansaba de forma tan sexi sobre sus pezones; imaginé que los besaba y los chupaba con toda la vehemencia que pulsaba con fiereza en mi vientre. El sonido de nuestras respiraciones entrecortadas se escuchaba por todo el edificio. A punto de perder el control, ascendí

hasta llegar a sus ardientes mejillas, y casi sentí el aire que las temblorosas aletas de su nariz expulsaban antes de hundirme en sus ojos, que me mostraron con descarnado anhelo su deseo; eso fue mi perdición.

Me acerqué susurrando su nombre y la estrujé contra mí. Mis manos la buscaban y la palpaban con desesperación. Mi lengua se enredó en la suya; me supo a menta y a... ella, a mujer apasionada, a Ulla. Mi Ulla. Quería fundirla en mi cuerpo, sentirla y hacerle sentir cuánto la deseaba. Mi anhelo era tanto que temí hacerle daño, pero no podía detenerme. Mi boca siguió enredada en la suya hasta que nos quedamos sin aire. Luego besé su pelo, enterré mi rostro en sus rizos y me embriagué con su aroma a rosas. No sabía qué más besar y, como loco, volví a su boca, sintiendo que su lengua me buscaba con el mismo ardor mientras escuchaba que murmuraba mi nombre como una letanía suplicante. Sus manos acariciaron ansiosas mi espalda. La alcé contra mí al tiempo que ella abría sus piernas y las enredaba en mi cintura; apoyé mi frente sobre su frente y, respirando casi con dolor, le pregunté con voz ronca:

—¿Estás sola?

Una voz ahogada me respondió.

—Sí, Minna está... No estoy segura de dónde está. Pero tenemos que parar... Por favor, ayúdame, Anders, primero debemos hablar...

—¿Por qué? —Con las piernas de ella enredadas en mi cintura, entré en el apartamento y cerré la puerta. La apoyé contra la pared de la estancia y empujé mi sexo con fuerza contra su vulva, al mismo tiempo que mi boca mojaba sus senos por encima del camisón. No me di cuenta de en qué momento le había abierto el salto de cama. Le desaté las cintas, enterré mi rostro y me quedé ahí, succionándole, devorándole los senos con fuerza mientras sentía que Ulla se retorció y enterraba sus uñas en mi cuero cabelludo, apretándome contra ella. Busqué de nuevo su boca y sentí sus manos, que abrían con dedos torpes los botones de mi camisa para después resbalarlos sobre mi piel, sacudiendo cada gramo de mí. La miré perdido en el deseo; ni siquiera me había dado cuenta de que me había quitado la pesada chaqueta de invierno.

—Por favor, tenemos que parar, Anders... Tenemos que hablar primero... —gemía.

¿Hablar? No podía. No quería parar.

—¿Por qué? Te amo. Te he amado toda la vida. ¿No es eso tiempo suficiente para tener el derecho de... —seguí recorriendo con mis labios su rostro, sus cejas, sus ojos—... mirarte... tocarte... sentirte... así? —Mis labios saborearon sus lágrimas—. ¿Qué pasa? ¿No me amas? ¿No me deseas?

La miré a los ojos con temor.

—¡Sí! Sí, pero ahora estoy comprometida y... —Enterró la cabeza en mi cuello, me besó y luego apoyó su frente en mi frente, tratando de aquietar su agitada respiración. Movié sus pies y me hizo bajarla al suelo.

La bajé despacio, sin poder controlar el deseo de apretarla una vez más contra mi excitación. Después, tratando de sosegarlos, nos quedamos ahí durante varios minutos con nuestras manos entrelazadas, hasta que nuestros alientos entrecortados se normalizaron. Se separó y, con timidez, se acomodó el salto de cama. Mis manos seguían temblando, y vi que las de ella también. La miré ansioso, turbado. Nos quedamos parados uno frente al otro con una mezcla de vergüenza, timidez, anhelo y felicidad. Por fin estábamos juntos, por fin nos habíamos besado como tantas veces había soñado.

La primavera florecía en mi interior.

Ella, sonriéndome cortada, me preguntó:

—¿Has comido algo?

—No.

—Te prepararé un emparedado —sugirió mientras no dejaba de retorcer uno de sus rizos en su dedo, como hacía siempre cuando estaba turbada.

Pero no se movió, se quedó ahí de pie. Nuestros ojos se encontraron otra vez y se contemplaron en silencio, fulgurando nuestros sentimientos como millones de estrellas suspendidas en una noche oscura. El mundo fuera no existía, solo ella y yo. Era un momento tan sublime, tan anhelado. Por fin estábamos juntos como debimos haber estado desde hacía muchos años.

La pasión, el amor, todo estaba ahí, en la profundidad de su mirada. ¿Comer? No quería comer. Sin poder evitarlo rocé con mis pantalones su ropa de noche al acercarme a ella otra vez, recorrí con dulzura sus mejillas, tracé su cuerpo con mis manos. Me era muy difícil sacudirme de la droga de la pasión que sentía. Ella tomó mi rostro con delicadeza y me besó en la barbilla, en mis labios, con tanto mimo que, gruñendo, la estrujé otra vez contra mí. Entre besos y pasos y entre pasos y besos, nos adentramos en la sala. Tropecé con algo, una silla quizá, y el crujido nos devolvió otra vez a la realidad. Tomé aire despacio, serenándome al mismo tiempo que ella hacía lo mismo. Puso un poco de distancia, pero yo tomé sus manos y, con voz ronca, le repetí:

—Te amo.

—Oh, Anders, yo también te amo...

El calor de la estancia nos abrazaba. Los copos de nieve, fuera, nos arrullaban. Disfruté de lo que siempre había soñado que ella me dijera mirándola a los ojos.

—Has de saber que toda mi vida he estado enamorado de ti, y que... —Ulla se llevó mi mano a su mejilla con reverencia—... y que no ha habido un momento en que no te amara desde que llegaste a mi vida.

Una luz centelleó en sus oscuros ojos grises, y su cuerpo se sacudió.

—Y has de saber que toda la vida he estado enamorada de ti y que no ha habido un momento en que no te amara desde que llegué a tu vida.

La abracé con fuerza, con toda la fuerza de mi amor, y, cerrando los ojos, con voz quebrada le expresé:

—Entonces todo está bien. Nos pertenecemos el uno al otro.

—Sí... Sí... —La escuché llorar y la estreché más contra mí. Mis lágrimas corrieron con las suyas, borrando años de separación, dejando atrás años de inhibiciones al amarnos. Dejándonos claro con nuestros cuerpos que nos deseábamos, que ella era mi mujer, y yo era su hombre, y que nunca, nunca había sido su hermanastro.

Cuando nos calmamos, nos miramos, nos sonreímos cortados pero con una inmensa alegría.

—¿Quieres un emparedado? —me dijo otra vez.

Sonreí.

—Bueno, no es comida lo que quiero ahora, pero... —Con ternura pasé el dorso de mi mano sobre su sonrojo.

—Lo sé, pero debemos hablar primero.

Suspiré resignado.

—Está bien.

Nos dirigimos a la cocina. Ulla sacó tomates, jamón y queso del refrigerador y puso a tostar pan mientras yo la seguía con mi ardiente mirada.

—¿Tienes vodka? —Necesitaba algo fuerte para sosegarme.

—Sí, aquí hay uno. —Abrió una alacena y me pasó una botella de un buen vodka—. Yo también necesito un poco. —Abrió otro armario y sacó un par de vasos. Me acerqué por detrás y estreché su espalda contra mi pecho; solo me aparté para besarle los hombros, la espalda a través del camisón, y, cuando no fue suficiente, lo hice a un lado y subí mis manos despacio por sus muslos mientras la apretaba con fuerza contra mi protuberancia. Una de mis manos descansó en su vientre, y la otra se deslizó hasta apretar sus senos. La escuché gemir...

—Anders, por favor... —murmuró con pesar.

Resignado, me aparté. Serví el vodka, le pasé un vaso y bebí el mío de un solo trago. La ardiente bebida quemó mi estómago vacío, y seguí bebiendo mientras la acariciaba con la mirada. Ella se tomaba el suyo, y sus encarnadas mejillas me hicieron sonreír. Mi preciosa Ulla, cómo me encantaba verla enrojecer.

—¿Quieres café o té?

—Té, por favor.

Me dio la espalda y puso la tetera, después comenzó a preparar los emparedados. Me recosté sobre la encimera, un poco alejado de ella. Me serví más vodka sin atreverme a acercarme otra vez. Miré hacia la ventana, observé la hermosa plenitud blanca y los copos estrellados que caían. No tenía prisa. Ella era mía. Y sí, necesitábamos hablar, pero nada ni nadie la apartaría de mí ahora.

Me pasó un plato con dos sándwiches.

—Ven, vamos al comedor y, mientras comes, hablamos.

Me senté a comer con apetito mientras ella regresaba a la cocina a por el té. Cuando volvió, se sentó frente a mí y, sonriente, me

limpió con ternura algo cerca de mis labios. Cogí su mano y la besé. Con ansias le pregunté lo que anhelaba preguntarle desde hace rato:

—¿Te casarás conmigo y no te apartarás nunca más de mi lado?

—Sí, mi Anders, sí quiero estar contigo siempre, pero...

Tuve miedo.

—¿Pero?

—Quiero hablar con Mika primero... No quiero que pase nada entre nosotros hasta que no rompa con él. Creo que es lo más honesto, amor.

El caballeroso Mika. No pude evitar los celos y el antiguo dolor que me asaltaban cada vez que pensaba en él.

—¿Por qué te comprometiste con él? —Sabía que esa pregunta era injusta, considerando mi fallido matrimonio con Lili, pero no pude acallar mis palabras.

—Porque necesitaba desesperadamente olvidarte, porque tenía que seguir viviendo. Te casaste con Lili y te fuiste...

—Perdóname. No te estoy acusando, por supuesto que tenías que construir tu vida. Fue lo que yo intenté hacer al casarme con Lili. No me siento orgulloso de lo que pasó aquella vez, me sentía aterrorizado por lo que sentía por ti. No podía controlar mis celos cuando te veía salir con otros, y mucho menos con Mika, pero nunca imaginé que tú pudieras sentirte igual.

—Lo entiendo, ahora lo entiendo, pero en aquella época yo también me sentía aterrada por lo que sentía por ti y... apareció Mika, él me ayudó. Aprendí a quererlo y deseé ser feliz otra vez. Una parte de mí le quiere... No de la forma como te amo a ti, pero lo respeto y lo aprecio. Y hasta hace poco era el hombre con quien tenía planes para casarme y tener hijos. No puedo desecharlo como un papel que ya no me sirve. Lo voy a lastimar, y mucho. Y lo menos que Mika se merece es que entre nosotros no pase nada hasta que hable con él. Ahora se nos han ido las cosas de las manos. Te deseo muchísimo... Llevo tanto tiempo deseándote que no es fácil no abrazarte, no besarte.

Me dolió escucharla hablar sobre lo que sentía por Mika, pero lo entendí.

—Sí, lo comprendo. ¿Pero qué pasará mientras tanto con nosotros?

—Mika regresará pronto, después de Navidad. Hemos esperado toda la vida, Anders, podemos esperar unos días más. ¿No crees?

—Lo que tú digas, sabes que no te he podido negar nada desde que tenía diez años.

—Eso no es verdad, tú... bribón, desde que tengo memoria te has comido siempre todos mis bollos de canela.

La carcajada que solté recorrió todas mis venas de felicidad. Simple y pura felicidad.

—Mi Anders, tampoco yo te puedo negar nada, y ahora, aunque me sienta la mujer más feliz del mundo sabiéndome amada por ti, te pido esperar hasta que hable con Mika.

—Mmm, no me digas que me tengo que marchar a estas horas de la noche. ¿Cómo diablos me alejo de ti? —Me levanté, me arrodillé ante ella y gemí frustrado, besándola otra vez.

—Pues sí, señor.

—¿Estás segura? —susurré mientras mi boca buscaba sus pezones.

—No... No, pero es lo correcto... —Y con rapidez se puso de pie.

Como deshojando una hermosa flor pétalo por pétalo, aquella noche deshojamos nuestra historia de amor. Los momentos de pasión contenida que habíamos guardado en secreto, los momentos de dolor y los momentos de dulzura que le había dedicado desde que supe que no era su hermano. Cada pensamiento, cada sentimiento, cada suceso quedó claro entre los dos.

Me sentí bendecido por la profunda belleza de ese amor que vibraba entre nosotros, un amor que un día desplegó sus alas en contra de la tormenta, pero que encontraba, por fin, un viento a su favor.

Yo sabía que el trayecto era todavía largo y que en la vida no existían certezas de nada, así que la promesa de una vida con Ulla no me tranquilizaría hasta que ella no estuviera a mi lado a los ojos de todos. En lo recóndito de mi mente se deslizaba la sombra de un viejo temor. Sacudí la cabeza y lo alejé, aferrándome a mi innato optimismo.

## CAPÍTULO 33

*Ulla.*

Los días próximos a la Navidad fueron los días más hermosos y felices de mi vida. Aunque no veía a Anders, me despertaba escribiendo su nombre cada mañana en el sol, en la nieve, en el fondo de una taza de café, en la senda por donde pasaba el tranvía cuando me llevaba y me traía del trabajo. El brillo en mi mirada y la felicidad en mi semblante fueron difíciles de ocultar. Mis colegas bromeaban y me preguntaban si un *tonttu* había pasado por mi casa y había dejado los regalos de *Santa* con anticipación. Yo solo sonreía y guardaba silencio, disfrutando de aquel precioso secreto.

Anders y yo.

Aquella mañana me concentré en los ensayos de mis pupilos, me cercioré de que cada uno tañera las panderetas cuando debía y que comprendieran bien dónde podían ubicarse junto con los otros miembros de la orquesta. Cuando terminé, al avanzar por el pasillo para ir a por un merecido café, la vibración de mi móvil me detuvo. ¡Anders!

*Me desperté con tu nombre enredado en mis sábanas, amor.*

Como una boba enamorada, mis labios se ensancharon en una enorme sonrisa mientras apretaba el móvil contra mi corazón, emocionada.

Por la tarde me envió otro mensaje:

*Eres preciosa, y te adoro.*

Aunque había respetado mis deseos y no había insistido en verme hasta que yo solucionara mi situación con Mika, mi adorable Anders se las arreglaba para asediarme con mensajes de amor y poemas durante el día y, a veces, las noches. Mensajes que llenaban el vacío de no estar junto a él y que hacían que mis ojos se encharcaran con lágrimas de felicidad.

*Adoro tus pies.*

*¿Ya te había dicho que me encantan tus cejas?*

Pensé que no podría amarlo más de lo que lo amaba, pero me equivoqué: cada segundo mi amor crecía y crecía, y me preguntaba cómo había podido vivir antes sin él.

Nos amábamos en silencio, anhelando que llegara el momento de poder hablar de ese amor a nuestra familia. La única pena en mi alma era Mika; me dolía saber que tendría que lastimarlo, y eso me hacía sentir la mujer más infame del mundo.

El resto del día estuve tan ocupada que no pude pensar en nada más. Por la tarde fui al centro a comprar los obsequios de Navidad. Cuando por fin encontré lo que quería regalarles a las *pulgas* de Eveliina y, por supuesto, a Anders y a Ella, estaba agotada. Cargada de bolsas, me abrí paso en la tienda abarrotada de gente y salí a tomar el tranvía que me dejaría cerca de mi piso.

Por fin en casa, comí y me fui a dormir después de enviarle un «te amo» a Anders por el móvil y de leer con ilusión otro mensaje de él.

*Anhelando el día en puedas dormir en mis brazos.*

Antes de dormirme, no pude evitar experimentar un leve desasosiego. Como si tanta felicidad no fuera posible. Lo ignoré y me olvidé de todo en los brazos de la noche.

*Veinticuatro de diciembre. Ulla.*

Aquel martes, la familia Peltola se reunió en la casa de Esko y Stina para celebrar la llegada de la Navidad, que consistía, como era costumbre cada año, en disfrutar de una comida en las horas de la tarde y después visitar la sauna.

Kalle y Eveliina llegaron con la pequeña Carla y sus otras dos *pulgas*. Anders trajo a Ella, que, según nos informó, estaría unas horas con nosotros, y después la llevaría con su madre para que disfrutara del resto de la tarde con ella. Yo estaba en la cocina ayudando con la comida a Stina, quien, para mi sorpresa, se dirigía a mí con calidez. Definitivamente, el espíritu de la Navidad nos cambiaba a todos. Aunque, siendo sincera, ya antes había notado

cambios en Stina hacia mí. Me sonreía a menudo y me preguntaba cosas, mostrando interés en mis respuestas.

Me dirigí a la sala con la ilusión de ver a Anders. Todo parecía una postal de Navidad: el fuego de la chimenea crepitaba; el árbol de Navidad, ataviado de bujías, se inclinaba peligrosamente hacia la derecha; papá sostenía a su nieta, y, fuera, la oscuridad se cernía sobre la nieve mientras los niños miraban por la ventana esperando que apareciera el *tonttu* del cuento que Anders les leía en aquel momento.

Mientras me acercaba al centro del salón, escuché que Antti le explicaba a Ella que él ya había visto las huellas de un *tonttu* esa mañana. Suspiré enternecida a la vez que el fuerte aroma de las galletas de jengibre hacía cabriolas frente a mi nariz. Me acerqué a la bandeja, cogí una y la degusté con placer. De pronto, las notas de *Maa on niin kaunis*<sup>83</sup>, que alguien había puesto, invadieron la habitación. Mis ojos buscaron los de Anders, y le sonreí con todo el amor que burbujeaba en mi corazón. El gris de sus ojos, casi azules en esos momentos, me miró con tanto amor y con tanta pasión que sentí pellizquitos por todo mi cuerpo.

Eveliina llegó y cogió a su hija con la intención de darle el pecho. Kalle se puso a jugar con los niños, y yo sentí la mano de Anders enredándose en la mía con disimulo. Tiró de mí, y, sin que nadie se diera cuenta, salimos por la puerta que estaba escondida detrás del árbol. Llegamos a las escaleras y me instó a subir con rapidez. No paramos hasta que sentí el sonido de la puerta de mi antiguo cuarto cerrarse a mis espaldas.

Su lengua ávida buscó la mía, y me dejé llevar por la locura de sentir la presión de su cuerpo contra mí y de nuestros corazones latiendo al unísono mientras pensaba que era mío, todo mío, y me olvidaba de todo lo que me rodeaba. Mis manos se deslizaron por su espalda y su pecho con vehemencia y se sacudieron cuando encontraron el lugar donde su corazón golpeaba con fuerza. Recorrí con mis labios esa piel, saboreé los diminutos y suaves vellos rubios. Aspiré el aroma profundo de su fuerza y su pasión mientras sentía sus manos, que, ansiosas, subían mi falda y me frotaban contra su firme protuberancia. En la nebulosa de mi deseo me escuché gemir y me di cuenta de que estaba a punto de perder el

control. Me solté de sus brazos y, como pude, me dirigí a la cama y me senté, tratando de calmar mi agitada respiración.

—Lo siento, amor, no debí... —Oí que Anders me decía con voz alterada.

—No lo sientas, pero, por favor, bajemos ahora.

Me alisé la falda y mis rizos sueltos y, sonriéndole con pesar, le anuncié:

—Te espero abajo.

Antes de bajar, entré en el baño del segundo nivel y observé mi rostro en el espejo. Mi Dios, me veía como me sentía: como una mujer que había sido besada a conciencia. Le sonreí asombrada a mis labios temblorosos y a mis ojos rebosantes de sensualidad. ¿Era esa yo? Nunca había visto mi rostro tan... ¿sexí?, tan ¿resplandeciente? Encontré un carmín olvidado en uno de los cajones de los anaqueles, me puse un poco de color en la boca y bajé.

Todos charlábamos en la sala. Otra canción de Navidad amortiguaba los gritos y la risa de los niños. La mirada de Anders seguía todos mis movimientos, pero por nada del mundo me atreví a devolvérsela.

Stina llegó y nos hizo pasar a la mesa.

En el comedor, sobre un colorido mantel de Navidad, descansaban diversas clases de platos: puré de patatas dulce, puré de nabos y el tradicional jamón de Navidad con salsa de arándanos rojos. No podían faltar, de la influencia sueca de Stina, el *punajuurisalaatti*<sup>84</sup>, las albóndigas de carne y el salmón. Comimos en un ambiente de alegría, agradecidos porque papá estaba vivo y se recuperaba y porque la pequeña Carla se hallaba entre nosotros. Y en el silencio de mi corazón, agradecí la belleza de ese amor que latía entre Anders y yo.

Cuando terminamos, Stina y yo fuimos a por el postre, gachas de arroz con canela, pero los niños, en vez de alegrarse, preguntaron preocupados si no nos estábamos tomando demasiado tiempo en comer y *Santa* estaría ya cansado de esperar.

Por fin, para la tranquilidad de ellos, nos dirigimos al salón para atisbar la llegada de *Santa*. Y... ¡Oh, sorpresa! Un *joulupukki*<sup>85</sup> aguardaba erguido junto a la chimenea con una gran bolsa llena de

presentes. El solemne «¡oh!» de los niños y su buen comportamiento después nos aseguró que no habían reconocido a quien llevaba el disfraz.

Kalle, con su mejor «jo, jo, jo», entregó cada obsequio llamando a cada niño por su nombre. Cuando pronunció el mío, me sorprendí agradablemente. Con timidez, leí la tarjeta y me ruboricé emocionada al ver que era un regalo de Anders. Levanté mi mirada hacia él y encontré en sus ojos tanta ternura y pasión que sentí que se me sonrojaba todo el cuerpo. Por un momento mi mirada se desvió y halló la de mi padre, que nos observaba fijamente. El rojo violento en mis mejillas seguro que le dio una idea de que algo pasaba entre los dos, y si no, lo hizo el que rehuyera sus ojos y me agachara sin atreverme a abrir mi obsequio.

Cuando Kalle terminó de entregar todos los presentes, se marchó con disimulo, dejando a los niños entretenidos con sus nuevos juguetes. Unos minutos después, Stina anunció que la sauna estaba lista para quien quisiera visitarla.

Anders le dijo a Ella que era hora de partir. Mientras la niña nos daba un beso a todos, su padre pasó a mi lado y me pidió que lo acompañara al vestíbulo para ayudar a Ella con el abrigo. Pero, para su mortificación, la niña expuso a viva voz:

—Yo puedo sola, *pappa*. Soy una niña grande.

Me reí, queriendo molestarlo un poco.

—Ya escuchaste a tu hija, no necesita mi ayuda. —Y me quedé en la sala, ignorando su mueca de resignación.

No obstante, con disimulo, antes de dirigirse al *hall*, se acercó a mí y me susurró:

—Espera y verás... Más tarde... —En su mirada centelleaban sensuales augurios.

Cuando se fue, no tuve tiempo de extrañarlo, porque Antti me pidió que lo ayudara a armar su nuevo robot mientras su papá y su mamá visitaban la sauna.

Mi móvil sonó; cuando vi que era Mika, me dirigí con rapidez a un lugar alejado del salón para hablar con más intimidad. De pronto, toda la sangre abandonó mi rostro. Mis piernas temblaron como gelatina, y sentí que me precipitaba a un abismo. Como en trance,

escuché la voz preocupada de papá, que me preguntaba qué pasaba.

Con una voz extraña que no parecía la mía, expliqué que era el padre de Mika. Stina y Esko se acercaron. Alguien me dio un vaso de agua y me pidió que respirara profundo. Los miré y, con voz insegura, les anuncié que Mika había sufrido una estrepitosa caída mientras esquiaba y que, aunque ya había recuperado la consciencia, su estado era crítico. Su padre había hecho los arreglos para que lo trajeran a Finlandia en avión, y llegarían al hospital en las próximas horas.

Fui a por mi abrigo con una sensación de fatalidad. Mi padre me pidió esperar a Anders para que me llevara al hospital, pero le dije con demasiada rapidez que Minna me acompañaría. Y me fui sin más explicaciones.

## CAPÍTULO 34

*Ulla.*

Sentía que levitaba en una nube, pero, en aquella ocasión, una nube atestada de remordimientos, tristeza y temor. Después de despedirme de la familia, me refugié en el apartamento de Mika en Espoo. Necesitaba estar sola en medio de sus cosas. Anders me llamó varias veces, pero no le contesté e ignoré sus mensajes. Minna habló conmigo y me dijo que mi hermano había estado en el apartamento, desesperado por saber dónde estaba y cómo.

Como en un trance, aparté lo que me dijo de Anders y quedé de encontrarme con ella en el HYKS. Cuando colgué el teléfono, me dediqué a la tarea de organizar y limpiar la habitación de huéspedes. Cambié las sábanas por si Gerard, el padre de Mika, se quedaba. «Claro que se quedará, qué tonta». Por supuesto que se quedaría al lado de su hijo.

Telefoneé a Sirpa, la madre de Mika, y quedé de encontrarme con ella en el hospital también. Después leí los mensajes de papá, Eveliina y Stina. Los tranquilicé a todos y les prometí que en cuanto tuviera noticias los llamaría. Busqué entre la ropa que había dejado allí, encontré unos vaqueros y una blusa de lana. Tomé una ducha, y el agua me ayudó a salir del aturdimiento en que me hallaba. Me vestí y me encaminé hacia el hospital.

Eran las doce de la noche cuando llegué. Antes de entrar, levanté mi mirada hacia la fría oscuridad del cielo, que se burlaba de mis tribulaciones. Un escalofrío atormentó todo mi cuerpo cuando me dirigí al pabellón de Ortopedia y Trauma y me encontré con Sirpa.

De estatura media, ni gorda ni delgada, la elegante mujer se acercó a besarme con cariño. Minna llegó tres segundos después, y no hubo tiempo más que para los saludos de rigor, porque en ese momento Gerard arribó. Nos aproximamos ansiosas a él, y nos dijo que Mika estaba con los especialistas. Me abrazó y besó, y, al fijarme en su semblante pálido y en la angustia de sus ojos, me hundí en la desesperación. Sin agregar nada más, se sentó junto a su exesposa y se quedó en silencio.

El tiempo se deslizaba como pequeñísimas gotas de agua que se apresuraban a un profundo abismo y tardaban en tocar fondo una eternidad. Después de casi cuatro horas, dos médicos se acercaron a nosotros. Serios pero amables, ambos esclarecieron la situación de Mika. La caída había provocado una lesión en la médula espinal, en la zona lumbar de la espalda, lo que probablemente ocasionaría una parálisis del tronco inferior y las extremidades. Habían efectuado una intervención quirúrgica intentando reparar la zona afectada, pues así se evitaría que la hemorragia interna lesionara otras áreas de la médula. Todavía no podían dar un diagnóstico exacto. Debían esperar tres días para realizar un estudio neurológico completo y saber con precisión la gravedad de la lesión. Por ahora Mika permanecería en cuidados intensivos, pero podríamos entrar a verlo cuando despertara.

Dos sentimientos encontrados se agitaban en mi cabeza: el alivio de que él estuviera vivo y la angustia por las consecuencias que esa lesión acarrearía para un hombre tan dinámico y atlético como Mika. Esperé que sus padres pasaran a verlo primero, después entró Minna, y, por último, yo.

Nerviosa, contemplé su rostro, que presentaba magulladuras y cortes en su mejilla derecha; el ojo de ese lado estaba hinchado, casi cerrado. Sentí que algo me estrujaba la garganta y, al ver en su mirada el amor y la ternura que me dirigió, me sentí la más infame de las mujeres y me puse a llorar.

—Eh, linda. No, no te preocupes... —Su voz sonó débil. Rápido, haciendo un esfuerzo para no alterarlo, me sequé las lágrimas y, con delicadeza, le pasé un dedo por la ceja y la mejilla buenas.

—No pasa nada. ¿Cómo te sientes? Perdón, qué pregunta tan tonta...

—No tan mal como me veo, linda, no te preocupes. Todo va a salir bien. —Esbozó una sonrisa.

Con el corazón entumecido, no pude sino admirar su serenidad y calma. Sabía que ese era un golpe durísimo que la vida le daba. Miré sus ojos azules e intenté infundirle ánimos.

—Sí, saldrás adelante de esto, Mika.

—Lo sé, linda, lo sé. Tú... Esto no será fácil para mí ni para ti. Si tú...

—Escucha —lo interrumpí—. Somos una pareja y somos amigos. En las buenas y en las malas estaré contigo. Afrontaremos esto juntos. Quiero hacerlo, por favor, quiero hacerlo... —Se me quebró la voz.

—Pero puede ser que yo nunca... que nunca pueda caminar... Alguna vez leí que la mayoría de parejas que tienen que afrontar la invalidez de uno de los dos se separan, porque la persona de la que te habías enamorado antes ya no existía. Seré otro Mika, Ulla. Tienes que ser consciente de eso.

—Eso no lo sé, Mika. No sé lo que todo esto va a desencadenar. Lo único que sé es que... Te pregunto: si yo hubiera estado en tu lugar, ¿me habrías abandonado?

—Por supuesto que no, linda, pero...

—Entonces, no es diferente para mí. No sé qué puede venir, pero somos adultos maduros los dos. Sabemos que no será fácil, pero aquí tienes mi mano para que la cojas y no la sueltes, porque yo no te la voy a soltar.

—Gracias, Ulla, no sabes lo que esto significa para mí. Te amo.

Lágrimas copiosas resbalaron por mis mejillas e impidieron que le dijera ese «te amo» que, ya sabía con certeza, no sentía por él. En cambio, lo besé en la frente con todo el cariño que como amigo me inspiraba.

Eran las nueve de la mañana del día siguiente cuando por fin Minna y yo nos fuimos a casa. Tomamos un taxi y, en un silencio lúgubre, me senté a su lado, mirando al pasar la nieve que resplandecía en las calles de la ciudad.

*Ulla.*

Todo se me antojaba sombrío. Un aliento de hielo congelaba mis huesos y mi corazón. Me hallaba sumergida en un agujero negro y no encontraba ventana para ver una esperanza. Me rendía ante la idea de que estar con la persona que tanto amaba no era un destino para mí. Por eso supe qué era lo que tenía que hacer. Ya era hora de hacérselo saber.

Con manos heladas y con una pesada congoja en mi pecho, marqué el número de Anders para citarme con él. No quería ir a su apartamento ni tampoco que el viniera al mío, si no... sería imposible para mí decirle lo que debía decirle.

La ternura en su voz y el anhelo por saber cómo estaba me hicieron gemir de dolor, y fue casi insoportable de resistir. No obstante, ¿fue esa mi voz? Lo interrumpí con cortesía, pidiéndole que nos viéramos aquella tarde en una cafetería del centro.

Como una sonámbula, puse el teléfono sobre la cómoda y me dirigí al baño, me metí en la ducha y dejé que el agua templada corriera con mis lágrimas. Los sollozos desgarradores lastimaron mi pecho. La rabia y la frustración corrían a borbotones, aun así, sabía qué era lo que tenía que hacer. Lo que era correcto hacer. No podría vivir conmigo misma y nunca podría ser feliz con Anders si abandonaba a Mika en aquellas circunstancias.

Cerré el grifo de la ducha. La fatalidad me aprisionaba en sus lúgubres brazos y me hacía ver que mi amor por Anders siempre había estado lleno de obstáculos que no terminaban de desaparecer. En el fondo de mí había temido que algo así pasara. En lo recóndito de mí, había creído que ese sentimiento tan intenso, tan perfecto, no era para ser vivido en aquel mundo lleno de tribulaciones y esfuerzos fallidos, de desamores e incomprensiones. Una leyenda griega que había leído hacía muchos años se coló en mis pensamientos: el sol y la luna estaban enamorados, pero los dioses, celosos de ese amor, los condenaron a vivir separados para siempre. Con desgana, me vestí y me fui a por una taza de café.

En horas de la tarde, pálida y triste, me dirigí a mi cita con Anders. Un conglomerado de nubes blancas vigilaba mis pasos, y un viento avieso me impedía avanzar con rapidez. Sin embargo, a mi pesar, llegué a mi destino. Entré en la cafetería Strindberg y lo vi sentado al fondo, al lado de una de las mesas más privadas de aquel lugar. Sentí que sus ojos me atravesaban con pasión y ternura. Le sostuve la mirada sin pestañear e intenté que el nudo que apretaba mi garganta no se reflejara en ella. Me aproximé con languidez a él, con miedo de llegar.

Se levantó y, galante, me apartó la silla. Recorrí su rostro pálido y me dejé consumir por la tristeza que vi en el fondo de sus ojos,

como si sospechara lo que le diría.

—¿Quieres beber o comer algo?

—Solo café, por favor.

Una simpática camarera nos tomó la orden. Por un momento sentí ira de que nos sonriera; qué locura, ella no tenía la culpa de mi dolor. Conteniéndome, le sonreí con amabilidad.

—Dos cafés, por favor. —Escuché que Anders le decía.

Cuando la camarera se retiró, me preguntó:

—¿Cómo has estado? —Había tanto afecto en sus ojos que me mordí los labios para no gritar de dolor.

—Bien —respondí apartando la vista.

—¿Cómo está Mika? Supe por Esko que...

—No quiero hablar de eso, perdóname...

Su silencio me caló hasta los huesos.

—Escúchame, amor, sé que esto es muy duro para ti, pero yo estoy aquí y...

—Mika me necesita ahora, y quiero estar con él —lo interrumpí con rapidez.

—¿Qué quieres decir?

La camarera regresó y puso una cafetera, dos tazas y una jarrita con leche caliente sobre el mantel blanco. Vi que la mano de Anders temblaba cuando vertió el café sobre los recipientes y me acercó uno de ellos.

Dios mío, aquello era más difícil de lo que pensé.

—¿Qué está pasando? Dime, por favor, Ulla, déjame ayudarte... No te voy a impedir que estés con él, que lo ayudes el tiempo que necesites, pero lo nuestro...

—Quiero estar con Mika...

—Por supuesto, lo entiendo... yo...

—Me voy a casar con él y lo ayudaré a salir adelante.

Como el gris del cielo en una tormenta de verano, el dolor de sus ojos se quedó grabado en los míos. La sorpresa y, después, la angustia los inundaron. Los murmullos de los comensales a nuestro alrededor se apagaron, y el olor fuerte del café se desvaneció. Sentí que mi alma anestesiada se hallaba a kilómetros de distancia de mis sentidos.

—No hagas esto, Ulla, tiene que haber otra solución. ¿Cómo es posible que te cases con otro hombre amán... dome...? —Se quedó sin voz—. No lo entiendo.

—Voy a continuar al lado de Mika, y nada de lo que me digas me va hacer cambiar de opinión. —Aquellas frases terminaron de hacer jirones mi alma y la de él.

—Joder, joder, joder. —Sus manos temblaban sin control. Intentó coger las mías, pero rápidamente las aparté. Entonces, se levantó, cogió su chaqueta, se dirigió a la caja, pagó y se perdió en el frío de la tarde.

Yo me quedé ahí, observando la taza de café que él no había tocado, como si fuera un robot. Pero no lo era, pues mi pecho me dolía terriblemente. Tan terrible que no podía respirar.

Un gemido lastimoso que no pude dominar se escapó. Ya... ya estaba hecho. Lo había alejado de mí. Sorbí el agua salada junto con un sorbo de café, que tomé solo por hacer algo y para detener aquellas incontrolables lágrimas que me sacudían sin control.

Con un gran cansancio en el alma, me levanté, me puse el abrigo, cogí mi bufanda, mis guantes y me marché a casa.

*Anders.*

Joder, joder. La impotencia, la rabia y el dolor me engullían mientras caminaba. Sí, la había dejado sola en el café; quizá no había sido lo más inteligente, pero tuve miedo de cometer una locura. Como sacudirla hasta oírla decir que me amaba o forzarla a que entrara en razón. Y antes que nada estaba mi respeto por sus decisiones, aunque no me gustaran. Sus últimas palabras me martillaban en la cabeza y se burlaban de nuestro amor.

¡Maldita sea! Estaba dispuesta a mandar lo nuestro al diablo, y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Entendía lo difícil que era para ella enfrentar lo que le había sucedido a Mika, pero no podía dejar de sentirme decepcionado por sus palabras.

Se casaría con él.

¡Maldición!

Creía que me amaba más que a su vida, y ahora resultaba que escogía quedarse con él sin buscar otras opciones, sin darnos otra salida.

Avancé sin rumbo, helándome los pulmones. Quería romper algo. Quería liarme a puñetazos con el maldito universo. Contemplé mis botas pintadas de nieve y mis manos heladas. Había dejado en alguna parte los condenados mitones. Deslicé las manos en los bolsillos de mi chaqueta.

Pese aquella profunda decepción, rabia y dolor, luchaba por no dejarme llevar y actuar con cautela.

«Dale tiempo». «Está confundida por la pena».

Pero no podía dejar de sentir un fuerte temor a que hiciera algo irreparable en nombre del deber. La conocía bien. Era una mujer que se sacrificaba por los que amaba y por lo que creía que era correcto. Era irónico que esa parte de ella que tanto admiraba fuera la que en aquella situación la apartara de mí. ¿Cuántas veces, siendo niños, la vi ceder para hacerme feliz o hacer feliz a mi padre? Sí, se casaría con Mika, y quizá cuando se diera cuenta de lo que había hecho sería demasiado tarde para los dos.

Horas después, volví a por mi coche y me fui deprimido a mi apartamento.

Los días siguientes mi vida transitó por un paraje de sombras con la fatiga y el dolor como compañeros de viaje. Me dediqué a mi trabajo y a mi hija. No me desahugué con nadie. Aparte de Esko, nadie sabía que me moría sin Ulla. Así era más fácil. Más fácil para zambullirme en la autocompasión y no recibir consejos que no deseaba.

El móvil sonó. ¡Esko! Le había prometido que respetaría la decisión de Ulla por mucho que eso me doliera. No. No quería hablar con él. No le contesté.

Aquella semana, después de dos llamadas más, aliviado, noté que Esko no volvía a insistir. Y debió de decirle algo a mi madre, porque ella también respetó mi silencio.

## CAPÍTULO 35

*Enero. Ulla.*

El treinta y uno de diciembre se fue como un suspiro, y el año 2014 llegó sin promesas ni alegrías. Lloraba durante las noches para que Minna no me viera o escuchara, aunque no podía ocultarle la tristeza en mis ojos y las grandes ojeras cada mañana. Sabía que pensaba que se debía a la situación de Mika, pero lo cierto era que no dejaba de pensar en Anders y me sentía fatal porque era él quien ocupaba el noventa y nueve por ciento de mi cabeza y de mi corazón.

Sabía que Minna estaba atribulada por la situación de su hermano, pero me sentía incapaz de confortarla y que me confortara. Me sentía tan culpable cuando ella me abrazaba que corría a refugiarme en mi cuarto sin devolverle la caricia. Una noche me inundó la ternura cuando vi que me había preparado para la cena un pollo al vino. No tenía hambre, pero esboqué una sonrisa, me senté junto a ella y, haciendo un enorme esfuerzo, me lo comí todo.

No podía compartir con nadie aquella tremenda aflicción. No quería hablar con nadie, ni siquiera con Jacobo. Cuando no estaba en el hospital, pasaba el tiempo en casa con la mirada perdida; algunas veces iba a nadar, y otras, cuando la temperatura lo permitía, me abrigaba bien e iba a esquiar al parque Kaivopuisto. Ansiaba que las vacaciones terminaran y empezaran las clases para estar ocupada y no pensar.

Pasados los tres días, los especialistas realizaron una serie de pruebas y análisis, tan complejos y sofisticados que me confundían, pero que permitieron hacer una exhaustiva evaluación neurológica de la lesión de Mika. Cuando el equipo médico completó el diagnóstico, nos citó a todos y nos explicó, con claridad, los resultados de las pruebas y el procedimiento que se seguiría: Mika tenía una lesión temporal en la médula espinal. Una lesión incompleta, que había originado una paraplejía. No podría caminar, pero la movilidad de los miembros superiores se recuperaría poco a poco.

Según los doctores, las lesiones en la parte baja de la columna producían menos discapacidad, sin embargo, en aquellos momentos, la pérdida de control de la función intestinal y la pérdida de control de la vejiga, junto con la inmovilidad de las piernas, eran un hecho real. El paso a seguir, y el más valioso, era empezar con el proceso de rehabilitación. Cuanto antes se iniciara, más posibilidades tenía Mika de recuperar la movilidad y la percepción de las funciones dañadas. Ya había mostrado algo de movimiento y sensibilidad, lo cual era una muy buena señal.

Después de eso, la fisiatra tomó la palabra. La especialista, rezumando simpatía por todos los poros, nos explicó que estaría a cargo del equipo de rehabilitación: fisioterapia, terapia ocupacional, consejería en psicología y otros especialistas. Ella, al enterarse de que era la prometida de Mika, me preguntó si quería involucrarme junto con Sirpa en las secciones de gimnasia y terapia en el agua. Eso me animó; no sería solo una espectadora pasiva. Me hizo sentir útil.

Organizamos, pues, nuestra agenda para empezar lo más rápido posible. Me enorgullecí de la actitud con que Mika asumió todo aquello. Era un optimista y un luchador por naturaleza. Además, antes de la caída había mantenido un buen estado físico y mental, lo cual, aseguró la fisiatra, era muy, pero muy positivo para una buena recuperación en ese tipo de lesiones.

Mientras caminaba por el hospital buscando la salida, suspiré con un ápice de mordacidad. Llevaba casi un año girando en torno a los hospitales: primero lo de papá, y ahora lo de Mika. Ya me conocía de memoria los pasillos y puertas de aquel lugar.

La recuperación comenzó, y en los siguientes días la relación entre Mika y yo giró en torno a las terapias de rehabilitación. Debo decir que una de las grandes cualidades de mi novio era la determinación que le ponía a todos los desafíos, casi hasta la obsesión. Y estaba empeñado en mejorar mucho más rápido de lo que los médicos pronosticaban. Cuando por fin pudo ir a casa, me pidió que lo llevara a nadar todos los días después de la fisioterapia. Se exigía tanto que yo no sabía cómo hacía para ignorar la intensidad de los dolores inherentes al daño en la médula, unidos a los de la rehabilitación. Quedaba exhausto e irritado al caer la tarde,

con tan mal humor que mi paciencia muchas veces se vio puesta a prueba.

Mis vacaciones pronto llegaron a su fin, y entre Mika y mi trabajo no tenía tiempo para nada más. Ni siquiera para visitar a papá. Sabía que estaba bien. Seguía en chequeo, y, en uno de ellos, coincidí con Stina y con él en el hospital. Cuando lo vi, me acerqué y lo abracé. Intenté ocultar la tristeza en mis ojos, pero, al ver la preocupación en su mirada, me di cuenta de que no lo había logrado. Para mi alivio, no me dijo ni me preguntó nada. Se despidió de mí besándome con dulzura y clavando sus ojos en los míos.

—Ya sabes dónde estoy, por si quieres hablar con alguien, hija.

—Lo recordaré, *isä*, gracias.

Lo dejé marchar, muriéndome por preguntarle cómo estaba aquel en quien no dejaba de pensar cada segundo de mis días y de mis noches.

Aquella tarde, después de dejar a Mika en su apartamento, en Tapiola, tomé el bus a casa con el alma en el dobladillo de mi falda. A medida que el autobús ganaba velocidad, divisaba los empinados árboles que, repletos aún de nieve, le daban un poco de color a la luz ceniza del cielo. Los techos blancos de los edificios y las luces del centro de Helsinki me advirtieron que pronto llegaría. Con desaliento, me bajé en la estación de Kamppi y desde allí me dirigí a pie a mi piso.

*Anders.*

Sabía que Esko estaba preocupado por mí. Me imaginaba que la soledad en la que me hallaba sumido y la distancia que les había impuesto a todos los miembros de mi familia hacía difícil que no se dieran cuenta de que algo grave pasaba. Pero no me sentía con fuerzas para fingir, y tampoco quería hablar con ellos sobre lo que había pasado con Ulla.

Definitivamente, no.

Agradecí que mis padres no insistieran en hablar conmigo y que me dejaran sumergirme en mi trabajo. Aun con el corazón quebrado, la vida seguía, y suponía que el tiempo todo lo curaba.

Me bebí el vodka que me había servido mientras contemplaba el jardín interior que estaba frente al despacho. Beber a esas horas no era una idea muy inteligente. Sabía que muchos de mis compatriotas experimentaban el impulso nacional de ahogar las penas y la alegría de forma desmedida en el alcohol, y yo no quería caer en ese agujero sin retorno. Pero aquella mañana no había hallado la fortaleza necesaria para evitar servirme un poco.

Cada día, cada minuto, la vida la alejaba de mí y la acercaba a Mika. Vivía con el temor de escuchar que se habían casado, apresurados por las circunstancias. Cerré mi ordenador y llamé a Tanja, mi secretaria, para que le entregara unas misivas a Jyrki. Miré el reloj: era tiempo de almorzar.

Mi móvil sonó. Era Esko.

Suspiré resignado. Ya no podría evadirlo más. Me había exigido visitarlo cuando saliera de la oficina aquella tarde. Comprendí que, si no iba, era capaz de venir a buscarme. Con un gesto de fastidio, decidí salir un poco más temprano para no verme inmerso en el embotellamiento del final de la tarde.

Fuera, la nieve continuaba aferrada al suelo de los bosques, mientras que los cipreses y los abedules resistían con valor el embate de las bajas temperaturas. Una hora más tarde, llegué a la casa de mis padres, estacioné el automóvil y descendí con aprehensión. No quería que me acosaran a preguntas.

Mi madre me esperaba con la puerta abierta y me sonrió con dulzura. No me preguntó nada.

«Vaya».

Me quité la chaqueta y los zapatos.

—Tu padre está en el estudio. —Me acarició la barbilla.

El olor a canela me acompañó hasta donde estaba Esko. Supuse que *mamma* había horneado bollos en mi honor. Toqué a la puerta.

—Pasa, hijo. —Se quitó las gafas e hizo a un lado el libro que leía.

Se le veía de buen semblante, el cabello ya le había crecido y había subido de peso.

—*Terve*, Esko, te veo muy bien.

—Estoy bien, quien me preocupa eres tú. Te ves... horrible.

Suspiré con fastidio.

—Escucha, Esko...

—Hijo, no quiero entrometerme, pero creo que te haría bien hablar con alguien.

Dejé salir el aire, resignado. Me acerqué, pero no me quise sentar.

—¿Qué pasó entre Ulla y tú?

—Nada. Le dije que la amaba, y ella... me dijo que también me amaba, pero ahora... Todo cambió con el accidente de Mika.

Mi padre se incorporó un poco y me miró a los ojos.

—Me temía que algo así pasaría. Temía que ella no tuviera claros sus sentimientos por el cariño que siempre te ha profesado.

—No. Ese no es el problema. —Pasé la mano por mi nuca con aire cansado. No quería reflexionar una y otra vez sobre lo mismo—. Me dijo que toda la vida me había amado. Teníamos planes de vivir juntos, pero con lo que le pasó a Mika... Dice que se va a casar con él.

La tristeza al recordarlo me hizo sentarme en la silla, derrotado.

—Entonces, dale tiempo, hijo. Ahora ella está sujeta a mucho estrés y...

—Tú la conoces, Esko, ella es capaz de sacrificarse y creer que si con eso ayuda a Mika, se casará con él —terminé con rabia.

Sentí la mano de mi padre sobre mi hombro.

—Lo único que te aconsejo, hijo, es que tengas paciencia. Ten fe en que ella encuentre el camino y haga lo que le dicta el corazón y no el deber.

No sabía si mi padre tenía razón o no, pero tampoco sabía cómo salir de esa bruma de desmoralización en la que me hallaba hundido. ¿A dónde había ido a parar mi optimismo?

No lo sabía, o quizá sí. Quizá se lo había llevado la última decisión de Ulla.

## CAPÍTULO 36

*Febrero. Ulla.*

Los días pasaban, y mi tristeza no menguaba.

Me tomé una taza de café caliente mientras divisaba el opaco paisaje desde los ventanales del balcón de mi apartamento. Me sentía cansada por las mañanas y sin ánimos de ir a trabajar, pero me obligaba a realizar toda la actividad física que podía, porque no podía darme el lujo de hundirme en la desesperanza.

La rehabilitación de Mika seguía con intensidad. El ritmo lo marcaba él, quien se proponía dejar la silla de ruedas así tuviera que caminar con muletas. Los fines de semana me quedaba en su apartamento, pero habíamos acordado, por sugerencia de la psicóloga, que durante el resto de la semana yo durmiera en mi piso. Era bueno para los dos. Yo necesitaba tener mi propio espacio y un receso del problema de Mika, y él, autonomía.

Oí que Minna salía de su cuarto y me rondaba sin saber cómo romper la barrera que yo había erigido entre las dos. Sabía que hacía mal, pero no me sentía con fuerzas de reír o fingir que estaba bien. Era suficiente con simular alegría cuando estaba con Mika.

—Me contó Mika que... bueno, lo de tu padre. Que no es en realidad tu padre.

Tomé aire con docilidad, la miré e intenté sonreírle.

—Sí, es cierto.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

Me encogí de hombros.

—Ya lo acepté.

—Así que Anders no es tu hermano después de todo. —Me miró tan fijamente que sentí que desnudaba mi alma.

Apreté los labios y contesté algo enfadada:

—No.

Vi que Minna suspiraba cohibida; me sentí mal por responderle así, pero no quería hablar de Anders con nadie.

El portero electrónico sonó y me salvó de buscar una excusa para retirarme a la soledad de mi cuarto. Contemplé extrañada cómo

Minna se levantaba con rapidez, se calzaba las botas y salía pitando sin decirme adiós.

«Vaya».

Como la conocía, sabía que ocultaba algo, pero, sin ganas de conocer otro secreto más, lo dejé pasar, y en los siguientes días traté de contener mi curiosidad frente a la atípica conducta de Minna. Ya no salía por las noches, saltaba al primer timbrado de su móvil y, cuando lo descolgaba, se quedaba cuchicheando hasta altas horas de la noche, soltando una que otra carcajada.

*Febrero. Anders.*

La falta de sol y el helado invierno comenzaban a cansarme. El dolor de no tener a Ulla junto a mí seguía hiriéndome y menoscabando mi ánimo, al punto que hasta Jyrki, quien era discreto al extremo, me preguntó si tenía algún problema personal. Por supuesto, le respondí que todo estaba bien. Nada convencido, me miró de forma extraña, pero no insistió.

Me pasaba más horas de las aconsejables en la oficina, visitaba poco a mis padres y nada a Eveliina; mucho menos la llamaba o pasaba a ver a su nuevo retoño, como me insistía que hiciera en los mensajes que me enviaba a diario.

Aquel día estaba embebido revisando unos datos en el ordenador cuando recibí un mensaje de mi hermana suplicándome que fuera a verla. Decía que sufría de depresión posparto y quería que yo la consolara. Preocupado, salí temprano de la oficina y, tan pronto como pude, me dirigí a su casa.

Cuando llegué, antes de llamar al timbre ya me había abierto la puerta, y al ver su mirada radiante me di cuenta de que me había tendido una trampa. Sin una pizca de arrepentimiento por haberme engañado, me llevó a ver a Carla, que en esos momentos dormía en un cochecito en la cocina. ¿Qué más podía hacer? Admirar a mi sobrina como ella quería.

—¿Quieres té o café? Tengo bollos de canela.

Me enternecí.

—Muy bien, café, por favor, y un bollo de canela.

Puso la cafetera y nos sentamos cerca de Carla.

—¿Qué te pasa, Anders?

El silencio se prolongó por varios segundos.

—No quiero hablar sobre eso.

—Vamos, Anders. ¿Qué te está martirizando? ¿Por qué a los hombres Peltola les cuesta tanto hablar? Soy tu hermana y tu amiga. ¿Qué es lo que no puedes decirle a nadie? Ni papá ni mamá sueltan prenda, y Ulla no tiene tiempo para nada que no sea Mika.

Escuchar esa frase sobre Ulla me noqueó. Sabía que mi rostro mostraba mi dolor. Traté de respirar, pero el oxígeno se negaba a llegar a mis pulmones. Mi hermana me miró sorprendida y me abrazó.

—Vamos, cuéntale a la loca de tu hermana lo que te pasa.

Dándome por vencido, le confesé a Eve todo el amor que siempre había sentido por Ulla y nuestros planes antes de la Navidad. Sus ojos azules, tan parecidos a los de mi madre, me devolvieron comprensión y afecto.

—La verdad es que no me extraña. —Sonrió con delicadeza—. Siempre sentí que ambos tenían una relación especial. No podían estar lejos el uno del otro por mucho tiempo. En ocasiones sentí envidia y me pregunté por qué tú y yo nos peleábamos como perros y gatos, mientras que ustedes dos se divertían y querían tanto. Debió de ser muy duro para ti amarla todos estos años. Ahora entiendo muchas cosas... ¿Y qué te ha dicho ella?

—Me dijo que escogía a Mika. Dice que quiere casarse con él.

Exhaló el aire y clavó sus ojos en mí.

—¿Estás seguro, Anders? Debe de ser muy duro para ella afrontar el accidente de Mika. Me temo que, como mujeres, cuando alguien necesita de nosotras, todos nuestros instintos maternos se despiertan. Y mucho más si ese alguien es el prometido al que había planeado dejar.

Me levanté con la taza de café en la mano y me dirigí a mirar el jardín a través de la ventana.

—No lo sé, ya no sé nada. Lo único que sé es que ella está con él y no conmigo.

—Creo que es normal y correcto que ella esté ahora con Mika. Dale tiempo, déjala que encuentre qué es lo que realmente quiere

cuando todo esto pase.

El llanto de Carla nos sobresaltó; Eve se acercó y la tomó en brazos. Se sentó en una mecedora y, con destreza, le dio del pecho. Sonreí ante la belleza del cuadro. Me maravillaba ver a la hermosa mujer que, a pesar de su exitosa carrera como modelo en el pasado, se había convertido en una madre responsable y en una devota esposa. Me quedé un rato más, rodeado de la paz y la quietud que se respiraba a esa hora en la casa de mi hermana, pues Antti y *Eko* no habían llegado aún de la guardería.

Más tarde, me dirigí a casa con el corazón más ligero y con una llama de frágil fulgor agitándose en mi alma. Eve era una mujer y sabía de lo que hablaba, ¿no?

Tenía miedo de ilusionarme, miedo de tener esperanza. Suponía que era un mecanismo de defensa contra la posibilidad de que si me dejaba arrastrar por la confianza y me equivocaba, quedaría destrozado, sin posibilidad de recuperarme.

## CAPÍTULO 37

*Sábado. Anders.*

El amor tomó el timón del barco en el que viajaban mis padres, y los años de desafectos e incomprensiones entre ellos quedaron en el ayer. El camino que decidieron tomar fue el camino del perdón. Por primera vez con ese sentimiento en sus corazones, ambos quisieron celebrar el aniversario de su matrimonio.

El nuevo entendimiento entre ellos creaba nuevos e interesantes acuerdos. Stina atendió el deseo de mi padre de disfrutar de aquel día solo con sus hijos y sus nietos. A cambio, Esko había empezado a asistir a algún que otro evento social para complacer a mi madre. Me sentía feliz por ellos y no quise perderme la comida que programaron para aquel día, aunque eso significara pasar por el doloroso proceso de encontrarme con Ulla después de casi dos meses sin verla.

No sabía si poseería el coraje de tenerla frente a mí y hablarle como si nada hubiera pasado entre los dos. Anudados al dolor, en mí bullían la amargura y los celos. Y no, no me servía de nada comprender que Mika estaba pasando por un momento difícil.

Me bajé del coche y cogí el ramo de flores que había comprado para los dos y que Ella se había negado a soltar, aduciendo que ella quería dárselo a los abuelos. Esperé a que mi duendecillo se bajara y cerré la puerta. Le devolví el ramo y me cercioré de llevar en el bolsillo los billetes para un crucero por el Mediterráneo que les había comprado como obsequio a mis padres.

Dentro se escuchaba la melodía de un tango finlandés. No podía faltar. Sonreí mientras ayudaba a mi hija a quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero. Salió corriendo con las flores y no alcancé a advertirle justamente eso, que no corriera.

Inspiré profundo y entré en el salón con la sangre rugiendo en mi cuerpo. La busqué con la mirada, pero no vi rastros de ella. Mis padres habían contratado a alguien para que preparara la comida y la sirviera. Un joven se acercó y me ofreció algo de tomar; acepté, le agradecí y luego me acerqué a mis padres, que conversaban animados con Eveliina y Kalle.

Cinco minutos después, inquieto, me levanté y me dirigí a ver qué hacía mi hija con sus primos. Y entonces la vi. Estaba sentada en el suelo con los niños, pero en cuanto me vio se incorporó con rapidez.

El suelo se convirtió en olas que me sacudían, y mis sentidos temblaron al acercarme a ella. La atravesé con la mirada, pero sus ojos me esquivaron. Sin darme cuenta de lo que hacía, la así de los brazos y la acerqué a mí. ¡Me importó un comino todo! Tomé su boca. Fue un beso intenso, palpitante. Lleno de rabia y amor. Luego la solté. Todo pasó tan deprisa que los niños no notaron nada extraño. Mi pecho se inflaba y desinflaba con rapidez. Su pecho hacía lo mismo, y, con dedos temblorosos, se tocó los labios en tanto que clavaba su enfadada mirada en la mía. Yo no podía. No quería apartar mis ojos de los de ella mientras sentía que cada célula de mi cuerpo enloquecía. Me alegré de verla alterada, pero también me reprendí por haber perdido el control y besarla sin su consentimiento.

Respiré hondo y, con voz ahogada, manifesté:

—Lo siento.

—No tenías ningún derecho... —Jadeó, todavía alterada.

—Lo sé. —Le di la espalda e intenté recuperar el control. Me sentí mal por su protesta, pero ¿a quién quería engañar? No me arrepentía de haberla besado. Se escuchaban las risas de los niños y la respiración agitada de ella y la mía. Cuando regulé mi aliento, me volví. Miré su cabeza agachada y me invadió la ternura. Rabia, deseo, ternura... Ella me iba a volver loco.

—¿Cómo has estado?

—Bien, bien. —Su voz sonaba apagada.

La necesidad de besarla otra vez y de estrecharla contra mí me agobió. Me pasé una mano por mis cabellos mientras apretaba con la otra mi cadera, intentando controlarme. Sentí que una mano invisible oprimía mi garganta al tiempo que le preguntaba:

—¿Tu prometido está bien?

—Sí. —Levantó la mirada, que se había oscurecido, y, con voz triste, añadió—: Se está recuperando.

—Entonces ha valido tu sacrificio —solté con ira. ¿Para qué mentirle? ¿Para qué ocultarle aquella ira que me devoraba?

—Anders, yo...

—¿Qué? Te resultó muy fácil, ¿verdad? —Sabía que estaba a un pelo de perder el control.

—¿Qué me ha resultado fácil? —Me preguntó con dolor y rabia también.

—Hacerme a un lado. Hacer a un lado nuestro amor.

Se quedó ahí cabizbaja. En un obstinado silencio. Quise zarandearla, sacudirla y, al mismo tiempo, implorarle que recuperara la sensatez, pero la voz de mi hija me recordó que aquel no era el momento ni el lugar.

—Tengo hambre, *pappa*.

Tomé una profunda bocanada de aire y, tendiéndole la mano a Ella, la animé.

—Ven, vamos a preguntarles a los abuelos qué tienen para ti, duendecillo. Disculpa... —Y abandoné la habitación.

En el salón, el camarero se acercó y nos ofreció una gran variedad de tapas. Mi hija cogió algunas, y me senté con ella en uno de los elegantes sillones mientras dejaba que los latidos de mi corazón terminaran por apaciguarse.

Vi que el camarero descorchaba una botella de champán y la vertía sobre las copas que llevaba en una bandeja al tiempo que Antti y *Eko* llegaban escoltados por Ulla. Con todos en la sala, el joven terminó de servir zumo de manzana para los niños. Y cuando todos tuvimos una bebida en la mano, Esko levantó su copa y se dirigió a nosotros.

—Me siento emocionado de tenerlos aquí conmigo y gozar de salud. Quiero darles las gracias a todos por estos meses de apoyo y cariño. A ti, Stina... —Con su mano libre, cogió la de mi madre—. Agradezco tus cuidados y tus desvelos. Estos meses he encontrado en ti a la compañera con quien quiero pasar mis últimos días. —Carraspeó—. Quiero que me perdones por no haberte aclarado muchas cosas del pasado. —Volvió los ojos a Ulla—. Lo mismo te digo a ti, hija, y... a todos. —Su mirada nos recorrió a Eveliina y a mí.

Ulla lloraba en silencio, y vi que Eveliina la abrazaba. Un músculo en mi mandíbula saltó mientras sentía que la amargura me inundaba al no ser yo quien estaba a su lado consolándola.

—Me di cuenta demasiado tarde de que los secretos que se guardan en una familia pueden afectar la vida de todos sus miembros —continuó mi padre—. Lo siento mucho. —Clavó sus ojos en mí y luego en Ulla. Después levantó su copa—. Por la familia y por el amor que nos une.

Mi madre, conmovida, apretó la mano de papá.

—Yo también quiero agradecer a todos su apoyo y cariño durante estos meses. Sé que soy una mujer con un carácter difícil, y eso, me temo, no va a cambiar... —Nos regaló una sonrisa—. Gracias por comprenderme. He tenido que aprender a ser humilde a base de decepciones, pero, finalmente, he comprendido qué es lo que de verdad importa en mi vida. —Posó sus ojos azules sobre los de mi padre y levantó su copa—. Por nosotros y la familia. *Kippis!*

—*Kippis!* —Respondimos todos.

Conmovido, por primera vez en mi vida vi a mis padres darse un beso con amor.

El resto de la tarde degustamos una serie de platos con un toque francés. Yo, por supuesto, estuve pendiente cada segundo de Ulla, de sus expresiones, de su silencio, de su aire de tristeza y de su mirada, que en ningún momento dirigió hacia mí. Una nube oscura me martirizaba cada vez que esquivaba mis ojos.

Cuando llegó la hora del café, Ulla se despidió alegando que Mika la esperaba. Los celos latieron en mis sienes, pero, haciendo gala de una conducta impasible, guardé silencio. Contemplé cómo se despedía de mis padres y de Eveliina. Mi hija se colgó con desenfado de su cuello, y ella la alzó en sus brazos para darle un sonoro beso. La niña se contorsionó con una risotada, y no pude evitar sentir celos de la camaradería y el cariño que se demostraban. Bajó a Ella y, titubeante, se acercó a mí. Su perfume, su suavidad me inundaron. Una dolorosa añoranza me invadió. Quería gruñir de frustración contra su boca... Besarla, perderme en su cuerpo hasta que desapareciera el mundo y encontráramos otro. Sí, otro mundo donde pudiéramos estar juntos.

—Hasta pronto, Anders. Yo... —Ni siquiera pudo mirarme a los ojos—. Te veré luego.

No le contesté. ¿Para qué?

Y entonces se fue.

## CAPÍTULO 38

*Domingo. Ulla.*

Después de dar varias vueltas en mi cama, con frío en el alma y en los huesos, me pregunté por enésima vez si no estaría resfriada. El día anterior, cuando regresaba de la casa de mi padre, había llamado a Mika para avisarle de que no me esperara aquella tarde porque me sentía mal. Me había puesto mi pijama más grueso y me fui directa a la cama. Había hecho un enorme esfuerzo para dejar de pensar en él, pero sus ojos llenos de amargura flotaron por todo mi cuarto, impidiéndome dormir bien. Después, había caído en un sueño inquieto hasta que la desafinada voz de un hombre cantando en inglés me despertó a la mañana siguiente.

¡Las diez! Asombrada, me levanté de un salto en tanto que continuaba escuchando la canción, acompañada del azote de cacharros en la cocina. A toda prisa me dirigí a ver qué pasaba. En el umbral me topé con un alto y robusto moreno, sin ninguna pizca de aprecio por los colores oscuros y vestido con el ridículo delantal de Minna, que desarmonizaba con su colorida indumentaria. Oh, oh, y yo que pensaba que no encontraría a otra persona sobre la Tierra que vistiera como Minna.

—*Good morning!*<sup>86</sup> —Me sonrió con sus... ¿treinta y dos dientes?

Solté una carcajada tan llena de gozo que... ¿Cuánto hacía que no reía así? No pude parar de reír. Vi que el extraño me miraba como si me hubiera vuelto loca. Minna se apresuró a entrar en la cocina y, en cuanto la vi, estallé en un llanto incontrolable.

Con toda la calma del mundo, me abrazó mientras me llevaba a la sala. Nos sentamos en el mullido sofá; yo seguía llorando. Ya no podía más y, con voz entrecortada, musité:

—Lo amo demasiado... Lo amo demasiado y no puedo estar con él.

—Por supuesto que sí. Se va a poner bien —me aseguró Minna.

—No... No... No es por Mika...

—¿Cómo? ¿Estás enamorada de otro hombre?

—Sí... —Seguí llorando con desconsuelo.

—*Perkele!* Digo, *herranjumala!* Querida Ulla, tú sí que no haces nada a medias, ¿verdad? A ver, dime, ¿quién es?

—Anders... —balbucí con mi cara enterrada en su pecho.

—Ya veo. —Oí que suspiraba—. ¿Por qué será que no me sorprende?

Levanté mi rostro.

—¿No estás escandalizada? ¿No vas a gritarme la horrible clase de persona que soy?

—¿Quieres que lo haga?

—Pues sí...

Suspirando por segunda vez, me habló con una tremenda ternura:

—No soy un dios juzgador, Ulla, ya sabes que ese tipo de cosas no van conmigo. ¿Quién soy yo para decirte lo que está bien o no está bien en las cosas del amor? Además, el corazón siempre hace lo que quiere, y no le importa lo que nuestra cabeza le dice. Él y tú...

—Sacudió su melena—. La verdad es que no me sorprende.

Me levanté y fui a por un pedazo de papel al baño. Me soné y regresé a la sala con los ojos rojos, pero más calmada.

—Ven aquí, siéntate a mi lado y déjame abrazarte otra vez. — Cuando lo hice, continuó con cierta ironía—: Ahora entiendo esa tensión que hay entre ustedes cuando están juntos. Y lo protector que es contigo. ¡Vaya! Pensé que era porque habían crecido juntos en... digamos, atípicas circunstancias, pero ahora lo entiendo. ¡Oh, Dios mío! Por eso estabas celosa de mí cuando te dije que me ayudarías con él.

Sentí que me sonrojaba hasta la raíz de mi pelo.

—Bueno... sí.

—Oh, Ulla, lo siento tanto.

—No seas tonta, tú no lo sabías.

Clavó el verde de sus ojos en los míos y me preguntó:

—¿Y Mika?

—Perdóname, Minna, sé que es tu hermano y...

—No, cariño, no lo digo por eso. Es por ti, tienes que ser fiel a lo que tú sientes.

—Lo sé, pero ahora él ha tenido un terrible accidente y está en rehabilitación... Me siento incapaz de decirle algo que lo hiera. Prefiero continuar como estábamos. —En el momento en que solté

aquellas palabras me sonaron tan poco honestas que me encogí de vergüenza.

—Escúchame, Ulla, debes ser sincera con él. Mika es un hombre fuerte, y sé que mi orgulloso hermano preferiría a su lado a una mujer que esté completamente enamorada de él. —Al ver la angustia en mi rostro, continuó—: De las dos, tú siempre has sido la más sensata, Ulla. No puedes entregarle migajas de amor a un hombre como Mika, y tampoco puedes darte a ti misma esas migajas; menos cuando hay otro del que puedes recibir todo el pastel. Porque estoy segura de que Anders te ama, ¿verdad?

Asentí en silencio sin poder pronunciar palabra.

—Ay, amiga, ya verás que todo sale bien...

—¿Ya puedo entrar? —El vozarrón de Obafemi se escuchó desde el pasillo—. El desayuno está listo, *baby*.

Las dos nos reímos.

—¿Así que tú eres el famoso Obafemi? —Lo inspeccioné con fijeza.

—El mismo que viste y calza, *baby*. —Me tomó de la mano y, zalamero, me la besó.

—Vamos, payaso, sírvenos todas las delicias que preparaste —le pidió mi amiga con los ojos llenos de luz.

Nos dirigimos a la mesa y, cuando pasé por su lado, con disimulo, le susurré:

—¿No decías que lo odiabas?

Sus mejillas se colorearon.

—Bueno, no siempre...

—¿Debo preguntarle cuáles son sus intenciones? —bromeé.

Obafemi, que me había escuchado, despejó todas mis dudas:

—Llevo más de seis meses enamorado de ella y creo que ya le he demostrado que no estoy jugando, ¿verdad, *baby*? Así que aquí estoy y aquí me quedo. —Besó a Minna en la boca.

Aliviada por haber hablado con Minna, puse mis aflicciones en pausa y me dediqué a disfrutar del desayuno con mis amigos. Fue un *brunch* hilarante, aderezado con la grata compañía del africano, que resultó ser un hombre sofisticado y encantador, además de guapo. Sus pícaros ojos negros no se apartaban del rostro de mi

amiga. Me sentí inmensamente feliz por Minna. Y en aquel momento fue lo único que me importó.

### *Domingo. Mika.*

Lo tenía todo. Tenía un trabajo que me llenaba. Tenía un hogar en un país tranquilo y pacífico. Tenía el dinero suficiente para no preocuparme por él. Tenía el amor de una mujer bella y dulce. Pero el destino me dio un revés. Y, de pronto, me quedé sin nada.

No me quejaba; nunca había sido partidario de revolcarme en la autocompasión o reflexionar mucho sobre las adversidades que nos tocaba asumir en la vida. Aceptaba las cosas como llegaban, las afrontaba y seguía adelante. Sí, mi situación ahora no era como para lanzar cohetes, pero pudo haber sido peor. Y ahí estaba, determinado a no creer en todo lo que los médicos dijeran sobre mi lesión. Creía en mí y saldría de esta mucho mejor de lo que ellos pensaban.

No, mi lesión no me preocupaba.

Lo que me preocupaba era la tristeza que veía en los ojos de mi novia.

Demasiado inquieto, recorrí todo el apartamento en la silla de ruedas y luego decidí bajar al jardín cubierto de nieve que rodeaba el edificio donde vivía. Me abrigué bien y llamé el ascensor. Mientras me desplazaba por el jardín, aprecié el cielo despejado y azul y el brillo del sol que fulguraba como la vida que yo quería vivir. Oh, sí, saldría de aquella. No tenía ninguna duda.

Pero la dulce Ulla, no. Lo olía, lo intuía y, si era sincero conmigo mismo, lo venía sintiendo desde hacía ya varios meses. No era cómo se comportaba. No. Me seguía tratando con la misma dulzura y el respeto de siempre. Había sido mi amiga y mi apoyo incondicional en esos dos meses. Pero... su corazón ya no estaba conmigo, y podía constatarlo cuando la observaba sin que ella se diera cuenta y la encontraba con una mirada perdida llena de nostalgia. Sabía que en ocasiones mi mal humor, a causa de ese jodido dolor que me carcomía todos los días, me hacía comportarme

un poco... digamos, imposible, pero no creía que esa fuera la razón de su pena.

No. Tenía que ver con algo mucho más profundo. Algo que yo no había querido aceptar, tal vez porque al principio me pareció ridículo. Ulla era una de las personas más honestas que había conocido en mi vida, pero supongo que todos tenemos nuestros secretos.

Sí, mucho me temía que mi novia se había enamorado de otro hombre. Me dolía llegar a aquella conclusión con tanta seguridad, pero no encontraba otra explicación. Había tenido mucho tiempo para reflexionar y mentirme a mí mismo, para observar con atención nuestra relación, y, finalmente, había aceptado que existía alguien más.

O amaba a otro hombre, o había dejado de quererme. O ambas.

Di una segunda vuelta alrededor del edificio y me aventuré en mi silla de ruedas a transitar cerca del bosque que había detrás. No era fácil, pero me gustaba forzar los músculos de mis brazos.

La pasión que ella me ofrecía había pesado en mí como hombre, pues sentía que no me entregaba todo. Aunque la nostalgia me invadía, era preciso aceptar que Ulla no me amaba como yo quería que una mujer me amara. Era exigente conmigo mismo y con la vida, pero, a cambio, yo lo devolvía todo con la misma entrega, y deseaba lo mismo de la mujer con quien quería compartir mi vida.

Suponía que debía estar agradecido por los buenos momentos que tuvimos, sin embargo, nuestra relación se acercaba al final. Sabía que ella se resistiría a dejarme solo en la situación por la que yo atravesaba, por lo que resultaría indispensable hacerle entender que necesitaba, que anhelaba una mujer enamorada de mí, no una buena amiga.

Por mucho que me doliera, me urgía escuchar la verdad. Cara a cara. Una verdad que nos liberara a los dos. Sí, la vida era muy corta, y había que tomar siempre la decisión más honesta, la más genuina para los deseos del corazón.

Detuve mi silla de ruedas y aspiré con melancolía el aire del bosque; después, regresé a mi apartamento a esperar la llegada de Ulla.

*Domingo por la tarde. Ulla.*

Después de las risas y el momento tan agradable que compartí con Obafemi y Minna, había llegado la hora de pensar en lo que debía decirle a Mika. Con mi corazón transido de frío, hice la cama y abrí las cortinas para dejar entrar la luz del sol. Minna tenía razón. Debía ser honesta con Mika y conmigo misma. Él no merecía lo poco que le podía ofrecer. Merecía ser amado... de la misma forma en que yo amaba a Anders.

Ya no podía ocultarle ese amor que me consumía.

Ya no quería ocultárselo.

Había sido una tonta al pretender que podría continuar como si nada hubiera pasado. Había sido como quitarle la luz del Sol a la Tierra. La vida en mí desaparecía poco a poco, mi alma se marchitaba, y un día moriría si no hacía lo correcto para conmigo misma.

Debía decírselo, por muy duro que fuera.

Me conmovía mucho la situación de Mika en aquellos momentos, pero no podía continuar engañándome y engañándole. La pena me invadió. No sería fácil decirle adiós a un amigo tan querido; a un compañero que llenó de colores los días grises de mi vida cuando más lo necesité.

No, no sería fácil. Decirle a alguien que no se le amaba como debería habersele amado nunca era fácil, y mucho menos en aquellas difíciles circunstancias en las que él estaba.

Después de ducharme, me vestí con lentitud, con torpeza. Trencé mis cabellos y me coloqué un poco de base para disimular las ojeras bajo mis ojos. Solo eso. Nada más. Sin carmín, sin rímel, sin color en mi rostro. No iba a encontrarme con mi novio. Iba a decirle adiós a mi novio.

Por un momento el coraje que trataba de mantener se evaporó, y trastabillé en la puerta antes de salir. Cuando llamé el ascensor, me di cuenta de que había olvidado mis manoplas y mi gorro; con el corazón acelerado volví por ellos.

Esperé el bus número catorce, que me llevaría a la estación de Kamppi, donde tomaría otro que pasaría por Tapiola, la hermosa área de Espoo donde vivía Mika. Alcé el rostro y dejé que mis ojos

parpadearan ante el amarillo bruñido de los rayos del sol. El suave ronroneo me anunció que el autobús se acercaba. Me subí y me senté al lado de una dama de unos sesenta años. Parecía triste, o quizá era mi tristeza la que veía en ella. Fuera, poca gente caminaba por las aceras de la ciudad. El silencio era casi un emblema nacional los domingos, con mayor razón en el invierno.

Mi sangre se agitó cuando el bus se adentró en el área de Tapiola. Atisé los bosques lechosos y los inconfundibles arbustos, sin su melena verde, rodeando las bonitas casas y los bonitos apartamentos. Me bajé en la parada que quedaba a unos diez minutos del piso de Mika. Me encantaba caminar, aunque en esos momentos mi respiración no circulaba con la fluidez que necesitaba. Desaceleré mis pasos y me detuve. Respiré profundo tres veces y retomé mi camino.

Abrí con la llave que me había dado Mika, y las notas de una guitarra me dieron la bienvenida. Sonreí pese a mis nervios. Cuando se sentía tranquilo, le gustaba escuchar música de guitarra.

—*Terve!* —Lo busqué con mi voz.

Apareció de inmediato en su silla de ruedas.

—*Terve*, linda. —Se acercó y me miró con intensidad; sentí como si quisiera desnudar mi alma. Me sonrojé sin decir nada—. ¿Cómo te sientes?

Me incliné y le di un beso en la mejilla. En otra ocasión él hubiera intentado besarme en la boca, pero aquella vez no lo hizo.

—Mejor. ¿Y tú cómo estás? ¿Qué hiciste ayer? —pregunté nerviosa.

Se quedó en silencio por unos segundos, y, como no me contestó, escondí mis manos, que no habían dejado de temblar, tras mi espalda. Luego, mirándolo a los ojos, le pedí:

—Quisiera... —Se me fue la voz—. Quisiera hablar contigo.

—Pongámonos cómodos, entonces —manifestó con un extraño tono—. ¿Quieres tomar algo?

—No. No, gracias.

Nos dirigimos a la estancia; ahí, las ventanas descubiertas dejaban pasar el brillante sol. Colocó la silla de ruedas al lado de un sofá de color moca. Me senté sin apartar los ojos de mis manos.

—¿Y bien?

Nada. No encontraba mi voz. Sentí que el pánico apretaba mi pecho y no podía respirar.

—¿Quizá te ayude si te digo que lo sé?

Lo miré con rapidez mientras la sangre abandonaba todo mi rostro.

—¿Sabes qué?

—Que no me amas... Que estás enamorada de otro hombre.

Por un momento sentí que me iba a desmayar.

—¿Cómo, por qué...? ¿Cómo es posible que... lo sepas? — tartamudeaba, pero no sabía qué más decir.

—No lo sé, Ulla. —Se pasó la mano por la nuca con gesto cansado—. No puedo decirte cómo, cuándo o por qué lo intuí. Lo sé ahora, y es lo que importa.

Gotas de agua se deslizaban por mi mejilla.

—Lo siento tanto, Mika... Fue más fuerte que yo. Luché tanto contra ese sentimiento, pero...

Apartó sus ojos de los míos, pero pude ver en ellos el dolor, y mi corazón se partió.

—Perdóname, Mika, no te mereces esto. No ahora, pero...

Acercó más la silla de ruedas, puso el freno y, con torpeza, se desplazó a mi lado en el sofá y me abrazó. Eso me hizo llorar más.

—Nunca es fácil decir adiós, Ulla. Es... doloroso. Pero ambos sabemos que amar a alguien es algo sobre lo que no podemos decidir. Y si tú no me amas como deberías amarme, prefiero que te vayas.

Lloré. Lloré con tanto dolor que Mika no dejó de abrazarme y besarme el pelo.

—¿Puedo preguntarte quién es?

—Por supuesto que puedes. Tienes derecho a saberlo... Anders.

—¡Ah!

Lo miré, temerosa y avergonzada.

—Debí imaginarlo.

—Lo siento... es complicado...

Suspiró y, aprisionándome en su profunda mirada, me dijo:

—Ahora entiendo muchas cosas. ¿Sabías que siempre le tuve celos? Desde que los conocí, percibí algo especial entre ustedes dos. Y desde que él volvió a tu vida, ya no eras la misma. Cuando

me dijiste que Esko no era tu verdadero padre, sentí una extraña amenaza, pero no pude comprender por qué la sentía... Después de los primeros días del accidente, pensé que me había equivocado, pero durante estos meses he palpado tu tristeza y la ausencia de tu corazón...

Yo no sabía qué más hacer aparte de llorar como una tonta.

—Tenemos solo una vida, Ulla, y debemos disfrutarla lo mejor que podamos. Debemos ser codiciosos con esa felicidad. Mientras no lastimemos a propósito a otros, es nuestra obligación aceptar el amor que la vida nos ofrece. Tu corazón ha escogido, Ulla. Y aunque odio al cabrón de Anders, creo adivinar que te ama, ¿no?

—Sí...

—Entonces está bien, no te preocupes por mí. Lo nuestro fue hermoso mientras duró, pero no era para siempre.

—Sí. Quiero ser tu amiga, pero entiendo que si tú... —Continuaba llorando.

—Por supuesto, Ulla. Pero ahora necesito tiempo, y creo que tú también lo necesitas. Tu amistad será siempre importante para mí. Pero ahora, démosle tiempo al tiempo. ¿Te parece?

—Sí.

Y lo dejé. Decirle adiós a ese gran amigo fue una de las cosas más duras que había hecho en mi vida.

Cuando partí, el sol había despojado de su luz la ciudad, y las sombras del caer de la tarde comenzaban a cubrir los tejados de los edificios. Pronto llegué a casa. Minna y Obafemi no estaban, así que me senté en la sala a disfrutar del silencio y a pensar en Anders.

## CAPÍTULO 39

*Domingo. Anders.*

Dispuesto a no dejarme llevar por los pesares de mi alma, dediqué ese día a mi hija. Apagué el móvil, y disfrutamos de la mañana en el Museo de Historia Natural. Almorzamos pizza, «la mejor comida del mundo», según Ella. Y aprovechamos el grandioso sol pasando el resto de la tarde en una zona de juegos cerca de mi apartamento. Casi me congelé mientras contemplaba a mi hija trepar y bajar de la plataforma de madera con otros niños de su edad. Como a las siete de la noche, entramos en el piso. Le di de cenar, la insté a ducharse y le leí un cuento; se durmió sin problemas. Abrí su mochila rosa y me cercioré de que hubiera guardado el cuaderno de notas que se utilizaba como puente de comunicación entre la profesora y nosotros, así como sus cuentos favoritos, pues la próxima semana le tocaba quedarse con su madre.

Me senté en un sillón de la estancia y encendí la lámpara que estaba al lado, intentando leer. Pero las letras comenzaron a bailar, y mi mente, a divagar. La amargura y la rabia que no había dejado aflorar durante todo el día salían en aquellos momentos como lava ardiendo. Cogí el móvil y lo encendí. ¡Un mensaje de Ulla!

*Necesito hablar contigo.*

Mi corazón incrementó su ritmo. ¿Para qué? ¿Es que había algo más que agregarle a la decisión de casarse con su prometido? ¿Quería explicarme de una forma más bonita que lo nuestro nunca podría ser?

Estaba harto de tanto dolor, de tanto esperar, de tanta desilusión. No quería verla, no quería hablar con ella, ya no daba más. Después de nuestro encuentro el día anterior por la tarde me sentía peor. Ese negro túnel por el que había venido transitando se hacía más sombrío, se estrechaba y me ahogaba. No quería verla, no quería saber de ella, a ver si así el corazón dejaba de dolerme.

Me pasé las manos, agitadas, por el rostro, por mi pelo. Me serví un poco de vodka, pero cuando lo iba a beber, decidí vaciarlo en el fregadero. No, no con mi hija en la habitación de al lado.

Mis pies, descalzos y tristes, se dirigieron a mi cuarto. Una vez allí, me quedé mirando el suave vaivén de la respiración de Ella hasta que me dormí.

### *Lunes por la tarde. Ulla.*

Estaba ansiosa, ¡no!, desesperada por hablar con Anders, pero él no había respondido al mensaje que le había enviado el domingo. No pude dormir en toda la noche y me levanté con ojeras y agotada. Decaída, me vestí para ir al trabajo y, durante la jornada, perdí la cuenta del número de veces que abrí mi teléfono y puse el dedo sobre el nombre de Anders sin decidirme a presionarlo.

Estaba disgustado. Lo entendía. Debía de sentirse decepcionado de mí. «Dios, ¿y ahora cómo aplaco su ira?». Cuando alguien lo lastimaba, se encerraba en una zona de frialdad, y no era fácil sacarlo de ahí.

Oh... ¿por qué tenía que ser tan doloroso todo en el amor?

Era mejor hablar con él cara a cara, por lo que llamé a Tanja, la antigua secretaria de mi padre, para que me informara de a qué hora de la tarde podía ir a verlo. Mientras esperaba a que me devolviera la llamada, me moría de ansiedad. Al final de la tarde, averigüé que Jyrki y él habían estado todo el día ocupados con una delegación de clientes rusos y que terminarían con ellos pasadas las cinco. Revisé los horarios de trenes y buses que me podrían llevar a la compañía de la familia y salí del colegio como a las cuatro de la tarde, con el corazón y el estómago amalgamados.

Hacía años que no visitaba las oficinas de Melogi Oy. Me aproximé al funcional edificio, cubierto de nieve, con las piernas temblando como un flan.

La rubia de la recepción no me conocía, pero, muy amable, hizo llamar a Tanja.

—*Terve*, Ulla! Qué placer verte, cuántos años... —Me acerqué y le di un beso cariñoso a la regordeta mujer que, por lo que había

escuchado, le había prestado una valiosa ayuda a Anders.

—Lo mismo digo, Tanja. Tú no cambias.

—Qué va... —Se pasó la mano por su abultado vientre—. Si tengo unos cinco kilos de más.

Sonreí amable y no dije nada.

—¿Dónde puedo esperar a Anders?

—Ah, sí. Sígueme, por favor. Puedes esperarlo en la oficina de tu... Bien, en su oficina.

—Gracias, Tanja.

—¿Quieres un café o un té? ¿Con bollos de canela o galletas? — Me preguntó mientras me sentaba en uno de los sillones.

Asentí nerviosa, enroscando un rizo de mis cabellos en uno de mis dedos.

—Gracias, Tanja, con un café es suficiente.

—Ya te lo traigo.

Sin poder estarme quieta, me levanté y recorrí la oficina. El aroma de Anders estaba en cada espacio del amplio lugar. El maletín, algo gastado, que siempre llevaba consigo descansaba solitario sobre otro sillón. La añoranza que tenía de él me asedió, dejándome sin aliento. Cerré los ojos y tomé aire con un profundo desespero.

Tanja regresó.

—Aquí tienes. —Colocó una colorida bandeja con café y una pequeña tetera llena de leche caliente sobre el escritorio—. Si necesitas algo más, me llamas.

—Gracias, Tanja.

Volví a respirar profundo y me senté a esperar.

Una hora más tarde escuché que la puerta se abría. Algo en mí se desbocó y galopó sin detenerse. No parecía sorprendido de verme. Evidentemente, Tanja debía de haberle informado de que le esperaba. Se veía cansado. Llevaba las mangas de una camisa negra arremangadas hasta los antebrazos; sus vellos dorados resaltaban junto con su discreto reloj. Me estremecí.

Sus ojos grises se encontraron con los míos, tan fríos que tuve miedo. ¿Lo había lastimado tanto que no me perdonaría?

—*Terve*, Anders. —No sabía por dónde comenzar.

—*Terve*. ¿Quieres beber algo? —Se dirigió a la pequeña licorera y se sirvió un vaso de vodka.

—Ya bebí café, gracias. Yo...

—No quiero escucharlo, Ulla.

—¿Qué?

—Estoy harto. No quiero escuchar nada de lo que tengas que decir. Tomaste tu decisión y no necesitas agregar nada más.

—Pero yo... —Nunca en mi vida lo había visto así, tan frío, tan distante. La sangre que corría por mis venas empezó a congelarse

—. Perdóname. Sé que te lastimé...

—No, tú no tienes ni idea de cómo me lastimaste.

—¿Crees que esto no ha sido difícil para mí? —le pregunté disgustada.

—Yo no creo nada, Ulla. Solo sé que quiero seguir adelante con mi vida, y Mika y tú se pueden ir al infierno. —Había tanta rabia y tanto dolor en su mirada que creí que lo mejor era dejar que se calmara. Me dolió el pecho y todo el cuerpo. Quería estallar en llanto, pero no lo hice. Me levanté y, sin mirarlo, salí y cerré la puerta suavemente detrás de mí.

Mientras caminaba por el corredor, intenté colocarme el abrigo y la bufanda, pero mis manos temblaban tanto que no atinaba. Se me cayeron los guantes y, al inclinarme a recogerlos, me di cuenta de que estaba llorando.

Corrí hacia la salida y me alejé de allí.

## CAPÍTULO 40

*Anders.*

Me serví un segundo vaso de vodka. ¡Maldita sea! No podría ir a casa en mi coche. Pero el dolor sordo de mi corazón tenía que aplacarlo con algo. A ese paso me iba a alcoholizar.

Había sido muy duro con ella, pero no quería escuchar otra vez las malditas razones por las que se quedaba con Mika. No lo soportaría. Aunque haberla lastimado tampoco me hacía sentir muy bien que digamos.

*Perkele!*

Desmoralizado, me quedé trabajando unas dos horas más y, después, tomé el tren a casa.

Entré en mi apartamento, y la negrura y el silencio me recibieron. ¿Sería así toda la vida? ¿Llegar a un lugar frío con tan solo los recuerdos de ella en mi cabeza? Llamé a mi hija, le deseé buenas noches y me acosté sobre la cama con la ropa que traía de la oficina. Me quedé dormido al instante.

Algo me despertó. Me pasé las manos por el rostro para espabilarme. Miré el reloj en mi muñeca: las doce de la noche. Intenté olvidarme de sus ojos heridos. Mi rabia se había esfumado entre la oscuridad y el sueño, y solo quedaba aquel dolor en mi alma. Lamentaba haberla herido. Me había comportado como un niño inmaduro.

Dios, debía pedirle perdón.

Ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse. ¿Y qué si no se quedaba a mi lado? Tenía todo el derecho a decidir, y yo debía respetar sus decisiones. No me había portado como un caballero.

*Perkele!*

No me sentía orgulloso de mí, pero ya era muy tarde para llamarla. Podía enviarle un mensaje por el móvil. Abrí el teléfono y vi un mensaje de ella. El nudo en mi estómago se cerró cuando lo leí.

¡Dios mío!

*Ulla.*

Me dolía caminar, me dolía abrirme paso en aquel frío, me dolían los dedos de la mano.

¿Por cuánto tiempo más tenía que dolerme el corazón?

Me sentía como un pequeño riachuelo que intentaba infructuosamente llegar al océano; las rocas y las bifurcaciones le estaban haciendo imposible continuar su camino.

¿Cuándo se apartaría de mí aquella sensación de miedo, de recelo, de creer que no era posible tanta dicha en la vida cuando se amaba a un hombre con la intensidad con que yo amaba a Anders? ¿Era eso? ¿Por eso estaba aquí, sola, incapaz de hacer nada más? Estaba llorando otra vez, maldita sea. Debí insistir y no huir lastimada por sus palabras. Debí callarlo con un beso y decirle que lo amaba.

«Maldita sea, qué lerda soy».

Entré en el apartamento, y una agradable música africana me anunció que Obafemi estaba de visita. Me quité el abrigo y suspiré triste. Era mejor no estar sola en aquellos momentos. Obafemi apareció de improviso y, con un alegre desparpajo, detuvo mis intentos de quitarme las botas y me las quitó él; luego me pasó unas zapatillas de Minna. A mí me gustaba quedarme siempre en medias o descalza, pero fue tan amable su gesto que lo dejé hacer. Me llevó a la sala, me instó a sentarme y puso en mis manos un cóctel. Hmmm, delicioso.

—Obafemi, no te entretengas —gritó Minna.

—*I'm coming<sup>87</sup>, baby.*

Con el cóctel en mi mano, lo seguí con curiosidad; quería ver qué preparaban esos dos. En la cocina, sorprendida, observé que, mientras Minna preparaba una ensalada, Obafemi meneaba una cuchara bajo la que se doraban dos filetes de carne.

«Vaya, verlo para creerlo».

Minna me miró.

—La comida estará lista pronto. Y no te preocupes, que ustedes comerán carne, tanta como quieran.

Hice una mueca. No tenía mucha hambre, pero no quería despreciarlos.

—Ya veo, gracias. —Terminé mi cóctel—. Esto está delicioso.

Obafemi se acercó con una jarra que contenía un líquido oscuro y me puso más. Estaba fuerte, pero quizá era mejor embriagarme y no pensar.

Sí, eso haría, pondría mi vida en pausa, no pensaría en Anders e inundaría mi cabeza con el alcohol. Y como me había propuesto, a las nueve de la noche todo giraba a mi alrededor. La risa divertida de Minna y Obafemi no me importó.

No recuerdo con exactitud lo que pasó después, solo que seguí bebiendo y, en la confusión de mi mente, me hallé sentada en una playa con un sol brillante en lo alto y unos labios ardientes que acariciaban mis hombros. Miré el vaivén de las olas que iban y venían, y los ojos de Anders que me decían que me amaba. Antes de cerrar los párpados, rescaté el móvil del agua e hice algo con él, después caí en un profundo sueño.

Como a las doce y media de la noche, me desperté. Miré a mi alrededor, confusa. No me había desvestido. De pronto recordé la comida, que casi no toqué, los deliciosos cócteles y... Oh, Dios mío. Deprisa, busqué en «enviados».

Sí, ahí estaba. Le había escrito un mensaje a Anders:

*Te adoro, no puedo vivir sin ti.*

El timbre sonó, y mi corazón empezó una danza africana, saltaba y se sacudía enloquecido. Con mi pelo suelto, volé a abrir la puerta.

Y ahí estaba, con los ojos más preciosos del mundo, que me miraban con toda la pasión y el amor que tanto había anhelado tener aquellos últimos meses. El planeta desapareció hasta quedar solo los dos. Me sonrió entre tímido y temeroso. Y yo ya no pude más. Me arrojé a sus brazos, que me recibieron, me estrujaron, me lastimaron, pero no me importó. Mis lágrimas corrían, y, entre aliento y aliento, repetía. ¿O era él quien lo repetía?

—Lo siento, lo siento... lo siento.

Noté que sus manos trazaban todas las líneas de mi cuerpo, apretándome contra su vientre. Un doloroso anhelo atormentó todo mi abdomen. Me puse de puntillas y, con dedos trémulos, empecé a

desabrochar los botones de su camisa. Impaciente, me alimenté de su olor, del calor de su piel. Lo besé en el cuello, en el tórax, mientras sentía la boca de él besando mi pelo, mis cejas, mis ojos, mis labios. Escuché su ronco gemido y pensé que me derretiría ahí mismo. De pronto, el crujido de una puerta abriéndose y pasos bruscos sobre la madera nos hicieron apartarnos en una desordenada y confusa rapidez.

*Anders.*

El aroma de su pelo, el sabor de su boca, el calor de su piel me embriagaban y me sumergían en una locura sensual. Enredaba mis manos en sus rizos, tiraba de ellos para amoldar su boca a la mía mientras mi cuerpo la invadía, la sentía con cada vello, con cada poro, con cada célula que tenía. La hundí en mi entrepierna y, cuando pensé que explotaría de tanta pasión, ella me besó el torso, y creí que había llegado al punto de no retorno. Pero el sonido de una puerta y de pasos que se acercaban fue como caer dentro de las aguas heladas del Báltico. Entre un sinfín de jadeos me separé de ella para encontrarme con dos pares de ojos que nos miraban con un aire guasón. El rubor se adueñó de mi cuerpo

¡Joder! Miré frustrado y avergonzado a Ulla, con mi respiración todavía alterada.

—¿Qué están haciendo ustedes dos en la puerta de entrada? — Escuché que decía Minna.

Entonces el calor se concentró en mis orejas. Aturdido, intenté encontrar mi voz, pero un moreno gigante se acercó a mí y me cogió la mano, sacudiéndomela con fuerza.

—Encantado de conocerte. Obafemi.

—Anders... —repuse como un zombi.

—Vamos, Ulla, Anders. Esto hay que celebrarlo. —Ignorando nuestros rostros desencantados, Minna nos obligó a sentarnos mientras Obafemi sacaba una botella de un buen vino que, según entendí, Ulla y ella habían guardado para una ocasión súperespecial.

Con temple, brindé y conversé con Minna, que nos miraba complacida. Me sentía desconcertado por su actitud, pues era la hermana de Mika. Si ella nos miraba con tanta naturalidad y complicidad, significaba que sabía y aprobaba lo nuestro, y eso quería decir que Mika y Ulla ya habían hablado.

Con el pulso acelerado y miles de preguntas que rondaban en mi cabeza, no dejé de ser consciente de la silueta de Ulla a mi lado. Incapaz de creer que no estaba soñando, busqué, tímido, su mano, y ella de inmediato enlazó sus dedos con los míos. Como ya no podía esperar más, la acerqué a mi costado y le susurré en la oreja, después de besársela:

—¿Vamos a mi apartamento?

—Déjame recoger ropa para mañana y nos vamos.

Se alejó con rapidez, y no pude evitar seguirla con ojos arrobados. Cinco minutos después, regresó con su vieja mochila, y bajamos a coger el taxi que yo ya había llamado. Mientras descendíamos en el ascensor, la miré con adoración. Tiré de los bordes de su bufanda y apoyé mi frente sobre la de ella; froté su nariz con la mía, aspirando su fragancia. Mis manos descendieron por las curvas de su cadera, y la apreté contra mí dejándole saber con mi cuerpo lo que sentía por ella.

—Yo también te adoro. Mucho. Muchísimo —le dije.

El ascensor se detuvo en el primer piso. Abrí la puerta y salimos a la fría y oscura noche. El taxi ya nos esperaba frente al portal.

Avanzamos entre las luces titilantes que aclaraban la oscuridad de las calles de la ciudad. No era mucho lo que podía hacer con el chofer observándonos por el retrovisor, y tampoco quería que un extraño escuchara nuestros asuntos, por muy ansioso que estuviera por saber qué significaba que Ulla estuviera ahí conmigo, así que me contenté con entrelazar mis dedos con los suyos y besarle, de cuando en cuando, cada uno de ellos mirándola a los ojos con pasión. Reí cuando ella, como hacía siempre, se ruborizó.

Complacido, vi que el coche avanzaba veloz entre las solitarias calles, y llegamos en diez minutos a mi apartamento.

La ayudé a bajar, le pagué al conductor, y, después, con nuestras manos entrelazadas, tomamos el ascensor y pulsamos el botón que nos llevaría al último piso.

## CAPÍTULO 41

*Ulla.*

El calor del ascensor nos arropaba; el sonido de nuestras respiraciones se acoplaba en una danza con un mismo ritmo, como si nuestros alientos fueran uno. Sentía mi corazón palpar en la mano que él aferraba. Sentía el ardor de sus ojos sobre mí. El ascensor se detuvo, y Anders tiró con suavidad de mi mano. Avancé con piernas temblorosas hasta la puerta. Él introdujo la llave en la cerradura, y vi que sus dedos temblaban como los míos. La llave no encajó. La sacó y volvió a intentarlo.

¿Era posible que aquello estuviera pasando?

Solo él y yo, y nadie más en el mundo.

El clic que emitió la puerta al abrirse se escuchó como una promesa de amor. El silencio en el apartamento era perfecto. Con todos mis sentidos alerta, percibí cada pequeña señal, cada sonido que nos anclaba a aquel lugar, a aquellos minutos: la resonancia de las llaves al caer sobre la pequeña mesa que había en la entrada, el susurro de nuestros abrigos al engancharlos en el perchero, la vibración de nuestros pasos en la madera y la tenue luz de la lámpara en la sala al ser encendida. Aquel momento era tan íntimo, tan profundo que solo necesitamos mirarnos en silencio, recorernos con nuestros ojos, para confirmar que había llegado por fin aquel instante tan esperado, tan anhelado por los dos. Pero antes teníamos que hablar.

Acerqué mis piernas al sofá y me senté.

—Seguramente te preguntarás lo que ha pasado con... Mika.

Anders se aproximó a mí y se sentó a mi lado. Cogió con suavidad mi mano.

—Me imagino que... No. Prefiero que tú me digas qué ha pasado.

—Hemos hablado con sinceridad y nos hemos dicho adiós.

—¿Por eso querías hablar conmigo ayer por la tarde?

—Sí.

Dejó salir un largo suspiro.

—Lo siento mucho, amor. Me temo que había llegado al límite de mis fuerzas y... ni por asomo pensé que tú... que hubieras hablado

con él. Parecías tan decidida a continuar a su lado...

—Lo sé. —Mi garganta me dolió al recordar todo el dolor que le infligí y me infligí—. Pero yo estaba pasando por mi propio infierno tratando de hacer lo correcto. Lo siento tanto, Anders... Siento todo el dolor que te causé con las decisiones que tomé. Siento...

Sus dedos acallaron mis labios con infinita dulzura. Sentí su respiración cerca de mi boca y sus besos, que me rozaron con suave pasión, como copos de nieve.

—No, *älskling*. Lo hecho, hecho está. Actuaste como consideraste correcto. Sé que en la nube de mi amargura y mi rabia, cuando veía que te perdía, estaba hundido y desesperado por lo que hacías, pero eso ha quedado atrás ahora. Estás aquí conmigo, y es lo único que importa.

—Te amo más que a mi vida, Anders. —Lágrimas de felicidad se deslizaron por mis mejillas.

—Y tú eres la mía. —Se levantó y, tomando mi mano, me acercó a su cuerpo.

No hubo más palabras entre los dos. Ningún otro sonido más que el de nuestras respiraciones agitadas. Ya habría tiempo para planear, para desmenuzar nuestro futuro, pero en aquel momento... Sentí que sus manos tomaban mi rostro con delicadeza y que pasaba sus labios por cada una de mis expresiones. Besó mi barbilla, los lóbulos de mis orejas y, después, cada parcela de mi cuello hasta deslizarse por mi clavícula. Todos los poros de mi piel se erizaron. Sus manos, tan bellas como alas extendidas en el cielo, recorrieron mi cuerpo. Saboreé aquel momento con todos mis sentidos. Con toda mi alma.

Con un deseo apremiante de sentir su piel, de besarla, de olerla, desabotoné su camisa, tan lento como sus caricias, y palpé su tez, escuchando conmovida el alborotado latido de su corazón. Sus manos desabrocharon mi blusa y, cuando descubrió mis senos, cubiertos por el encaje del sujetador, vi la emoción en su mirada, su admiración. Me estremecí, y la sangre se condensó en mis pechos, levantándolos con orgullo, desesperados por que él los rozara. Enterró su rostro y, con parsimonia, los succionó, mojándolos a través del sostén. Con impaciencia, sus manos errantes buscaron el broche en mi espalda; me lo quitó junto con mi blusa y volvió a

inclinarse sobre ellos. El penetrante aroma masculino llegó hasta mi nariz y se conjugó con el placer de sentir su lengua lamiendo mis senos. El inconfundible dolor de la pasión en mi vientre me atormentó, y delineé con ardor su miembro, pidiéndole que se apresurara.

Un jadeo. Musitó algo con suma dulzura.

—¿Qué? —pregunté con voz trémula.

Dijo algo muy hermoso, y luego sentí que me alzaba en sus brazos. Nunca me había sentido tan amada, tan apreciada. Entrelacé mis manos en su cuello mientras besaba sus mejillas, su boca, su nariz, sus cejas, sus pestañas, y, entre beso y beso, él avanzó tambaleante hacia la habitación.

Se detuvo junto a la cama; sus dientes me mordieron con suavidad, y dejó un rastro húmedo en mis labios. Busqué sus ojos, pero las sombras del cuarto no me permitieron ver el brillo de su mirada. Me bajó con lentitud, me dejó por un momento y encendió la luz de la lámpara que yacía en la mesa de noche. Se acercó a mí otra vez y, con una ternura insoportable, susurró que me adoraba. Nuestras lágrimas de felicidad resbalaron y se desvanecieron en nuestras bocas. Las bebimos los dos.

Mis dedos caminaron por su tórax desnudo mientras él los miraba embelesado. Deslicé la camisa por sus hombros y experimenté el tacto de los firmes músculos de sus brazos y el fino vello rubio que poblaba su torso. Lo recorrí con mis besos y luego, juguetona, lo mordí. Él cerró sus ojos sonriendo y, con el aliento acelerado, deslizó sus manos por mi cintura, mis caderas y la curva de mi trasero, apretándome contra su miembro. Sus dedos levantaron mi falda y me acariciaron por encima de las medias de invierno. Lo vi ponerse de rodillas; me las bajó despacio mientras aspiraba mi aroma. Sentí su boca sobre mi vulva a través de la tela de mis bragas. Temblé sin control y mordí mis labios para no gritar. Alzó su rostro, teñido de rojo, y me miró con esos ojos que brillaban como un cielo nublado en el verano.

—Me gustaría escucharte gritar.

Descendió nuevamente al mismo tiempo que me quitaba mi ropa interior. Su lengua jugó con el vello de mi sexo y continuó

acariciándome hasta que volé por un cielo infinito cargado de estrellas.

Cuando aterricé de aquella deliciosa agonía, me recosté, todavía excitada, en la cama e, impaciente, tiré de él para que me cubriera con su cuerpo y me penetrara. No quería más caricias, no quería más preámbulos, lo necesitaba dentro de mí en ese instante. Creí que me ahogaba, creí que moriría de placer cuando por fin lo sentí introducirse en mi interior. Me aferré a él con todas mis fuerzas, con cada doloroso anhelo del pasado y del presente, y sincronizamos nuestros cuerpos en un vals tan antiguo y tan perfecto como el amor.

*Anders.*

Estábamos solos los dos por fin, nadie nos escuchaba, ningún ruido perturbaba nuestro amor.

Nadie nos observaba.

Ninguna prohibición flotaba a nuestro alrededor.

Ya no había secretos entre nosotros.

La luz de la farola acariciaba suavemente la penumbra de la estancia, mientras que yo dibujaba con mis labios su rostro, sus ojos, su cuello, los pezones de sus senos, que empujaban con fuerza su blusa al compás del fuerte sube y baja de su respiración. Solté, muy despacio, el primer botón y el segundo. Mis dedos temblorosos se detuvieron ofuscados, queriendo rasgar el resto de ellos y mirar lo que por tantos años había soñado con mirar.

Miles de veces.

Millones de veces.

Jamás pensé que sería posible aquella felicidad. Verla desinhibida, deseando con vehemencia hacer el amor conmigo con el mismo deseo que yo sentía por ella. Desabroché el resto de botones y admiré el sexi sostén que llevaba; enterré mis labios con avidez en sus pechos. Los mordí y los saboreé por encima del sujetador. Alcé mi mirada y, al ver la agonía en la de ella, casi perdí el control. Impaciente, se lo quité y sepulté mi rostro en ellos, chupándolos con libertad. Ulla acarició mi miembro y enardecíó mi

deseo. Con infinita dulzura, le murmuré que era suyo. Que yo siempre había sido suyo. Todo lo que era: mi corazón, mi alma, mis pensamientos, mi luz, mi oscuridad. Todo le pertenecía, inevitablemente, desde que éramos niños. La levanté en mis brazos y avancé con ella, entre caricia y caricia, hasta mi cuarto.

Nuestras lenguas se saboreaban, vibraban sabiendo que teníamos un presente y un mañana. En las tinieblas, su acelerada respiración era la música más hermosa que había escuchado jamás, pero, ávido de recorrerla otra vez con mis ojos, me dirigí hacia la pequeña lámpara de la mesa de noche. La encendí y, antes de levantar la vista hacia ella, vi la foto de dos jóvenes que se abrazaban con amor. Lágrimas de felicidad resbalaron por mis mejillas... y se confundieron con las lágrimas de Ulla cuando me acerqué.

Las saboreamos los dos.

Las degustamos mientras le decía que la adoraba una vez más y enredaba mis dedos en sus rizos, desprendiendo ese delicioso olor a rosas que había llevado siempre conmigo. Sentía que no podía respirar, que el aire que entraba en mis pulmones se volvía espeso. Le subí la falda despacio, y ella enredó sus dedos en mis cabellos, desordenándolos. Resbalé mis manos ansiosas por sus medias de invierno y se las quité, lentamente, torturándome a propósito, y luego aspiré su aroma de mujer a través de las bragas. Su sexo me embriagó. Quise comérmela, no había otra palabra para explicar lo que sentía.

Vi sus rizos negros, los que tantas veces había soñado con saborear, de los que tantas veces traté de adivinar el color. La paladeé y le di el placer que siempre quise darle. Vi que ella apretaba sus labios, y le hice saber que quería escuchar cuánto la satisfacía. Subí lento, ignorando su desesperado anhelo de que continuara; besé su ombligo, metí mi lengua en ese huequecito y, al bajar de nuevo, encontré un lunar cerca de su pelvis que no sabía que tenía. Me emocioné de tener por fin el derecho a descubrirlo. Continué perdiéndome en su fragancia, con mi lengua y todos mis sentidos, hasta que, al oír su grito de placer, un ronco murmullo que no pude controlar lo acompañó.

Entre el desorden de sábanas, cada músculo de mi cuerpo la penetró sin prisas. Me enterré en lo profundo de ella, y sus gemidos me apremiaron más. Cogí su rodilla y la enlacé tras mi espalda. Ella hizo lo mismo con la otra, y nuestro mundo explotó...

*Martes por la mañana. Ulla.*

Un reguero de besos me despertó. El aroma a bosque en las mantas y su boca en mi boca avivaron anhelos que no podíamos saciar en aquellos momentos. No habíamos dormido nada de nada, y ambos teníamos responsabilidades que atender, así que hacer novillos no era una opción.

—Despierta, dormilona...

—Dormilona... Mmm, eso me dice quien me tuvo toda la noche despierta...

—Me temo, *älskling*, que debemos levantarnos. —Pero no apartaba sus manos de mi cuerpo, y sus labios seguían besándome con ardor. Entonces, haciendo un gran esfuerzo, le anuncié:

—Yo preparo el desayuno mientras tú te duchas.

—¡No! Yo preparo el desayuno, y tú te duchas. Ya sé quién va a cocinar en esta familia toda la vida.

La carcajada que solté me supo a mañana en primavera, a los ojos de Anders y a... simple felicidad.

Finalmente, nos levantamos, nos duchamos y desayunamos con rapidez. Anders llamó a un taxi y, cuando llegamos al colegio, le pidió al conductor que lo esperara mientras me acompañaba hasta la entrada principal. En el momento en que iba a entrar, de un tirón me acercó otra vez a él y me besó, mucho más profundo de lo que convenía en ese lugar y a esa hora. En cuanto me soltó, atisbé a mi alrededor acalorada, pero, para mi fortuna, nadie pasaba por allí.

Con tono guasón, se despidió:

—Te veré en la tarde, amor.

Y me quedé ahí, mirando con ojos de enamorada cómo entraba en el vehículo. Antes de que este se perdiera calle abajo, me dirigió una última e íntima mirada de adoración.

## CAPÍTULO 42

*Sábado. Anders.*

El primero de marzo el invierno recorría todavía las calles y los bosques de Finlandia; no obstante, la oscuridad se despedía cada día un poco más temprano, anunciando que la primavera se acercaba. Los rayos del sol no calentaban, pero brillaban como brillaban mis ojos cada mañana que me despertaba junto a Ulla.

Avanzaba entre la fila de estantes de S-market buscando los ingredientes para la cena que prepararía para toda la familia. Esa noche planeábamos anunciarles que nos casaríamos. Miré a mi hija, que arrastraba su propio carrito de la compra con suma seriedad. Le había encargado seleccionar el postre para los niños, sabiendo que escogería, como siempre, helado de fresa.

Le había explicado a Ella lo mejor que pude que Ulla y yo estábamos enamorados y nos casaríamos. Le aclaré que Ulla creció como hermana de Eveliina y mía y que por eso era su tía, pero que en realidad no era nuestra hermana. Sabía que mi hija no estaba en una edad para cuestionar o encontrar extraña la situación. Lo único que le importaba era que su amada tía iba a vivir conmigo, y eso significaba que se la encontraría en mi apartamento cada vez que me visitara.

Nos casaríamos por la iglesia luterana. El día anterior había acudido a la joyería Tillander y había escogido un anillo de oro con pequeños diamantes bordeando una perla. A Ulla le encantaban las perlas. Quería entregárselo delante de toda la familia y compartir con ellos ese instante tan luchado, tan esperado, tan ganado.

Llegamos a la sección de congelados y postres, y subí a mi hija en brazos para que pudiera ver toda la variedad.

—Dime, duendecillo, ¿qué postre quieres llevar?

—Helado de fresa, *pappa*.

—Oh, vaya, eso sí que es una novedad, es la primera vez que escoges helado de fresa.

—Eres tonto, *pappa*, siempre escojo helado de fresa.

Sonreí divertido; mucho me temía que el helado de fresa no iría bien con el postre que Ulla había comprado para la ocasión, un rico

*strudel* de requesón, pero, conociendo a mi hija, todos tendríamos que combinarlo con el helado.

Entramos en el apartamento, y vi que Ulla no había llegado todavía. Mientras la esperábamos, empecé a preparar la cena con la ayuda de Ella.

Una hora más tarde el crujido de la llave en la puerta me avisó de que ya estaba allí. La niña salió corriendo, y yo, otro fan de Ulla, la seguí con rapidez.

En el vestíbulo, me crucé de brazos y, mientras colgaba el abrigo y se inclinaba a besar a mi hija, yo recorrí con sensualidad sus pequeños pies, sus piernas enfundadas en unas bonitas medias y el vestido de hilo azul que delineaba su cuerpo.

—*Hei*, amor. —Me regaló una sonrisa con un brillo de deseo en los ojos antes de deslizar sus labios anhelantes por los míos.

Con mis brazos apretados en torno a ella, le pregunté:

—¿Encontraste lo que necesitabas?

No me contestó enseguida, siguió ocupada saboreando mis labios, pero después...

—Sí. Hmm, qué bien huele.

—Sí, ¿verdad? —Aspiré la fragancia que despedía su pelo—. ¿Quieres una copa de vino? —La apreté más contra mí, acomodándola mejor a mi pelvis.

—Creo que... sí.

—Tía Ulla, yo escogí el postre para todos. ¡Helado de fresa! —La voz de mi hija nos hizo aterrizar.

—Ay, qué bien. —Ulla se apartó de mí y cogió la mano de Ella—. ¿Te parece si vamos a buscar las copas para los helados y las lavamos? Creo que tu papá necesita concentrarse y terminar de preparar la comida.

Hice una mueca y, antes de dirigirme a la cocina, le estampé dos besos en la nuca. Pronto la música de Chisu se escuchó por todo el apartamento.

Justo a las siete de la noche, mis padres llegaron. Ayudé a quitarse el abrigo a mi madre en tanto que Ulla ayudaba a Esko. Por el brillo de sus ojos, adiviné que ya sabían lo que había pasado entre nosotros. Minutos después llegaron Eveliina; Carla, que dormía en los brazos de Kalle, y sus dos activos diablillos.

Eve, emocionada, se acercó y me besó.

—Te veo radiante y... feliz.

—Soy muy feliz. —La besé a mi vez.

Yacíamos todos en la sala, decorada con velitas que titilaban desde la mesa de centro y que le conferían un aire de intimidad a la amplia habitación. Ulla fue a por las copas mientras yo descorchaba el champán. Observé que las cejas de Esko se alzaban con expectación y que los ojos de mi madre sonreían. El sonido al descorchar la botella me llenó de una inexplicable alegría. Vertí el champán para todos entre la risa y las miradas divertidas de Kalle y Eveliina, y Ulla les sirvió una bebida de frutas a los niños. Y cuando me preparaba para exponer por qué quería brindar, mi hija se me adelantó:

—*Pappa* y tía Ulla se van a casar.

Sonreí a todos. Con manos temblorosas, saqué el anillo del bolsillo del pantalón y, mirando a Ulla a los ojos, le coloqué la sortija en el dedo. Planeaba decirle muchas cosas, hasta tenía preparado un poema, pero ella me interrumpió con un apasionado beso, y ya no pude decir nada más.

La enhorabuena de todos llegó alta y clara. Hubo abrazos de satisfacción, pero el que más me conmovió fue el que mi madre nos obsequió a Ulla y a mí. Cogió nuestras manos enlazadas con las suyas y, mirándonos con un brillo de lágrimas en sus ojos, nos dijo:

—A esta hora de mi vida, después de tu padre y mis nietos, esto es lo que más placer me ha dado. Te veo muy feliz, y eso es suficiente para mí, hijo —manifestó con sus ojos clavados en los míos; después, miró a Ulla y le dijo—: Sé que eres su felicidad, y eso me basta. Te recibo con los brazos abiertos como mi nuera. Enhorabuena a los dos.

El resto de la velada transcurrió entre las risas, las voces tenues, alguna que otra canción romántica, el llanto de Carla anunciando que tenía hambre y la silenciosa y fría oscuridad fuera.

## EPILOGO

*Ulla.*

Fui una novia de primavera. Anders y yo nos casamos el treinta de mayo. Tuvimos que esperar casi dos meses para encontrar un sitio en la iglesia luterana de Johannes. Pero mientras ese momento tan anhelado por ambos llegaba, explicamos poco a poco a los amigos y conocidos una versión sencilla de nuestra historia de amor: que no éramos hermanos de sangre y que nos habíamos enamorado, inesperadamente, cuando Anders regresó de Estados Unidos.

Antes de entrar a la iglesia, el sol y el viento se confabularon para besar el hermoso capullo de rosa que Anders me había dado aquella mañana y que yo había querido usar como ramo de novia.

Decidimos pasar nuestra luna de miel en el *kesämöki* de la familia, donde tantos veranos habíamos sido felices juntos. Aunque la primavera en Finlandia era fría, resultaba hermoso ver cómo poco a poco el bosque despertaba del largo sueño invernal.

Tras disfrutar de la sauna, salimos con nuestros cuerpos desnudos y nos sumergimos con rapidez en las heladas aguas del lago, grises y azules, que lamían la orilla, atiborrada de piedrecillas y de un incipiente musgo verde. Satisfechos al sentir la frescura en la piel, nos dirigimos de nuevo a la sauna. Después de diez minutos, volvimos a salir para instalarnos en una cómoda mecedora en el balcón de la rústica cabaña. Anders cubrió nuestros cuerpos con una manta de lana, y disfrutamos en silencio de los sonidos de la naturaleza y de la serenidad en nuestras almas.

Aspiré el aroma a agua fresca y el tímido verde de los abedules de tallo blanco. Escuché la honda resonancia del viento sacudiendo las ramas de los árboles y contemplé el manto del cielo azul mientras sentía con todos los poros de mi piel la presencia de Anders fundida con mi alma.

No podía creer que existiera en la vida tanta belleza para los dos.  
Anders y yo habíamos llegado por fin a casa.

## **AGRADECIMIENTOS**

Creo que en el camino de mi existencia he sido bendecida con personas maravillosas como compañeros de viaje, a quienes agradezco, con todo mi corazón, cada idea, cada sentimiento y cada acción que han moldeado mi manera de ver y vivir la vida.

Agradezco a mis amigos y a mi querida familia en mi primera patria, Colombia, por su energía positiva y sus comentarios para que siguiera adelante con este proyecto.

Le doy gracias a mi familia española por el amor y el apoyo que me han brindado cuando lo he necesitado, y especialmente a mi prima Adriana, que se tomó la molestia de leer mi libro y ayudarme con sus notas.

Un inmenso agradecimiento a mi familia en mi segunda patria, Finlandia, y a mis grandes amigos ahí, Adolfo y Alfonso, por sus mensajes y apoyo.

A Erika, quien me ha respaldado, aguantado y enseñado tanto. ¡Mil gracias!

Quisiera agradecer de forma particular a todos los profesionales a los que consulté, ustedes saben quiénes son, por su tiempo, explicaciones y valiosos comentarios sobre los datos médicos y administrativos que se mencionan en mi libro. Los ajustes que realicé se debieron a las necesidades que la historia exigía, así que cualquier pequeña incorrección la asumo como responsabilidad mía.

Agradezco a todas las autoras de novelas románticas en el mundo, por crear tramas que me han hecho gozar, aprender y también soñar con concebir mis propias historias de amor.

Y, por último, mi mayor el más importante agradecimiento a dos seres que son lo más importante en mi vida, ellos saben quiénes son.

## REFERENCIAS

- [←1] *Hola*, en el idioma finés.
- [←2] *Salud*. La expresión típica para los brindis en el idioma finés.
- [←3] *Papá*, en el idioma finés.
- [←4] *Marcha nupcial*, en el idioma finés.
- [←5] Baden-Baden es el nombre de una ciudad de Alemania que también da título a una canción de la popular cantante finlandesa Chisu.
- [←6] Expresión de cariño en el idioma finés.
- [←7] *Casa de verano*, en el idioma finés.
- [←8] *Un pesado*, en el idioma finés.
- [←9] *¿De verdad?*, en el idioma finés.
- [←10] *¡Hola!*, en el idioma finés.
- [←11] Fiesta de celebración de la confirmación en la iglesia luterana.
- [←12] *Bienvenido*, en el idioma finés.
- [←13] *¿Cómo estás?*, en el idioma sueco.

[←14] La «orientación» un deporte en el que cada participante realiza una carrera individual cronometrada con ayuda de un mapa. Con este, se deben encontrar ciertos controles que no son conocidos por el corredor antes de comenzar la carrera. Es muy popular en Finlandia.

[←15] *Arándanos azules*, en el idioma finés.

[←16] *A las seis*, en el idioma finés.

[←17] *Tribunal de distrito*. Primeras estancias de la corte para casos civiles en Finlandia.

[←18] *Abedul*.

[←19] *Buenos días*, en el idioma finés.

[←20] *¡Buenos días!*, en el idioma sueco.

[←21] *Hola*, en la forma coloquial del finés.

[←22] Especie de imprecación, similar a «¡mierda!». Esta palabra deriva de una connotación diabólica en el idioma finés.

[←23] *Quiz*, tipo de juego mental en el cual los jugadores intentan responder de forma correcta preguntas de diversos temas.

[←24] *Hola, cariño*, en el idioma sueco.

- [←25]      *¿Qué?*, en el idioma finés.
- [←26]      *Sí*, en el idioma finés.
- [←27]      *Espérame*, en lenguaje coloquial del idioma finés.
- [←28]      *Buenas noches*, en el idioma sueco.
- [←29]      *Bienvenidos*, en el idioma sueco.
- [←30]      Expresión cariñosa en el idioma finés.
- [←31]      Uno de los personajes de *Los Mumin*s, saga inventada por la escritora finlandesa Tove Jansson, popular entre los niños en Finlandia.
- [←32]      *Llevarlo sobre las espaldas*, en lenguaje coloquial del idioma finés.
- [←33]      *¡Buen provecho!*, en el idioma finés.
- [←34]      Siglas en inglés de *Chief information officer*. Director responsable de la información tecnológica y de todo sistema informático que da apoyo a los objetivos de una compañía.
- [←35]      *Hasta mañana o nos vemos mañana*, en el idioma sueco.
- [←36]      *Lo siento*, en el idioma finés.

[←37] Una clase de tortitas que se comen en Finlandia con mermelada de fresa.

[←38] *Mi papá*, en el idioma finés.

[←39] *Voy dedicarme a ello con todas mis fuerzas*. Traducción adaptada del idioma finés al español.

[←40] *Vamos a besar*, en el idioma finés.

[←41] *Gachas de centeno*. En Finlandia se acostumbra comerlas con leche y arándanos rojos.

[←42] *Arándanos rojos*, en el idioma finés.

[←43] *¡Sí!*, en el idioma finés.

[←44] *Mi papá*, en el idioma sueco.

[←45] *Correo electrónico*, en el idioma finés.

[←46] *Está bien o vale*, en el idioma finés.

[←47] *Casa de música*.

[←48] *No*, en el idioma finés.

[←49] *Gracias*, en el idioma finés.

[←50] Especie de tapas y/o entrantes en la gastronomía rusa.

[←51] Es una sopa con remolacha y carne, propia de la gastronomía rusa.

[←52] La canción para desear un feliz cumpleaños.

[←53] *Abuela paterna*, en el idioma coloquial sueco.

[←54] *Gracias*, en el idioma sueco.

[←55] *¡Sí!*, palabra del lenguaje coloquial finés cuando algo bueno acontece.

[←56] *¡Días!* Saludo en el idioma finés a cualquier hora de la mañana o de la tarde.

[←57] *Buena suerte*, en el idioma finés.

[←58] *¡Ayuda!*, en el idioma finés.

[←59] Fenómeno atmosférico en las zonas de las regiones polares. En Finlandia, durante junio y julio, las puestas de sol se prolongan hasta muy tarde, y los amaneceres se producen muy temprano, por lo que la oscuridad durante esas noches nunca es completa.

[←60] *Magdalena*, en el idioma finés.

[←61] *Modernismo*. Fue una corriente de renovación artística desarrollada a finales del siglo

XIX y principios del siglo XX. En los países nórdicos recibió el nombre de *Jugendstil*.

[←62] Kaarle XII, discoteca en el centro de Helsinki.

[←63] *Bollos de cardamomo y canela*.

[←64] Palabra sueca para designar un chupito de una bebida fuerte tomada durante la comida. Se destila, al igual que el vodka, a partir de granos. Se aromatiza con hierbas, como la semilla de alcaravea, comino, eneldo, hinojo, cilantro y granos del paraíso.

[←65] *¿Cómo estás?*, en el idioma sueco.

[←66] *¿Cómo estás hoy?*, en el idioma finés.

[←67] *Piscina*, en el idioma finés.

[←68] Es uno de los platos más populares en Finlandia, hecho a base de leche, huevos, macarrones y queso; se le pueden agregar varias clases de carnes o pescado.

[←69] *Color de las hojas en otoño*. Cuando las hojas llegan a su madurez durante el otoño, los arbustos cambian entre el rojo, el oro bruñido, el amarillo y el verde.

[←70] Familia de troles, personajes de la saga de la escritora y dibujante finlandesa Tove Jansson.

[←71] El nombre de uno de los personajes más popular entre los niños de Finlandia de la saga de los *Muumit*.

[←72] *¡Señor Dios!*, en idioma finés.

[←73] *Mi amigo*, en el idioma finés.

[←74] *Lo siento o disculpe*, en el idioma finés.

[←75] Pasteles de hojaldre en forma de estrella y con un puñado de mermelada de ciruela en el centro. En Finlandia se consumen en diciembre.

[←76] Criaturas del folclore escandinavo. Son descritos como seres muy pequeños, con barba y sombrero rojo.

[←77] *Lo siento*, en el idioma inglés.

[←78] *¿Cómo estás?*, en el idioma inglés.

[←79] El tradicional mercado de Navidad en Helsinki.

[←80] *Galletas de jengibre y canela*, populares entre los niños en la época de Navidad en Finlandia.

[←81] *El día de las bromas de abril.* Es una fiesta dedicada a las bromas en Finlandia, al igual que el día de los Santos Inocentes.

[←82] *Adiós,* en el idioma finés.

[←83] *Canción sagrada,* que se escucha por lo general en el mes de diciembre en Finlandia. Tiene su origen en la música folclórica alemana.

[←84] Ensalada hecha con remolacha, manzana, cebolla y mayonesa; en ocasiones se le agregan patatas.

[←85] *San Nicolás,* en el idioma finés.

[←86] *¡Buenos días!,* en el idioma inglés.

[←87] *Ya voy,* en el idioma inglés.